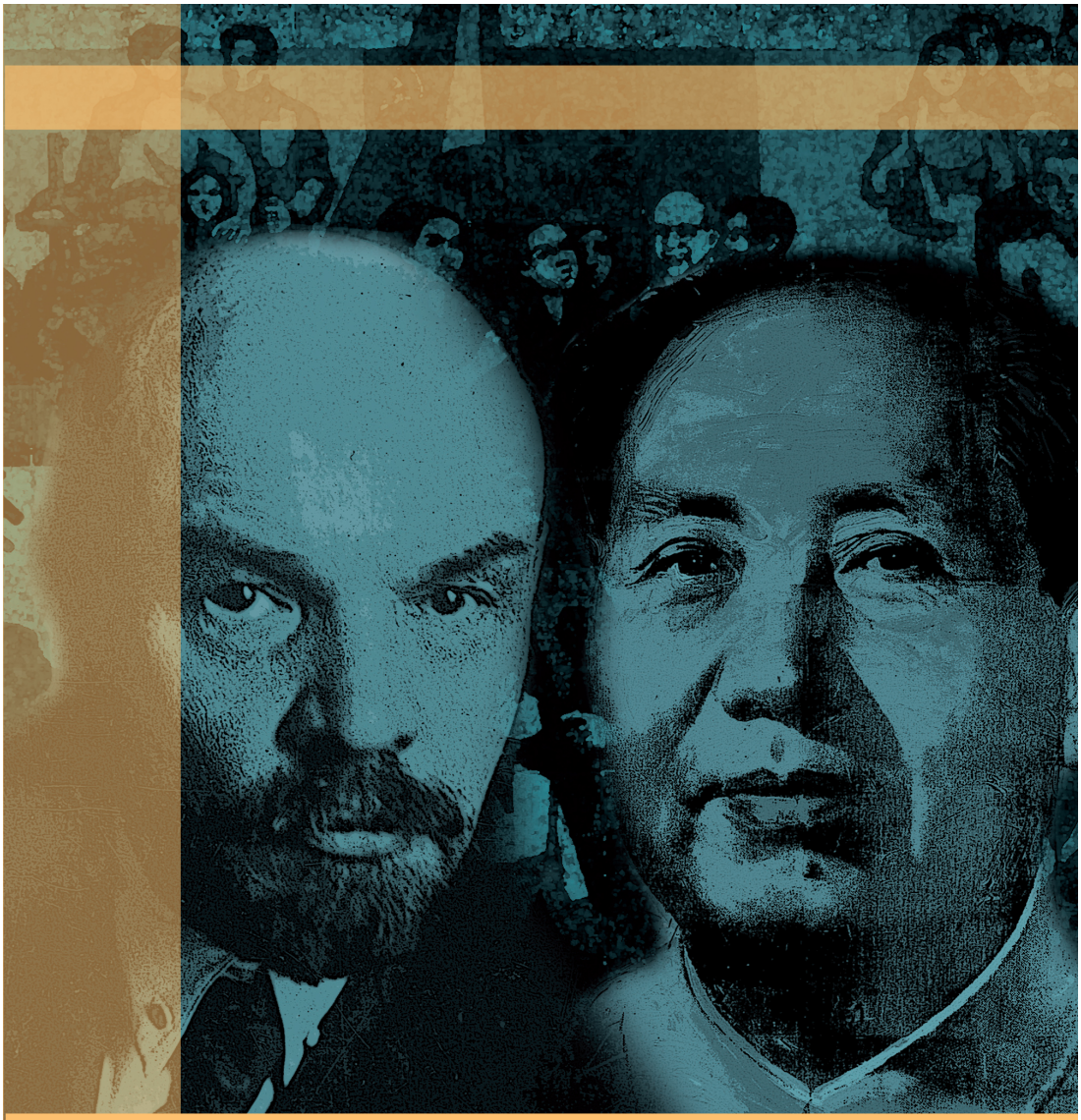

José Sotomayor Pérez

¿LENINISMO O MAOISMO?

¿LENINISMO O MAOISMO?

¿LENINISMO O MAOISMO?

JOSÉ SOTOMAYOR PÉREZ

© José Sotomayor Pérez

Coordinador editorial:
Koldo Perez de San Román
http://www.librosml.blogspot.com

Diseño y Diagramación:
Carlos Moreno Rodríguez
http://www.estudiocaos.com/
info@estudiocaos.com

2009

TABLA DE CONTENIDOS

Prólogo 13

Prólogo a la segunda edición 17

Introduccion 19
Rumbo a Pekin 20
Con el comite permanente del buro politico del C.C. Del PCCH 23
Frente a Mao Tze Dong 24

Capítulo I 33
El Maoismo y la escisión del Partido Comunista Peruano 33
El Partido Comunista Peruano despues de su fundacion 33
La dura prueba del ochenio odriista 36
El discurso secreto de Jruschov 38
Las enseñanzas de Pekin 41
La Escision del Partido Comunista Peruano 43
La «V Conferencia del Pcp (Bandera Roja)» 46
La VI Conferencia Nacional 47
Final del Bloque Paredes-Soria-Ben 48
La Descomposicion Del Grupo «Bandera Roja» 50
La Escision de «Patria Roja» 52

Capitulo II 55
Mao Tse Tung y la Revolución China 55
Mao Tze Dong y las desviaciones de derecha e izquierda en el Partido Comunista de China 56
Del Golpe de Dsunyi al Mito de Yenan 58
En Oposicion a la Internacional Comunista 60
A Proposito del Nuevodemocratismo 63
El Nuevodemocratismo y los Paises Coloniales y Dependientes 71

Apologistas de la Violencia 79
Farisaica Defensa de Stalin 85

Capítulo III 91
El «Socialismo Chino» 91
Las Leyes Fundamentales de la Revolucion y la edificacion socialista 92
El Maoismo y la construccion del socialismo 95
Lo que significa «Poner la Politica al Mando» 103
La Revolucion Cultural 106
El «Socialismo» de Mao Tze Dong 112

Capitulo IV 123
La Politica Exterior de Pekin 123
El Maoísmo y los Países en Vías de Desarrollo 128
La Américа Latína y la Polítíca Exteríor de Pekín 135
Pekín y la tragedía del Pueblo Chíleno 142
De la «Agresíon Cartografíca» a la Agresíon Armada 145
Los herederos de Mao Atízan la Guerra 148
El XI Congreso Del PCCH: «El Poder nace del Fusíl» 153

Capítulo V 159
El «Pensamiento Filosofico de Mao Tse Tung» 159
El Ídealísmo Fílosofíco de Mao Tse Tung 160
La Díalectíca Maoísta 166
La Concepcíon Maoísta de Desarrollo 170
Que Entíende por Practíca el Maoísmo 173

Epilogo 181

Notas 187

A mi madre
Y a mis camaradas de lucha

PRÓLOGO

Durante los primeros años de la década del 60, los pueblos de la América Latina se sintieron fuertemente estimulados en sus luchas con el triunfo de la revolución cubana. Bajo la influencia de la victoriosa lucha armada que derrocó la dictadura de Batista, una serie de grupos de izquierda intentaron repetir en sus países la hazaña de Fidel Castro y sus heroicos compañeros de armas. En tal coyuntura., los dirigentes chinos se lanzaron a la palestra internacional erigiéndose en los apóstoles y abanderados de la violencia revolucionaria y la «guerra popular».

La «línea dura de Pekín», como se denominaba entonces a la postura de los jerarcas maoístas, ganó la simpatía de considerables sectores de la pequeña burguesía, especialmente del estudiantado. Los mismos Partidos Comunistas, se vieron seriamente afectados con la divulgación, en su seno, de las tesis defendidas por el Partido Comunista de China dentro del Movimiento Comunista Internacional.
En el surgimiento de corrientes y grupos maoístas, y su posterior proliferación, ha tenido influencia considerable la sutileza con que Pekín utilizó un lenguaje marxista leninista, que hacía difícil descubrir la esencia real de sus puntos de vista. Además, se apoyó en el prestigio bien ganado de la revolución china, y desplegó una demagogia inaudita en torno a una supuesta defensa de 30 años de dictadura del proletariado en la URSS y de quien la encabezó: J. V. Stalin.

Pekín se presentó como el nuevo centro de la revolución mundial socialista, y reclamó para el Partido Comunista de China el título de nueva brigada de choque del Movimiento Comunista Internacional. Sus llamados encendidos a la unidad de todos los marxistas leninistas y a la defensa de la pureza de la doctrina científica

de Marx y Lenin, no daban lugar a que se sospechara que los dirigentes chinos ocultaban propósitos escisionistas. De aquí que no fuéramos pocos los que nos alineamos con ellos en la polémica que sostuvieron con el PCUS y los demás PPCC. En este libro analizamos aspectos fundamentales del maoísmo a la luz del marxismo leninismo, demostrando que es una corriente ideológica ajena al proletariado. Sus raíces histórico sociales, penetran en el pasado lejano de una sociedad que durante 2 mil años estuvo detenida en su desarrollo por el feudalismo. En última instancia, Mao Tze Dong y su «pensamiento», son el resultado históricamente condicionado de la sociedad china, el producto de un país eminentemente campesino en el cual el desarrollo del proletariado ha sido incipiente, y no ha tenido la fuerza y madurez necesarias para consolidar su poder y rechazar la ofensiva de la burocracia civil militar que hoy gobierna la RPCh.

La aparición del maoísmo en el escenario histórico se ha producido paulatina y sigilosamente, siguiendo un curso ondulante. Se impuso en el PCCh. después de una larga y enconada lucha intestina, que terminó con la eliminación de todos los representantes del marxismo leninismo y el internacionalismo proletario, a los que tildó de «dogmáticos» y «moscovitas». La lucha enérgica que libró la Internacional Comunista contra las diversas tendencias oportunistas, surgidas dentro del PCCh, no logró hacer de este Partido una verdadera vanguardia del proletariado. La concepción utópico reaccionaria que representa el maoísmo, comenzó a imponerse en su seno desde el año de 1935, inmediatamente después de realizada, la. Conferencia de Dsunyi.

De acuerdo a indicaciones de Lenin, tiene importancia decisiva para un Partido Comunista de un país campesino, pequeño burgués, la elaboración de una acertada línea política, que le permita ligarse estrechamente a la clase obrera y movilizar tras de sí al campesinado, sin disolverse en él. Lo ocurrido en China es un ejemplo de lo que necesariamente se produce cuando se olvidan estas indicaciones.
El chovinismo de gran potencia, la repulsa al estudio de los clásicos del marxismo y el menosprecio del internacionalismo proletario, han llevado finalmente a los dirigentes del PCCh a deformar las relaciones de producción socialistas, a socavar la unidad del Movimiento Comunista Internacional y a oponerse a la Comunidad Socialista. La política exterior aventurera y expansionista de Pekín, que ha llegado a sentar como norma el derecho de una gran potencia nuclear a «castigar» a un pequeño y pacífico país como Vietnam, tiene raíces históricas e ideológicas que en este libro se pretende desentrañar.

El autor ha vivido una etapa de intensa actividad política -desde 1960 hasta 1965- bajo la influencia de las posiciones defendidas por el PCCh en el seno del Movimiento Comunista Internacional. El franco abandono, de los dirigentes chinos, de su decantada lucha contra el revisionismo, y su abierta defensa de las actividades contrarrevolucionarias de los revisionistas checoeslovacos, durante los sucesos de 1968, le impusieron la necesidad de rectificar rumbos y someter a un detenido análisis crítico su pasado político. No se trató, sin embargo, de un deslinde personal de posiciones con el maoísmo. Con el autor estuvieron todos sus camaradas de lucha, que durante el año de 1965 se enfrentaron con firmeza a los aventureros ultraizquierdistas que seguían ciegamente las directivas de Pekín, dentro del denominado PC (Bandera Roja). Este libro recoge las cuestiones fundamentales que discutimos con los secuaces de los jerarcas chinos.

Con la publicación de estas páginas queremos hacer una modesta contribución al esclarecimiento político ideológico, de necesidad inaplazable en el país, que fije con nitidez la línea divisoria entre marxistas leninistas y maoístas, revolucionarios proletarios y anarquistas pequeño burgueses; socialismo auténtico y seudo socialismo.

Lima, Abril de 1979.

El autor

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La campaña anticomunista dirigida y financiada por el imperialismo internacional hoy en día centra sus ataques contra la Unión Soviética de Lenin y Stalin, presentando su historia en forma monstruosamente deformada. Para cumplir tan nefasta y reaccionaria labor, cuenta con toda una legión de anticomunistas de diverso jaez que tienen un denominador común: son ante todo y sobre todo antistalinistas rabiosos, casi dementes. Muchos de estos han hecho de Trotsky su ideólogo y guía, y no son pocos los que afirman que el maoísmo es una superación del marxismo leninismo. Repiten sus teorías descabelladas sobre la revolución proletaria y la edificación del socialismo poniendo especial atención en calumniar, difamar e insultar a Stalin.. No son pocos los que han alquilado, hace tiempo, su odio al gran sucesor de Lenin para servir a los dueños del gran capital empeñado en impedir, por todos los medios, la marcha de la humanidad hacia el socialismo, primera etapa de la sociedad comunista.

El anticomunismo ha inventado un gran número de teorías para refutar a la ciencia de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Todas utilizan, hoy en día, la desaparición de la Unión Soviética y del Campo socialista, como un acontecimiento de gran significado histórico que supuestamente sería una prueba de la falencia del marxismo leninismo. En esta campaña es utilizado el maoísmo, especialmente las criticas de Mao Tzedong a Stalin, críticas que se conocieron durante la «revolución cultural proletaria» dirigida por el líder chino, y que han servido para que surja todo un movimiento internacional que se declara «maoísta». Afirman sus partidarios y militantes que su doctrina surgió y se derivó necesariamente de las críticas de Mao Tze Dong al «metafìsico Stalin».

Los marxistas leninista no podemos admitir que esa mentira siga circulando sin ponerla al desnudo y rechazarla, por falsa y dañina para el movimiento revolucionario proletario, marxista leninista. Quiérase o no atribuirle errores políticos e ideológicos a Stalin, vengan de donde vengan, no hacen sino contribuir a la actual campaña anticomunista que hoy tiene un nombre: antistalinismo.

El libro que entregamos al lector es una modesta contribución a un deslinde ideológico con el maoísmo desde posiciones marxistas leninista, porque consideramos que es de necesidad inaplazable para unificar el movimiento revolucionario proletario en cada país y en todo el mundo.

Lima, Abril de 2009.

El autor

INTRODUCCION

Las contradicciones surgidas en el seno del Movimiento Comunista Internacional después de la muerte de Stalin, fueron agudizándose gradualmente hasta adquirir carácter antagónico al inicio de la década del 60. El carácter de principio de las cuestiones discutidas, no permitieron a ningún Partido Comunista ponerse al margen de la polémica.

En febrero de 1963, después de un mes de «veraneo» en la Colonia Penal del Sepa, me encontraba por tercera vez en la tétrica isla del Frontón junto con otros dirigentes de izquierda, muchos de ellos militantes del PCP, traídos de los distintos departamentos del país. Fue en esas circunstancias que las noticias del exterior, publicadas por los diarios, hicieron conocer el punto crítico a que habían llegado las divergencias chino-soviéticas. A partir de entonces la sorda lucha interna del PCP se tornó virulenta. En el XVIII Pleno del C. C., realizado 8 meses después, se definieron las posiciones: la mitad de este organismo se identificó con los puntos de vista del PCUS y la otra mitad con los del PCCh.

El sectarismo, la intransigencia y la fobia anti China de quienes hicieron suyas las posiciones defendidas por Moscú, me llevaron al convencimiento de que era necesario viajar a Pekín para cambiar ideas con los dirigentes chinos en torno a la conveniencia de romper con el sector jruschovista del PCP e impulsar el surgimiento de un Partido hermano del PCCh.

Las gestiones realizadas para conversar con los líderes del PCCh dieron resultados rápidos y satisfactorios. A mediados del mes de noviembre del mismo año de 1963 se me comunicó que Pekín me esperaba. No había tiempo que perder. A los pocos días levanté vuelo hacia la RPCh, con la decisión de no volver sin antes haber llegado a un cabal entendimiento con mis anfitriones. Tenía la seguridad de que de ese entendimiento dependía en gran medida el futuro del movimiento

revolucionario en el país. El tiempo se encargaría de desbaratar tan apresurada e infundada convicción.

RUMBO A PEKIN

Cuando en 1959 visité la RPCh por primera vez, no tuve oportunidad de conocer ni escuchar a Mao Tze Dong. Sólo pude verlo de lejos, presenciando el gran desfile realizado en Pekín, con motivo de la celebración del 109 aniversario de la Revolución China. Desde la tribuna presidencial saludaba, con la mano derecha en alto, a una gran multitud congregada en la plaza Tien An Men.

La mañana del 14 de noviembre de 1963, ya en pleno vuelo con destino a Pekín, rememoré los 5 meses que durante el segundo semestre de 1959 residí en China. Confieso que fui embargado por una fuerte emoción al pensar que pronto me encontraría nuevamente allí. Esta vez sí conversaré con el Presidente Mao, repetía una y otra vez, en monólogo silencioso. Para mí él era el continuador indiscutible de Marx, Engels, Lenin y Stalin, y no podía ni debía perder la oportunidad de verlo de cerca, abrazarlo y escuchar sus sabios consejos. Atrás quedaban las frenéticas luchas intestinas del PCP; lejos los enfrentamientos furiosos y las agrias recriminaciones. Adelante vislumbraba una luminosa perspectiva: el surgimiento de un partido proletario de nuevo tipo en el Perú, entroncado a un movimiento comunista marxista leninista, continuador de las heroicas tradiciones de la Internacional Comunista. Desde lo más profundo de mi conciencia surgió la decisión inquebrantable de contribuir con mi propia vida a la realización de tan grande tarea histórica.

Junto a mí, el rubicundo y regordete galeno que me acompañaba no dejaba de fumar. Estoy seguro que desde entonces urdía planes fraccionales y hacía el recuento de quienes podían acompañarlo en sus aventuras conspirativas. Típico ventajista, no le importaban los problemas que en esos momentos se discutían en el seno del Movimiento Comunista Internacional; su única aspiración era conseguir «relaciones».

Después de breves escalas en Curazao y Lisboa, llegamos a Zurich el 16 de noviembre. Al día siguiente, a primera hora, tomamos el tren con destino a Berna. Cruzando parte de la pequeña Suiza en ferrocarril, pude apreciar la belleza de su paisaje, sus campos bien cultivados y el elevado nivel de su industrialización. Suiza se me presentó como un país capitalista altamente desarrollado, con una apariencia de total tranquilidad.

Una vez que llegamos a Berna y después de instalarnos en un hotel adecuado y

módico, nos pusimos en marcha a la Embajada China. Se nos recibió con gran amabilidad, y después de una breve espera en la antesala, vimos al embajador en persona salir a nuestro encuentro. De porte mediano, vestido a la occidental, muy amable y con aires de profesor, nos rogó que pasáramos al salón principal. Mediante su intérprete —joven a quién conocí en China el año de 1959— nos hizo saber que Pekín nos esperaba y que nuestro viaje debía realizarse lo más pronto posible.

Después de una semana de obligada espera, reanudamos nuestro largo viaje. Toda la documentación necesaria para llegar a Pekín nos fue entregada por el traductor de la Embajada.

Era la última semana de noviembre cuando tomamos el ferrocarril a Ginebra, ciudad desde la cual partimos por vía aérea a Pekín, siguiendo la ruta que pasa por Egipto, Irán, Pakistán y Birmania. En lo posterior, ésta sería la vía utilizada por los que, desde el país, viajaron a la RPCh evitando, por razones obvias, el itinerario con escala en Moscú.

Una vez más sentí el despegue vertiginoso del jet y de nuevo me vi volando a gran altura, con el pensamiento clavado en mi meta: Pekín. Atrás quedó Europa; sobrevolando el Mediterráneo el avión hizo escala en el Cairo; poco después llegó a los cielos del Medio Oriente y aterrizó en Teherán; siguió su ruta y llegó a Karachi. Pasando de largo la India llegarnos a Daca, ciudad de Pakistán oriental en ese entonces, y seguimos viaje a Birmania. En Rangún nos esperaban 3 miembros de la Embajada China, encargados de darnos las orientaciones necesarias para continuar viaje a Pekín.

Cinco cansados días duró nuestra espera en Rangún —conglomerado de casas, sin plano urbano— antes de reemprender viaje a Pekín, en un avión Iliushin de fabricación soviética. Una vez que ingresé a la nave aérea me sentí como en territorio chino, a salvo de cualquier provocación, seguro de que mi misión se cumpliría a cabalidad.

Un día claro y de sol intenso llegamos a Kunming, capital de la provincia de Yunan de la inmensa República Popular China. Nos recibió el mismo responsable del Comité del Partido, hombre de mediana estatura, robusto y enérgico, de unos 40 años aproximadamente, vestido con el clásico «uniforme» Chino. El brindis que hizo en el almuerzo fue muy revelador: «todos los marxistas leninistas del mundo —dijo— debemos unirnos férreamente contra los revisionistas jruschovianos».

Kunming es una ciudad extraordinariamente bella. Recostada a orillas del lago Dianchi, tiene una Población que supera el millón de habitantes y cuenta con una industria próspera. En sus afueras los Monjes budistas tuvieron la paciencia e

intrepidez de labrar al borde de una montaña granítica, cortada a pico, todo un laberinto de cuevas, pasajes, escalinatas y altares. Un lugar nada recomendable para quienes sufren de vértigo de altura.

Un solo día permanecimos en la capital de Yunán. Se nos despidió con una velada teatral en la cual se presentó la Opera de Pekín, que la «revolución cultural» prohibiría poco después. Al día siguiente continuamos viaje, haciendo escala en Chunkín y Sían, si la memoria no me traiciona. En todas partes se respiraba el aire anunciador de la «gran revolución cultural proletaria». Toda literatura no «antirrevisionista» había sido eliminada y el 90% de los libros que se exhibían eran obras de Mao Tze Dong. No se veía mujeres con faldas ni trenzas, y el «uniforme» azul estaba generalizado a lo largo y ancho del extenso país.

A finales del mes de noviembre, siendo las 8 la noche, más o menos, se nos anunció que el avión sobrevolaba la ciudad de Pekín. Abajo se percibía una ciudad poco iluminada, gran parte de ella sumida en la oscuridad. Unos minutos más y ya estábamos aterrizando. Nos esperaban 2 dirigentes chinos, sin contar al traductor. No bien bajamos del avión, vi que Li, el profesor de «Frente Único» a quien conocí en 1959, se acercaba a mí exclamando: ¡Nos volvemos a encontrar! ¡Estamos juntos en la lucha contra el revisionismo! Chen, el traductor, sonreía alegre y lleno de optimismo. Después de un rápido intercambio de saludos y abrazos nos dirigimos hacia el automóvil de color negro que nos esperaba. Al poco rato nos encontrábamos en «casa», el amplio local donde residí 5 meses el año de 1959.

Esa noche concilié el sueño difícilmente. ¡Había llegado a Pekín, la meta soñada durante los últimos meses! En cuanto a la misión que traía, no había ningún problema, ya que los dirigentes chinos la conocían bien. Por la conversación que en el trayecto del aeropuerto a «casa» tuve con Li, resultaba claro que Pekín apoyaría cualquier paso que quisiéramos dar en la escisión del PCP. Recordaba sus palabras: la lucha contra el revisionismo es frontal y no admite conciliaciones.

Como el viaje fue largo y agotador, se nos propuso un programa de descanso, antes de comenzar nuestro trabajo. Una vez más estuve en la Gran Muralla, el Parque Beijai, el Templo del Cielo, el Museo Militar y otros lugares. Visitamos 2 comunas populares, en las que se trató de convencernos que no era cierto que alguna vez se hubiera cooperativizado las parcelas personales de los campesinos y su ganado menor.

CON EL COMITE PERMANENTE DEL BURO POLITICO DEL C.C. DEL PCCH

El invierno se anunciaba en Pekín con un frío que me parecía extraordinariamente intenso. Corrían los primeros días de la segunda semana del mes de diciembre y sentía la necesidad de que las cosas marcharan con mayor prisa en Pekín. Una tarde, a la vuelta de uno de tantos paseos, se nos anunció que debíamos prepararnos para una entrevista con los dirigentes del PCCh.

El reloj marcaba las 9 de la noche cuando llegamos al Palacio de los Pueblos en la Plaza Tien An Men. Parado en el dintel de un gran portón, nos esperaba Teng Hsiao ping, sonriente y amable. Ingresamos a un salón amplio y alfombrado, en el cual ya se encontraban los demás miembros del Comité Permanente del Buró Político del Comité Central del PCCh. Entre ellos reconocí rápidamente a Pen Cheng. Eran 8 en total, fuera del traductor. Se sentaron frente a nosotros: yo y mi acompañante, Cantuarias.

Desde un principio pude apreciar la personalidad fuera de lo común de Teng Hsiao ping. Pequeño de frente amplia, ojos menudos y mirada penetrante, era él quien manejaba el asunto a su modo; los demás parecían simples convidados de piedra. No abrieron la boca ni una sola vez.

Sin preámbulos de ninguna clase, Teng fue directamente al tema. Poniendo la mano izquierda sobre un block de papeles puestos sobre la mesa y mirándome fijamente, dijo que tenía la traducción del discurso que pronuncié en la Conferencia de los 81 PPCC, realizada en Moscú en 1960.

— Para haber hablado como Ud., había que ser muy valiente, dadas las condiciones reinantes en esos momentos, dijo Teng Hsiao ping. Hizo una pausa y continuó: esta es una garantía para nosotros, y por eso hemos creído conveniente conversar con ustedes con plena confianza y seguridad.

Después de escuchar la breve intervención que hice sobre la situación interna de nuestro Partido, llegamos a la conclusión, junto con los dirigentes chinos, de que había que agrupar a todos los comunistas opuestos al jruschovismo en una organización partidaria distinta al viejo PCP, la que recibiría todo el apoyo necesario del PCCh. Teng Hsiao ping, hizo hincapié en el carácter antagónico de la contradicción entre marxistas leninistas y revisionistas jruschovistas.

Dos días después nos volvimos a encontrar con los miembros de la Comisión Permanente del Buró Político del Comité Central del PCCh; esta vez alrededor de una mesa servida en la mejor forma. El entonces secretario general del PCCh permitía hablar a los demás, pero siempre en torno a las cuestiones que él planteaba. Hom-

bre de pocas palabras y a veces cortantes respuestas, no dejó de ser cordial y hasta amable en su trato. En determinado momento le pregunté qué opinión tenía sobre «la lucha contra el culto a la personalidad». La respuesta no se dejó esperar:

— Es un disparate, una provocación. No puede haber movimiento revolucionario sin jefe, y sería una verdadera locura propiciar la lucha contra él dentro de las propias filas revolucionarias.

Insistiendo sobre el tema de las personalidades en la historia le pregunté cuál le parecía el jefe revolucionario mejor dotado. De nuevo la respuesta fue tajante:

— ¡Mao Tze Dong!, sólo Lenin puede compararse a él, afirmó rotundamente Teng.

Sentía inquietud por conocer su opinión personal sobre el sucesor de Lenin, y le espeté: ¿y Stalin? Su respuesta fue evasiva:

— Cruzó el río penosamente, pero al llegar a otra orilla casi se lo lleva la corriente, afirmó Teng.

Posteriormente he escuchado a varios dirigentes chinos emitir juicios parecidos, los mismos que armonizan con la floja defensa que han hecho de Stalin contra los ataques frontales de Jruschov.

De vuelta a «casa» recapitulé lo conversado con los líderes chinos. Volvían a mi memoria los gestos y palabras de Teng Hsiao ping. Estaba claro que se trataba de un jefe nato. Detrás de su figura diminuta y rengueante se ocultan una fuerte personalidad y un talento extraordinario. Ya lo había visto en el Salón de San Jorge, en el Kremlin, defendiendo enérgicamente las tesis del PCCh en polémica frontal con el 90% de los Partidos Comunistas de todo el mundo. Antes de leer su discurso, anunció con toda tranquilidad que las circunstancias lo habían obligado a cambiar el contenido de su intervención. A su lado Liu Shao chi parecía un inofensivo y cariñoso abuelito.

FRENTE A MAO TZE DONG

Faltando un día para nuestro retorno se nos comunicó que debíamos prepararnos para salir a las 8 de la noche, con el fin de que pudiéramos cumplir nuestro deseo de ver al Presidente Mao Tze Dong. Declaro que mi alegría fue grande. Hacía tiempo que anhelaba conocer de cerca y conversar con el gran líder asiático. La larga historia de la revolución china está ligada estrechamente a su nombre, a tal punto que es imposible abordar su estudio prescindiendo de la vida y obra de Mao.

La «chaika» paró frente a la escalinata del Palacio del Pueblo. El profesor Li, nuestro acompañante, nos hizo algunas recomendaciones:

— No es necesario abrazar al Presidente Mao, es suficiente darle la mano sin acercarse mucho; además, la conversación debe ser breve; él ya está enterado de todo.
Ingresamos silenciosamente a una pequeña antesala y nos disponíamos a tomar asiento cuando vimos que Mao se encontraba parado al fondo de una habitación contigua. Alto, robusto de tez tostada y frente despejada, nos miraba con ojos escrutadores. Fuimos a su encuentro rápidamente y sin cambiar palabras le estrechamos las manos. No había en ese momento traductor a nuestro lado, de modo que cualquier palabra estaba por demás. Con un ademán nos indicó que pasáramos al salón siguiente: habitación amplia, estaba alfombrada y fuera de 6 sillones, una mesa de centro y una pantalla de pie, no tenía más muebles.
A la derecha de Mao se sentó Li Sien Nien; a su izquierda el traductor Chen; yo quedé frente a Mao y Cantuarias a mi derecha. Después de un breve silencio presenté mi saludo respetuoso al Presidente, subrayando que constituía para nosotros un gran honor conocer y escuchar al continuador de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Mao sonrió y con voz pausada señaló que la comparación no era muy justa y que, además, se sentía viejo y que sus conocimientos iban escaseando.
Sabedores de que Mao era un gran fumador, le llevamos de obsequio un cenicero de plata, con una parada al borde, como adorno. Al entregarle, dije que era un modesto presente de los comunistas marxistas leninistas peruanos. Mao nos dio las gracias y le indicó al traductor que recibiera el obsequio. Señalando con el índice el auquénido me preguntó qué animal era, y después de escuchar nuestra breve exposición nos dijo que le encontraba muy parecido al camello.
El auquénido nos condujo directamente al planteo de algunas consideraciones en torno a la situación de nuestras masas campesinas y el atraso y dependencia del país. Mao escuchaba con atención; No hacía interrupciones. Cuando terminó mi intervención, dijo con calma:
— Los asiáticos, africanos y latinoamericanos tenemos un pasado muy parecido y una situación semejante. Hemos sufrido la explotación y opresión de los blancos. Por eso, siempre debemos estar juntos.
Chen, el traductor, se puso en apuros después de haber pronunciado la palabra «blancos», y rectificándose dijo rápidamente «imperialistas». Pero era claro que Mao había dicho realmente «blancos».
No conocemos muy bien la situación y la realidad de la América Latina, continuó Mao Tze Dong, y volteando la mirada hacia Li, agregó: los camaradas responsables de la Sección Latinoamericana no se esfuerzan por ampliar y profundizar sus movimientos sobre la realidad de los países de ustedes.
Li sonrió, y con una mirada suplicante me hizo comprender que me tocaba decir

algo en su favor.
— Es posible que su conocimiento no sea completo — repliqué a Mao — pero por las conversaciones que tenemos con ellos, vemos que están informados de la situación actual de la América Latina. Mao calló y me miró con sus ojillos burlones, con cierta alegría en el rostro. Me pareció que esperaba este reconocimiento de parte nuestra.
Insistiendo en la situación de los países de la América Latina, África y Asia, Mao Tze Dong señaló que en ellos los pueblos tenían que seguir necesariamente el camino revolucionario que va del campo a la ciudad, como en la revolución china.
— La guerra se aprende haciendo la guerra, sentenció Mao. Y prosiguió: algunos creen que es muy difícil el alzamiento de los pueblos a la guerra popular, y otros piensan que ésta puede ser la chispa que encienda la hoguera de la tercera guerra mundial; se olvidan del ejemplo cubano. Con ¿cuántos hombres se levantó Fidel Castro?, preguntó dirigiéndose al traductor. Este un tanto sorprendido y tartumudeando respondió: 12, no 15, si 15, 15.
— ¿Ya ven? —prosiguió Mao— así se puede comenzar una guerra popular; no es difícil. ¿Quieren ustedes hacer la guerra? Es cuestión de decidirse.
— Una de las cuestiones principales que nos identifican con el PCCh — contesté — es precisamente el rechazo de la vía pacífica. Consideramos que en nuestro país la toma del poder tendrá que hacerse necesariamente a través de medios armados, y en lo fundamental siguiendo el camino recorrido por la revolución china. Somos un país con una población mayoritariamente campesina sometida a la servidumbre.
Mientras escuchaba la traducción, Mao iba aprobando con la cabeza, con sus ojos sonrientes fijos en mí. Vestía su uniforme clásico, color gris claro; los pantalones bastante suspendidos sobre los muslos permitían ver los remiendos en los talones de sus medias. Fumaba incansablemente, cigarrillo tras cigarrillo.
— La vía pacífica es un invento de los viejos revisionistas. Los de ahora quieren presentar la Revolución de Octubre como una insurrección incruenta. ¿Quizá los 3 años de guerra civil revolucionaria no son parte de la Revolución Rusa?, hizo una pausa, esperando que el traductor hiciera su trabajo.
Pese a su enorme autoridad y prestigio, descubrí que con Mao se podía conversar en pie de igualdad. Flexible, dotado del don de saber escuchar con paciencia, no le oímos ni una sola respuesta tajante, de esas que suenan a fallo inapelable. De aquí que me sintiera mil veces más cómodo que frente a Teng Hsiao ping.
— ¿Han leído nuestros comentarios a la Carta Abierta del PCUS?, nos preguntó.

— Sí camarada Mao Tze Dong —contesté— y consideramos que su estudio es de importancia decisiva para conocer la esencia de los problemas que hoy en día se discuten dentro del Movimiento Comunista Internacional.

— Han sido elaborados por un equipo de camaradas y son producto de un trabajo colectivo; aclaró Mao, y agregó: ahora estamos preparando un Comentario que se ocupará de nuestro supuesto trotskismo. En él se verá quienes son los verdaderos trotskistas; conocemos la historia de Jruschov.

Nos refirió que los dirigentes del PCUS le habían pedido un cese de la polémica, pero que les había respondido que el PCCh tenía derecho a contestar todos los ataques que se le había hecho. Sonriente comentó: la parte soviética dice que esto no es posible porque cada comentario nuestro equivale a un centenar de los artículos escritos por ellos.

Finalmente tocamos el problema que nos había llevado hasta Pekín. Mao Tze Dong nos dio a conocer que estaba informado de todos los aspectos tratados con la Comisión Permanente del Buró Político del Comité Central y que les había dado su conformidad. A continuación hizo algunas consideraciones en torno a las dificultades que estaba atravesando el pueblo chino, a causa de «las represalias de los revisionistas soviéticos», aclarando que pese a todo China cumpliría su deber internacionalista, dando un apoyo decidido a todos los revolucionarios del mundo.

Después de escuchar nuestras palabras de reconocimiento, Mao nos invitó a que posáramos junto a él para ser fotografiados. Se puso de pié con ayuda de una joven vestida de guardapolvo blanco. Ya se percibía el efecto de los años en su salud; su caminar era lento y se apoyaba en los hombros de la muchacha.

A la despedida nos acompañó hasta el portón exterior del Palacio de los Pueblos. Soplaba un vientecillo helado y caía una fría garúa. Desafiando la intemperie, Mao, sin gorra ni abrigo me condujo del brazo hasta afuera. Nos dimos un abrazo mudo de adiós y bajé lentamente la escalinata, seguido por Cantuarias que no abrió ni una sola vez la boca durante la conversación. De regreso a «casa», mientras el automóvil avanzaba por las desiertas calles de Pekín, se reproducían en mi mente todas las incidencias de la conversación. En ella quedó sellado el destino del PCP: las dos corrientes surgidas dentro del Movimiento Comunista Internacional se reflejarían en su seno con tal fuerza que lo partirían en dos, con mi participación directa y protagónica.

Tratar de volver las cosas hacia atrás era imposible. Los dirigentes chinos estaban decididos a llevar las discrepancias hasta sus últimas consecuencias. En sus posiciones ya se percibía un nacionalismo agresivo que nada tenía que hacer con la «defensa de la pureza del marxismo leninismo». Habían pasado los tiempos en

que reconocían y agradecían «la ayuda desinteresada de los hermanos mayores, los camaradas soviéticos». Ahora la negaban en redondo, sosteniendo que les vendieron maquinaria anticuada o precios elevados, y que les habían cobrado hasta el valor de las armas con las cuales los voluntarios chinos rechazaron a los imperialistas yanquis en Corea del Norte.

Cumplida nuestra misión en Pekín, preparamos el retorno. La víspera del viaje, Lin, acompañado del infaltable traductor, nos invitó a dar una vuelta por el centro de Pekín. Nos metimos por callejas estrechas y poco iluminadas, donde las casitas solo tienen planta baja. Era la primera vez que veía este pedazo del viejo Pekín, casi intransitable por la cantidad de peatones que circulan de un lugar a otro. Después de dar algunas vueltas, Lin encontró el restaurant que buscaba. Entramos, y nos ubicamos en un altillo donde se podía conversar tranquilamente.

Mientras devorábamos con apetito un pato laqueado y algo parecido a nuestros anticuchos, Lin arremetía sin piedad contra los «revisionistas soviéticos»:

— Ellos eliminaron a Stalin, pero no tenemos pruebas. Se han dedicado a flagelar su cadáver. La lucha contra el culto a la personalidad es una vil intriga. ¿Por qué no luchan contra el culto a Jruschov? Hacen todo lo contrario, lo levantan hasta las nubes, y ahora resulta que el teniente Jruschov fue el verdadero Jefe Supremo del pueblo soviético en la guerra contra el fascismo.

Lin fue implacable con Jruschov:

— Es un trotskista que se infiltró en el Partido Bolchevique, y su Informe Secreto lo hizo plagiando el libro escrito por el renegado y traidor Alejandro Orlov, que en plena guerra civil española se pasó al enemigo. Nada nuevo ha dicho Jruschov; si ustedes leen el libro de Orlov encontrarán todo lo que se dice en el tristemente célebre «Informe Secreto», al que habría que llamarle «Informe Orlov».

—¿Qué titula el libro de Orlov? inquirí. Lin calló un momento. Habló algo con el traductor después de ponerse de acuerdo con él dio la siguiente respuesta:

—No tenemos la obra en español. En todo caso si es que existe y lleva el mismo título que el inglés debe llamarse algo parecido a «Los asesinatos de Stalin».

La conversación se interrumpió brevemente. Sentimos la necesidad de beber algo, y Lin pidió vino. Sirvió las copas y luego hizo un brindis:

—Por la salud de ustedes camaradas, por un retorno sin problemas y porque alcancen un triunfo completo en su próxima Conferencia.

Contestamos sus palabras agradeciendo la atención especial que nos habían dispensado los dirigentes chinos y el Presidente Mao en persona, quien debía estar seguros de que no defraudaríamos sus esperanzas de tener en nosotros a firmes camaradas antirrevisionistas.

Lin nos recordó que al día siguiente debíamos viajar y acto seguido nos propuso que volviéramos temprano. Nuestra misión en Pekín estaba terminada.

Una mañana de sol intenso y límpido cielo añil, partimos del aeropuerto de Pekín con destino a la patria. Antes de nuestro arribo al avión, en una discreta y reservada sala de espera, Lin y otro dirigente chino, bajito y regordete, nos dieron los últimos consejos: la Conferencia debía seleccionar rigurosamente a los asistentes; no debían ser numerosos; en todo comienzo esto es perjudicial; lo importante es calidad de los delegados, su trayectoria y su firmeza. ¡Magnífico consejo que por desgracia olvidamos al llegar al país!

Llegamos a París cuando expiraba el año de 1963. Corrían los últimos días de diciembre y la capital francesa vivía un ambiente navideño; las primeras nevadas comenzaban a cubrir la ciudad. Desde nuestra salida de Lima, habían pasado cerca de 30 días, y era preciso apurar el retorno. Los nuestros nos esperaban para definir posiciones frente al grupo encaramado en la dirección del PCP.

Inmediatamente después de mi llegada, promoví una reunión con los camaradas de mayor confianza dándoles a conocer los resultados de mi viaje. Resultó claro para todos que lo que correspondía era llevar adelante la Conferencia acordada en Pekín, en la que se debía expulsar a todo el grupo jruchovista y elegir una nueva dirección nacional del PCP. Después de un breve cambio de opiniones, señalamos fecha para su realización, encomendándome la elaboración del Informe Político. Todo lo demás es historia conocida: la IV Conferencia Nacional del PCP (Bandera Roja), Conferencia de escisión del PCP, se realizó entre el 18 y 19 de enero de 1964. Estos son los hechos objetivos que condujeron a la escisión del PCP el año de 1964. Este es el proceso real de esa escisión que algunos falsificadores de oficios y perversos mentecatos han presentado como un «operativo policial».

Una cosa es cierta y debe quedar bien clara: nuestra participación en los hechos expuestos obedeció a convicciones profundamente sentidas. Teníamos la absoluta seguridad de que no había otra manera de forjar un Partido Comunista realmente marxista leninista, revolucionario proletario. Al PCCh nos acercó la defensa que decía hacer del pasado de la URSS y del sucesor de Lenin. Nunca estuvimos dispuestos a aceptar como ciertas las viejas patrañas propaladas por la burguesía y el trotskismo contra la gran experiencia de la primera dictadura del proletariado. Siempre nos repugnaron las mentiras venenosas fabricadas para desprestigiar a los continuadores de Lenin. Durante los largos años de nuestra formación revolucionaria, Stalin caló en lo más profundo de nuestra conciencia.

Acontecimientos posteriores a la IV Conferencia del PCP (BR), nos fueron enseñando que las tesis defendidas por el PCCh en su polémica con el PCUS y los demás

PPCC, ya contenían un maoísmo larvado que con el tiempo desarrolló monstruosamente devorando todo lo que de marxismo leninismo había en el partido de los comunistas chinos. Ante nosotros se presentó, pues, un dilema: seguir en una misma trinchera con el PCCh, pese a los cambios radicales de su línea general y su apostasía del marxismo leninismo, o deslindar campos con él, haciendo una crítica argumentada del maoísmo desde su origen, señalando sin vacilaciones su rol en la escisión del PCP. Sin pensar dos veces escogimos esta última alternativa. He aquí el porqué de los capítulos que a continuación entregamos al lector.

De izquierda a derecha Emiliano Huamantica Salinas,el autor (Jose Sotomayor Perez) y Aurelio Therán Solis en su viaje de retorno de Pekin a fines de 1959.

Un año antes de la escisión del PCP: el presidium del IV Congreso Nacional.

CAPÍTULO I

EL MAOISMO Y LA ESCISIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA PERUANO

El mes de enero de 1964, dirigentes nacionales y delegados de Comités Regionales del PCP, identificados con las posiciones político ideológicas defendidas por el Partido Comunista de China (PCCh) dentro del Movimiento Comunista Internacional, llevaron a cabo su "IV Conferencia Nacional", como consecuencia de la cual el Partido que fundó José Carlos Mariátegui resultó escindido. Tan ingrato suceso debe ser visto y analizado objetivamente, sin arrebatos que sólo sirven para enceguecer. Únicamente así se podrá extraer enseñanzas que ayuden a fortalecer y cohesionar el movimiento obrero revolucionario.

EL PARTIDO COMUNISTA PERUANO DESPUES DE SU FUNDACION

Desde el mismo instante en que un Partido de la clase obrera queda constituido y comienza su actividad revolucionaria, debe precaverse de dos desviaciones posibles: la de "izquierda" que lo convierte en una secta divorciada de las masas trabajadoras, y la de derecha que lo castra y convierte en defensor de los soportes básicos de la sociedad de clases.

El PCP, no pudo evitar la fase de "izquierdismo" por la que han pasado casi todos los partidos proletarios, inmediatamente después de su fundación. Ya decía Marx que el trabajo político de teóricos revolucionarios, poco o nada vinculados con las masas trabajadoras, es un fenómeno característico de los primeros pasos de la

lucha de clases del proletariado en cualquier país, y que el sectarismo y el "izquierdismo" constituyen "la infancia del movimiento proletario, de la misma manera que la astrología y la alquimia son la infancia de la ciencia" (1).

La infancia del PCP duró cerca de un decenio, etapa en la cual sus dirigentes se propusieron instaurar repúblicas quechua y aymara y un sistema estatal soviético en el país. Tenían la seguridad de que la revolución socialista estaba a la vuelta de la esquina. En esta forma se manifestaba el radicalismo de la pequeña burguesía infiltrada en el PCP. Esta confunde la realidad con sus propios deseos.

Con motivo de las elecciones generales de 1939, el grupo dirigente del PCP hizo un viraje de 180 grados. Capitulando ante la presión de la burguesía, dio espaldas a su "izquierdismo" y se puso al servicio de la candidatura de don Manuel Prado Ugarteche. Desde entonces proviene la tendencia de ciertos dirigentes del PCP a echar raíces en el actual sistema social y convertir al Partido en un organismo "legal" con casa propia, como máxima aspiración.

El derechismo, encaramado en la dirección nacional del Partido sufrió un duro golpe con la expulsión de Ravines y sus seguidores. Pero al no haber sido extirpado radicalmente, pronto hizo su reaparición amparándose en la política de unidad nacional antifascista, aplicada por todo el Movimiento Comunista Internacional después de la agresión nazi a la URSS. El alineamiento del Gobierno de Manuel Prado con las naciones aliadas en la II Guerra Mundial, unilateralmente enfocado, condujo al Partido a posiciones típicamente reformistas y capituladoras desde antes de la aparición del browderismo en el movimiento obrero internacional. No es difícil verificar este hecho histórico. Los documentos de la I Conferencia Nacional y los pronunciamientos del PCP durante los años de 1941-1944 son instrumentos probatorios irrefutables. El gobiernismo del órgano "Democracia y Trabajo" salta a la vista.

La obra de E. Browder, titulada "Teherán, nuestra senda en la guerra y la paz", sirvió para que el oportunismo de la dirección del PCP tomara un carácter definidamente revisionista. Hizo la defensa abierta de la colaboración de clases, en formulaciones tan opuestas al marxismo leninismo como las siguientes: "El incremento de la producción beneficiará tanto a la burguesía como al proletariado y depende del acuerdo y la colaboración entre ambas clases". "Esta línea ha dejado de ser una línea de clase en el antiguo sentido de la palabra". "La política de unidad nacional consiste en la unión de todas las fuerzas democráticas y progresistas, sin exclusión alguna, desde comunistas hasta conservadores". "A la política internacional entre el mundo capitalista y el mundo socialista deberá corresponder una política de colaboración entre la burguesía y el proletariado". "Toda apreciación que niega

la base popular del pradismo es falsa. Asimismo pretender organizar la Unidad Nacional sin el pradismo es hacer el juego a la reacción pro-nazi". "Independientemente de sus vinculaciones partidarias, los obreros tienen en conjunto la tarea histórica de luchar por una alianza con la burguesía". "El Partido Aprista Peruano, hoy Partido del Pueblo en su conjunto es una fuerza popular, democrática y progresista que puede y debe formar parte de la Unidad Nacional" (2).

El II Congreso del PCP, realizado en marzo de 1946, no hizo una autocrítica marxista leninista de la desviación browderiana, limitándose a señalar en su X conclusión que «la unidad nacional que propiciamos hoy, debe superar los errores y debilidades que en su aplicación cometieron ciertos camaradas y determinados organismos de nuestro Partido» (3).

Este abandono del arma de la crítica y la autocrítica, que equivale a un ocultamiento de los errores cometidos, repercutió desastrosamente dentro de la organización partidaria. De hecho la militancia fue puesta frente a un compromiso concertado desde arriba con el browderismo, no pudiendo en tal situación estimularse la iniciativa y el dinamismo de los cuadros. Esto era imposible en un ambiente malsano, propicio para el surgimiento de una serie de tendencias en las filas del PCP.

Para tener una idea clara de lo que el browderismo significó en el PCP, hay que tener presente que los «abandonos revisionistas», que se presentan bajo diferentes formas y matices, no obedecen a la casualidad, no son simples errores de personas o grupos. Lenin enseña que «no se puede aclarar por completo un error político si no se buscan las raíces teóricas de quien comete ese error, partiendo de determinadas posiciones conscientemente aceptadas por él» (4).

La influencia de la ideología burguesa y la penetración del revisionismo encontraron terreno abonado en el PCP. Excepción hecha del trabajo de preparación y esclarecimiento ideológico realizado por su fundador, el Partido estuvo pobremente pertrechado de teoría. Hubo un claro menosprecio del trabajo teórico y por este motivo se ha venido pagando un alto tributo de errores y desviaciones. La incapacidad de elaborar una política científicamente argumentada, puso al Partido a merced de cualquier revisionismo de moda, sin permitirle un impulso enérgico de las acciones de masas desde posiciones definidas de clase. Y de este modo, la misión de organizador, educador y auténtica vanguardia revolucionaria del PCP, se hizo imposible.

De otro lado, en la situación creada por la II Guerra Mundial y el rol decisivo jugado por la Unión Soviética en la derrota del nazi-fascismo, se produjo un ascenso sin precedentes del movimiento popular y democrático del país que permitió el cre-

cimiento rápido del PCP y su paso a la legalidad. La afluencia masiva de la pequeña burguesía liberal al Partido, estimulada por las «campañas de reclutamiento», fueron modelándolo y dándole una composición no proletaria. Es aquí donde el revisionismo browderista encontró su base y sustento. Sin cuadros obreros suficientemente experimentados y maduros, la cohesión y combatividad del PCP fallaba desde sus raíces. En lugar de un Partido de militantes, de luchadores firmes, honrados y valientes, dispuestos a entregar su vida por la causa del proletariado, se perfilaba una organización gaseosa, de pequeños burgueses reacios a aceptar los preceptos leninistas sobre organización.

Un reconocimiento franco de este proceso degenerativo sufrido por el Partido, fue hecho en la primera Conferencia Nacional, en la que se afirmó que «el nombre actual del Partido no corresponde tampoco a su COMPOSICION SOCIAL. La línea de la Unidad Nacional ha hecho que se incorporara a sus filas CONSIDERABLES CANTIDADES DE INTELECTUALES, EMPLEADOS, PROFESIONALES, COMERCIANTES, INCLUSIVE GENTES ACOMODADAS» (5).

Después del II Congreso del PCP era necesario llevar adelante una lucha frontal contra todas las tesis revisionistas divulgadas por el browderismo; había que hacer hincapié en el Partido, en tanto que, destacamento de vanguardia y forma superior de organización de la clase obrera, marcando a fuego la práctica socialdemócrata de reclutar gente a como de lugar, sin ton ni son, con la obsesión de hacerlo grande y legal.

Las consecuencias del socialdemocratismo, infiltrado profundamente dentro del Partido, se hicieron sentir muy pronto. El año de 1948 el Comité Departamental de Lima, el más fuerte y de mejor composición social, quedó al margen de la organización por decisión administrativa del Comité Central. Las agudas contradicciones internas surgidas no fueron tratadas con el tino y la responsabilidad debidos; se olvidó el principio de que únicamente lográndose la unidad ideológica se puede mantener y robustecer la unidad orgánica y política del Partido. Cuando no hay unidad ideológica, no puede haber unidad orgánica ni política, Y un Partido del proletariado sólo puede lograr su unidad ideológica sobre la base de una absoluta lealtad al marxismo leninismo.

LA DURA PRUEBA DEL OCHENIO ODRIISTA

La historia del movimiento obrero revolucionario enseña que el tránsito de una etapa de legalidad a otra de clandestinidad del Partido proletario, es difícil y complejo. Es una prueba muy dura, en la que salen a flote todas las deficiencias y

lacras de la organización. El Partido que no ha alcanzado la solidez y cohesión necesarias y que en su vida interna no se atiene a las normas leninistas, es fácilmente aplastado por el enemigo de clase.

Al producirse un brusco viraje en la situación política del país el mes de octubre de 1948, con motivo del golpe militar de Odría, el PCP no estaba en condiciones de pasar ordenada y disciplinadamente a la clandestinidad. Desatada la furia represiva de la dictadura, sólo una mínima parte de los organismos y cuadros pudieron seguir en actividad; la inmensa mayoría se refugió en una cómoda pasividad y no fueron pocos los que se pasaron con armas y bagajes a las filas del odriísmo. No podía seguir otro camino esa cantidad considerable de elementos casuales que durante los años de la II Guerra Mundial ingresaron al Partido, pero que jamás fueron incorporados a la vida celular ni recibieron la más elemental enseñanza de marxismo leninismo.

Lejos estamos, sin embargo, de sostener que en el pasado del que nos ocupamos, el PCP no haya jugado ningún rol en el movimiento obrero revolucionario del país. Pese a sus errores y desviaciones supo ligarse a las masas trabajadoras, las organizó y dirigió sus luchas. Cuando el Apra levantó las banderas del anticomunismo al tope y pretendió aplastar la incipiente democracia surgida en las elecciones generales de 1945, fue el PCP la única organización política que le salió al frente. Su fuerza y su combatividad en el sur del país fueron notables. Es allí donde el «huerataca» con el puño en alto rechazó enérgicamente la embestida de los gamberros del Apra, y no es casual que de allí surgieran comunistas tan recios y lúcidos como Vicente Mendoza Díaz, Simón Herrera Farfán y Emiliano Huamantica.

¡Años sombríos de la guerra fría! Desplazándose a lo largo y ancho del país con su infaltable séquito de «búfalos» y «dorados», Haya de la Torre, anunciaba el fin de la Unión Soviética en las hogueras de una inminente III Guerra Mundial, y exigía que el comunismo fuera extirpado, como se extirpa un quiste canceroso. ¡Qué pronto había olvidado el ignominioso fin de Hitler, su predecesor! Objetivamente, el jefe aprista fue un verdadero maestro en sentido negativo para toda una generación de revolucionarios. Tanto trompeteó a los 4 vientos que el marxismo estaba congelado y que era inservible para investigar e interpretar la realidad nacional, que nos obligó a estudiar con detenimiento la doctrina científica de Marx y Lenin. No es el momento de hacer un análisis minucioso de ese parto de los montes llamado «espacio —tiempo— histórico», con el que Haya pretendió refutar el marxismo. Habrá oportunidad de hacerlo. Por ahora nos limitaremos a decir que el «Jefe máximo», enemigo declarado de «importar teorías extranjeras», resultó dando a luz una doctrina elaborada a base de concepciones filosóficas y científicas traídas

de Europa: a la filosofía de Spengler le agregó el relativismo físico de Einstein y algo de dialéctica hegeliana. Y con esperpento teórico tan grotesco se proclamó superador de Marx.
En la lucha infatigable contra el anticomunismo, de inspiración hitleriana, que divulgaba el Apra en los difíciles años de la guerra fría, se fue formando una generación de comunistas internacionalistas, estudiosos del marxismo leninismo, absolutamente leales a la primera dictadura del proletariado. Ellos pusieron toda su pasión, energía y fe en la lucha revolucionaria, y cuando los caducos y escurridizos abandonaron sus puestos de dirección, los reemplazaron sin vacilaciones ni temores. A ellos les tocó enfrentarse con los esbirros de Odría y llenar las mazmorras de la Penitenciaría, el «Sexto» y el «Frontón». Las grandes acciones de masas que hicieron tambalear al régimen despótico de terratenientes y grandes burgueses aliados del imperialismo, los encontró siempre en la primera línea de combate. Con el correr de los años, la propia vida los puso frente a la tarea histórica de encabezar una corriente radicalmente opuesta a la tradición reformista y socialdemócrata que se enraizó en el PCP.

EL DISCURSO SECRETO DE JRUSCHOV

A comienzos de 1956 la opinión pública mundial se enteró de que, N. S. Jruschov, había leído un informe secreto con motivo de la realización del XX Congreso de PCUS, haciendo un ataque frontal contra Stalin y echando sombras a todo un periodo heroico de construcción del socialismo en la URSS. Como es de suponer, esto produjo una verdadera conmoción en las filas del PCP. No fuimos pocos los militantes, especialmente los que recién salíamos en libertad después de largos años de prisión, que nos sentimos duramente agraviados. Parte fundamental de nuestra formación era la lealtad absoluta al primer país socialista, al Partido Comunista Bolchevique y a sus grandes jefes: Lenin y Stalin. Nos educamos en lucha abierta contra todas las corrientes anticomunistas y antisoviéticas que centraban sus ataques en la persona de Stalin. Por eso, la defensa de éste, era al mismo tiempo la defensa de la URSS y del Movimiento Comunista Internacional. Stalin era llevado en lo más profundo del corazón de todo buen comunista. Su nombre estaba ligado a la derrota de los intervencionistas, el triunfo de la edificación del socialismo, la derrota del fascismo y el surgimiento del campo socialista.
Nada de extraño tiene que comunistas con larga trayectoria de lucha, se sintieran profundamente ofendidos por los insólitos y torpes ataques de Jruschov contra Stalin y la tergiversación de todo un periodo histórico de dictadura del proleta-

riado, que enorgullecía e inspiraba al movimiento obrero revolucionario mundial. Los efectos de la degradación póstuma de Stalin no fueron ni podían ser los mismos en los militantes nuevos, muchos de ellos venidos del Apra y otras tiendas políticas, que en los cuadros de larga formación. A los primeros el Discurso Secreto de Jruschov les caía como anillo al dedo. A muchos les sirvió para justificar su tardía militancia en el PCP: no pertenecieron antes al Partido porque entonces era «stalinista». Pero para los comunistas veteranos y maduros, ese Discurso constituía una condena abierta a sus convicciones, a su fe revolucionaria y a su pasado de lucha sacrificada, con estaciones dolorosas de cárceles y destierros.

Un Stalin vejado y una dictadura del proletariado escarnecida, se convirtieron pronto en factores de lucha intestina en el seno del PCP. Desde un principio pudo percibirse que frente a la cuestión de Stalin surgían dos posiciones: la jruschoviana y la defensora de Stalin. Tarde o temprano esta contradicción tendría que hacer crisis, máxime si se tiene en cuenta que al amparo y con el aval del Discurso Secreto, gentes sin escrúpulos asumían dentro del Partido posiciones idénticas a las de cualquier delirante y frenético trotskista frente a Stalin y el pasado de la URSS.

La otra cuestión, que tuvo consecuencias negativas y que motivó serias divergencias, fue la tesis de la «vía pacífica», interpretada como una simple lucha electoral para ganar una mayoría parlamentaria, capaz de conducir al país hacia el socialismo a golpe de dispositivos legales. El PCP acababa de salir de uno de los períodos más difíciles de su historia. Durante 8 años había sufrido una cruel represión y seguía en la clandestinidad. En tales momentos, sólo el plantear la posibilidad de esa vía en el país, resultaba una burla.

Antes, en el Partido nunca se había planteado el problema de las vías: «pacífica» o «violenta». Estaba sobreentendido que la forma de tomar el poder dependía de las condiciones y circunstancias; de la forma como iba a desarrollarse la lucha de clases. Todos teníamos en mente, sin embargo, que las clases dominantes no cederían sus posiciones en el poder sin lucha a muerte con los revolucionarios.

Es fácil comprender, entonces, el descontento y confusión que las intenciones de introducir subrepticiamente la tesis de la «vía pacífica» en la línea del PCP, produjeron dentro de la militancia. Se pensaba que admitir la posibilidad de tal vía era una forma de manifestar amistad y lealtad a la URSS y el PCUS, olvidando que el XX Congreso de este Partido había advertido que sólo en algunos países de vieja tradición democrático burguesa, podía pensarse seriamente en el tránsito pacífico al socialismo.

No carecía de fundamento, por eso, ligar a nuestros vía-pacifistas con los socialdemócratas, cuyos rasgos principales están dados en su condena de la violencia

revolucionaria, el rechazo de la dictadura del proletariado, su enfoque no clasista y puramente formal de la democracia, y su conocida acusación de totalitarismo al régimen instaurado por Lenin y los bolcheviques,

Las lucubraciones sobre la «vía pacífica» recularon en el país a raíz del triunfo de la revolución cubana. A los efectos deprimentes del Discurso Secreto, siguieron las consecuencias vivificantes de ese gran acontecimiento histórico. Todos los que durante los difíciles días de las acciones guerrilleras de la Sierra Maestra, vieron en Fidel Castro y sus compañeros de lucha a simples soñadores sin perspectivas, tuvieron que abrir los ojos a la realidad y aceptar que los revolucionarios cubanos habían encontrado el camino de su revolución, y que frente a ellos no estaba un iluso sino un verdadero Jefe que sabía adónde iba y qué terreno pisaba.

Dos cuestiones se desprendieron como consecuencia del triunfo de la revolución cubana: a) la urgencia de plantear seriamente el problema de las formas de lucha y valorar justamente el rol de la violencia revolucionaria, en las condiciones específicas de la América Latina y del país; b) la necesidad de analizar la tesis de la «lucha contra el culto a la personalidad», contrastándola con la doctrina marxista leninista sobre el rol de los jefes en el movimiento revolucionario.

Colocados ante una revolución victoriosa que utilizó medios armados y que la encabezó una personalidad descollante, cuyo rol fue decisivo en el triunfo alcanzado, las tesis de la «vía pacífica» y de la «lucha contra el culto a la personalidad» las vimos entecas e inoperantes, descalificadas por la propia vida. Una revolución latinoamericana de trascendencia universal les quitaba autoridad y las desmentía. Había necesidad de remitirse a las mismas fuentes del marxismo leninismo para hacer un replanteo de estas cuestiones.

Terciando en el debate de estos problemas, Pekín se hizo presente con dos documentos que tuvieron gran influencia en nuestro medio: «Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado» y «Una vez más sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado». Al presentarse como sinceros y leales defensores del pasado de la Unión Soviética y de quien la dirigió durante 30 difíciles y decisivos años, los dirigentes chinos hicieron impacto en un sector considerable del PCP. Este fue el comienzo de una corriente política que, con el transcurso del tiempo, se iba a identificar con las posiciones político-ideológicas defendidas por el PCCh en el seno del Movimiento Comunista Internacional.

La poderosa influencia de la revolución cubana se engarzó, en la práctica, con la gravitación ejercida por la posición del PCCh frente a los problemas tocados por el Discurso Secreto. Es en esta coyuntura que Pekín se lanzó a la palestra y convocó delegaciones de los Partidos Comunistas de América Latina para que se

constituyeran en la capital de la RPCh, con el fin de estudiar las enseñanzas de la revolución china.
Trasmitir a otros las enseñanzas y experiencias acumuladas por la revolución de su propio país, es cuestión legítima que concuerda con el internacionalismo proletario y no contraviene la ética comunista. El Partido de la clase obrera, que ha llegado al poder, tiene el deber revolucionario de entregar su experiencia a sus hermanos de clase, brindándoles el apoyo necesario en sus luchas. Pero esas enseñanzas y ese apoyo no deben perseguir fines ocultos; no deben condicionarse a tales o cuales exigencias, que impliquen el sometimiento del que las recibe.

LAS ENSEÑANZAS DE PEKIN

El segundo semestre de 1959 la Dirección Nacional del PCP me dio la oportunidad de asistir a un ciclo de estudios sobre la revolución china llevado a cabo en Pekín para comunistas latinoamericanos.
Desde un principio, pudimos ver que los dirigentes chinos tenían un plan de estudios preparado de antemano. La consulta que se nos hizo sobre las materias que debían tocarse, resultó un mero formalismo, a tal punto que la petición hecha por peruanos y ecuatorianos sobre la necesidad de considerar la cuestión de las minorías nacionales en China, no fue tomada en cuenta.
Nada de oculto, secreto o conspirativo tuvieron estos estudios en Pekín. Los cursos versaron sobre cuestiones que se plantean con toda amplitud en las obras de Mao Tze Dong y los trabajos de los dirigentes chinos: El Frente Único, el Problema Campesino, La Línea de Masas, la Lucha Armada en la revolución china, El PCCh en condiciones de clandestinidad y en momento de legalidad, las luchas dentro del Partido, el pensamiento filosófico de Mao Tze Dong. Los disertantes hacían una exposición detallada de cada una de estas materias, en dos a más sesiones, y al final entregaban la relación de libros y folletos que debían ser consultados. Todos, absolutamente todos, eran trabajos de Mao Tze Dong. Marx Engels, Lenin y Stalin habían sido eliminados totalmente.
El profesor de cada materia insistía, de palabra, en que se tuviera en cuenta que su exposición se refería a las enseñanzas que el PCCh había extraído de la revolución china; pero que no debían aplicarse mecánicamente a otras realidades, no debían copiarse. Sin embargo, la verdad es que después de 5 meses de estudios en Pekín, todos volvieron con la seguridad de que, en lo fundamental, el camino recorrido por la revolución china tendría que repetirse en los países de la América Latina.
Como culminación de nuestros estudios y con el fin de que tuvieron una idea clara

de cómo se estaba construyendo el socialismo en la RPCh, se organizó una gira a las principales ciudades del país. En fábricas, cooperativas artesanales, comunas populares, centros de enseñanza, instituciones culturales, etc., de los lugares que visitamos, se nos explicó los objetivos que el PCCh perseguía en la edificación de la nueva China. De este modo, a nuestros conocimientos sobre las enseñanzas de la revolución china, agregamos nociones generales del curso seguido por los dirigentes chinos en la edificación del socialismo.

Las cuestiones centrales en torno a las cuales giraban las charlas y explicaciones de nuestros anfitriones, presentaban el proceso revolucionario chino con las siguientes características:

Estuvo desligado del movimiento proletario revolucionario internacional y siguió un curso diferente al que pretendió imponerle la Internacional Comunista;

Siguió el camino que va del campo a la ciudad, en oposición a la revolución de Octubre que siguió el camino que va de la ciudad al campo;

No tuvo relación directa con los resultados de la Segunda Guerra Mundial y pudo triunfar aunque esos resultados hubieran sido distintos;

Sólo con la dirección de Mao Tze Dong pudo marchar de triunfo en triunfo hasta la victoria.

En cuanto a la edificación del socialismo, los dirigentes chinos no ocultaban su desacuerdo con la experiencia soviética. Cuando el 1º de Octubre de 1959, en Pekín, vi a Mao Tze Dong junto a Nikita Jruschov presenciando desde la tribuna oficial un gigantesco desfile, en conmemoración del X aniversario de la revolución china, nada hacía sospechar que el conflicto chino-soviético ya estaba planteado y que una pugna sorda enfrentaba a los dos grandes del campo socialista.

Las discrepancias llegaron a tal punto que se hizo necesario realizar un esfuerzo para superarlas. La Conferencia de los 81 Partidos Comunistas llevada a cabo en Moscú el año 1960 tuvo ese objeto; pero la unidad de criterios que se logró en ella duró muy poco. Durante su desarrollo se podía advertir que las discrepancias eran demasiado profundas para que pudieran ser superadas con la suscripción de un documento. Problemas tan trascendentales como el carácter de nuestra época, la guerra y la paz, las vías de tránsito al socialismo, las contradicciones fundamentales de nuestro tiempo, la lucha contra el culto a la personalidad e implícitamente el rol de Stalin, eran enfocados por el PCCh en forma distinta a la posición adoptada por los otros partidos comunistas.

La Declaración suscrita en la Conferencia de los 81 tuvo una vigencia fugaz. Muy pronto, tanto la parte china como la soviética, se hicieron acusaciones mutuas de incumplimiento y premeditada tergiversación de las cuestiones cardinales con-

tenidas en ella. Se acercaba una profunda escisión en el Movimiento Comunista Internacional.
Las discusiones habidas en la Conferencia de los 81, no pudieron mantenerse en secreto. La militancia comunista llegó a conocer parte de ellas y, de este modo, espontáneamente se fueron formando dos corrientes; la prochina y la prosoviética. Fue en una situación interna así, que el PCP tuvo que enfrentar la campaña electoral de 1962.
La línea trazada por el Partido con motivo del proceso electoral de 1962, partía de la aceptación de que el país vivía una típica situación revolucionaria, con los 3 signos señalados por Lenin. Por este motivo —se decía— los objetivos estratégicos y los objetivos tácticos se presentaban juntos, confundidos. Al poder se podía llegar, alternativamente, con votos o con balas. El instrumento de esa toma del poder era El Frente de Liberación Nacional, encabezado por el General Pando y el cura Bolo.
El infantilismo de izquierda y el sectarismo, que se desprendieron de tan erróneo enfoque de la situación política, condujeron a un paulatino aislamiento del Partido y finalmente a un verdadero descalabro en las elecciones. Al final no hubo ni votos ni alas.
Los errores cometidos por la dirección del PCP en la etapa electoral de 1962, sumados a los problemas resultantes de una probada incapacidad para adoptar medidas enérgicas, orientadas a impulsar adecuadamente las luchas del campesinado en vastas zonas del país, crearon un malestar profundo que se entroncó con la cuestión de las divergencias en el seno del M. C. I.
A comienzos de 1963, quienes debían encontrarse en el Parlamento de acuerdo a la consigna, con votos o con balas, se abrazaron en la Colonia Penal del Sepa y el Frontón. Allí nos enteramos que las discrepancias chino-soviéticas habían recrudecido y agudizado gravemente, y la lucha interna que se venía gestando desde 1956, se desencadenó como una verdadera tormenta.

LA ESCISION DEL PARTIDO COMUNISTA PERUANO

Largos debates en torno a cuestiones administrativas se convirtieron pronto en enfrentamientos de carácter ideológico. En octubre de 1963, después de 5 días de discusión durante el XVIII Pleno del Comité Central, quedaron deslindados los campos: de un lado los llamados «chinófilos» y de otro los «sovietófilos», calificativos inventados por los actuales dirigentes del PCP.
Las posiciones divergentes adquirieron un carácter irreconciliable. Si es verdad que se trató, en lo fundamental, de una lucha interna basada en principios, tam-

bién es cierto que se introdujeron en ella elementos extraños a la cuestión ideológica, emponzoñando y agudizando los debates. No pudo realizarse, pues, un enfrentamiento de tesis y puntos de vista, sereno y alturado. Por ambas partes contrincantes hubo olvido de que la lucha dentro del Partido es asunto de la mayor seriedad, gravedad y responsabilidad, y que debe llevarse a cabo teniendo en cuenta los intereses del Partido.

No se trató de una lucha «importada», como burgueses y pequeño burgueses afirmaron. Las cuestiones en debate tenían carácter de principio, vinculadas directamente con la táctica y estrategia de la revolución peruana y hubiera sido nefasta ceguera soslayar su elucidación. Cuestiones como el carácter de nuestra época, las contradicciones fundamentales del mundo contemporáneo, las vías de tránsito al socialismo, la guerra y la paz, etc., han tenido y seguirán teniendo importancia decisiva para los revolucionarios de todo el mundo. Si no se hace un enfoque correcto de estas cuestiones, que son cardinales, no podrá elaborarse una línea política correcta y se cometerá errores difíciles de corregir.

Ahora, cuando han pasado cerca de 16 años desde la realización del XVIII Pleno del CC del PCP, surge el interrogante: ¿era inevitable la escisión del Partido de la clase obrera peruana? No, no era inevitable. Para que ella se produjera confluyeron hechos y actitudes extraños a una lucha interna bien conducida. Los responsables de la dirección del Partido fueron objeto de crítica, severa es cierto, pero justa, por cuestiones ligadas al burocratismo, a la promoción errónea de cuadros y otros asuntos administrativos. Este tipo de crítica es frecuente y normal en los Partidos proletarios revolucionarios, por lo mismo, después de analizar y encontrar las raíces de los errores se toman las medidas para corregirlos. Pero esto no ocurrió en el XVIII Pleno; se aplicó la sentencia que dice «la mejor defensiva es la ofensiva». Y para descalificar a los que ejercían derecho de crítica, se les emplazó para que se definieran si eran o no «pekineses». Antes ya se les había colgado el sambenito de «chinófilos».

La discusión sobre las divergencias en el seno del Movimiento Comunista Internacional debió prepararse cuidadosamente, teniendo en cuenta, que era un asunto de la mayor trascendencia y sin olvidar que en la dirección del Partido había cuadros con estudios en Pekín. El XVIII Pleno fue convocado precipitadamente, con verdadera sed de venganza, para ajustar cuentas a los «pekineses». Esta es la verdad objetiva y ningún esfuerzo que se haga por negarla tendrá resultados.

En el XVIII Pleno del CC del PCP no hubo llamados al «diálogo sereno y cordial». No; los ataques fueron despiadados y las acusaciones envenenadas. Y hasta alguien fue traído en avión para hacer de fiscal. Al iniciarse los debates, se ejerció

presión para alterar el orden del día: primero debían definirse posiciones en el campo ideológico. Se llegó así a una situación de veras deplorables: cerca del 50% del C.C. fue forzado a ubicarse en la posición defendida por quienes sosteníamos, con conocimiento de causa, los puntos de vista del PCCh. Si la división no hubiera alcanzado tales proporciones, es seguro que nadie se hubiera decidido a pensar en un «nuevo partido».

Es en tales condiciones que buscamos contacto con el PCCh. Las contradicciones habían tomado carácter antagónico, y los que quedamos excluidos de la Dirección Nacional nos apresuramos a tomar medidas de carácter orgánico, antes de que se produjeran las expulsiones que se anunciaban. No vimos otra alternativa que la escisión; pero antes de dar paso tan grave, queríamos conocer la opinión autorizada del Partido cuyos puntos de vista, sobre los problemas debatidos en el seno del M.C.I., defendíamos.

¿Qué es lo que nos impulsó a dar ese paso? ¿Eran solamente los ataques frenéticos de nuestros oponentes? ¿Quizás sus errores tercamente no reconocidos? No. En el fondo, y lo reconocemos sin reticencias, creíamos que era posible la edificación rápida y sin dificultades de un auténtico Partido Comunista. Veíamos en Pekín el centro de la revolución mundial socialista y en el PCCh la nueva brigada de choque del movimiento obrero internacional.

Un hecho tan grave, como la escisión del PCP a comienzos de 1964, se ha querido interpretar como el producto de una simple conspiración de renegados con vinculaciones policiales. ¡Que tal estulticia! Sólo necios sin remedio pueden concebir que un proceso tan complejo, en el que confluyeron contradicciones de diversa naturaleza, pudo ser ideado y realizado por «resentidos», «infiltrados» y «agentes». Por lo mismo que la escisión es la cosa más seria que le puede ocurrir a un Partido, debe ser analizada con detenimiento y responsabilidad. Sólo así se podrá extraer enseñanzas para el futuro.

El mes de enero de 1964 se llevó a cabo la «IV Conferencia Nacional», convocada por el sector «pro-chino» del C.C. del PCP. Esta fue la Conferencia la escisión del Partido de los comunistas peruanos. En todos los documentos que aprobó están nítidamente esbozados los principales puntos de vista sostenidos por el PCCh en oposición al Movimiento Comunista Internacional. Aún no había hecho su aparición el maoísmo como lo conocemos en la actualidad. Es un hecho incuestionable que los planteamientos y tesis que el PCCh sostuvo hasta 1965 - año anterior a la «revolución cultural»— tienen una marcada diferencia con los que posteriormente ha sostenido y sigue defendiendo. En 1964 la dirección del PCCh tenía cuadros internacionalistas, marxistas leninistas. Es erróneo calificar de «antimarxistas»

todos los puntos de vista que pusieron sobre el tapete de discusión los años de polémica en el M.C.I. La dirigencia china aún se atenía a su VIII Congreso, y es un hecho que para el maoísmo todavía no había llegado el momento de «imponer autoridad absoluta» en el Estado y el Partido de RPCh.
Tanto en el PCCh como en los grupos «pekineses», el maoísmo se impuso paulatinamente, en lucha frontal contra los marxistas leninistas a quienes, en la RPCh, se les eliminó en muchos casos físicamente. En el PCP (Bandera Roja) el maoísmo se hizo presente a fines de 1965, en víspera de la «gran revolución cultural proletaria». Los cuadros con larga formación partidaria en el PCP hicimos frente a la embestida maoísta y desenmascaramos el oportunismo de izquierda del mamotreto remitido por Pekín.

LA «V CONFERENCIA DEL PCP (BANDERA ROJA)»

Paredes no estaba contento con el triste y anodino papel que jugó en la IV Conferencia Nacional y, desde un principio, buscó pretexto para disminuirla y desprestigiarla, urdiendo toda clase de intrigas que culminaron en la «V Conferencia Nacional del PCP (Bandera Roja)».
La indicada «V Conferencia Nacional» ha pasado a la historia del maoísmo en el país, como un putch planeado por Paredes con asesoría de los dirigentes chinos. Sus objetivos fueron claros y concretos: depurar a quienes tenían formación marxista leninista e imponer las teorías y tesis maoístas, como cimiento doctrinario de la organización partidaria. No era suficiente haberse identificado con los puntos de vista defendidos por Pekín en su polémica con el PCUS y los demás PPCC; había que introducir íntegramente y en forma mecánica toda la experiencia de la revolución china a la realidad concreta de nuestra revolución.
Intensos fueron los trajines de Paredes antes de la «V Conferencia Nacional». En reuniones personales con cada uno de los delegados traídos del interior del país por Soria, el «secretario general» hacia «informes confidenciales» relatándoles los pormenores de su último viaje a Pekín, sus conversaciones con el «camarada Mao Tze Dong», la «aprobación de su Informe Político a la V Conferencia» por el máximo dirigente chino y las «felicitaciones» que de él había recibido.
Hechos estos preparativos, se dio comienzo a los debates. Con aires de teórico y persiguiendo objetivos típicamente escisionista, el «secretario general" enfiló sus ataques contra la IV Conferencia Nacional del PCP (B.R.), centrando su puntería en las siguientes cuestiones:

El Perú no es un país dependiente sino semicolonial;
La fuerza motriz principal de la revolución peruana es el campesinado;
La revolución peruana va del campo a la ciudad, siguiendo un curso duro y prolongado;
La violencia revolucionaria en forma de guerra popular es la forma principal de lucha;
El Ejército Revolucionario es la forma principal de organización del movimiento revolucionario;
La constitución de Bases de Apoyo Revolucionarias y la construcción de las Fuerzas Armadas Revolucionarias son la tarea principal de los revolucionarios.
Es fácil descubrir la esencia y procedencia de esta barata teorización de Saturnino Paredes, contenida en su «trascendental informe a la V Conferencia Nacional»: no es otra cosa que un burdo trasplante de las experiencias chinas surgidas de su Segunda Guerra Civil Revolucionaria. Con un conocimiento fragmentario y unilateral del marxismo leninismo, Paredes se empecinó en hacernos aprobar un esquema que resulta ajeno a nuestra realidad nacional.
Las formas de lucha dependen de la situación objetiva y concreta que se presenta en un momento determinado. Es realmente infantil pretender que, una determinada forma de lucha, pueda ser siempre principal aunque la situación de la que emergió haya cambiado.
Vanos fueron nuestros esfuerzos por hacer comprender a Paredes que las formas de lucha surgen de la propia realidad y que ellas cambian cuando ésta cambia. De nada sirvió que le repitiéramos las siguientes palabras de Lenin: «cuando en aras de una consigna falsamente comprendida en un sentido inmóvil, no se quiere tener en cuenta la situación creada de hecho ni las condiciones del correspondiente movimiento de masas, semejante aplicación de una consigna degenera de modo inevitable en fraseología revolucionaria» (6).
Al introducir el estereotipo traído de Pekín, en la línea del PCP (BR), y meter la compleja y cambiante realidad nacional en el lecho de Procusto del esquema maoísta, la comparsa de Paredes se divorció de la parte sana de la organización partidaria. Era la propia vida la que nos había enseñado, desde enero de 1964, que las experiencias de la revolución china, trasladadas mecánicamente al país, sólo sirven para estimular actos aventureros y desorganizar el trabajo revolucionario.

LA VI CONFERENCIA NACIONAL

Puesto al descubierto el plan escisionista y las andanzas putchistas del maoísmo,

la Comisión Nacional de Control y Cuadros encabezada por Jorge Valdez Salas asumió la Dirección Nacional, convocando a la VI Conferencia Nacional del PCP (BR). Realizada en marzo de 1966, esta Conferencia hizo una caracterización certera del bloque que Paredes encabezó en la V Conferencia. Se trataba de la unificación transitoria y sin ninguna base de principios de 3 grupos : el de Paredes, conformado por gente políticamente atrasada y algunos aventureros que habían recorrido anteriormente diversas tiendas de seudorevolucionarios; el grupo de J. Soria y E. Basto, respaldado por fraccionalistas de viejo cuño, como O. Espinoza; y por último el desplazado grupo de dirigentes de la J. C. P. (B. R.), conformado por jóvenes carreristas de formación trotskoide: Hurtado, Breña, Chu, Cervera, Rojas, Legua y otros. De este último grupo, nuestra VI Conferencia dijo que estaba impulsado por ambiciones desmedidas y que se había propuesto usurpar la Dirección del Partido por etapas, «eliminando primero al grupo de Sotomayor».

Los que el 14 de marzo de 1966 realizamos la VI Conferencia Nacional del PCP (BR), llevamos adelante nuestro V Congreso Nacional en julio del mismo año, denominándonos P.C. (M-L) del P., desde esa fecha. Fue acuerdo de este certamen sacar a luz el vocero «Lucha de Clases». Hasta entonces seguíamos ligados a Pekín, pero ya manifestamos nuestra oposición a todo intento de trasplantar mecánicamente la experiencia china al Perú.

Los trágicos acontecimientos de Checoeslovaquia, el año de 1961, y el apoyo abierto que Pekín dio al revisionismo contrarrevolucionario de Dubcek y Cía., produjeron un fuerte remesón en nuestras filas, obligándonos a replantear nuestra posición frente al Movimiento Comunista Internacional. Los hechos demostraban fehacientemente que a la dirigencia china le importaba un pito la lucha contra el revisionismo y que estaba dispuesta a aliarse hasta con el diablo, para oponerse a los países de la Comunidad Socialista. El desarrollo posterior de los acontecimientos confirmaron plenamente nuestra previsión.

El PC(ML) acordó su autodisolución en enero de 1976, recomendando a su militancia su incorporación a las filas del PCP, con el fin de consolidar al Partido del proletariado fundado por J.C. Mariátegui. La práctica nos enseñaría que la unidad de los revolucionarios, en una sola organización, no se consigue aprobando resoluciones y acuerdos; tienen que haber madurado las condiciones que permitan esa unidad.

FINAL DEL BLOQUE PAREDES-SORIA-BEN

El bloque formado por Paredes, Soria y el Buró Ejecutivo de la JCP (BR), comenzó

a desintegrarse rápidamente después de la «V Conferencia Nacional». Unificados transitoriamente para oponerse a lo que denominaban «grupo de Sotomayor», cada uno por su cuenta trató de asegurarse las relaciones con Pekín y usurpar la dirección del bloque maoísta.

El carrerismo y las ambiciones desmedidas de los miembros del BEN (Hurtado, Chu, Breña y Cía.) eran conocidos. Sin haber jugado ningún rol en la lucha interna que llevó a la escisión del PCP a comienzos de 1964, se propusieron desde un principio usurpar la dirección de la organización partidaria, aprobando secretamente un plan de depuración de dirigentes, por partes. Este plan fue conocido y desenmascarado por miembros del PCP (BR) en Pekín, a comienzos de 1965, con motivo de un ciclo de estudios seguido allí.

Es importante señalar que este grupo de jóvenes ya había creado serios problemas al viejo PCP los años de 1962 y 1963, levantando la bandera de la «autonomía de la Juventud Comunista», Somos testigos de reuniones conjuntas de dirigentes del PCP y la JCP realizadas en pie de igualdad. La escisión de 1964 no hizo sino estimular hasta extremos inconcebibles los apetitos de poder de dirigentes juveniles políticamente tan mal formados.

El año de 1967 el grupo de Paredes tuvo que enfrentarse al asedio de la pandilla de Hurtado, Chu, Cervera y demás rebeldes sin causa. En agosto de 1968 se constituía la «Comisión Nacional Reorganizadora del PCP (B.R.). Así quedaba escindido por segunda vez el «Partido» nacido bajo el amparo y protección de Pekín hacía apenas 4 años. En marzo de 1969 se formalizó el surgimiento del 3° partido comunista pekinés: el P. C. del P. (Patria Roja).

Tanto Paredes, como los de «Patria Roja», han hecho esfuerzos por barnizar sus luchas y furiosos enfrentamientos con cuestiones de principios. En esencia, se trató de una pugna por decidir quién debía tener el control de las relaciones con Pekín y todo lo que se deriva de ellas. Ambos grupos estaban de acuerdo en que su «V Conferencia Nacional» tenía una «singular importancia en la historia del Partido». En otras palabras, no tenían ninguna discrepancia en lo que a la validez del esquema maoísta, traído por Paredes de Pekín, se refiere. Los de «Patria Roja» se limitaron a decir a su ex jefe que nada nuevo había en su «Informe a la V Conferencia», porque ya el IV Congreso de PCP había dicho que el Perú es una semicolonia y que lo demás, contenido en el mamotreto de la V Conferencia, era «mas bien producto de las experiencias mal asimiladas de la revolución china».

En su enfrentamiento con el grupo Hurtado-Cervera-Chu y Cía., Paredes contó con el apoyo de Guzmán, profesor huamanguino que el año 1965 volvió de Pekín con ideas confusas sobre el trabajo abierto y el trabajo secreto del Partido. Toda su teo-

rización representaba un típico liquidacionismo de izquierda, pues no admitía la necesidad de utilizar todas las posibilidades legales, objetivamente existentes, en la conducción del trabajo partidario. Siendo ilegal el Partido, decía Guzmán, todo su trabajo debe realizarse secretamente.

Desde fines de 1965, Paredes vociferó hasta por los codos anunciando su inevitable y pronta «guerra popular». Acusó, a quienes criticaban su vocinglería, de ser opuestos a la lucha armada y de no querer hacer la revolución, señalándolos como culpables de «nuestro atraso en la iniciación de la revolución violenta». No pasaron 2 años y el grupo «Patria Roja» le espetó estas mismas acusaciones.

A partir de 1970 el PC del P (Patria Roja) surgió como el grupo maoísta más beligerante, radical y sectario. Un año después declararían: «Si somos consecuentes con los acuerdos a que arribó la VII Conferencia, en el curso de los próximos años seremos la organización marxista más influyente, mejor organizada y consolidada de nuestro país. Existen los elementos objetivos para tal salto cualitativo. Seamos pues capaces de concretarlos». En efecto, en esos momentos, toda hacía pensar que el maoísmo encontraba en «Patria Roja» su organización definitiva, dando comienzo a una etapa de desarrollo y consolidación. El tiempo, sin embargo, diría otra cosa.

LA DESCOMPOSICION DEL GRUPO «BANDERA ROJA»

A mediados del año 1970 el grupo «Bandera Roja» capitaneando por Saturnino Paredes quedó escindido. Fue la 3º escisión del pekinés PCP (BR). Guzmán decidió retornar a Huamanga siguiendo un secreto sendero luminoso» para formar su propia secta, a la cual finalmente le dio el nombre de Partido Comunista Peruano, con una bandera Roja sin Hoz y martillo como emblema. Paredes tuvo que ponerle hoz y martillo a su bandera, para diferenciarla de la bandera del profesor huamanguino, partidario de la «pandilla de los 4» y apasionado defensor de todos los actos rufianescos realizados por la llamada «revolución cultural» china.

Abandonado por Guzmán y sus otros «íntimos camaradas de armas», de Lima, Cuzco y Ayacucho, Paredes pretendió salir a flote de cualquier modo. Organizó media docena de «núcleos rojos»; pero estos también le volvieron las espaldas tomando su propio rumbo. Poco antes el único Comité que le quedaba, «Estrella Roja», lo desconoció como «secretario general», acusándolo de haber renunciado a la «guerra popular». Desde entonces comenzó a distanciarse de Pekín y a volver los ojos hacia Tirana. Su conocida cantilena sobre la revolución que va del campo

a la ciudad a través de la guerra del pueblo, fue sufriendo cambios. Muy pronto, pidió que en la Constituyente tuvieran sitio «revolucionarios seguros», y señaló que era necesario participar en las elecciones porque las masas populares lo exigen.

Según Paredes la «Junta Militar Fascista ha convocado a una Asamblea Constituyente que institucionalice y haga irreversibles las pseudoreformas de esencia corporativista y fascista, es decir para legalizar el fascismo constitucionalmente». Pero de este enfoque, que dice mucho de su ceguera política, no desprendió la necesidad inaplazable de cumplir las tareas recomendadas por su Informe a la «trascendental V Conferencia». Todo lo contrario, haciendo caso omiso de su conocida teorización sobre la existencia de una permanente e invariable situación revolucionaria en el país, y con el fin de justificar sus andanzas electorales, descubrió que «millones de las masas populares se aprestan a participar en el proceso electoral», lo que «nos hace ver que aún no han comprendido la necesidad de la violencia revolucionaria como único medio de conquistar el poder político».

Hechas estas constataciones que ratifican —dice Paredes— «los acuerdos de la V Conferencia Nacional», propuso que el proceso electoral sea utilizado «para hacerle ver al pueblo el camino de la violencia revolucionaria». Es decir, enseñarle a empuñar las armas poniendo votos en las urnas.

La participación en elecciones a parlamentos y asambleas constituyentes, convocadas por regímenes burgueses, es cuestión que no discuten los marxistas leninistas; pero los maoístas, que han pregonado en forma sistemática durante años la guerra popular como único medio de lucha revolucionaria, aprovechan la primera oportunidad que se les presenta para lanzarse con desesperación en pos de una candidatura.

Arrojando al tacho de basura su tarea principal —la organización de las fuerzas armadas revolucionarias— Paredes se amparó en la fama del dirigente trotskista Hugo Blanco, para asegurar su presencia en la Asamblea Constituyente. Temeroso de que su candidatura fuera cuestionada por su pasado pekinés, remitió una carta «aclaratoria a la revista «Marka», haciendo saber a la opinión pública que no dirigía ningún partido político ni menos el llamado PCP (Bandera Roja).

Cuando se examina el curso sinuoso seguido por los maoístas y se constata sus inconsecuencias, no se puede dejar de recordar las siguientes palabras de Lenin: «semejantes tipos son característicos como escombros de las formaciones históricas de ayer» (7).

LA ESCISION DE «PATRIA ROJA»

El grupo que en 1969, después de elegir su «núcleo dirigente», salió a la palestra con el nombre de Patria Roja, con la seguridad de que pronto se convertiría en el Partido maoísta más fuerte y organizado del país, se encuentra sumido en una profunda crisis y ante una escisión definida. Diez años de prédica inútil de la revolución que va del campo a la ciudad, sólo ha servido para que surjan contradicciones insalvables entre los caudillajos que se disputan los vínculos con Pekín. De un lado están los llamados «populistas» y de otro la denominada «banda de los siete». Los primeros representan y defienden la pureza del maoísmo; los segundos le han puesto ingredientes trotskistas. Cada facción tiene su vocero: los «populistas» editan «Documentos» y «Puca Llacta», y la «banda de los siete», «Patria Roja».

Aferrándose al esquema traído de Pekín por Paredes, los «populistas» afirman que «sólo la guerra popular revolucionaria, del campo a la ciudad, permitirá derrocar al imperialismo y a la dictadura de clase de los grandes burgueses y terratenientes e instaurar un Gobierno Popular Revolucionario...». Polemizando con la «banda de los siete» los acusan de plantear «una estrategia izquierdista, respecto a nuestro país sometido al imperialismo, promueven al mismo tiempo una táctica, un estilo de acumulación de fuerzas para poder conquistar el poder transitorio, táctico, concreto...».

Los «populistas», siguiendo los métodos escisionistas del maoísmo criollo, han nominado su «Comisión Organizadora de la VIII Conferencia Nacional». Esta es la 6° escisión del maoísmo en el Perú, pero no la última.

La «banda de los siete», encabezada por Breña, señala que la plataforma política enarbolada por los «populistas», no responde a un análisis de nuestra realidad. «No encontramos por ningún lado —dice— el mínimo intento de interpretación de las leyes propias que rigen nuestra sociedad y revolución, y por el contrario ella es sólo «UNA TRASLACION MECANICA Y ESQUEMATICA DE LA EXPERIENCIA DE LA REVOLUCION CHINA».

No se puede dudar que estamos frente a una revisión del modelo traído de Pekín por Paredes en 1965. Pero más que un acercamiento al marxismo leninismo, hay en la posición de la «banda de los siete» una fuerte influencia trotskista. Igual que los múltiples y minúsculos grupitos «permanentistas», se han puesto a predicar la «acción directa de las masas» y la «huelga nacional», siempre y en todo momento.

La nueva posición del grupo encaramado en la dirección de Patria Roja, es atribuida, por los «populistas» (Gallardo-Palma, Sánchez-Vicente), al entrismo trotskista

traído por Breña desde Francia.

Escisión y nuevamente escisión: éste es el camino que el maoísmo está condenado a seguir, arrastrando una triste existencia corroída por interminables luchas intestinas. De otro lado, que del maoísmo se vayan desprendiendo grupúsculos «populistas» y trotskistas, no tiene nada de extraño porque, en esencia, las teorías de Mao representan una corriente de revolucionarismo pequeño burgués.

Tenemos que reconocer que en el Perú, como en China, existen condiciones objetivas para que surja y se manifieste el revolucionarismo pequeño burgués, igual que en otros países de la América Latina, sumidos en el atraso y la dependencia. Pero de aquí no desprendemos que tal cosa sea inevitable. A los marxistas leninistas les toca, en este sentido, partir del hecho real de que ese revolucionarismo, cuando alcanza determinado grado de desarrollo, se convierte en un serio obstáculo en la marcha de los procesos revolucionarios.

No exageramos al decir que, hoy por hoy, la lucha contra el revolucionarismo pequeño burgués es una tarea de verdadera importancia histórica en el país. Junto con el trotskismo, el maoísmo se ha convertido en uno de los elementos más dañinos del movimiento obrero. Un examen objetivo de la situación política actual del país, demuestra, en efecto, que el ultraizquierdismo, anarquista y aventurero por naturaleza, ha encontrado en las tesis de Mao su asidero ideológico. La fraseología revolucionaria y el subjetivismo de los grupos «ultras» se nutren de las teorías que exportan los dirigentes chinos.

Pensar y creer que la lucha contra el «ultraizquierdismo» de inspiración maoísta, y el maoísmo como corriente ideológica no tiene importancia, es una candidez que puede traer trágicas consecuencias. No dudamos, que la historia de querellas y discordias del maoísmo ha hecho estériles los esfuerzos de Pekín por crear «un movimiento comunista internacional paralelo». Sin embargo, la verdad es que estamos frente a una contracorriente que debe ser rechazada y combatida con toda energía. El peligro real que representa no debe ser desdeñado. Lo aventaja al trotskismo en que se ha entronizado en un gran país como la República Popular de China, cuya población se aproxima a los mil millones de habitantes. Con semejante «base de apoyo», el asunto se torna realmente grave.

Estudiando el librito rojo para convertirse en tornillos inoxidables del Presidente Mao.

Trabajando de acuerdo al principio de "basarse en sus propios esfuerzos"y "no pedir 3 al estado, dinero, semillas y materiales".

CAPITULO II

MAO TSE TUNG Y LA REVOLUCIÓN CHINA

La Revolución China es el acontecimiento histórico más importante después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, y su prestigio ha constituido un factor serio en el desarrollo de las fuerzas progresistas, democráticas y revolucionarias de todo el mundo. Desde un principio ejerció una enorme atracción sobre todos los pueblos que sufren la opresión y explotación del imperialismo.

Los comunistas chinos, en lucha abierta contra oportunistas de derecha y oportunistas de «izquierda», supieron cohesionar su Partido y conducir su revolución hacia la victoria, acabando con el dominio reaccionario del Kuomingtan y el yugo del militarismo japonés.

La revolución china tuvo que enfrentarse contra dos enemigos principales: el imperialismo y el feudalismo, es decir, con los mismos enemigos que se enfrentan los países dependientes de nuestra América Latina. Esta es la razón por la cual la experiencia china y la historia de la revolución china, tienen una importancia extraordinaria para nuestros países.

Pero una cosa es aprovechar las experiencias de la revolución china y otra muy distinta copiarlas e imitarlas mecánicamente. Y no puede asimilarse creadoramente esas experiencias si no se comienza por conocer el desarrollo real del proceso revolucionario chino; los aportes de la Internacional Comunista y las contribuciones de Mao Tze Dong, sin adulteraciones.

La historia oficial de la revolución china, desliga a Mao Tze Dong de todas las desviaciones de derecha a «izquierda» que se presentaron en el PCCh, desde su fundación. Y los dirigentes chinos no pierden oportunidad en señalar que «sólo cuando el Presidente Mao ocupó la dirección del Partido, la revolución china en-

contró su camino y marchó de victoria en victoria».
Negar el rol importante de dirección que Mao Tze Dong jugó en la revolución china, sería realmente insensato. Debió tener cualidades extraordinarias para haber mantenido en sus manos el poder del Partido durante más de 40 años. Y en efecto, Mao, las tuvo: mezcla de filósofo, poeta y señor de la guerra, no hubo a su lado una sola personalidad tan destacada que pudiera disputarle la dirección del movimiento revolucionario chino. Esto es incuestionable, pero ¿fue realmente un marxista leninista?; ¿es su pensamiento la cúspide del marxismo leninismo?; ¿está exento de toda responsabilidad en el surgimiento de las distintas corrientes derechistas e «izquierdistas» que hicieron crisis en el PCCh? Estas son preguntas que surgen de la posición actual de la RPCh en la arena internacional y de su alejamiento del campo socialista.
Alguna vez rectificando a sus aúlicos, Mao Tze Dong, hizo la aclaración muy importante de que los fundadores del PCCh, sólo fueron «un puñado de jóvenes ardientes que querían hacer la revolución», y que esos jóvenes eran «ciegos» y siguieron siéndolo hasta el período de la guerra de resistencia con el Japón. «Si alguien les dice —dijo Mao— que había un camarada por ejemplo un camarada del Comité Central, o bien yo mismo, con un concepto claro de las leyes de la revolución china, sería jactancia. No lo crean ya que no fue así» (8).
Esta confesión tiene gran importancia porque desmiente a los tergiversadores de la historia de la revolución china, y sirve para explicar el por qué de las concepciones erróneas que el mismo Mao sostuvo en el largo proceso revolucionario chino.

MAO TZE DONG Y LAS DESVIACIONES DE DERECHA E IZQUIERDA EN EL PARTIDO COMUNISTA DE CHINA

Antes de otorgar a los campesinos el rol principal en la revolución china, Mao consideró que eran los comerciantes quienes debían asumir la parte esencial de la lucha revolucionaria. «El problema político actual de China —señaló— no es otro que el problema de la revolución nacional. Utilizar las fuerzas del pueblo para derribar al militarismo y a los imperialistas extranjeros… tal es la misión del pueblo chino. Esta misión es tarea que concierne a todo el pueblo chino y a todos cuantos integran el pueblo —comerciantes, obreros, campesinos, estudiantes y maestros— cada uno de ellos debe asumir una parte del trabajo revolucionario. Sin embargo, debido a la necesidad y a las tendencias de la situación contemporánea, LOS COMERCIANTES SON QUIENES DEBEN ASUMIR LA PARTE ESENCIAL E IMPORTANTE DEL TRABAJO EN ARAS DE LA REVOLUCION NACIONAL MAS QUE

EL RESTO DEL PUEBLO» (9).
En la revolución china, «los jóvenes ardientes que querían hacer la revolución», entre los que se encontraba Mao, no advertían la conexión existente entre la revolución democrática y la revolución socialista, ni tenían una idea clara del rol que debía jugar el proletariado en ambas etapas. En julio de 1923, 2 años después de la fundación del PCCh, Mao, seguía sosteniendo que los comerciantes debían dirigir la revolución. «Ahora ha llegado el momento —escribió Mao Tze Dong — de cohesionar a todo el pueblo al objetivo de desplegar el movimiento revolucionario, y menos aún se debe permitir la escisión entre los comerciantes. . . Cuanto más amplia sea la unidad de los comerciantes y cuanto mayor sea su influencia, tanto mas poderosa será la fuerza que dirige a todo el pueblo y con mayor rapidez vencerá la revolución» (10).
En esencia esta era la misma tesis sostenida por Chen Tu shiu, representante de la «primera desviación de derecha» en el PCCh, y según el cual la dirección de la revolución china, en su etapa democrática, le correspondía a la burguesía nacional. En el período de la revolución de 1924-1927 esta desviación se «transformó en una línea de capitulación» (11).
No hay fundamentos para dar crédito a la afirmación de que en este período histórico, los mantenedores de la «línea de capitulación se negaron a aceptar las acertadas sugerencias del camarada Mao Tze Dong y de otros camaradas». Tanto Cheng Tu shiu, como Mao, estaban lejos de comprender la cuestión de la hegemonía del proletariado en la revolución democrática.
La revolución china en su primera etapa, tuvo un carácter democrático burgués con tareas antiimperialistas. La burguesía nacional era demasiado débil y atrasada, como consecuencia de la propia penetración imperialista. Esta particularidad, señalada oportunamente, por la Internacional Comunista, determinó que la dirección del movimiento revolucionario chino fuera a dar, finalmente, a manos del proletariado.
Como consecuencia de la línea derechista de Chen Tu shiu, hicieron su aparición el aventurerismo y el «izquierdismo», cuyo responsable principal —Li Li san— llegó a la secretaría general del PCCh, el año de 1930. Los «izquierdistas», seguían una línea putchista, llevando adelante insurrecciones sin tener en cuenta la situación objetiva, y cuando las fuerzas revolucionarias ocupaban determinadas zonas las presionaban para que implantaran de inmediato el socialismo.
Li Li san y sus seguidores no aceptaban la caracterización de la revolución china, hecha por la internacional Comunista, como revolución democrática, antifeudal y antiimperialista; ni admitían la necesidad de crear bases territoriales en el campo,

evitando una insurrección general prematura, pues todo hacía pensar que el proceso revolucionario chino seguiría un curso desigual y prolongado.
En esta etapa de la historia de la revolución china, Mao Tze Dong, compartía los puntos de vista de Li Li san. Creía que «solo aniquilando a las fuerzas más importantes del enemigo y tomando las ciudades se puede levantar a las grandes masas del pueblo». Su carta publicada con el título de «Una chispa puede incendiar la pradera», esta impregnada de esta concepción.
Influenciado por el lilisanismo y el acaloramiento revolucionario pequeño burgués, Mao escribió: «Basta echar una mirada a las huelgas, las insurrecciones campesinas, los mítines de soldados y las huelgas estudiantiles, que están desarrollándose en muchos lugares, para darse cuenta de que esa sola «chispa» sin duda alguna, no tardará en «incendiar la pradera» (12).
El Plan de Mao para tomar la ciudad de Nanchang en 1929, igual que la toma de la ciudad de Changsha por las tropas a su mando en 1930, fueron manifestaciones típicas de la táctica putchista, aventurera y anticominter de Li Li san.

DEL GOLPE DE DSUNYI AL MITO DE YENAN

La Conferencia de Dsunyi constituyó un golpe que permitió a Mao Tze Dong la captura del poder del Partido. Realizada en enero de 1935, no tuvo el quórum necesario para adoptar resoluciones serias, y su composición fue predominantemente militar. No es casual que hasta ahora no se haya publicado ningún documento oficial de esta Conferencia, ni que se haya dado una información más o menos detallada de su desarrollo. Lo único que se sabe es que de ella, Mao Tze Dong, salió convertido en el primer dirigente del Partido y el Ejército.
El año de 1935, Chan Kai Chek, obligó a las fuerzas revolucionarias chinas a replegarse en dirección Norte. Negándose a seguir la lucha en las regiones densamente pobladas, Mao prefirió reemprender la Gran Marcha a través de desiertos y cordilleras, sufriendo grandes bajas. Consecuente con sus particulares concepciones, escogió una semidesértica meseta entre Shensi, Kansu Ninghsia, donde estableció una «Región Fronteriza». Aquí, durante 10 largos años llevó a la práctica las ideas que tenía sobre socialismo: una sociedad militarizada, con purgas implacables y una rigurosa nivelación en la pobreza.
A los dirigentes chinos se les escucha decir con frecuencia que en esta etapa fue que el Presidente Mao, por fin, pudo sentarse a escribir. Pareciera que por escribir se olvidó de emprender acciones importantes contra los ocupantes japoneses. Desde entonces ya aplicaba su método de contemplar, como el sabio sentado en el

monte, la pelea entre dos tigres.
Los comunistas chinos son muy adictos a que sus visitantes conozcan el Museo Militar de Pekín. Allí, con paciencia oriental, explican durante muchas horas los pormenores de sus casi 30 años de guerra civil revolucionaria, pero ocultan con cuidado el significado histórico de la derrota del Ejército de Kwantung por el Ejército Soviético y la ayuda que éste les prestó.
Después de hacer un recorrido largo y lento, por los salones del Museo Militar de Pekín, donde se presenta la historia de la revolución china en forma unilateral, haciendo girar todo en torno a Mao Tze Dong, surge necesariamente el siguiente interrogante: ¿Qué papel jugó entonces la Internacional Comunista y qué consecuencia tuvo la derrota del poderoso Ejército japonés emplazado en la Manchuria? Pese a las afirmaciones de los historiadores maoístas y de sus socios extranjeros, Yenán jamás jugó el rol que se le atribuye en los resultados finales de la lucha revolucionaria del pueblo chino. Mao trasladó sus fuerzas a Shensi desde la provincia de Chianghsi, debido a las circunstancias y no con el fin de organizar las luchas contra la intervención japonesa, como pretenden sus seguidores. No debe olvidarse que Yenán fue entregado al PCCH con conocimiento y autorización de Chiang Kai Chek, en momentos en que se proyectaba la constitución del frente único antijaponés. A fines de 1947 la base de Shensi dejó de existir como Región Fronteriza y Yenán no desempeñó ya ningún papel en el movimiento revolucionario chino.
Hasta ahora se ha dicho muy poco de la enorme importancia que jugó la base militar revolucionaria de Manchuria en la revolución china. Surgida después de que el Ejército Soviético aplastó al Ejército japonés de Kwantung y liberó el Noreste de China, se convirtió en una Plaza de Armas desde la cual se emprendieron las acciones armadas que terminaron con el régimen reaccionario del Kuomintang. Es aquí donde se preparó todo lo necesario para la total liberación de China. Sólo así se explica que la generosa ayuda militar y económica norteamericana, prestada a Chiang Kai chek, no pudiera tener mayor efecto en los resultados finales de la guerra civil.
El Ejército Soviético entregó a los comunistas chinos todo el potencial bélico-industrial que el militarismo japonés había acumulado durante los años de su ocupación, en Manchuria. Allí estaban concentradas las grandes empresas metalúrgicas, químicas, de maquinarias y de guerra, con una producción superior al 60% de toda la producción china.
El gobierno de la URSS, que encabezaba Stalin, contribuyó a organizar el Ejército Popular de Liberación (EPL) y prestó ayuda efectiva considerable a los destaca-

mentos guerrilleros que operaban en el Noreste. Es así como las fuerzas armadas revolucionarias chinas, fueron desarrollando y equipándose con armamento arrebatado a los japoneses por el Ejército Soviético. Es sabido que éste en «sólo 2 de los frentes les dio más de 3,700 cañones, morteros y lanzagranadas, 600 tanques, 861 aviones, más de 1,200 ametralladoras, 680 almacenes y barcos de la flotilla de guerra de Simgari» (13).

Debe destacarse también el papel jugado por la base naval de Puerto Arturo, entregada al pueblo chino por la URSS con todos sus equipos y armamentos. De hecho, fue aquí donde se formaron los cuadros de lo que sería la Marina de Guerra de la RPCh. Pero lo más importante, que es preciso señalar, que después de 1947 el centro político de la resolución se trasladó de Yenán, ocupada por tropas del Kuomintang, a Manchuria, donde se encontraban concentradas las fuerzas fundamentales de la revolución. Este hecho histórico inobjetable tiene una importancia enorme en el desenmascaramiento de la historiagrafía china, empeñada en atribuir todos los méritos de la dirección y desarrollo de la revolución china, a Mao Tze Dong y sus íntimos colaboradores, negando la trascendencia histórica de la derrota del Ejército Japonés por Ejército Soviético.

A propósito de esta cuestión, el año de 1949, Mao Tze Dong declaró: «Sí no existiera la Unión Soviética, si no se hubiera logrado la victoria sobre el fascismo en la segunda guerra mundial, si el imperialismo japonés no hubiera sido derrotado, las fuerzas de la reacción internacional que pendían sobre nuestras cabezas serían, claro está, mucho mayores que ahora. ¿Podríamos haber vencido en estas circunstancias? Claro que no» (14).

En la actualidad la dirigencia China ha olvidado por completo esta confesión de Mao, y se empecina en presentar los hechos históricos totalmente falseados, atribuyendo a Mao Tze Dong todos los méritos de las victorias logradas en las operaciones estratégico-militares de la etapa final de la revolución china. Se oculta hasta la ingente labor desarrollada por las organizaciones del PCCh, incluido el Buró Nororiental del CC del PCCh.

EN OPOSICION A LA INTERNACIONAL COMUNISTA

En realidad, el actual antisovietismo maoísta se fue gestando desde los primeros años de la revolución china. Las ideas de Mao Tze Dong sobre el carácter de la revolución china, su estrategia y táctica, se oponían a las orientaciones dadas por la Internacional Comunista. Para Mao la contradicción fundamental del mundo, en aquel período, no era la existente entre la URSS y el imperialismo, representado

por el fascismo, sino la contradicción entre China y el Japón. Leal a esta concepción, pretendía que la Unión Soviética debía actuar de acuerdo a los objetivos perseguidos por los dirigentes chinos en su lucha contra la ocupación japonesa y el Kuomintang; sin tener en cuenta que éste, en esa etapa, era también víctima de la agresión nipona. «La Unión Soviética no es un país aislado, y no puede desentenderse de los sucesos en el Lejano Oriente... La lucha contra el imperialismo nipón es una tarea mundial, y la Unión Soviética, como parte del mundo no podrá permanecer neutral en ella», expresó Mao Tze Dong a E. Snow en 1936. Y de acuerdo a este planteamiento, Pekín hacia esfuerzos por enfrentar a la URSS, no sólo contra el Japón, sino también contra el propio Kuomintang.

Es bien sabido que en la propaganda china, Mao Tze Dong, figura como el creador de la táctica del frente único. La práctica, los hechos históricos, sin embargo, presentan al líder chino como su cerrado opositor. No quería ver la necesidad de cohesionar a todas las fuerzas capaces de luchar contra el fascismo. Esto ocurría después del VII Congreso de la Internacional Comunista, que aprobó una línea de frente único para aislar al fascismo y evitar el desencadenamiento de la II Guerra Mundial.

La difícil situación que vivía China y las exigencias del propio pueblo chino, planteaban la necesidad de aglutinar a todas las fuerzas susceptibles de ser unidas, para oponer resistencia y luchar contra la ocupación japonesa. Pero he aquí que Mao se empecinó en conducir al PCCh por un rumbo sectario, dando espaldas a las directivas del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Este punto no ha sido suficientemente aclarado en nuestro medio, y la historiografía maoísta lo ha falsificado totalmente, repitiendo las mentiras divulgadas por periodistas e historiadores burgueses. Tanto burgueses como maoístas, en efecto, hablan de una cierta complicidad de Stalin con el Kuomintang; de un Stalin opuesto a la «línea revolucionaria de Mao Tze Dong» y de una «traición» de la URSS a la revolución china. Remitámonos a los hechos. El año de 1937 la Unión Soviética concluyó un tratado de no agresión con el Gobierno Central de China, como consecuencia del cual empezó a prestar al pueblo chino la ayuda necesaria en su lucha contra los ocupantes japoneses. Este apoyo efectivo y desinteresado prestado a la China ocupada por el Japón, fue recibido con agrado por el pueblo chino, y permitió que el movimiento de resistencia se ampliara y vigorizara enormemente. No debe olvidarse que en la lucha contra el eje Roma—Berlín—Tokio, China representada por el Gobierno Central, estaba alineada con las fuerzas antifascistas. ¿Cuál fue la posición de Mao Tze Dong y su grupo ante la suscripción del tratado de no agresión por la URSS y el Gobierno Central de China? Poniendo en primer lugar

las contradicciones existentes entre el PCCh y el Kuomintang en esos momentos, y en segundo lugar el antagonismo chino-japonés, la dirigencia maoísta no estaba de acuerdo con la ayuda prestada por la URSS al Kuomintang, cuyas tropas soportaban el peso principal de la guerra contra el Japón. Esto no podía significar otra cosa que colocar en segundo plano la lucha anti japonesa y oponerse a la política de frente único anti japonés. Interpretando antojadizamente este período histórico, posteriormente, el maoísmo divulgó una serie de especies calumniosas en torno a una supuesta falta de ayuda de la URSS y Stalin en persona a la revolución china.

A mediados del año 1942, cuando la situación de las tropas soviéticas en el frente era sumamente difícil, Mao y sus auxiliares exigían al gobierno de la URSS envíos inmediatos de armas en cantidad. No querían comprender que esas armas las necesitaba con más urgencia que nunca el Ejército Soviético; pedían insistentemente que se les entregue, no para enfrentarse al Ejército Japonés sino para desatar conflictos contra el Kuomintang.

Pese al apoyo político y la ayuda en armas y dinero que la Internacional Comunista prestó al PCCh, Mao Tze Dong adoptó una posición oportunista e inconsecuente, en los momentos más difíciles de la agresión hitleriana contra la URSS. En los días críticos de 1941-1942, cuando en cuestión de pocas horas el Japón podía tomar la decisión de atacar a la Unión Soviética, Mao Tze Dong y su grupo se las arreglaron para que el Octavo Ejército abandonara sus proyectados planes de acciones combativas contra las tropas japonesas que se encontraban en las fronteras soviéticas.

Cuando rusos, bielorusos, y demás pueblos de la URSS, entregaban sus vidas en el extenso frente de guerra, rechazando a los invasores fascistas, Mao Tze Dong creyó llegado el momento de realizar una purga cruel dentro del PCCh, persiguiendo con saña a los llamados «dogmáticos» que no eran otros que los comunistas leales al Comintern, a quienes les colgó el sambenito de «moscovitas».

Durante el período de las acciones armadas del Ejército Soviético contra la ocupación de la Manchuria por los japoneses, volvió a aparecer el oportunismo y deslealtad de Mao Tze Dong. Un testigo, que presenció los ajetreos de la dirigencia china en esos momentos, refiere que los líderes del PCCh se encontraban confundidos y no sabían qué hacer. Su descontento por las acciones del mando soviético era evidente. Ellos esperaban «que el golpe de las tropas soviéticas y mongolas se dirigirían contra Mongolia Interior y si no hacia Pautou y Kuihoui, por lo menos hacia Kalgan. Todos estos planes fracasaron. El Ejército Rojo golpeaba a partir de consideraciones militares: la derrota total del enemigo con el mínimo de pérdidas.

La dirección del Partido Comunista Chino considera que la URSS traicionó los intereses del PCCh y de sus fuerzas armadas al escoger como teatro de sus acciones militares a Manchuria. No terminan las quejas en este sentido» (15).
Es de gran importancia el restablecimiento de la verdad histórica con relación al curso seguido por la revolución china, especialmente en las décadas del 30 y 40, porque son etapas en que aflora con fuerza el social chovinismo de la dirigencia maoísta. De otro lado, las relaciones chino-soviéticas de esos años han sido tergiversadas burdamente, tanto por los propios maoístas como por los escritores e historiadores reaccionarios.
Para el movimiento revolucionario proletario mundial, de hecho ha adquirido singular importancia el estudio de la revolución china y la historia del PCCh, por lo mismo que la sociología burguesa, utiliza el maoísmo y la experiencia china para oponerlos al marxismo-leninismo y a la experiencia de los bolcheviques, desprestigiando el socialismo científico y calumniando al Movimiento Comunista Internacional.

A PROPOSITO DEL NUEVODEMOCRATISMO

Frente al marxismo-leninismo, Mao Tze Dong adoptó su conocida fórmula para el tratamiento de la cultura extranjera: «Todo lo que nos pueda servir debe ser asimilado. Pero las cosas del extranjero son como los alimentos que deben primero ser masticados y sufrir la acción de la saliva y de los jugos gástricos en el estómago y en los intestinos, antes de que esta acción los haya separado en sus dos elementos: lo nutritivo y el residuo. Eliminado el residuo asimilaremos la parte nutritiva» (16). Esta extraña forma de tratar a la ciencia de Marx y Lenin, ha dado como producto el «marxismo-chinizado» que no consiste simplemente en expresar el marxismo de «una manera china que agrade al oído y alegre la vista del pueblo chino» (17), sino que es su completa adulteración y castración; su conversión en una teoría utópico-reaccionaria, sustento ideológico de un chovinismo enfermizo.
Conversando con A. L. Strong, el año de 1949, Liu Shao chi, vicepresidente del PCCh en ese entonces, expresó lo siguiente: «El gran mérito de Mao Tze Dong consiste en haber transformado el marxismo europeo, dándole una forma asiática ... Mao Tze Dong es chino ... ha creado una variedad asiática o china del marxismo» (18).
Un aspecto importante de la «chinización» del marxismo es la adulteración y falsificación de la teoría leninista de la transformación dialéctica de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista. Hemos de hacer hincapié en esta

cuestión porque su esclarecimiento tiene gran importancia para las luchas de nuestra clase obrera y su vanguardia política.

En la historia del movimiento revolucionario, peruano, todas las divergencias sustanciales surgidas en su seno, han tenido relación directa con la teoría leninista de la transformación dialéctica de la revolución democrática en revolución socialista. No hablamos de los grupos trotskistas, cuyo «permanentismo» refutado mil veces por la vida es bien conocido. No; nos referimos a los grupos y corrientes que en el curso de enconadas luchas internas fueron enfrentándose dentro del movimiento obrero.

La dictadura de Odría aplastó con métodos típicamente terroristas al movimiento popular y revolucionario. Esta situación determinó que una parte de la militancia revolucionaria se pasara a posiciones capitulacionistas y otra tomara el camino del «izquierdismo». El paso de la etapa de la «legalidad» vivida durante el régimen de Bustamante y Rivero, a la de absoluta clandestinidad que impuso el ochenio de Odría, fue sumamente difícil y duro. Un debate profundo se abrió en las filas del PCP en torno al problema del carácter de la revolución peruana. En las mazmorras del Sexto, la Penitenciaría y el Frontón los cuadros del Partido intercambiaban opiniones y discutían, algunas veces acaloradamente, en torno a la línea del Partido y los problemas de la revolución peruana.

Fue durante esos años (1952-1956) que comenzaron a circular entre los grupos revolucionarios, las tesis de Mao Tze Dong sobre la nueva democracia. Sus defensores afirmaban que Mao había superado a Lenin y que las «Dos tácticas de la Socialdemocracia» ya no tenían vigencia. Hoy mismo los grupos llamados «pekineses», no se cansan de hablar de la «revolución de la nueva democracia en los países coloniales y semicoloniales». Y Pekín, con el título de «América Latina y su proceso revolucionario», ha editado un folleto dedicado exclusivamente a divulgar, actualizar y aplicar a la realidad de nuestros países la teoría de la nueva democracia. Nos toca, pues, examinar por lo menos los aspectos principales de esta teoría del «comunismo chino».

Partiendo de las formulaciones hechas por Marx y Engels acerca de la revolución ininterrumpida y de la necesidad de combinar la revolución proletaria con el movimiento campesino revolucionario, Lenin elaboró en forma genial la teoría científica de la transformación de la revolución democrático burguesa en revolución socialista. En su obra «Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas», planteó por primera vez la alianza de la clase obrera con el campesinado, como condición indispensable para el triunfo de la revolución. Sin embargo, es en su obra célebre, «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolu-

ción democrática», que la teoría de la transformación dialéctica de la revolución democrática en revolución socialista logra toda su plenitud. No faltará gente que considerándose marxista-leninista, nos diga que sí, pero que en la práctica no ha tenido una vigencia completa, porque las revoluciones de los países de Europa Oriental, América, Asia, y otros continentes no se han desarrollado según las indicaciones de Lenin. La verdad es otra, porque en todos los casos ha quedado confirmada la esencia de la teoría de la transformación. Son aspectos aislados de la misma los que no se han realizado, y esto es explicable porque fue elaborada de conformidad a la realidad imperante en la Rusia de hace más de medio siglo.

Ahora bien, la teoría de la nueva democracia, constituye una grosera falsificación de la teoría de la transformación de la revolución democrática en revolución socialista, como pasamos a demostrar:

1) Lenin señaló que el "desenlace de la revolución depende del papel que desempeñe en ella la clase obrera: de que se limite a ser un mero auxiliar de la burguesía, aunque sea un auxiliar poderoso por la intensidad de su empuje contra la autocracia pero políticamente impotente, o de que asuma el papel de dirigente de la revolución popular'" (19). Quiere decir, pues, que sin hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario no cabe un desarrollo triunfante de la revolución, ni es posible su paso de la etapa democrático burguesa a la etapa socialista. Sólo conquistando la hegemonía en la revolución popular, la clase obrera hace posible que los acontecimientos se desarrollen hasta llegar a la revolución socialista. Clase consecuentemente revolucionaria hasta el fin y organizada por las propias exigencias de la lucha de clases, con larga experiencia de combate y dirigida por un partido revolucionario marxista-leninista, el proletariado reúne todas las condiciones para alcanzar el control y dirección del movimiento revolucionario.

En la teoría de la nueva democracia, la tesis leninista de la hegemonía del proletariado ha sido mistificada totalmente. En su lugar propone una «unión de las clases revolucionarias», incluyendo a la burguesía y la pequeña burguesía, para instaurar «una república en la cual la dictadura será ejercida por la unión de todos los elementos antiimperialistas y antifeudales» (20).

Según Mao Tze Dong, la República de la nueva democracia es una forma de transición, pero una forma irremplazable e indispensable para todos los países coloniales y dependientes en general. Se trata de una revolución de «nuevo tipo» que «busca establecer en su primer período una sociedad de la nueva democracia, y un Estado donde se ejerza la dictadura de las diferentes clases revolucionarias unidas. Esta revolución, en su proceso, será a raíz de la evolución de circunstancias favorables o contrarias, subdividida en otras etapas, pero su naturaleza funda-

mental continuará siendo la misma ya que ella no llega a la etapa de la revolución socialista» (21).

El leninismo desprende del principio de la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario, la necesidad de la alianza obrero-campesina, y la instauración de la dictadura no de «todas las clases revolucionarias» sino la «dictadura democrática de obreros y campesinos», en la cual ningún papel le toca jugar a la burguesía. No estamos negando el hecho real de que en los países coloniales y dependientes la revolución democrático-burguesa se entronca con la revolución antiimperialista y, por lo mismo, su base social se ensancha. Sin embargo, la revolución triunfante, en estos casos, no puede establecer otro régimen que no sea la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y los campesinos, con tareas específicas: aplastar la resistencia de las fuerzas contrarrevolucionarias, destruir la propiedad feudal entregando la tierra a quien la trabaja, y erradicar todos los enclaves imperialistas. Que la dictadura democrático revolucionaria de obreros y campesinos cuente con el apoyo de vastos sectores del pueblo, incluyendo algunas capas de la burguesía, no quiere decir, de ningún modo, que se trate de una «dictadura de todas las clases revolucionarias».

Queda claro que, Mao Tze Dong, ha revisado y suplantado la teoría leninista sobre la dictadura democrático revolucionaria de obreros y campesinos, proponiendo una dictadura de «todas las clases revolucionarias», entre las que incluye a la burguesía. «En China —dice Mao— la burguesía, por el hecho de ser colonial y semicolonial y verse explotada por el enemigo, posee durante un período determinado y en un grado determinado, un carácter revolucionario. Entre nosotros el proletariado tiene el deber de no despreciar este carácter revolucionario de la burguesía que ofrece la posibilidad de establecer un frente unido contra el imperialismo y contra el gobierno burocrático y militarista» (22).

2) En la teoría de la transformación de la revolución democrática en revolución socialista, el desarrollo ininterrumpido de la revolución es cuestión fundamental. Lenín, señaló que entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista no debe existir una barrera infranqueable; es plenamente factible que la primera se convierta en la segunda, que las tareas de ambas se entrelacen y que, con frecuencia, los plazos de transición se acorten considerablemente.

El nuevodemocratismo rebaja esta concepción científica de Lenin. Escuchemos lo que dice Mao Tze Dong: «Podemos entonces resumir los diferentes regímenes políticos del mundo entero, clasificados según su contenido social, en estos 3 tipos fundamentales: 1) La república de la dictadura burguesa; 2) La república de la dictadura del proletariado; 3) La república de dictadura de la unión de las clases

revolucionarias» (23).
De acuerdo a Mao la nueva democracia no es una simple etapa, previa a la revolución socialista, cuya duración depende únicamente del grado de organización de la clase obrera y del control que haya logrado en el movimiento popular revolucionario, sino un objetivo en sí, una etapa histórica con tareas propias que se realizan dentro de una «república de nueva democracia». «El tipo de régimen democrático que necesitamos ahora no es el viejo ni tampoco el socialista —dice Mao—, sino el de nueva democracia, que corresponde a las actuales condiciones de China. El régimen constitucional que nos disponemos a implantar debe ser de nueva democracia» (24).
Así, pues, la revolución de la nueva democracia se institucionaliza en una república de «nueva democracia», con un ordenamiento jurídico que tiene por base una Constitución que no corresponde ni al régimen capitalista ni al socialista. Y de este modo el principio leninista de la revolución, como un proceso ininterrumpido, queda totalmente desvirtuado, porque allí donde los objetivos democrático burgueses no se cumplen con la finalidad exclusiva de desbrozar el camino a la revolución socialista, no puede darse la transformación dialéctica de la revolución democrática en revolución socialista.
Una de las enseñanzas más importantes de Lenin, con relación al punto que estamos tratando, es que el proletariado no debe detenerse en la etapa democrática de la revolución; debe pasar directamente al socialismo una vez que la antigualla feudal ha sido barrida.
El proceso ininterrumpido de la revolución fue presentado por Lenin en una forma sencilla: «Imaginaos —decía— que debo sacar del corral dos montones de basura. Pero sólo tengo un carro. Y en un solo carro no se puede sacar más que un montón. ¿Qué debo hacer? Renunciar por completo a limpiar mi corral, aduciendo que sería la mayor injusticia sacar un montón de basura puesto que es imposible de una sola vez los dos?» (25).
En otras palabras, la clase obrera no puede evitar cumplir su misión histórica por partes, en los países que no han tenido una revolución burguesa. Sin embargo, cumplida la primera etapa debe pasar a la segunda sin detenerse, sin perder tiempo, sin institucionalizar la primera.
«El proletariado —dice Lenin— debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a las masas campesinas para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista atrayéndose a la masa de elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía

y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía» (26).
3) La nueva democracia, según su creador, corresponde a todo un período histórico en el cual no se produce el desarrollo no capitalista de la economía. «Todo aquello que la revolución de la nueva democracia tiende a eliminar -dice Mao Tze Dong- son el feudalismo y el capitalismo monopolista, la clase de los terratenientes y la burguesía burocrática (gran burguesía) Y NO EL CAPITALISMO EN GENERAL NI LA PEQUEÑA O MEDIANA BURGUESIA» (27).
Es oportuno recordar que Lenin en su Informe al II Congreso de la Internacional Comunista, ya formuló la tesis de la posibilidad de que los países atrasados, luego de liberarse de la opresión imperialista, pasen al socialismo eludiendo el capitalismo, con la ayuda de los países más avanzados. Y el año de 1928, la Internacional Comunista, señaló en su Programa la posibilidad de que en los países más atrasados de Asia y África, una insurrección nacional victoriosa, podía abrir el camino al socialismo, saltando la etapa del capitalismo con la ayuda de los países socialistas. Esta no fue una afirmación antojadiza, pues ya en ese entonces marchaban por la vía no capitalista las repúblicas soviéticas de Asia Central y la República Popular de Mongolia.
No debe olvidarse sin embargo, que en la concepción leninista del desarrollo no capitalista se engarzan la liberación nacional, las tareas de la revolución democrática y la lucha por el socialismo. Para, Lenin, las premisas técnico-económicas necesarias para la revolución socialista no constituyen ningún tabú. En su lucha contra el menchevismo demostró que el poco desarrollo del capitalismo y de las fuerzas productivas en Rusia, no podían constituir un obstáculo insalvable para que el proletariado pasara rápidamente de la revolución democrático burguesa a la revolución socialista. La experiencia histórica ha demostrado y confirmado la veracidad de esta concepción de Lenin. Ahora ya nadie puede dudar que la revolución democrático nacional que se transforma en revolución socialista, es el único camino que permite a los países coloniales y dependientes liberados de la opresión imperialista, eludir el desarrollo capitalista. Un desarrollo no capitalista que no sea un desarrollo al socialismo, es algo utópico que sólo puede caber en la imaginación de pequeños burgueses adeptos del tercerismo.
En su «Nueva Democracia», Mao Tze Dong, no se limita a plantear la no eliminación del capitalismo, sino que propugna su desarrollo. He aquí sus palabras textuales: «A causa del retardo de la economía China, aún después de la victoria de la revolución en escala nacional, la existencia de la economía capitalista representada por la vasta clase de la pequeña y mediana burguesía, debe ser tolerada durante un largo período; además de acuerdo con la división de las funciones de la

economía nacional el desarrollo de todos los sectores de esta economía capitalista, aprovechables por la economía nacional, será mientras tanto necesario y formará parte indispensable de la economía nacional en su conjunto» (28).

Queda claro que en la nueva democracia maoísta, no hay lugar para el desarrollo no capitalista. Todo lo contrario, se considera necesario el desarrollo capitalista durante todo un período histórico. Pero el desarrollo del capitalismo no puede conducir sino al desarrollo de la propia burguesía, y, a la postre a la dictadura de ésta. Por eso, las frases aisladas de Mao Tze Dong sobre el paso al socialismo, como segunda etapa de la revolución, son del todo ajenas al contexto de su teoría sobre la nueva democracia. Es a todas luces claro que allí donde no hay marcha ininterrumpida de la revolución y donde, además, se protege el desarrollo del capitalismo, como en la nueva democracia, el paso a la etapa socialista de la revolución no es posible.

«El principio dirigente de la economía nacional —dice Mao— de la democracia nueva debe ser el de conseguir, como objetivo general, el DESARROLLO DE LA PRODUCCION, DE LA PROSPERIDAD ECONOMICA, DE LOS INTERESES A LA VEZ PUBLICOS Y PRIVADOS Y DE BENEFICIO TANTO PARA EL ASALARIADO COMO PARA EL PATRON. LOS PRINCIPIOS POLITICOS Y LOS METODOS QUE SE SEPAREN DE ESTE OBJETIVO GENERAL SON FALSOS» (29).

Es como si estuviéramos escuchando a alguno de los representantes del llamado «pluralismo económico», que han venido teorizando durante los últimos años sobre el «modelo peruano» de revolución «ni capitalista ni comunista»; «modelo» que no hace otra cosa que combinar la economía estatal con la economía privada capitalista, a la que se agrega algunas formas de propiedad de grupo. Es en la «Nueva Democracia» de Mao Tze Dong que se encuentra delineado este sistema social y, por eso, no es raro que la intelectualidad pequeño burguesa tenga una simpatía franca por lo que llama «modelo chino de socialismo» y repita toda la cháchara antisoviética que propala Pekín.

4) El nuevo democratismo de Mao Tze Dong es extraño y opuesto al leninismo. Se inspira y fundamenta en las concepciones liberal -burguesas de Sun Yat Sen, quien se imaginó que la China podía construir un «socialismo» en el que la clase obrera no tuviera el control del poder del Estado. Este «socialismo» debía surgir sobre la base de lo que Sun Yet Sen llamó «los tres grandes principios»: a) alianza con la URSS; b) alianza con los comunistas», y e) alianza con los obreros y campesinos».

Es fácil establecer la diferencia sustancial que se desprende de la confrontación del nuevodemocratismo con la teoría leninista -de la transformación de la revolución

democrática en revolución socialista. Mao, siguiendo a Sun Yat sen, parte de posiciones burguesas y propugna una simple «alianza con los obreros y campesinos», mientras que el leninismo plantea la necesidad perentoria de que el proletariado gane la dirección absoluta del movimiento popular revolucionario.

No fue casual que Haya de la Torre definiera al Apra, durante los últimos años de la década del 20, como el Kuomintang latinoamericano. Es que, como Sun Yat sen y Mao, aceptaba la alianza de «las clases antiimperialistas», pero no admitía ni en broma que el proletariado tuviera la hegemonía del movimiento revolucionario. José Carlos Mariátegui, refiriéndose a tal definición escribió lo siguiente: «El Kuomintang fue Sun Yat sen, pero es también Chang-Kay-shek» y agregó: «El Kuomintang finalmente se encuentra en crisis, y en gran parte por no haber sido explícita y funcionalmente una alianza, un frente único. Sus rumbos estaban subordinados al predominio de sus elementos de derecha, centro e izquierda que correspondían al de sus respectivos sentimientos e intereses de clase» (30).

En la polémica que sobre «alianza o partido» sostuvo Mariátegui con Haya, de hecho elucidó la cuestión cardinal de la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario. El jefe aprista, anticipándose al nuevodemocratismo, rechazaba de plano la teoría científica de Lenin sobre la transformación dialéctica de la revolución democrática en revolución socialista bajo la dirección de la clase obrera, y postulaba la alianza de «todas las clases antiimperialistas».

En conclusión el «nuevodemocratismo» de Mao es totalmente ajeno al leninismo. Se desprende directamente de las teorías de Sun Yat sen sobre una futura China sin lucha de clases, en la cual puedan prosperar tanto obreros como capitalistas. Este es precisamente el fondo y sustento de la llamada «alianza de las clases revolucionarias» de la nueva democracia, en la cual no encontramos ni hegemonía del proletariado, ni desarrollo ininterrumpido de la revolución, ni dictadura democrático revolucionaria de obreros y campesinos, ni posterior dictadura del proletariado.

«¿Pero qué clase de régimen democrático necesitamos hoy? —pregunta Mao—, y responde: No el de la pretendida democracia, viejo, caduco y de estilo europeo norteamericano, que es la dictadura burguesa, y tampoco la democracia de tipo soviético, que es la dictadura del proletariado» (31).

Esta es la razón por la cual hemos dicho que en el maoísmo la dirección del movimiento revolucionario por el proletariado, es una frase sin sentido.

«Levantar un muro artificial entre la revolución democrático burguesa y la revolución socialista es la mayor tergiversación del marxismo, es adocenarlo, reemplazarlo por el liberalismo», ha dicho Lenin en forma certera, desenmascarando

a los oportunistas, que niegan el rol directriz del proletariado y separan con una muralla china las etapas de los procesos revolucionarios en los países coloniales y dependientes.
La verdad es que la teoría de la nueva democracia no ha tenido vigencia ni en la propia China, país en el cual el desarrollo del movimiento revolucionario condujo finalmente a la implantación de una forma de dictadura del proletariado, posteriormente mistificada. Han sido los propios acontecimientos, la propia vida, los que se han encargado de traer abajo toda la teorización de Mao Tze Dong sobre la nueva democracia.

EL NUEVODEMOCRATISMO Y LOS PAISES COLONIALES Y DEPENDIENTES

Durante los primeros años de la década del 60, cuando la polémica en el seno del Movimiento Comunista Internacional se encontraba en su punto culminante, el PCCh acusó al PCUS de hacer las veces de «partido padre» y de agitar su «bastón de mando» para poner en vereda a sus «partidos hijos». Pekín no puede negar, sin embargo, que desde entonces' ya perseguía sus propios objetivos hegemónicos, muy especialmente en Asia, África y la América Latina. Es el motivo por el cual aprovechando la celebración del X aniversario de la revolución china, dio comienzo a la preparación de dirigentes comunistas de estos continentes, de acuerdo a las experiencias de la revolución china y el «pensamiento de Mao Tze Dong».
En los escritos de Mao Tze Dong sobre la nueva democracia, se formula la tesis de «principio» que ha servido para justificar la intervención de Pekín en los asuntos internos de los PPCC de Asia, África y la América Latina: «en todos los países coloniales o semicoloniales en revolución la forma estatal, en una etapa histórica determinada, no puede ser sino la tercera forma, que es la república de la Nueva democracia» (32).
A comienzos de 1965 Pekín ya no estaba conforme con que los grupos prochinos, desprendidos de los PPCC, repitieran exactamente lo que la dirigencia china decía en su polémica con el Movimiento Comunista Internacional. Empezó a exigirles una definición maoísta; la etapa de la defensa de «pureza del marxismo leninismo» quedó atrás. En vísperas de la llamada «gran revolución cultural proletaria», se le impuso al denominado Partido Comunista Peruano (Bandera Roja), una discusión enconada que sirvió a los maoístas recalcitrantes para organizar fracciones.
Con miras a suplantar el leninismo por el nuevo democratismo se exigió una «correcta caracterización de la sociedad peruana». Pekín conminó a sus seguidores

a que reconocieran que el Perú es una semicolonia. No tiene nada de casual que los cabecillas del maoísmo hayan dado y sigan dando tanta importancia a lo que llaman una «correcta caracterización de la sociedad peruana». Conviene, por eso, que nos detengamos a examinar las lucubraciones pekinesas sobre la condición semicolonial de los países de la América Latina.

La conquista de la soberanía estatal por los países latinoamericanos, a comienzos del siglo XIX, constituyó en cierta forma una revolución democrático-burguesa inconclusa, como resultado de la cual adquirieron una situación diferente a la impuesta por el imperialismo a una serie de países de Asia y África. Este es un hecho objetivo que los maoístas peruanos, por indicaciones de Pekín, se empecinan en negar. Saturnino Paredes Macedo encabezó todo un putchs en el grupo PCP (Bandera Roja) el año de 1965, so pretexto de que se debía caracterizar correctamente a la sociedad peruana.

Según el leninismo, el conjunto de los países dominados por el imperialismo no es homogéneo, por el hecho de que existen diversas formas o categorías de dominación imperialista. Lenin en su célebre obra «El Imperialismo última etapa del capitalismo», dice lo siguiente: «Puesto que hablamos de la política colonial de la época del imperialismo capitalista, es necesario notar que el capital financiero y la política internacional correspondiente, la cual se reduce a la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, crean toda una serie de formas de transición de dependencia estatal. Para esta época son típicos no sólo los dos grupos fundamentales de países: los países que poseen colonias y los países coloniales, sino también las formas variadas de países dependientes políticamente independientes desde un punto de vista formal, pero en realidad envueltos por las redes de a dependencia financiera y diplomática. Una de estas formas la semicolonia, la hemos indicado ya antes. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina» (33).

De esta cita de Lenin se desprende las siguientes cuestiones de principio:

La dominación imperialista no solo ha creado dos grupos fundamentales de países: los que poseen colonias y los países coloniales, sino también una serie de formas de transición de dependencia;

La semicolonia es sólo una de las formas de transición de dependencia, creada por la dominación imperialista;

La Argentina, y los demás países latinoamericanos, políticamente independientes desde un punto de vista formal, pero «envueltos por las redes de la dependencia financiera y diplomática» del imperialismo norteamericano, constituyen otra forma de transición de dependencia estatal.

Lenin, no sólo distingue y diferencia a las colonias, de un lado, y a las diversas formas de transición de dependencia estatal, de otro lado, sino que dentro de estas últimas señala concretamente dos Tipos de dependencia: las semicolonias y los países con independencia política formal. «En cuanto a los estados semicoloniales —dice— nos dan el ejemplo de las formas de transición que hallamos en todas las esferas de la naturaleza y la sociedad. El capital financiero es una fuerza tan considerable, por decirlo así, tan decisiva en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de una independencia política completa, como lo veremos más adelante. Pero naturalmente para el capital financiero, la subordinación más beneficiosa y más «cómoda» es aquella que trae aparejada consigo la pérdida de la independencia política de los países y de los pueblos sometidos. Los PAISES SEMICOLONIALES SON TIPICOS, EN ESTE SENTIDO, COMO CASO INTERMEDIO» (34).

Cualquiera que no tenga propósitos ocultos, debe admitir que para Lenin hay una clara diferencia entre los países políticamente independientes, que han caído atrapados en las redes diplomáticas y financieras del imperialismo, y los países semicoloniales que son un caso intermedio de pérdida, de la independencia política. Y es precisamente esta constatación hecha por Lenin la que nos ha servido para rebatir la teorización maoísta, dirigida a demostrar que el Perú y los países de la América Latina en general son semicolonias. Mientras en los países con independencia política formal, subyugados por el imperialismo, la dominación es de hecho o «facto»; en las semicolonias es de hecho y derecho, de «facto» y de «juri». El caso intermedio de pérdida de la independencia política se encuentra sancionado por tratados arrancados por la fuerza por el imperialismo, y tienen «vigencia legal». Este es el caso del régimen de las capitulaciones y de la «jurisdicción consular» que fue impuesto a países como China, Persia y Turquía.

No está demás insistir en la diferenciación que Lenin establece entre semicolonias y países dependientes formalmente independientes. En su trabajo polémico titulado «Sobre la caricatura del marxismo», señala que «El gran capital financiero de un país es siempre capaz de comprar a los competidores de otros países políticamente independientes y siempre lo hace. Esto es completamente realizable desde el punto de vista económico. LA «ANEXION» ECONOMICA ES PLENAMENTE REALIZABLE SIN LA ANEXION POLITICA Y TIENE LUGAR A MENUDO. En la literatura sobre el imperialismo encontrareis a cada paso informaciones tales como: la Argentina es en realidad una «colonia mercantil» de Inglaterra, Portugal es en realidad un vasallo de Inglaterra, etc. Y es verdad: la dependencia económica de los bancos ingleses, las deudas a Inglaterra, la adquisición de ferrocarriles loca-

les por parte de Inglaterra, de las minas, de tierras, etc., todo ello convierte a los países mencionados en «anexiones» de Inglaterra en el sentido económico, SIN VIOLACION DE LA INDEPENDENCIA POLITICA DE TALES PAISES» (35).

Los grupos maoístas han hecho afirmaciones irresponsables e insidiosas sobre la caracterización del Perú como país dependiente, llegando a decir que esto equivale a «embellecer al imperialismo». Por lo que hemos visto, sería nada menos que Lenin el autor de tal «embellecimiento».

Puede pensarse que la discusión en torno al carácter de la sociedad peruana que el maoísmo impuso en el seno del grupo «Bandera Roja» tuvo un carácter bizantino, sin ninguna importancia política, pero no es así. La estrategia de cualquier organización política que se reclame proletaria, no puede elaborarse al margen del carácter de la sociedad en la que tiene que actuar. El interés de Pekín por nivelar a los países de la América Latina con las colonias y semicolonias de África y Asia, está en la pretensión no escondida de imponerles el «modelo» de revolución que va «del campo a la ciudad», a través de la «guerra popular» dura y prolongada, que termine en una «nueva democracia» y se incorpore al bloque que dirige el mismo Pekín.

Los grupos pekineses, sin excepción, consideran una cuestión de principio hacer la declaración pública y reiterada de que el Perú es una semicolonia. Y toda persona, grupo o partido que no acepte tal cosa, es considerado por ellos como un simple «oportunista» o «revisionista contrarrevolucionario». En su pobre esquematismo piensan que es suficiente caracterizar al país como semicolonia para resolver todos los problemas político sociales. El año de 1966, en plena embriaguez maoísta, el grupo Bandera Roja capitaneado por Saturnino Paredes Macedo, explicaba con candidez infantil todos los problemas políticos del país y hasta los resultados de simples contiendas electorales de carácter local e institucional, por el «carácter semicolonial de nuestro país». ¿Por qué triunfó Luis Alberto Sánchez, líder aprista, en las elecciones para el rectorado de la Universidad de San Marcos? Se preguntaba, y respondía, «porque somos una semicolonia». ¿Y por qué la Confederación de Trabajadores (CTP) está controlada por el Apra? «Porque somos una semi-colonia», insistía el cabecilla maoísta. El triunfo de Bedoya Reyes en las elecciones municipales de la ciudad de Lima, también lo explicaba por la sencilla razón de que «somos una semicolonia». Este mismo individuo teorizaba sobre la necesidad de decirle al pueblo que somos una semicolonia para que pueda levantarse a la lucha revolucionaria. «Si al pueblo no le decimos que somos una semicolonia, no habrá revolución», gritaba con furia.

Últimamente Pekín ha introducido ciertas variantes en su caracterización de los

países latinoamericanos. Veamos lo que dice:
«En una síntesis apretada del carácter de los veinte países latinoamericanos, señalaremos lo siguiente: Ocho países - semicoloniales-semifeudales. (En América del Sur tres: Paraguay, Bolivia y Ecuador. En Centro América cuatro: Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala. En el Caribe uno: Haití).
Tres países neocoloniales (semicoloniales de nuevo tipo) semifeudales, con relaciones de producción capitalista en ascenso. (En Centro América dos: Panamá y Costa Rica. En el Caribe uno: República Dominicana).
Ocho países neocoloniales (semicoloniales de nuevo tipo) de capitalismo incipiente, con relaciones de producción predominantemente capitalistas. (En Sur América siete: Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Colombia, Perú y Venezuela). En América del Norte uno: México (Especialmente más definido y asentado el capitalismo incipiente en Argentina, México y en buena proporción en el Brasil). «Un país social-colonial de capitalismo incipiente: Cuba» (36).
De acuerdo a esta nueva caracterización el Perú sería una neocolonia, es decir una semicolonia de nuevo tipo, según la explicación que da el libro que hemos citado. En el fondo y en esencia no existe ningún cambio sustancial de la anterior caracterización. Pekín sigue metiendo en un solo costal a los Países de Asia, África y la América Latina, y pegándoles una sola etiqueta: países coloniales y semicoloniales.
La novedad en esta clasificación la trae la caracterización de la República de Cuba como país «social-colonial de capitalismo incipiente». La explicación que se da de esta «nueva forma de dependencia» es llana y directa: «En relación al término social-colonial que empleamos para caracterizar la sociedad cubana —dicen los autores— responde a las características propias del neocolonialismo social-imperialista soviético. Cabe destacar este hecho ya que Cuba representa la «cabeza de puente» del social imperialismo que extiende sus garras en el nuevo Continente» (37).
Los primeros años de la década del 60, la posición de los dirigentes chinos frente a Cuba fue radicalmente distinta. Trataron de aprovechar al máximo la victoria de la revolución cubana para fortalecer la influencia y posiciones de China, no sólo en Cuba, sino en todo el movimiento revolucionario latinoamericano. En los cálculos de Pekín Cuba venía a representar el vehículo que serviría para introducir su influencia en los Partidos Comunistas y en los movimientos revolucionarios de nuestro Continente, esperando que Fidel Castro y los demás dirigentes cubanos se decidirían a seguir la línea pekinesa de prédica de la «violencia revolucionaria» y la «guerra del pueblo». Por eso, en aquel período la prensa china y los materia-

les de información pekineses divulgaron insistentemente las experiencias de la revolución cubana, enfocándolas desde posiciones maoístas. Se hacía esfuerzos por encajar las enseñanzas de la revolución cubana en el siguiente esquema de Mao Tze Dong: a) la toma del poder mediante la guerra es un principio de validez universal; es la única forma de tomar el Poder; b) el campesinado es la fuerza principal de la revolución y hay que ampararse en él, formando bases de apoyo.

La revolución cubana, en la propaganda de Pekín solo sirvió para promover y divulgar el maoísmo. En las escuelas de cuadros del PCCh, las hazañas de Fidel Castro y sus compañeros de lucha se utilizaba para- demostrar la veracidad de las teorías de Mao Tze Dong y la universalidad de las enseñanzas de la revolución china.

Las enseñanzas de Pekín dieron como fruto un radicalismo frenético y un izquierdismo delirante. Gran parte de quienes las recibieron, estaban seguros que la revolución dependía exclusivamente de la decisión de hacerla. Pekín les había enseñado que «todo depende de comenzar la lucha armada», como en la revolución china.

Con el fin de demostrar que las formulaciones hechas por la dirigencia china, sobre las grandes tormentas revolucionarias que convulsionaban a Asia, África y la América Latina, tenían plena vigencia en el Perú, los jefecillos maoístas de «Bandera Roja», gritaban a los 4 vientos que el país vivía una situación revolucionaria, con los 3 signos señalados por Lenin. Huelga aclarar que jamás tomaron acuerdos o decisiones acordes con sus frenéticas afirmaciones «revolucionarias». Se les veía como de costumbre pasearse en calles y plazas, discutir en los cafetines y distraerse en los cinemas. Fueron estos mismos, los que en 1962, con motivo del proceso electoral frustrado por el golpe de Pérez Godoy, pregonaban la consigna de con «votos o con balas». Estaban seguros que la «situación revolucionaria» determinaría que si un fraude les impedía llegar al Parlamento, el pueblo se levantaría en armas para hacer cumplir su voluntad.

Los maoístas falsificaron burdamente los 3 signos que según Lenin distinguen a una situación revolucionaria, con el fin de fundamentar su erróneo modo de enfocar el problema del surgimiento de las acciones guerrilleras del año 1965. Para los acólitos de Pekín, la prueba de que las clases dominantes se encontraban en el atolladero, estaban en que el gobierno de Belaúnde había dado una «Ley de Reforma Agraria, aunque falsa y represiva»; había «nacionalizado la Caja de Depósitos y Consignaciones y llamado a elecciones municipales». Todo esto era, además, prueba de que «los de abajo no quieren y los de arriban no pueden seguir viviendo como hasta ahora». Decían también que había «encarecimiento de la vida por la

disminución de las áreas de cultivo, penetración imperialista y extrema voracidad de las clases dominantes que tratan de sacar el máximo provecho a costa del sudor y sangre del pueblo...». De aquí deducían la existencia del segundo signo de la situación revolucionaria, es decir, una «agravación superior a la habitual, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas». Por último, para probar que estaba presente el tercer signo de la situación revolucionaria, o «Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas que en tiempos de paz se dejan explotar tranquilamente, pero en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, como por los mismos de arriba a una acción histórica independiente», nos espetaban los siguientes interrogantes: ¿qué significan las luchas de los estudiantes?, ¿qué las acciones de los campesinos?, ¿ha terminado la desocupación?

No es difícil descubrir el afán delirante de los secuaces de Pekín por hacer encajar la realidad objetiva del país y el momento político que vivía, a las afirmaciones reiteradas de los dirigentes chinos sobre que «las llamas de la lucha armada en Asia, África y la América Latina arden furiosamente». Por eso, a todos los que rechazaban sus infundios se les califica de «revisionistas contrarrevolucionarios», opuestos a la lucha armada. Según su lógica quien no repite «existe situación revolucionaria», no puede admitir sinceramente que la toma del poder debe hacerse a través de medios armados.

Al no encontrar en la folletería de Mao Tze Dong nada que pueda darles luces sobre la forma de enfocar la cuestión de la situación revolucionaria, los cabecillas maoístas echan mano a la concepción leninista sobre este problema, pero la estropean terriblemente, colocándose en el atolladero. Lenin advirtió que la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores); es decir «una situación en la que se produce una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas» y que «reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su derrumbamiento rápido por los revolucionarios» (38).

De este cuadro político que presenta Lenin, se desprende como tarea histórica revolucionaria, la insurrección popular y la toma del poder. Todo depende de la capacidad de la clase obrera para impulsar y aglutinar las acciones de las grandes masas, en el objetivo histórico de destruir el poder de las clases dominantes. Dada una situación revolucionaria, es decir, llegada a su punto culminante la maduración de las condiciones objetivas de la revolución, ésta sólo podrá triunfar si el proletariado y su vanguardia política cuentan con el respaldo de las masas de la ciudad y el campo. En otras palabras, para que la revolución triunfe no

es suficiente que se produzca una situación revolucionaria; se requiere que la clase revolucionaria tenga una dirección adecuada, quiera hacer la revolución y tenga el apoyo de las grandes masas populares. Por eso, para el leninismo, una situación revolucionaria, que es un período histórico breve, pone a la orden del día la insurrección popular, que no es lo mismo que la lucha armada guerrillera, como veremos más adelante. Los aventureros maoístas de «Bandera Roja», con los esquemas de los dirigentes chinos en la cabeza y un conocimiento misérrimo del leninismo, no han podido entender nunca esta cuestión. Así se explica que después de haber charlataneado hasta el cansancio sobre la existencia de una típica situación revolucionaria en el país, hayan actuado en forma opuesta a sus lucubraciones.

En oposición a las incoherencias y desvaríos de los incondicionales de Pekín, los marxistas leninistas que transitoriamente tuvimos militancia en el grupo «Bandera Roja», señalamos que «nuestro país es relativamente extenso y su desarrollo económico y social es lento, tortuoso y desigual, como consecuencia de la opresión imperialista y los rezagos feudales. El desarrollo de la situación revolucionaria no puede ser ajeno a esta compleja realidad. De hecho existen zonas agrarias en las cuales los levantamientos campesinos han hecho tambalear el poder reaccionario local, mientras en las ciudades más importantes del país, el proletariado no ha desarrollado suficientemente sus luchas contra la gran burguesía y el imperialismo». Esta es una situación típica de los países dependientes, en los cuales sin que se den los 3 signos de la situación revolucionaria señalados por Lenin, el atraso, la explotación, la miseria, la opresión y la dependencia, constituyen condiciones objetivas suficientes para el surgimiento de acciones armadas guerrilleras. Y son éstas las que en su desarrollo producen, a la postre, la crisis nacional general, es decir la situación revolucionaria, como la concibe Lenin.

La discusión que el maoísmo criollo provocó a mediados de la década del 60 en torno a la situación revolucionaria y la lucha armada, puso al descubierto su indigencia teórica y su miseria doctrina. Sus representantes no sabían cómo aplicar los esquemas de Mao Tze Dong al país y cómo explicar a la clase obrera, al campesinado y al pueblo en general, que era posible y necesario llevar adelante acciones guerrilleras. Y a lo único que atinaban era a trompetear a los cuatro vientos ¡existe situación revolucionaria!, ¡somos una semicolonia!, ¡viva la guerra popular!

En los documentos chinos encontraban juicio subjetivos que alentaban sus planteamientos erróneos: «En Asia, África y la América Latina, el movimiento de liberación nacional y el movimiento revolucionario popular han destrozado y siguen destrozando en vastas regiones, con la FUERZA DEL RAYO, LAS POSICIONES DEL

IMPERIALISMO NORTEAMERICANO Y DE SUS SOCIOS». «NA DIE PUEDE NEGAR AHORA QUE SE OBSERVA UNA SITUACION REVOLUCIONARIA SUMAMENTE FAVORABLE EN ASIA, AFRICA Y LA AMERICA LATINA. En la actualidad la revolución nacional liberadora de estas regiones constituye la más importante de las fuerzas que asestan golpes directos al imperialismo. ASIA, AFRICA Y LA AMERICA LATINA son las zonas donde convergen las contradicciones del mundo" (39).

El diseño maoísta quedó establecido así: los países de la América Latina son semicolonias; en éstas existe una situación revolucionaria (son zonas de grandes tormentas revolucionarias) y por tanto debe desencadenarse la guerra popular para tomar el poder. La práctica, la vida, se encargó de desbaratar este enclenque andamiaje teórico-político.

La absolutización de la violencia revolucionaria del maoísmo, en el caso nuestro, se presentó en forma totalmente farisaica y charlatanesca. Sirvió para armar camorra en reuniones interminables y repetir vivas a la «guerra popular» en mítines estudiantiles. Ningún grupo prochino pudo, en el Perú, organizar alguna acción armada que pudiera justificar mínimamente su palabrería en torno a la «violencia revolucionaria». Pero esta es una cuestión que la debemos ver con mayor detenimiento.

APOLOGISTAS DE LA VIOLENCIA

Haciendo de apóstol de la violencia, Mao Tze Dong, ha escrito que la «tarea central y la forma más alta de toda revolución es la toma del Poder por medio de la guerra. Este principio marxista leninista de la revolución tiene validez universal, tanto en China como en los demás países» (40).

Durante toda la década del 60, el maoísmo en el Perú se distinguió por su frenesí en la agitación de consignas referentes a la «violencia revolucionaria», la «guerra popular» y «la lucha armada». En pasquines y rayados murales, en discursos y slogans, eran infaltables las frases alusivas a la toma del poder por la violencia armada. Hoy mismo se puede leer en algunos muros de las ciudades principales del país las conocidas palabras de Mao; «el poder nace del fusil». En algunos grupos estudiantiles este es todo un dogma, y el que no lo acepta es sencillamente un «contrarrevolucionario».

Surgen pues dos interrogantes: ¿constituyen una sola cosa la revolución y la guerra civil revolucionaria?; ¿es la violencia armada la única y exclusiva forma de lucha revolucionaria? El maoísmo ha metido una confusión mayúscula en estas cuestiones, unilateralizando y absolutizando la violencia revolucionaria.

Una de las particularidades de la revolución china, es que se desarrolló a través de medios armados durante un período histórico prolongado. La guerra campesina fue la forma principal de lucha contra el poder de las clases dominantes, como consecuencia de las condiciones específicas imperantes, tanto dentro como fuera de China. Al respecto es oportuno recordar que, J.V. Stalin, en su trabajo titulado «Perspectivas de la revolución en China» puntualizó que «En China la revolución armada combate a la contrarrevolución armada. Tal es una de las peculiaridades y una de las ventajas de la revolución china». (41).

Huelga aclarar que a J.V. Stalin nunca se le ocurrió generalizar esta peculiaridad de la revolución china. Son las condiciones concretas de cada país que determinan el surgimiento de una u otra forma de lucha, uno u otro medio de derrocamiento del poder de las clases dominantes. Las enseñanzas de Lenin sobre este problema son bien claras. Y lo primero que debemos tener presente es que él no establecía de antemano el modo cómo se debía tomar el poder, porque a su juicio eso depende de la propia marcha de los acontecimientos, en un futuro no visible con exactitud. «Es muy probable y más que probable — decía Lenin— que la burguesía no hará concesiones físicas al proletariado; en el momento decisivo recurrirá a la violencia para defender sus privilegios. Entonces no le quedará a la clase obrera otro camino que la revolución para la realización de sus objetivos Por eso el programa del «socialismo obrero» habla en términos generales de la conquista del poder político, sin precisar el medio que se debe emplear para esa conquista, porque la elección de dicho medio dependerá de un futuro que no podemos determinar con exactitud» (42).

He aquí una forma auténticamente marxista, dialéctica de encarar el problema de las formas de lucha revolucionaria, vinculándolas y haciéndolas depender de una situación histórica concreta. Por eso mismo, Lenin, exigía que la clase revolucionaria, si quería alcanzar sus objetivos, supiera utilizar todas las formas o aspectos de la actividad social y tener la suficiente preparación para sustituir rápidamente una forma de lucha por otra. Y de esta manera, ponía en guardia contra todo subjetivismo, toda unilateralidad y todo clisé en la elección de las formas de lucha.

La historia, incluso la más reciente, demuestra que los revolucionarios sólo pueden tener éxito si saben atenerse a estas enseñanzas de Lenin, es decir, si saben emplear todas las formas de lucha, aplicándolas en cada oportunidad con el debido acierto.

Es a todas luces clara la diferencia abismal del enfoque leninista con las enseñanzas de Mao Tze Dong sobre esta cuestión. En éste las acciones armadas constituyen la única forma de lucha revolucionaria («la solución del problema por medio

de la guerra»). Por eso, a la larga todo grupo maoísta ha caído indefectiblemente en el putchismo, poniéndose al margen de las condiciones político-sociales concretas del país en que actúa. Imitando ciegamente la experiencia china, consideran que la forma principal de organización revolucionaria es el Ejército Revolucionario y lanzan la consigna de «militarizar» toda su actividad política. No han sido pocos los que regresaron de Pekín con su guerrera estilo Mao y gorra china. Y no faltó uno que ante el «inminente comienzo de la guerra popular» en el país, llevó a toda su familia a Pekín con el fin de asegurar su existencia.

No podemos dejar de remitirnos nuevamente a Lenin en un asunto que ha sido tan enredado por el maoísmo y el ultraizquierdismo de todo matiz. «Plantear este problema —dice— al margen de la situación histórica concreta es tanto como no comprender los rudimentos del materialismo dialéctico. En diferentes momentos de la evolución económica, con sujeción a las diversas condiciones políticas, culturales, nacionales y de vida, etc. se destacan en primer plano diferentes formas de lucha, como las formas de lucha fundamentales y, en relación con esto, varían a su vez las formas secundarias, accesorias. QUERER CONTESTAR SIMPLEMENTE QUE SI O QUE NO A UN DETERMINADO MEDIO DE LUCHA, SIN ENTRAR A CONSIDERAR EN DETALLE LA SITUACION CONCRETA DEL MOVIMIENTO QUE SE TRATA EN UNA FASE DADA DE SU DESARROLLO, EQUIVALE A SALIRSE TOTALMENTE DEL TERRENO DEL MARXISMO» (43).

Las cosas ocurrieron exactamente así, en el caso del país. La cháchara que sobre la «guerra popular» cacareaban los maoístas, los puso totalmente fuera del terreno del marxismo leninismo. Y así. después de 14 años de haber armado un gran alboroto en torno a su decisión de «no dejar que se apague la llama de la lucha armada en el país», los tenemos ahí, fraccionados en media docena de grupúsculos, dando vivas a los «acuerdos revolucionarios de la V Conferencia Nacional», realizada nada menos que en noviembre de 1965.

Tanto el grupo «Bandera Roja», como el denominado "Patria Roja", consideran esa Conferencia de significación trascendental, por el hecho de haber señalado, según dicen, «la guerra popular dura y prolongada como forma principal de lucha... y el trabajo principal consistente en la organización y desarrollo de una fuerza armada propia» (44). El Partido de la clase obrera, sólo señala en forma general la conquista del poder político corno objetivo fundamental, sin fijar anticipadamente cómo y en qué momento se producirá. Pero los grupos maoístas, de acuerdo a las enseñanzas de Pekín, jactanciosamente dicen que se han liberado de todo «lastre revisionista», hecho «histórico» que les ha permitido anunciar desde ahora que tomarán el poder a través de la guerra popular, y que con ese fin están organizando

su propio Ejército Revolucionario. Esto aprendieron en Pekín, pero nada tiene que hacer con el leninismo ni con la propia vida.

De las referencias que hemos hecho a Lenin, fluye con nitidez su concepción dialéctico materialista sobre la cuestión de las formas de luchar, y su oposición franca a todo estereotipo, a toda rigidez y unilateralidad en los medios, que los revolucionarios proletarios, deben emplear en las difíciles batallas de la lucha de clases. En el Perú, durante más de una década los grupos pekineses anuncian su guerra popular. ¿Cómo se explica que esta «forma principal de lucha» no haya tenido vigencia durante más de 14 años durante los cuales se le ha venido pregonando? Por encima de cualquier «decisión» es el propio desarrollo de los acontecimientos el que pone al orden del día una u otra forma de lucha.

No es el maoísmo sino el leninismo el que nos da luces suficientes para enfocar con claridad el problema de la lucha armada. «El marxismo —dice Lenin— en modo alguno se limita a las formas de lucha posibles y existentes solamente en un momento dado, sino que reconoce la inevitable necesidad de formas de lucha nuevas, desconocidas para quienes actúan en un período determinado y que surgen a cambiar la coyuntura social dada. En este respecto el marxismo aprende, si vale expresarse así, de las masas y nada más lejos de él que la pretensión de enseñar a las masas formas de lucha caviladas por sistematizadores de gabinete» (45).

Es partiendo de este método —que enfoca históricamente el nacimiento y desarrollo de todas las formas de lucha— que Lenin, en las condiciones específicas de la vieja Rusia, llegó a la conclusión de que la guerra de guerrillas es una forma inevitable de lucha cuando se producen intervalos más o menos considerables entre grandes batallas de la guerra civil revolucionaria. Pero pone en guardia al Partido del proletariado, advirtiendo que «no debe considerar nunca la guerra de guerrillas como el único, ni siquiera como el fundamental medio de lucha, sino que debe supeditarse a otros, debe guardar la necesaria proporción con los principales medios de lucha debe ser ennoblecido por la influencia educadora y organizadora del socialismo» (46).

No es cierto, pues, que Lenin admita y aconseje la lucha armada sólo cuando se dan completas las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución, como en Octubre de 1917 en Rusia. Por el pasaje citado se ve que él, partiendo de las condiciones peculiares de la Rusia de 1905-1917, consideraba la guerra de guerrillas corno una forma de preparación de la insurrección armada general que se encontraba en proceso de desarrollo. No debe olvidarse que Lenin consideró el período que separa la revolución de 1905 de la 1917, como una pausa prolongada «entre las grandes batallas de la guerra civil».

Las enseñanzas de Lenin tienen una enorme importancia para los países de la América Latina. Pensamos que lo primero que es necesario tener en cuenta es que la guerra de guerrillas no debe tomarse como un clisé, estereotipo o receta aplicable en todos los casos; en segundo lugar no puede ni debe ser la «única» forma de lucha allí donde se lleva adelante; y en tercer lugar no debe perderse de vista que en los países en que las contradicciones sociales se agudizan y la opresión imperialista se endurece, surgirán necesariamente luchadores sociales, grupos de patriotas y hasta gentes desesperadas que se lanzarán a acciones guerrilleras. En este sentido la inevitabilidad de que habla Lenin, tiene y tendrá vigencia en América Latina, mientras no se libere de la dominación imperialista y la opresión de terratenientes y grandes capitalistas.

¡Cuan distinto al maoísmo es el pensamiento de Lenin sobre la lucha armada! Sus planteamientos y conclusiones emanan de un análisis marxista de la realidad, de un enfoque dialéctico materialista. No estamos frente a la aplicación o ejecución de una sentencia como «el poder nace del fusil» o «la tarea central es la toma del poder por medio de la fuerza armada, es decir la solución del problema por medio de la guerra». No, lo que hace Lenin es darnos luces, abrirnos una perspectiva, entregarnos una brújula que nos sirva para orientarnos en el intrincado camino que tenemos que recorrer hasta la instauración del poder revolucionario.

No es cierto que el cuadro político-social en que se inician las acciones guerrilleras debe corresponder a una situación revolucionaria, con los 3 signos señalados por Lenin, como pretende el maoísmo criollo. La experiencia de una serie de revoluciones triunfantes, en Asia, África y la América Latina, enseña que es suficiente que la dominación imperialista persista, que la explotación y opresión de las grandes masas de la ciudad y el campo se mantenga, poniendo al país en una situación que se aproxima a la situación revolucionaria descrita por Lenin. La experiencia de la revolución cubana es la que mejor ilustra esta tesis. Nadie podrá afirmar que cuando Fidel y sus heroicos compañeros comenzaron sus legendarias acciones guerrilleras en la Sierra Maestra, en la isla se daban los 3 signos de la situación revolucionaria. Batista estaba seguro de que la guerrilla de la Sierra sería derrotada y extirpada. El control reaccionario de las ciudades era absoluto. Pero conforme la guerra de guerrillas fue creciendo y avanzando, el cuadro político-social de Cuba fue acercándose a lo que Lenin llamó «situación revolucionaria»: conmoción nacional general que arrastra a la lucha revolucionaria hasta a los sectores más atrasados de la sociedad.

En un pasado reciente, el país fue sacudido por acciones guerrilleras que tuvieron una duración efímera. Las razones deben ser estudiadas con fría objetividad.

Pensamos que sólo a la luz de las enseñanzas que se desprenden del leninismo se puede explicar correctamente este hecho. Ya hemos dicho que para Lenin la lucha guerrillera y la lucha armada en general, sólo pueden concebirse como resultado de una situación económico, social y político concreta. Tiene que haber relación entre ambas. Pero además la guerrilla, para comenzar sus acciones, tiene que contar con el apoyo y la simpatía de las masas rurales. En otras palabras, el inicio de la guerra de guerrillas tiene que hacerse teniendo muy en cuenta el estado de ánimo de las grandes masas populares, fundamentalmente campesinas. No obstante existir una situación objetiva general, base y sustento de acciones guerrilleras, pueden éstas sufrir grandes reveles si al iniciarse no escogen un momento adecuado, el cual lo primordial es el estado de ánimo de las masas.

Penetrar en el seno de las masas campesinas oprimidas y explotadas por los terratenientes, es un trabajo muy serio y de larga duración. No puede ganarse la confianza del campesino de la noche a la mañana, máxime si se trata de un campesino que, como el quechua y el aymara en el Perú, sufría la opresión del terrateniente y la del criollo hispano-parlante. El campo peruano, estuvo convertido en un nudo de contradicciones. Era muy difícil que un grupo de estudiantes e intelectuales llegados de la ciudad, ganara rápidamente la confianza de un campesinado huraño, desconfiado, con lengua y tradiciones distintas al hombre llegado de fuera, blanco o mestizo.

Los grupos guerrilleros debían tener presente que la doble opresión a que estaba sometido el campesinado peruano, como trabajador de la tierra y como «indio», exigía mayor cautela, un trabajo más prolongado de preparación. En el departamento del Cuzco, por ejemplo, era necesario trabajar intensamente para cambiar el estado de ánimo de las masas campesinas, golpeadas duramente por la represión desatada como consecuencia de las acciones aventureras del trotskismo, que se infiltró en el movimiento sindical del valle de la Convención en el departamento del Cuzco, con la finalidad de poner en práctica los acuerdos de la Sección Latinoamericana de la IV Internacional. La incapacidad del trotskismo para organizar grupos armados guerrilleros, lo impulsó a echar mano a los sindicatos campesinos a los que declaró «instrumentos de la lucha armada», imponiéndoles un «programa insurreccional». Esta fue una gran provocación que puso al movimiento sindical campesino en situación de clandestinidad y repliegue a comienzos de 1962.

Trabajar sigilosa y duramente para alcanzar un nuevo ascenso del movimiento campesino y lograr un adecuado estado de ánimo de las grandes masas rurales, era indispensables antes de comenzar acciones guerrilleras en la Convención. Esto es lo que el leninismo enseña; esto es lo que no entendieron ni entienden maoístas

y trotskistas.

FARISAICA DEFENSA DE STALIN

La postura de los dirigentes del PCCh frente al «Discurso Secreto de Jruschov», hizo pensar a muchos que los comunistas chinos eran defensores leales de la primera experiencia histórica de la dictadura del proletariado y de Stalin en persona. No fuimos pocos los que, por esta razón, nos inclinamos al lado de Pekín los años que el PCCh polemizó con el PCUS y el Movimiento Comunista Internacional.

En los documentos del PCCh y en la folletería de los dirigentes chinos se cita con frecuencia a Stalin junto a Marx, Engels y Lenin. En la RPCh los retratos de Stalin siguen al lado de los de sus 3 antecesores. Todo, esto, sin embargo, no es suficiente para conocer la verdadera posición del maoísmo: frente a Stalin.

En realidad, la defensa que los líderes pekineses hacen de Stalin tiene un carácter demagógico y farisaico. Hoy se conocen documentos del PCCh y escritos del propio Mao Tze Dong que han sido publicados, unos a la muerte de éste y otros con motivo de la «revolución cultural». Son instrumentos probatorios de que el maoísmo tiene dos posiciones frente a Stalin: una real pero oculta; y otra falsa fingida, hecha para la exportación, como arma de combate contra el PCUS.

La contribución de la Internacional Comunista y de Stalin en la elaboración de la estrategia de la revolución china, su caracterización y desarrollo, son hechos objetivos que no se pueden borrar de la historia, Tampoco pueden ser falsificados gratuitamente como lo hacen los dirigentes chinos.

Tanto en lo que concierne a la revolución china, como en lo referente a la edificación del socialismo, Mao Tze Dong y su grupo han sostenido y sostienen puntos de vista radicalmente distintos a los que sostuvo Stalin. Es más, calumnian a éste atribuyéndole toda clase de errores. Por eso, no hay un mínimo de honestidad en su cacareada defensa del sucesor de Lenin.

Veamos qué dice Mao Tze Dong de la posición de Stalin durante el desarrollo de la revolución china: «De él provienen tanto el aventurerismo de izquierda de Wang Ming en la última fase de la guerra civil revolucionaria, como su oportunismo de derecha en la fase inicial de la guerra de resistencia contra el Japón. En el período de la Guerra de Liberación, Stalin comenzó por prohibirnos hacer la revolución, afirmando que si estallaba una guerra civil, la nación china se encontraría bajo amenaza de la ruina. Iniciada la guerra, creyó sólo a medias en nuestra fuerza. Al triunfo de la guerra, tuvo la sospecha de que la nuestra era una victoria al estilo Tito y ejerció en los años 1949-1950, una presión muy grande sobre nosotros»

(47).

Resulta, pues, que Stalin —según Mao— fue responsable directo de todas las desviaciones que se presentaron en el PCCh; prohibió hacer la revolución china; cuando ésta comenzó dudó de su triunfo y cuando triunfó sospechó que no sería una verdadera revolución socialista. En otras palabras, Stalin sólo atinó a dar orientaciones y consejos erróneos a los dirigentes chinos y a ejercer presiones malsanas durante todo el curso de la revolución china, Estas afirmaciones de Mao constituyen una burda falsificación de la historia; nunca podrán respaldarse con pruebas; son simples invenciones para atribuirse él mismo todos los méritos en la dirección de la revolución china. Se trata de patrañas que armonizan plenamente con las bien conocidas pretensiones pekinesas de escribir la historia de la revolución china como la historia personal de Mao Tze Dong.

En su famosa campaña para «la ordenación del estilo», del año de 1942, Mao propuso sustituir el leninismo por el maoísmo, alegando que la doctrina de Lenin era el «marxismo ruso», inservible para conocer el carácter de la revolución china y dirigirla correctamente; declaró que la asistencia y orientación dada por la Internacional Comunista a la revolución china había sido totalmente errónea, y por último que la ayuda prestada por la Unión Soviética y el PC (b) de la URSS al PCCh no sólo había sido ineficaz sino perjudicial.

En el Capítulo I, nos hemos referido a las desviaciones de Mao Tze Dong en todo el curso de la revolución china. Hemos visto sus andanzas aventureras ultraizquierdistas al lado de Li Li san, después de haber compartido los puntos de vista derechistas de Chen Tu siu. También nos hemos referido a sus confesiones en torno a su total desconocimiento de la sociedad, la nación y la revolución: china, cuando ya era miembro del Comité Centra del PCCh. Si en tales condiciones, la Internacional Comunista y Stalin en persona no hubieran prestado el apoyo político necesario al PCCh, comenzando por esclarecer y establecer cuál era el carácter de la revolución china, qué objetivos debía perseguir, a quiénes debía golpear y en quiénes debía apoyarse es imposible concebir el triunfo de la revolución china. «Desnudos» en conocimientos, ¿en cuánto tiempo hubieran hecho, solos, ese aprendizaje los dirigentes chinos?

Si las «sospechas» de Stalin con relación al futuro de la revolución china son ciertas, ellas se han justificado plenamente. El curso que el maoísmo ha imprimido al proceso revolucionario en la RPCh, ha alejado a este país del campo socialista. El «comunismo cuartelero» de Mao, se ha convertido en aliado del imperialismo.

Mao culpa a Wang Ming de ser el portador y vehículo de las desviaciones de «izquierda» y «derecha» de Stalin. Esto no es casual: Wang Ming, tenía formación

internacionalista y era miembro del Secretariado Político del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Mao lo calificó de «principal representante del marxismo ruso y de la línea de la Internacional Comunista en el PCCh». Incluyó a todos los militantes comunistas chinos que habían estudiado en la URSS en el llamado «grupo prosoviético y dogmático de Wang Ming» (48).

Los dirigentes chinos defienden de palabra a Stalin, pero en los hechos lo calumnian y lo vejan. ¿Cómo puede ser «un gran marxista leninista», quien cometió toda clase de errores, prohibió hacer la revolución y ejerció presiones perniciosas?

En sus comentarios a los «Problemas Económicos del Socialismo en la URSS» de Stalin, Mao Tze Dong, toma una posición abiertamente antistaliniana. «Stalin —dice— no destaca más que la tecnología y los dirigentes técnicos. No quiere nada que no sea la técnica y los dirigentes. Ignora la política y las masas. También aquí es unilateral». Y agrega «Stalin no ha encontrado ni el método adecuado ni el camino bueno que conducen del capitalismo al socialismo y del socialismo al comunismo. PARA EL ESTE ES UN ASUNTO MUY EMBARAZO (49).

Por las publicaciones que hicieron los «guadias rojos», durante la «revolución cultural» se sabe que Mao calificó a Stalin de metafísico y que acusó de haber sido el causante del estancamiento del marxismo leninismo en la Unión Soviética desde 1935, año de la Conferencia de Dsunyi que pone al «gran timonel», en la dirección del PCCh.

Según el maoísmo entre Trotski y Stalin no había mayor diferencia. «Ahora bien —dice el maoísta Kostas Mavrakis— Trotski compartía las premisas teóricas de donde surgían los errores de Stalin. ¿Cómo podía hacer una crítica válida? Ambos reducían la construcción del socialismo al desarrollo de las fuerzas productivas materiales; negaban que pudiera haber burguesía sin propiedad privada de los medios de producción; ignoraban la distinción entre contradicciones antagónicas y no antagónicas, en el seno del pueblo, y entre el pueblo y sus enemigos. Se situaban en el mismo terreno, planteaban los mismos falsos problemas, solo divergía en las respuestas. Para uno, el enemigo era la «burocracia bonapartista; para el otro los agentes enviados por el cerco capitalista» (50).

En este pasaje se resumen los últimos puntos de vista del maoísmo sobre Stalin, dados a conoce durante los años de la «revolución cultural». Para Pekín, en última instancia el verdadero causante de lo que llama «la restauración del capitalismo en URSS», es Stalin; es él quien dirigió la construcción «deformada del socialismo», planteando «falsos problemas».

Impugnar la experiencia soviética y ofrecer a los pueblos del mundo la experiencia china, con única alternativa, no puede concordar objetivamente con una leal

defensa de Stalin. Tal «defensa» resulta pura hipocresía, farsa, maniobra maquiavélica. Pekín necesita cargar a la cuenta de Stalin toda clase de errores y reducir al mínimo sus méritos, con el fin de justificar la prolongada y enconada oposición de Mao Tze Dong a la Internacional Comunista; su chovinismo antisoviético y sus «grandes saltos» aventureros.

Para que Mao aparezca como un gigante, los dirigentes chinos se empecinan en presentarnos un Stalin disminuido. Creen que en esta forma quedará demostrado que «ninguno de los marxistas leninistas precedentes dirigió personalmente, en primera línea, tantas importantes campañas políticas y militares como el Presidente Mao, ni experimentó una lucha tan prolongada, complicada, violenta y multifacética como el Presidente Mao... ¿Dónde se puede encontrar en la Antigüedad o en nuestro tiempo, en China o en el extranjero una teoría de tan alto nivel o un pensamiento tan maduro como el pensamiento del Presidente Mao?» (51).

No tenemos necesidad de refutar esta divertida mezcla de fatuidad e ignorancia, fruto de la adulonería de los secuaces de Mao durante los años de la «revolución cultural».

Los auténticos puntos de vista de Mao Tze Dong y su grupo sobre Stalin fueron escondidos durante largo tiempo; pero ahora que se les conoce, ya nadie puede dudar que los objetivos perseguidos por la dirigencia china con su mentirosa «defensa de Stalin», no fueron otros que sembrar el desconcierto en las filas del Movimiento Comunista Internacional y alimentar el antisovietismo. Pekín utiliza a Stalin como cobertura de todas las traiciones de la dirigencia china.

Wang Jung Wen, Yao Wen Yuan, Chiang Ching y Chang Chun Chiao, la llamada banda de los cuatro.

CAPÍTULO III

EL «SOCIALISMO CHINO»

El mes de noviembre de 1959 participé en una gira por el interior de la RPCh, junto con otros invitados, con la finalidad de conocer el camino recorrido por los comunistas chinos en la edificación del socialismo.

Estaba claro, para todos los que hicimos este aleccionador recorrido, que en la RPCh no podían repetirse exacta y mecánicamente las experiencias acumuladas por la URSS en la edificación del socialismo. Por eso mismo, estábamos ansiosos de conocer los aportes hechos por el PCCh al acervo general de enseñanzas en la edificación de la nueva sociedad.

Teníamos presente la advertencia hecha por Lenin: «Todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable, pero no llegarán de la misma manera, cada una de ellas aportará su originalidad en una u otra forma de la democracia, en una u otra variante de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas de los diversos aspectos de la vida social»(52).

En el largo recorrido que hicimos por el norte, centro y sur de la RPCh, visitamos fábricas, comunas populares, cooperativas artesanales, centros de enseñanza, instituciones culturales, etc. En todas partes se nos exponía brevemente cómo se estaba aplicando la política de las «3 banderas», es decir, «la línea general», «el gran salto» y «la comuna popular». No era difícil percibir un aire de jactancia en los dirigentes chinos cuando se referían a este «aporte de la originalidad china a la edificación del socialismo y el paso al comunismo».

LAS LEYES FUNDAMENTALES DE LA REVOLUCION Y LA EDIFICACION SOCIALISTA

La revolución socialista y la construcción del socialismo no se realizan porque sí, al azar, por capricho o de acuerdo al libre arbitrio de determinadas personas. Se trata de un proceso que se desarrolla de conformidad a leyes inherentes a la realidad económico-social del país en revolución o edificación socialista. El marxismo-leninismo ha formulado estas leyes objetivas de la siguiente manera:
«Dirección de las masas trabajadoras por la clase obrera, el núcleo de la cual constituye el Partido marxista leninista, en la realización de la revolución proletaria en una u otra forma; la alianza de la clase obrera con la masa fundamental del campesinado y con otras capas de trabajadores; la abolición de la propiedad capitalista y el establecimiento de la propiedad social sobre los medios fundamentales de producción; la paulatina transformación socialista de la agricultura; el desarrollo planificado de la economía nacional, orientado a la edificación del socialismo y del comunismo y a la elevación del nivel de vida de los trabajadores; la revolución socialista en el terreno de la ideología y de la cultura y la creación de una nutrida intelectualidad fiel a la clase obrera, al pueblo trabajador y a la causa del socialismo; la supresión del yugo nacional y el establecimiento de la igualdad y de una amistad fraterna entre los pueblos; la defensa de las conquistas del socialismo frente a los atentados de los enemigos del exterior y del interior; la solidaridad de la clase obrera de cada país con la clase obrera de los demás países, o sea, el internacionalismo proletario» (53).
Tener en cuenta estas leyes o principios fundamentales cuando se examina el rumbo seguido por la edificación del socialismo en China, significa verificar hasta que punto los dirigentes chinos han sido leales al marxismo leninismo y han actuado de acuerdo a leyes objetivas que no pueden ser burladas gratuitamente. Dejamos en claro que la observancia de las leyes generales de la edificación del socialismo no contradice, en nada, el tener muy en cuenta las condiciones históricas concretas y las particularidades nacionales de China o de cualquier otro país. La misma Declaración de 1957, indica que estos principios o leyes, deben aplicarse con espíritu creador, desechando a raja tabla todo lo que constituya copia mecánica. Y pone en guardia contra el menosprecio de las peculiaridades nacionales y sus efectos negativos: el divorcio inevitable de la vanguardia revolucionaria de las luchas de las grandes masas populares. Pero al mismo tiempo, tomando una posición justa y desechando la unilateralidad, señala el peligro que significa el abandono de los principios o leyes generales y la exageración de las particulari-

dades nacionales, tendencias contra los males es indispensable luchar dentro de todo Partido de la clase obrera.

El año de 1949 —año del triunfo de la revolución— China era un país agrario, atrasado económica, social y culturalmente. La mayoría aplastante de su población la constituían los campesinos (más del 80%), y la contradicción fundamental de la sociedad china era la que existía entre campesinos y terratenientes. Había aproximadamente 100 millones de Ha. de tierras cultivadas; sin embargo las fuerzas productivas en el campo se encontraban en un estancamiento crónico. El nivel de producción era bajo, con un rendimiento de 1 tonelada de cereales por Ha., por término medio. La miseria y la ruina eran las huellas dejadas por el dominio prolongado del sistema feudal, cuyo inicio se remonta y pierde en la noche de los siglos.

En rechazo abierto y franco a la explotación y opresión de los terratenientes, el campesinado chino sostuvo levantamientos armados, grandes y pequeños, durante los siglos que duró el sistema feudal en China. Fue así que forjó una gran tradición revolucionaria, sumamente favorable para las luchas del proletariado en la revolución democrático nacional, agraria antiimperialista. Las múltiples acciones armadas emprendidas espontáneamente por el campesinado no pudieron triunfar, sin embargo, porque aún no contaban con la dirección del proletariado políticamente organizado. No fue sino hasta el nacimiento del PCCh que se operó un cambio radical en las acciones de las masas rurales.

La ingente cantidad de campesinos y su carácter pequeño burgués, no han podido dejar de poner su sello en la revolución y la edificación del socialismo en China. Hay que tener presente que sólo el 0.5% de la población total del país estaba constituida por obreros industriales, al momento del triunfo de la revolución. Tres tareas históricas inaplazables se desprendían de esta situación: a) incrementar fuerte y rápidamente el número de la clase obrera, b) cambiar la naturaleza social del campesinado, enrumbándolo por la senda socialista, c) formar una intelectualidad socialista más o menos numerosa. En el cumplimiento de estas tareas debía tenerse presente la necesidad de asegurarle al proletariado su rol de vanguardia en todos los aspectos de la vida del país, pero fundamentalmente en el ámbito de la economía.

Cuando el 16 de setiembre de 1956, Chou En lai en el VIII Congreso del PCCh dijo: «En el curso de la ejecución del Primer Plan Quinquenal, gracias al esfuerzo de todo el pueblo, y sobre todo, gracias al esfuerzo de los trabajadores, se han logrado victorias más o menos grandes y más rápidas de lo que se esperaba, tanto en la construcción socialista como en las transformaciones socialistas» (54), no

exageraba. Hasta 1957, más o menos, el PCCh tuvo muy en cuenta las leyes generales que presiden la construcción del socialismo y se apoyó en ellas. Aquí reside la razón de sus éxitos.

En 1957 el nivel medio de consumo de la población rural china fue cerca del 80% más alto que en 1949 y un 30% más alto que en 1952. En general las condiciones económicas de los campesinos mejoraron muchísimo. De 1953-1957 —años del 1º Plan Quinquenal— el valor global de la producción industrial aumentó en un 141% y el de la agricultura en 25%. De este modo el peso específico de la industria moderna en la economía china pasó del 26.7% en 1952 al 40% en 1957. Liu Shao chi, entonces Presidente de la RPCh declaró: «El cumplimiento del Primer Plan Quinquenal sentó en China las bases de la industrialización» (55).

Estos logros fueron obtenidos gracias a la aplicación de una línea correcta, elaborada por el Comité Central del PCCh el año de 1952. Sus objetivos eran los siguientes: realizar gradualmente la industrialización socialista, efectuar transformaciones socialistas en la agricultura y en la industria artesana, así como en la industria y el comercio capitalistas. En 1956 el VIII Congreso del PCCh constató que en China se habían efectuado cambios sustanciales y que la tarea de desarrollar la producción material adquiría prioridad, puesto que la contradicción principal de la sociedad china ya no tenía carácter de clase sino que se producía entre el régimen socialista avanzado y las atrasadas fuerzas productivas.

En el Programa General del PCCh, aprobado en su VIII Congreso, se dice que «las tareas fundamentales del Partido en el período de transición que se extiende desde la creación de la República Popular China hasta la construcción del socialismo, consisten en realizar progresivamente la transformación socialista y la gradual industrialización del país» (56). Pero no pasó mucho tiempo para que la dirigencia pekinesa arrojara por la borda esta justa posición. Los acontecimientos ocurridos en China después de 1956, demuestran que Mao Tze Dong no estuvo de acuerdo ni con la línea ni con las tareas principales que el VIII Congreso señaló al PCCh.

Sin tener en cuenta que las relaciones socialistas de producción eran aún débiles e imperfectas, y que el paso de China al socialismo no podía considerarse definitivo, Mao Tze Dong, en actitud impaciente, impuso al PCCh un rumbo subjetivista y aventurero. Al promediar el año 1958 la dirigencia maoísta declaró concluida la etapa de edificación del socialismo en China y planteó la necesidad de comenzar a edificar el comunismo. Fue así como nació la teoría y la práctica de las «3 banderas». Según Mao Tze Dong y sus seguidores era suficiente dar «un gran salto» para llegar al comunismo. Ese mismo año de 1958, en la prensa china se comenzó a escribir cosas como la siguiente: «Bajo la dirección del Comité Central del Parti-

do y del camarada Mao Tze Dong y simultáneamente con la culminación de la revolución socialista, en condiciones del crecimiento extraordinariamente rápido de las fuerzas productivas, ya hemos creado las condiciones para el paso gradual al comunismo» (57).

El año de 1959 fuimos testigos de la casi seguridad que tenían los dirigentes chinos de que la RPCh adelantaría a la URSS y los otros países socialistas en el paso al comunismo. En sus charlas y conversaciones se insistía en el carácter transitorio del socialismo y lo necesario e inevitable del paso directo al comunismo. Estábamos frente a otro bandazo, tan característico en Mao Tze Dong. Olvidándose de su «nueva democracia» con duración de todo un período histórico, exigía ahora que un socialismo recién nacido diera un «gran salto» para pasar al comunismo.

La consolidación y ulterior perfeccionamiento del régimen social socialista, no significaba para el maoísmo otra cosa que el «congelamiento de la sociedad socialista». Diez años después, colocados ante las desastrosas consecuencias de la «revolución cultural», haciendo un viraje de 180 grados y olvidándose de sus apuros por llegar rápidamente al comunismo, declaraban que éste era un objetivo histórico al que se llegaría después de muchos años e incluso siglos.

El brusco viraje que Mao impuso al PCCh en 1958, frenó el desarrollo del socialismo en China. El abandono y olvido de las leyes generales de la edificación socialista y la suplantación del marxismo leninismo por el maoísmo, ha producido en China ese «modelo de socialismo», ese «socialismo pobre» que tanto alaban algunos intelectuales burgueses y pequeñoburgueses. Veamos pues qué hay de particular y cuál es la esencia de este «socialismo».

EL MAOISMO Y LA CONSTRUCCION DEL SOCIALISMO

La cuestión fundamental que distingue al materialismo histórico de todas las teorías burguesas y pequeño burguesas sobre el desarrollo social, es que reconoce el papel determinante del progreso de la producción y que los cambios en ésta, siempre se originan en los cambios operados en las fuerzas productivas, como su elemento más dinámico y revolucionario. Mao Tze Dong no está de acuerdo con este principio, que es fundamental en la concepción materialista de la historia. Según él, «los cambios en la sociedad se deben principalmente al desarrollo de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el seno de la sociedad, es decir, las contradicciones entre las clases, las contradicciones entre lo nuevo y lo viejo» (58). En esta contradicción Mao otorga el papel determinante no a las fuerzas productivas, sino a las relaciones de producción las

que, según piensa, pueden ser perfeccionadas a voluntad del hombre, aplicando una «línea de masas». Es precisamente aquí donde se encuentra la piedra angular del subjetivismo y el aventurerismo de la dirigencia china, en lo concerniente a la edificación del socialismo. El maoísmo considera que la finalidad de la revolución socialista «es la liberación de las fuerzas productivas». De aquí nace su preocupación por perfeccionar esa «liberación», emprendiendo constantes reformas. Así nació el movimiento por la ordenación del estilo de trabajo» en 1958; la campaña de «entrega del corazón al Partido» en 1959; el «movimiento de educación socialista en el campo» en 1962-1963; y la «revolución cultural» en 1966-1969.

El cumplimiento del Primer Plan Quinquenal y los éxitos alcanzados mareó a los dirigentes chinos. Sin tener en cuenta que ese Plan se llevó a la práctica partiendo de la rica experiencia soviética y de conformidad con las leyes objetivas que rigen la edificación del socialismo, no quisieron saber nada con esa experiencia ni con estas leyes, escogiendo un nuevo rumbo. Así, haciendo un viraje en redondo, se le impuso al PCCh la política llamada de «las 3 banderas»: «la nueva línea general», «las comunas populares», y «el gran salto adelante».

El año de 1959 la política de las «3 banderas» estaba en pleno auge. A lo largo y ancho de la RPCh, en la ciudad y el campo, se nos exponía el contenido de la «línea general» en pocas palabras: «poner en tensión todas las fuerzas, pugnar por marchar siempre adelante para construir el socialismo según la norma de cantidad, rapidez, calidad y economía». Esta «línea general» —según nos decían— significaba poner la dirección política en el mando e integrar la política con la economía. Ahora bien, ¿cómo debían aplicarse todas estas formulaciones en la práctica? En dos formas: a)desarrollando simultáneamente la industria y la agricultura, incluyendo un desarrollo simultáneo de la industria pesada y la industria ligera; b) desarrollando simultáneamente las empresas grandes, pequeñas y medianas, con el empleo simultáneo de métodos de producción modernos y autónomos.

La «línea general», se nos decía, «representa la integración del marxismo leninismo con la práctica concreta de China, capacitándonos para evitar un énfasis parcial sobre la industria con descuido de la agricultura y sobre la industria pesada descuidando la industria liviana». Haciendo alusión a ciertos «derechistas» que se oponían a la «línea general», se recordaba que Mao Tze Dong había expresado las siguientes palabras: «… en primer lugar somos `pobres' y en segundo término 'desnudos'. Por 'pobres' quiero decir que no tenemos mucha industria y nuestra agricultura tampoco está desarrollada. Por 'desnudos' quiero decir que somos como una hoja de papel en blanco, puesto que nuestro nivel cultural y científico no es alto. Mirado desde el punto de vista del desarrollo esto no tiene nada de

malo. Los pobres quieren hacer la revolución, mientras es difícil que los ricos quieran hacerla. Los países con un alto nivel científico y tecnológico se comportan con mucho orgullo. Nosotros somos como una hoja de papel en blanco, buena para escribir en ella» (59).

Salta a la vista la esencia voluntarista y aventurera de la «línea general». No toma en cuenta los procesos reales y objetivos: hay que desarrollar todo, con igual fuerza y al mismo tiempo, aprovechando la ventaja de ser pobre y desnudo. De esta primera bandera, se desprendieron las otras 2: la comuna popular y el «gran salto».

Fue en la ciudad de Cantón donde escuchamos por primera vez una exposición fundamentada del porqué de las comunas populares en China. En resumen, el expositor dijo lo siguiente: la comuna popular es una forma de organización social que se presta mejor que nada para el desarrollo simultáneo de la industria y la agricultura de tipo superior. Se caracteriza por el surgimiento de múltiples actividades: agricultura, silvicultura, ganadería, pesca, industria, comercio, educación, asuntos militantes. La administración de la comuna se integra con el poder local. La comuna ha proporcionado la mejor forma social de organización para acelerar la construcción socialista en China y preparar el tránsito al comunismo.

En la visita que hicimos a una comuna popular en las afueras de Cantón, pudimos constatar en qué consistía esta «mejor forma social para preparar el tránsito al comunismo». Resulta que los campesinos habían sido despojados de sus pequeñas parcelas individuales; se había colectivizado hasta los utensilios de uso doméstico y las viviendas. Se nos dio una explicación de la forma como se distribuían los artículos de consumo y era claro que había desaparecido la retribución de acuerdo al trabajo realizado, estableciéndose una repartición igualitaria. Pero además, la población comprendida dentro de la jurisdicción de la comuna, había sido organizada de modo casi militar, formando batallones y regimientos. Se nos informó que las comunas se creaban agrupando a todas las cooperativas de uno o varios distritos, y comprendían territorios relativamente extensos con una población de hasta 100,000 personas.

Nos sorprendió el bajísimo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de la comuna. Se nos hizo conocer un taller artesanal de reparación de máquinas y tractores; pero la comuna aún no contaba con un solo tractor. Con poca diferencia, en lo que ha instrumentos de producción se refiere, era como visitar una comunidad campesina de la sierra del Perú. Por eso, mientras recorríamos uno y otro lugar de la comuna, recordamos una de tantas discusiones que los presos políticos solíamos sostener en la Penitenciaría de Lima y la isla del Frontón, durante la dictadura

de Odría. Se trataba de diferenciar el artel de la comuna y de precisar las razones por las cuáles esta última no puede implantarse desde arriba, por simple decisión administrativa, al margen del nivel alcanzado por los medios de producción. Entonces ya teníamos una idea clara de que la comuna debía ser el resultado del desarrollo de la cooperativa.

En su Informe al XVII Congreso de PC (b) de la URSS J. V. Stalin dijo lo siguiente: «La futura comuna surgirá del artel desarrollado y próspero. La futura comuna agrícola surgirá cuando en los campos y las granjas del artel abunden los cereales, el ganado, las aves, las legumbres y todos los demás productos; cuando se organicen junto a los arteles lavaderos mecánicos, panaderías mecanizadas, etc.: cuando el koljosiano vea que le resulta más beneficioso recibir carne y leche de la granja que mantener su vaca y su ganado menor: cuando la koljosiana vea que le conviene más almorzar en el comedor, comprar el pan en la panadería y recibir la ropa lavada del lavadero colectivo que ocuparse ella misma de estas cosas. La futura comuna surgirá sobre la base de una técnica más desarrollada y de un artel más desarrollado, sobre la base de la abundancia de productos» (60).

Resulta claro que la comuna viene a constituir la forma superior, la cúspide, del movimiento cooperativo en el campo y surge como consecuencia del desarrollo real y objetivo de las fuerzas productivas y la técnica. En el artel solamente se colectiviza los medios básicos de producción, a diferencia de lo que ocurre en la comuna donde se implanta la colectivización de las viviendas, el ganado lechero y menor y hasta las aves de corral.

Pese a las afirmaciones de que las comunas populares habían surgido espontáneamente, debido a que las cooperativas, por sus limitaciones, habían llegado a constituir un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas —como la construcción de represas y centrales hidroeléctricas— era muy fácil constatar que se estaba repitiendo la marcha atolondrada, por encima del artel, que alguna vez se condenó en la URSS. Pero esto no es todo. Cuando se ignora las condiciones económicas objetivas y el grado de desarrollo alcanzado por ellas, se cae en la utopía y se reniega de la ciencia. El paso del artel a la comuna es un problema serio. En el fondo y en esencia se trata del problema de la transformación de la propiedad cooperativa en propiedad de todo el pueblo, lo que no puede resolverse con medidas organizativas que prescinden del nivel alcanzado por las fuerzas productivas.

Es oportuno aclarar, sin embargo, que la comuna, tal como la entiende Mao Tze Dong, es una propiedad de grupo, en la que no se plasma la propiedad social propiamente dicha. De aquí que se haya señalado, con justa razón, que sus con-

cepciones sobre la organización económica ideal de la sociedad se encuentren no en el marxismo sino en el anarquismo. La comuna popular es algo parecido a una célula económica que se autoabastece de todo lo que necesita, aplicando el principio denominado «apoyarse en las propias fuerzas», que siguiendo el ejemplo de la Brigada de Producción de Tachai, se expresa en el slogan que dice «no pedir 3»: «No pedir al Estado grano, dinero y materiales».

La comuna popular ha servido a la burocracia china como instrumento de coerción mediante el cual se ha obligado a los campesinos a entregar al Estado la producción de sus tierras, sin protestas de ninguna clase. Huelga decir que la economía socialista es contraria a este «modelo». Ella constituye una economía nacional única, con vínculos que unen y armonizan a todas sus partes.

Con el nombre de «regularización» en enero de 1961, el Comité Central del PCCh se vio obligado a dar paso atrás en el rumbo aventurero que desde 1958 se emprendió en la edificación del socialismo en China. Se reestructuraron las comunas populares, devolviéndose a los campesinos sus parcelas individuales. De hecho se tuvo que volver a las cooperativas de producción. A fines de 1963 pudimos constatar este repliegue, con motivo de la visita a una de las principales comunas en las afueras de Pekín. Allí el dirigente del PCCh que nos servía de guía y traductor, pidió a un grupo de campesinos que dijeran si era cierto o no que cada uno de ellos tenía su parcela individual, su ganado menor y sus aves de corral. Todos respondieron que sí. Este era un cuadro totalmente distinto al que se nos presentó en 1959, en Cantón, donde incluso se nos hizo pasear una vivienda colectivizada. Ahora, de la comuna popular solo quedaba el nombre.

El desbarajuste metido en la economía agropecuaria china, con la implantación de la comuna popular, puso a la RPCh en una situación extremadamente difícil. La aguda escasez de productos alimenticios amenazó a toda la población con el hambre, obligando al Gobierno a importar cereales hasta por un monto anual de 6 millones de toneladas de trigo.

El «gran salto», según Mao Tze Dong, debía expresarse no sólo en el auge de la economía agropecuaria, sino también en un excepcional desarrollo de la industria. Desarrollo tan singular debía producirse en base a la atención simultánea y pareja a la gran industria y a la producción artesanal. Estas eran las dos piernas que debían permitir a la economía china dar un «gran salto». De hecho, con el fin de que la producción artesana igualara a la producción industrial, se le dio prioridad, ocupando la posición de fuente principal de la industria. Se sabe que entre 1958-1960 se crearon 7 millones y medio de empresas pequeñas y medianas, equipadas con maquinaria rudimentaria, en las que trabajaban artesanos y campesinos, sin

la experiencia ni los conocimientos de los obreros industriales.
Lo grave del caso es que estas empresas artesanales no se dedicaron a producir artículos de consumo inmediato y masivo, propios de la industria ligera, sino que se les asignó la tarea de producir máquinas, fundir metales y extraer hulla, es decir, que debían cumplir funciones inherentes a la pesada. En Nankin visitamos une «fabrica de automóviles» típicamente artesanal en la que encontramos dos camiones a medio terminar que parecían haber sido hechos a golpe de martillo. Entre los visitantes surgió ya una discusión sobre este «camino chino» de construcción del socialismo. Hubo algunos que opinaron que éste era el rumbo a seguir en el futuro por nuestros países "pobres y atrasados".
Según los cálculos de los dirigentes chinos la proliferación de pequeñas y medianas empresas de tipo artesanal debía acelerar tanto el proceso de industrialización del país, como el ritmo de mecanización de su agricultura. Se aseguró que sólo en 5 años (de 1958-1962) debía aumentar la producción industrial en 6 veces y media. Sólo en 1958 la industria artesana ya debía producir más de 1 millón de toneladas métricas de arrabio, 200,000 toneladas de acero, 18,000 máquinas herramientas, 21,000 máquinas eléctricas y 8,300 motores.
No tardó mucho para que cálculos tan optimistas se vinieran a tierra como castillo de naipes. El bajísimo pertrechamiento técnico de las empresas artesanas y el desorden general imperante en su actividad productora y de suministro, tuvieron consecuencias funestas. En la práctica se produjo una gran dilapidación de recursos financieros, materiales y humanos. Sólo en la fundición de arrabio y acero en hornos artesanales las pérdidas sobrepasaron los 4 mil millones de yuanes.
La industrialización artesanal y el caminar con las dos piernas» (gran industria y pequeña artesanal) resultaron un rotundo fracaso. Se tuvo que cerrar gran parte de «fábricas». Entre 1961 a 1962 el rendimiento de la producción industrial fundamental de la RPCh descendió 20% en el primer año y 50% en el segundo año. Ante situación tan difícil no le quedó a la dirigencia china otra cosa que rectificar sus propósitos iniciales. Esta es la razón de ser de la política de «regulación, fortalecimiento, complementación y aumento, acentuándose la regulación» aprobada por el C. C. del PCCh en setiembre de 1962.
Mao Tze Dong y sus más cercanos colaboradores, nunca han tomado una actitud autocrítica ante el estrepitoso fracaso del «gran salto adelante». Es más, las duras lecciones que se desprenden de él, no les sirvieron para reflexionar y retomar el camino del marxismo leninismo. De inmediato lanzaron otra tesis: «la agricultura es el fundamento de la economía nacional», calificándola como un nuevo aporte a la teoría y la práctica del marxismo leninismo, con el cual nada tiene que hacer.

No era otra cosa que un simple desestimiento de la prioridad que anteriormente se le había otorgado al fomento de la industria.

Las consecuencias calamitosas del «gran salto» fortalecieron transitoriamente las posiciones de los cuadros marxistas leninistas del PCCh, quienes arrancaron una resolución correcta y justa en la Conferencia de la Comisión Económica Estatal, realizada en febrero de 1965. «Es preciso —se dice en esta Resolución— desembarazarse de los prejuicios, y no de la ciencia. Hay que actuar en correspondencia con la realidad objetiva y no sobre la base de deseos subjetivos. El aumento de la producción hay que procurarlo allí donde esto sea posible, y no apresurarse allí donde no existen posibilidades para ello. El auge de la producción debe estar basado en el crecimiento de la productividad del trabajo, en la mejora de la dirección de la producción, en el empleo de la técnica de vanguardia, en el logro y superación de los «standard» internacionales y en el perfeccionamiento de la cooperación entre las empresas» (61). Esta Resolución no hacía sino repetir la instrucción preparada por Liu Shao chi en torno a las medidas económicas que debían tomarse para mejorar la industria.

El grupo de Mao Tze Dong se preparó rápidamente para responder a este primer «viento revocatorio de derecha». Bajo la bandera de la mal llamada «gran revolución cultural proletaria», el año de 1966, dio comienzo a su gran ofensiva contra todos los que se habían permitido asumir una posición crítica contra la política de las «3 banderas».

Examinando con objetividad el fondo mismo de esta política, se descubre sin dificultad un deseo frenético, propio de la pequeña burguesía, de forzar la marcha de la historia a como de lugar. Y en el centro de este enredo se encuentra Mao Tze Dong, con su empirismo y voluntarismo característico. Se propuso llegar al comunismo «antes que los rusos». Esto fue lo fundamental para él. Por eso no se detuvo a reflexionar sobre la necesidad de comenzar por crear la base industrial y técnica del socialismo en China. Estaba seguro que al comunismo se podía llegar dando un «gran salto», sin esperar que el socialismo cumpla su ciclo siguiendo su proceso de desarrollo, hasta alcanzar la madurez indispensable para su paso al comunismo.

El triunfo de la revolución china permitió la instauración de la propiedad del Estado y de las cooperativas. Sin embargo, esto no era suficiente para considerar que el sistema socialista se encontraba establecido, porque tal cosa significa haber alcanzado un alto nivel de producción y distribución y unas relaciones nuevas entre los hombres. Con impaciencia y desesperación los dirigentes chinos olvidaron esto y se lanzaron a la aventura del «gran salto», intento desdichado de soslayar

la etapa indispensable del perfeccionamiento y desarrollo del socialismo recién nacido en China.

La simple socialización de los medios de producción no conduce a la sociedad socialista. Para los fundadores del socialismo científico, el sistema socialista debe constituir toda una etapa en el tránsito de la sociedad de clases al comunismo, etapa en la cual tienen que cumplirse tareas sociales de enorme importancia. En un país atrasado como la China anterior a la liberación, no era difícil dar comienzo a las transformaciones socialistas, pero perfeccionarlas y desarrollarlas era problema distinto. Ya advirtió Lenin que cuanto más atrasado es un país, tanto más difícil será que pase del capitalismo al socialismo. Pero los dirigentes chinos «mostrándose sobremanera orgullosos y andando con el rabo muy erguido», declararon por boca de Mao Tze Dong que «Desde la perspectiva actual esta tesis no es correcta. En realidad, cuanto mayor sea el atraso económico de un país tanto más fácil es su transición del capitalismo al socialismo. Cuanto más pobre es un hombre más desea la revolución» (62).

La experiencia de la edificación del socialismo en la URSS y los demás países de la Comunidad Socialista, confirma la tesis de Lenin y niega rotundamente la antojadiza opinión de Mao. La implantación de la propiedad social en estos países no significa que en ellos haya sido creada, desde un comienzo, una sociedad socialista cabal. Con el cumplimiento de la socialización de los medios de producción en la ciudad y el campo, sólo se da inicio a la construcción del socialismo. Sigue a esto un camino largo de desarrollo de las fuerzas productivas, junto a un perfeccionamiento de las relaciones de producción ya surgidas. Este es un período histórico, en el que se deben aprovechar al máximo todas las posibilidades existentes para el desarrollo de las fuerzas productivas y elevar el bienestar de las masas.

Es obvio que un país tan grande y atrasado como China debía cumplir tareas ingentes en la edificación del socialismo, una vez conquistada la liberación el año 1949. Antes de pensar en el paso al comunismo en 4 ó 5 años, los dirigentes chinos estaban ante el imperativo histórico de lograr objetivos económicos, sociales, políticos e ideológicos en base a la rica experiencia ya acumulada por los otros países socialistas, sin perder de vista su propia realidad. No era difícil, partiendo de esa experiencia, establecer los siguientes objetivos:

Un sistema económico que corresponda a las exigencias de la revolución científico-técnica y que garantice una elevada productividad del trabajo; un desarrollo armónico de la economía nacional, elevando la producción agrícola hasta el nivel de la industria;

El reforzamiento, en la esfera social, del Papel rector de la clase obrera en alianza

con los campesinos, acabando con el contraste entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, entre la ciudad y el campo. Con relación a esto elevar la cultura, la instrucción y la educación de todos los trabajadores;
El desarrollo de la democracia socialista y la ampliación de la participación de los trabajadores en la dirección de todos los eslabones económicos de fábricas y cooperativas;
El arraigo de la concepción proletaria del mundo y de la vida (marxismo-leninismo) en la conciencia de las grandes masas trabajadoras.
Si estos objetivos no han sido logrados, el paso de un país socialista al comunismo es una simple utopía. A ningún Partido de la clase obrera, realmente marxista-leninista, en el poder, se le podrá ocurrir, en tales condiciones, forzar el paso al comunismo.

LO QUE SIGNIFICA «PONER LA POLITICA AL MANDO»

Mao Tze Dong admite que una gran abundancia de productos facilitará el paso del sistema de la propiedad colectiva al sistema de propiedad de todo el pueblo. «Pero para aumentar la producción —dice— hay que producir más, más rápidamente, mejor y de una manera más económica. Y si se quiere alcanzar este resultado HAY QUE COLOCAR A LA POLITICA EN EL PUESTO DE MANDO» (63).
¿Qué hay en el fondo de este "poner la política en el puesto de mando"? La respuesta la tenemos en la política de las «3 banderas» y sus resultados desastrosos. Para el maoísmo «poner la política en el puesto de mando» no es otra cosa que dictar órdenes encaminadas a someter la marcha de la historia a los deseos y propósitos de los líderes. El subjetivismo de esta sentencia es incuestionable. Mao Tze Dong, ha borrado de un plumazo el rol que el desarrollo de las fuerzas productivas juega en las transformaciones sociales. Para él sólo existen las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. ¿Cómo y por qué han surgido estas contradicciones? ¿Qué rol juega cada uno de los aspectos de esta contradicción? Estas son cosas que no le interesan.
Hemos escuchado decir a los líderes chinos que aprovechando las enseñanzas que desprenden de «los errores cometidos por Stalin en la edificación del socialismo» a ellos nunca se les ocurrió decir que «la técnica lo decide todo», porque lo fundamental es que la dirección política sea siempre roja, que no cambie de color. La cuestión, sin embargo, no es tan sencilla; no es suficiente mantenerse «rojo». Con la instauración de la dictadura del proletariado y fidelidad al marxismo leninismo esta condición está cumplida. De lo que se trata es de ponerse a construir el so-

cialismo con conocimiento de causa. Y llegado este momento «No basta ser revolucionario y partidario del socialismo o comunismo en general... —dice Lenin—. Es necesario saber encontrar en cada momento el eslabón preciso de la cadena al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para retener toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente»... «El comercio: he ahí el eslabón de la cadena histórica de acontecimientos, de las formas de transición de nuestra construcción socialista en 1921-1922 al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas» (64).

Aplicando este método de Lenin, que consiste en descubrir en cada etapa la tarea central, de cuya solución depende la solución de las demás tareas, se edificó el socialismo en forma desplegada en la URSS. En un momento determinado se consideró el dominio de la técnica por los bolcheviques como la tarea central, como «el eslabón de la cadena de acontecimientos históricos». Stalin planteó en términos demasiado claros esta tarea: «Es hora ya de que los bolcheviques se conviertan ellos mismos en técnicos. La técnica en el período de reconstrucción lo decide todo. Y un director de industria que no tenga el deseo de estudiar la técnica, que no aspire a dominarla, ese no es un dirigente, sino un hombre ridículo» (65).

Es claro, pues, que para la construcción del socialismo los dirigentes no solo deben ser «rojos», sino que deben dominar la técnica específica del campo en que actúan, para no ser «hombres ridículos», tan perjudiciales como el propio enemigo. La política y la economía se encuentran orgánicamente vinculadas. Según Lenin «la política es la expresión concentrada de la economía», y en consecuencia no puede haber un enfoque político acertado que no parta de un detenido análisis económico. Por eso, el Partido del proletariado que se encuentre ante el objetivo histórico de edificar la sociedad socialista, tiene que cumplir necesariamente tareas que son inherentes al desarrollo de la economía socialista. Son de Lenin las siguientes palabras: «Nosotros apreciamos el comunismo únicamente cuando está económicamente argumentado... hemos partido siempre y ante todo del análisis económico exacto» (66). Y además, lo más «profundo de la política interior y exterior de nuestro Estado se determina por los intereses económicos, por la situación económica de las clases dominantes de nuestro Estado» (67).

Para el maoísmo estas enseñanzas de Lenin no tienen ningún valor. El «poner la política al mando» no es otra cosa, en la práctica, que la aplicación del sistema del «ordeno y mando», mediante el cual los dirigentes chinos exigen a las masas el cumplimiento de tareas, subjetivamente elaboradas, apelando al «entusiasmo revolucionario». Aplicando este principio, Mao Tze Dong, declaró sin rodeos lo siguiente: «En este momento está muy extendida en China la idea de que cuanto

más rápido pasemos al comunismo, mejor. Algunos recomiendan incluso el paso al comunismo dentro de 3 ó 4 años. En el distrito de Fan, provincia de Shangtun, por ejemplo, este plazo ha sido fijado en cuatro años» (68).

Este es un ejemplo típico de lo que significa «poner la política al mando»: proponerse tareas de acuerdo a lo que se desea, dando espaldas a la realidad objetiva, a las leyes económicas, y olvidar que no puede haber política justa que no sea una «expresión concentrada de la economía».

El PCCh, con su dogma de «la política al mando» se ha enfrascado en interminables campañas y movimientos dirigidos a lograr un perfeccionamiento artificial de las relaciones de producción. En 1952 fue el movimiento contra los 3 y los 5 «males»; en 1957 la campaña contra los derechistas; en 1958 el movimiento por la ordenación del estilo de trabajo; en 1958-1959 la campaña de entrega del corazón al Partido; en 1962 el movimiento por la educación socialista en el campo; en 1966 la «revolución cultural»; en 1974 el movimiento de crítica a Lin Piao y Confucio; después se implementó la campaña «contra el viento revocatorio de derecha» y por última la actual campaña contra «los cuatro».

En todos estos movimientos y campañas se puso «la política al mando», ejerciendo presión administrativa sobre las masas de obreros y campesinos para alcanzar objetivos ajenos al desarrollo de la economía socialista. La prensa china los presenta como «revolución en la superestructura» y «lucha activa por cambiar la forma de concebir el mundo».

Sea la «campaña de entrega del corazón al Partido», la «revolución cultural», la «crítica a Lin Piao y Confucio», la lucha «contra la cuatrinca» o cualquier otra campaña, se produce siempre —según los dirigentes chinos— un aumento de la producción. «Por doquier donde la campaña marcha bien —dicen— la producción prospera y viceversa». Así los factores políticos son inventados y puestos por encima de las condiciones materiales de existencia, otorgándoseles un rol decisivo para impulsar la producción.

Las publicaciones chinas se esfuerzan en hacer creer a la opinión pública del mundo que sus campañas despiertan el entusiasmo de las masas trabajadoras, pero esto no es cierto. Los métodos de ordeno y mando («la política al mando») no sólo han provocado el disgusto de los trabajadores sino, en varias oportunidades, su rechazo franco y vigoroso. La razón está en que frenan el ritmo del desarrollo económico y no toman en cuenta los intereses materiales de los trabajadores, cuyas reivindicaciones salariales son calificadas de perniciosa manifestación de «economismo».

Durante la campaña de «crítica a Lin Piao y Confucio», se produjeron varios casos

de huelgas en la industria y el transporte de la RPCh. En 1967 surgió la amenaza seria de una gran huelga en la industria hullera, en la de maquinaria pesada y en el transporte ferroviario. Como consecuencia de esta situación comenzaron a aparecer en la prensa china alusiones a «un puñado de enemigos de clase»; «sabotajes en la industria», etc. Sólo la «revolución cultural», tuvo efectos más desastrosos en la economía china; ninguno de los planes de producción pudieron cumplirse.
Por desgracia los dirigentes chinos no han sacado ninguna enseñanza de las ruinosas consecuencias de sus «movimientos» y «campañas» en la economía. Insisten en repetir que «la situación es excelente»; porfían en su fórmula de «poner la política al mando» y obligan al pueblo a realizar un trabajo forzado, con un consumo limitado a satisfacer sólo sus necesidades más elementales. A todo el que opina que el socialismo en la China debe sustentarse en una base material y técnica moderna, en proceso de constante perfeccionamiento, se le tilda de «revisionista», «seguidor del camino capitalista».
De todas las campañas realizadas de acuerdo al slogan «la política al mando», es la «revolución cultural» la que, por sus efectos, caracteriza mejor al maoísmo como una corriente pequeño burguesa antisocialista.

LA REVOLUCION CULTURAL

La «revolución cultural» se inició con una campaña periodística mordaz contra Teng to, al que se le calificó de cabecilla de una "banda siniestra" sin respetar su condición de Secretario del Comité del Partido de Pekín. Se le acusó de haber publicado entre 1960-1962, bajo seudónimo, una serie de artículos contra Mao Tze Dong.
En octubre de 1965, Mao Tze Dong, impartió directivas para que se criticara severamente al famoso dramaturgo Wu-Han. Fue Yao Wen yuan —integrante de la banda de los 4— el que se encargó de escribir un artículo liquidador contra él, publicado en Shangai, pese a la oposición del CC del PCCh. En estas circunstancias se acordó nombrar un grupo encargado de los asuntos de la revolución cultural encabezado por Peng cheng, miembro del Buró Político del CC del PCCh y primer secretario del Comité del Partido de Pekín.
En febrero de 1966, el grupo nombrado dio a conocer su «Informe Esquemático», señalando una línea orientada a frenar las críticas furiosas y liquidadoras desatadas contra Ten-To y Wu Han y darles un carácter edificante, circunscribiéndolas al campo de la literatura y el arte. La reacción del ala radical maoísta no se hizo esperar. El desaparecido Lin Piao se encargó de organizar una reunión de funcio-

narios políticos del Ejército, en Shangai, utilizando como intermediaria a Chiang Ching. Esta reunión convocada al margen del Partido, aprobó el famoso «Sumario del Foro sobre el Trabajo Literario y Artístico en las Fuerzas Armadas, convocado por la camarada Chiang Ching por encargo del camarada Lin Piao».

Editorializando sobre los dos documentos, Hongqi, en su N° 9 de 1967 expresó lo siguiente: «Los dos documentos son órdenes de diferente índole emitidas por dos cuarteles generales que representan diferentes clases. «El Informe Esquemático» es una orden contrarrevolucionaria procedente del cuartel general burgués representado por el máximo de los elementos con poder seguidores del camino capitalista dentro del partido. Llama al puñado de esos elementos y a todos los monstruos y demonios, a socavar la gran revolución cultural proletaria, a defender la dirección y las posiciones usurpadas por ellos en los terrenos político, ideológico y cultural y a desatar una lucha a muerte para subvertir la dictadura del proletariado. El «Sumario del Foro» es una orden revolucionaria procedente del cuartel general proletario representado por el Presidente Mao. Llama a los revolucionarios proletarios y a las masas revolucionarias a emprender la gran revolución cultural proletaria, a desenmascarar y derrocar por completo al puñado de elementos con poder seguidores del camino capitalista dentro del Partido, y a avanzar impetuosamente para consolidar la dictadura del proletariado» (69).

El «Sumario del Foro» fue revisado y corregido cuidadosamente por Mao Tze Dong. Es al mismo tiempo que la partida de nacimiento de la «revolución cultural», la declaratoria de guerra a todos los dirigentes y militantes del Partido que no estaban de acuerdo con la política aventurera de las «3 banderas», y que en mayor o menor grado pugnaban por enrumbar al Partido por la senda del marxismo leninismo.

Los últimos días de mayo de 1966 comenzó la agitación de los «guardias rojos» con la aparición de un «tasipao» (mural), colocado por estudiantes y profesores en la Universidad de Pekín, en el que se acusaba al Comité del Partido de oponerse a las ideas de Mao Tze Dong y de haber hecho abandono de «la línea revolucionaria del Presidente Mao» y practicar una línea contrarrevolucionaria y burguesa. Poco después, en toda la RPCh se imitaba a los estudiantes y profesores de la Universidad de Pekín, cubriendo de «tasipaos» los muros de las ciudades y aldeas. Estaba claro que la «revolución cultural» era un movimiento subversivo, planeado y organizado para destruir los Comités del Partido y los órganos del poder elegidos por el pueblo.

Un testigo presencial de los acontecimientos ocurridos en Pekín, escribe lo siguiente: «Resulta que el Comité del Partido de la Universidad, al verse cercado por una multitud desenfrenada, telefoneó pidiendo ayuda al Comité Distrital del Partido,

y éste respondió que no podía ayudar por no tener fuerza. El Comité Urbano del Partido no pudo responder al llamado porque también había sido desbaratado. Cuando resultó evidente el peligro que corría la integridad física de sus miembros, la dirección de la Universidad reclamó el auxilio de la Policía, pero ésta contestó que no intervenía en el movimiento. Entonces pidieron auxilio a la Guarnición Militar, con el mismo resultado anterior: aplicamos la línea de masas» (70).

Estas «masas» no eran otra cosa que turbas de estudiantes protegidas por la Policía y el Ejército, arrojadas contra los organismos del Partido, los Sindicatos, la Liga de la Juventud y los órganos del poder popular, para destruirlos y levantar nuevas organizaciones, absolutamente leales «al Presidente Mao» y acabar con todos «los deformados y monstruos».

En esta forma se desenvolvió la «revolución cultural», auténtica vorágine de pasiones en la que todos los frustrados y resentidos encontraron una brillante oportunidad para descargar sus odios y ejercer venganzas, estimulados por el «cuartel general proletario del Presidente Mao». El «tasipao» que mejor resume los objetivos reales de la «revolución cultural» es el que fue colocado en la Universidad Pedagógica de Pekín, con la siguiente inscripción: «¡Abajo el reino siniestro! De 1949-1966 nos han dado látigo, nos han chupado la sangre, han traicionado al gran jefe Mao Tze Dong. ¡Abajo el reino siniestro! ¡Viva la gran revolución cultural proletaria! ¡Defendamos al Presidente Mao!».

No se trataba, pues, de una revolución cultural. En verdad nada de cultural ni de revolución tuvo esta gran sedición. ¡Cuántos desmanes se cometieron con el nombre y el pretexto de la «revolución cultural»! Con el slogan de «convirtamos las librerías en baluartes de las ideas de Mao Tze Dong», se cerraron todos los establecimientos de venta de libros en los que no existían obras de Mao Tze Dong y se quemaba los libros donde no se le citaba. Igual suerte corrían los discos donde no se decía «una sola palabra del Presidente Mao». En las ópticas aparecieron carteles con inscripciones como la siguiente: «¡Abajo la costumbre burguesa de usar lentes oscuros!». A las mujeres se les prohibió usar falda por ser «una costumbre foránea». Se declaró a las sastrerías y peluquerías «antros del modo de vida burgués». Se prohibió llevar el cabello largo, peinado hacia atrás o con raya. Los «guardias rojos» organizaban piquetes armados con tijeras para cortar las trenzas de las muchachas. En las zapaterías se leían avisos con inscripciones que decían: «¡Retirar los productos ideológicamente descompuestos! Masas revolucionarias, abajo los zapatos de cuero! Renunciemos a los gustos de las clases explotadoras!

Los «guardias rojos» (hungweipings) se lanzaron también contra las tradiciones culturales. En pocos días destrozaron gran cantidad de obras de arte. Desplazán-

dose de casa en casa destruyeron todas las molduras de cornisas, las esculturas que coronaban los techos, arcos, figuras ecuestres, leones de piedra que adornaban los pórticos, etc. Estas hordas de mozalbetes destruían imágenes, vasijas, estatuas, dejando su huella en palacios y pagodas de antigüedad milenaria.

A fines de 1966 la RPCh se encontraba a merced de los «guardias rojos», y no era fácil ingresar a sus filas. Los miembros del Partido y de la Juventud Comunista estaban prohibidos de ser «guardias rojos». Esta medida tenía su lógica: la «revolución cultural» consideró al Partido y la Juventud Comunista como antros de «monstruos y deformados», «revisionistas contrarrevolucionarios» y «seguidores del camino capitalista».

En 1967 toda la RPCh se encontraba frente a una juventud que había hecho abandono de sus estudios y su trabajo para entregarse a acciones del más aberrante gamberrismo, en interminables e histéricas algaradas. El país se encontraba al borde de la catástrofe. Fue entonces que el grupo de Mao, decidió tornar medidas correctivas, encargando al Ejército que pusiera freno a la anarquía. Un buen número de dirigentes de los «guardias rojos» fueron ejecutados, y decenas de miles marcharon al destierro con el fin de ser incorporados al trabajo junto a los campesinos. Se calcula que el total de deportados llegó a los 20 millones.

Con la realización del IX Congreso del PCCh, en abril de 1969, quedaron consolidados los «logros» de la «revolución cultural». Surgió un nuevo Partido con el maoísmo como base teórica. No quedó ni rastro de la línea política y los fundamentos ideológicos del VIII Congreso, y los cuadros marxistas internacionalistas quedaron eliminados definitivamente. Lo que siguió después es una enconada lucha de camarillas por el control del Poder; una lucha sin principios, «repugnante», como ha sido calificada por Fidel Castro.

Examinando desapasionadamente los acontecimientos ocurridos en la RPCh los años de 1966-1968, se tiene que admitir que fueron absolutamente ajenos a lo que el marxismo leninismo entiende por revolución cultural. Proclamar que toda la cultura del pasado es ajena y hostil a la clase obrera y lanzar turbas de adolescentes a que destruyan los valores culturales de la antigüedad, es vandalismo puro.

Cuando aún no teníamos una información de lo que realmente ocurría en China los años de la «revolución cultural», creíamos que el PCCh estaba llevando a cabo una lucha a fondo, con participación de las grandes masas populares, contra todo lo que significaba decadentismo, influencia perniciosa de las peores manifestaciones del arte y la literatura burgueses y el culto a tradiciones que no armonizaban con una conciencia social nueva, socialista. Pero no fue así. Los hechos, la prác-

tica demostraron que lo que se hacía era maoizar a las juventudes, al pueblo en general, insuflarles un chovinismo enfermizo y una adoración ridícula al «gran timonel».

Ninguna cultura nueva puede ser construida partiendo de cero. El proletariado en el poder tiene que respetar y aprovechar el aspecto progresista de la herencia cultural. Es Lenin quien dijo que: «hay que tomar toda la cultura que dejó el capitalismo y construir el socialismo a base de ella». «Sin la herencia de la cultura capitalista no construiremos el socialismo».

Las enseñanzas de Lenin para la dirigencia maoísta no tiene ningún valor. De aquí que hayan dicho que su «revolución cultural» es «una lucha de clases extremadamente aguda. Es una lucha para defender el pensamiento de Mao Tze Dong; una lucha en torno a una cuestión cardinal de principios». (71). En esta defensa del pensamiento de Mao procedieron de acuerdo a la directiva que se divulgó en toda la RPCh: «Sin destrucción completa no puede haber tampoco creación completa». Y además: «la revolución proletaria exige el desmantelamiento definitivo de la podrida y vieja cultura burguesa y feudal, y la creación de otra cultura totalmente nueva, socialista».

En armonía con tal concepción anarquista de la herencia cultural se lanzó la consigna de la lucha frontal y total contra los «4 viejos: vieja ideología, vieja cultura, viejos hábitos y viejas costumbres».

No tiene nada de extraño, pues, que los «guardias rojos», consecuentes con esta fundamentación «teórica» de la revolución cultural, procedieran a quemar todos los libros en los que no se hacía la «defensa del pensamiento Mao Tze Dong», a destruir los objetos artísticos de la antigüedad, demoler pagodas, romper discos, cortar trenzas a las chicas, castigar a las mujeres con falda, perseguir a quienes se peinaban con raya y declarar la guerra a los zapatos de cuero. Todo esto pertenecía al mundo de los «4 viejos»; eran cosas «ideológicamente descompuestas».

Los alborotos y tropelías de los «guardias rojos» y los «rebeldes revolucionarios» armonizaron cabalmente con una directiva del mismo Mao Tze Dong: «En la gran revolución cultural proletaria, solo se puede adoptar el método de dejar que las masas se liberen a sí mismas ... Hay que confiar en las masas, apoyarse en ellas y respetar su iniciativa. Hay que desechar el temor. No se debe temer que se den casos de desorden» (72). En otras palabras, hay que ir a remolque de las masas y hacer lo que ellas quieren; hay que renunciar al rol de vanguardia del Partido.

El leninismo plantea de un modo muy distinto las relaciones del Partido de la clase obrera con las masas. El Partido no puede limitarse a registrar el estado de ánimo del proletariado, poniéndose a la zaga del movimiento espontáneo de las masas.

Su rol es conducir tras de sí a la clase obrera y a las grandes masas populares. Por eso, «dejar que las masas se liberen a sí mismas», significa renunciar al papel de dirección del Partido, a su misión de «estado mayor» de la clase revolucionaria.
Los dirigentes chinos afirman que «Stalin heredó sin crítica las llamadas obras clásicas de Rusia y Europa, lo que tuvo malas consecuencias» (73). Esta es una, de tantas manifestaciones de la oposición del maoísmo a que la herencia cultural sea respetada y aprovechada por la cultura socialista.
El materialismo histórico, enseña que una clase social en ascenso no puede dejar de desempeñar un papel progresista, por lo mismo que las relaciones de producción que representa son nuevas, corresponden al estado de desarrollo de las fuerzas productivas. Así se explica que la literatura y el arte clásicos de Europa, por ejemplo, tengan trascendencia permanente; reflejen correctamente las necesidades del progreso social en un período histórico determinado.
Los doctrinarios maoístas, no sólo han declarado la guerra a toda la cultura del pasado sino también a la cultura del extranjero, calificándola íntegramente como «cultura podrida imperialista y revisionista». Con la excusa de que la única fuente de la literatura y el arte es la vida del pueblo, han excomulgado a todos los representantes de la literatura y el arte occidental, sin admitir el principio leninista de que en toda cultura nacional hay que diferenciar la cultura de las clases dominantes de la cultura de las clases explotadoras y opresoras.
Hoy no cabe ninguna duda de que la «gran revolución cultural proletaria» fue un típico «movimiento» maoísta con fines políticos concretos. Poniendo «la política en el puesto de mando», se llevó a cabo una vasta cruzada para «imponer la autoridad absoluta del pensamiento de Mao Tze Dong» en toda China. El 10 de mayo de 1966, el Diario de la Liberación expresó en forma muy clara el objetivo perseguido por la «revolución cultural». «Hay que desenmascarar —escribió— criticar y echar abajo a todos los que se opongan al pensamiento de Mao Tze Dong» (74).
A mediados de la década del 60, el grupo de Mao Tze Dong vio debilitadas sus posiciones en la dirección del PCCh, como consecuencia lógica del fracaso del «gran salto» y la implantación atolondrada de las comunas populares en el campo. Las fuerzas marxistas leninistas dentro del PCCh se incrementaron y manifestaron su oposición a la «línea general» aventurera de Mao. Y como éste no tenía seguridad de salir triunfante en una lucha interna con respeto de las normas partidarias, decidió apoyarse en las masas atrasadas de la pequeña burguesía, a las que manipuló y arrojó contra sus opositores, tildados de «seguidores del camino capitalista» y liderados por Liu Shao chi, «el máximo de los elementos con poder representante de la burguesía interna del Partido».

La «revolución cultural» socavó las bases del sistema socialista en la RPCh. No cabe duda, sin embargo, que a la postre la clase obrera china y las fuerzas sanas del PCCh pugnarán nuevamente por rectificar rumbos y retomar el camino del marxismo leninismo y el internacionalismo proletario. Esto es inevitable.

EL «SOCIALISMO» DE MAO TZE DONG

Aunque es muy difícil establecer cuál es el Programa que el PCCh sigue en la construcción del socialismo, el estudio de sus materiales de propaganda permite deducir, sin mucha dificultad, el ideal de sociedad que el maoísmo se ha forjado. Las diversas campañas llevadas a cabo, poniendo «la política al puesto de mando», especialmente la revolución cultural, aportan también elementos de juicio, claros y contundentes.

El maoísmo pretende alcanzar una «sociedad de hombres nuevos» metiendo a la cabeza de todos los chinos las «ideas de Mao Tze Dong». Antes de modificar las condiciones materiales de existencia del pueblo chino, insiste en que éste debe cambiar su concepción del mundo. Este es un enfoque típicamente idealista y, por lo mismo, opuesto al materialismo histórico.

Mao, ha comparado al pueblo chino con «hojas en blanco», y todos los esfuerzos de la dirigencia china se proponen llenarlas con el «pensamiento Mao Tze Dong». Tienen la seguridad de que cumplida esta tarea, quedará establecida la nueva sociedad y formado el nuevo hombre chino. Que esto constituye una simple utopía, un absurdo idealista, ningún marxista leninista puede dudarlo.

Partiendo de la apología que, Mao, hizo de la «desnudez» del pueblo chino, los líderes pekineses han elevado la pobreza al rango de bien supremo. En la sociedad socialista al estilo de Mao, la austeridad y la renuncia a los bienes materiales son particularidades inherentes al sistema, en oposición al socialismo de Marx, Engels, Lenin y Stalin, para quienes la creación de condiciones materiales de existencia, indispensables para el desarrollo multifacético de la personalidad, constituyen lo fundamental. No es posible la existencia del comunismo allí donde no se puede satisfacer plenamente las crecientes necesidades del hombre, de acuerdo al principio: «de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades».

Es cierto, y nadie puede negar, que la RPCh recibió en herencia un país pobre y atrasado. Era imposible superar tal estado de cosas en pocos años. Aunque se había avanzado un buen trecho durante los primeros años, cuando el PCCh tuvo en cuenta la experiencia soviética en la edificación del socialismo. Pero la pobreza y el atraso no superados por la RPCh, no pueden constituir particularidades inherentes

a las condiciones de vida del pueblo chino dentro de un sistema socialista, como pretende la dirigencia pekinesa. Mao y sus seguidores han llegado al extremo de pregonar que luchar contra la miseria y la pobreza significa «economismo», «revisionismo», conducta propia de «renegados burgueses», etc.

Algunos piensan que este culto a la pobreza surgió durante los años en que Mao Tze Dong se estableció en Yenan, en circunstancias en que los revolucionarios chinos estaban rodeados por tropas enemigas, viéndose obligados a trabajar con instrumentos de producción rudimentarios a fin de poseer lo más elemental para luchar y vivir. Puede haber mucho de cierto en esto. Sin embargo, si en Yenan, a causa del cerco y las condiciones sumamente difíciles en que se vivía, se justificaba cualquier renunciamiento y la más estricta austeridad, después de más de un cuarto de siglo de revolución triunfante ya no tienen razón de subsistir. Ahora la nivelación en la pobreza resulta una medida reaccionaria, ajena al socialismo, sistema en el que se retribuye a cada uno según el trabajo que ha realizado. El ideal de Yenán resulta, pues, retrógrado, tratándose de una sociedad socialista.

Una sociedad en la que todos son igualmente pobres, no es la sociedad por la que lucha el proletariado revolucionario; tal sociedad no corresponde al sistema social que preconiza el socialismo científico. No está demás insistir: en la sociedad socialista se satisfacen en forma cada vez más plena las crecientes necesidades materiales y culturales del pueblo, a través del incremento y perfeccionamiento permanente de la producción social. En esta sociedad, por tanto, no hay lugar para la pobreza ni para el igualitarismo pequeño burgués, que son característicos en el «socialismo chino».

Los dirigentes chinos, no se limitan a promover el culto a la pobreza con la finalidad de que el pueblo chino acepte y se conforme con su difícil situación económica actual, sino que además pretenden que sin la pobreza nadie puede mantenerse revolucionario. En diciembre de 1963 tuvimos oportunidad de constatar que Mao Tze Dong en persona estimulaba este culto. Era fácil ver los remiendos en los talones de sus medias. Para los dirigentes chinos las privaciones y la pobreza son «gloriosas tradiciones revolucionarias». Por eso, ensalzan todos los casos como el de Chang Ping-chung, un jefe de compañía del EPL, que lleva «desde hace 9 años un mismo uniforme con infinidad de remiendos».

Según la prensa china «en la lucha contra el máximo exponente de los seguidores del camino capitalista» (Liu Shao chi), participó un soldado con uniforme cuyos remiendos eran tantos que formaban 3 capas por dentro y por fuera, y que lo guardaba como un «tesoro revolucionario», una «roca contra el revisionismo». Este es un verdadero culto a los remiendos.

Para el maoísmo los hombres no deben pensar con cabeza propia; de hecho no deben tener ideas ni intereses propios y, además, sólo deben amar al jefe, a Mao Tze Dong. «Debemos tener firme confianza en las instrucciones del Presidente Mao. Debemos cumplirlas con resolución, las comprendamos o no las comprendamos totalmente por el momento, y profundizar nuestra comprensión de ellas en el curso de su cumplimiento. El Presidente Mao es el genio más grande. Sus instrucciones son clarividentes y grandes previsiones científicas. Al principio, con frecuencia no entendemos plenamente muchas de estas instrucciones o incluso estamos muy lejos de entenderlas» (75). En esta forma se le exige al pueblo chino que se limite a poner en práctica ciegamente todo lo ordenado por el «Presidente Mao», aunque no tenga idea de lo que está haciendo.

Se ha dicho con justa razón que el maoísmo ha identificado la sociedad socialista con el «comunismo cuartelero» del anarquismo, al que fustigaron duramente Marx y Engels.

En el «comunismo cuartelero» chino las instrucciones del Presidente Mao «son órdenes supremas» y deben cumplirse "resueltamente". Se exhorta constantemente al pueblo chino a que aprenda del Ejército y que trabaje mucho y consuma poco. Lo que se persigue es reglamentar y controlar todos los aspectos de su vida. Con este fin se ha heredado y perfeccionado el sistema «paochista» (defensa de patio), surgido en tiempos del emperador chino Chin Shih-huang difundido y aplicado no hace mucho por Chan Kai chek. En tal sistema, todos los miembros de la comunidad deben vigilarse mutuamente y dar cuenta a los órganos de seguridad social de todo lo que han visto y escuchado.

Con frecuencia, gentes sin mayor información, se refieren a la importancia que en la RPCh se da a la formación del «hombre nuevo» ¿Cómo ha sido concebido este «hombre nuevo» por el maoísmo? Es un hombre que debe vivir, trabajar y morir cumpliendo su deber de estudiar las ideas de Mao Tze Dong y hacerlas realidad. El héroe en el «modelo» de socialismo chino debe ser un «tornillito inoxidable del Presidente Mao», sus «búfalos mansos», verdaderas «hojas en blanco», donde se pueda escribir y pintar cualquier cosa; entes desnudos que «consuman poco y trabajen mucho». En este «socialismo» no se permite a la gente analizar las cosas y llegar a establecer la verdad. Los hombres «tornillitos» son robots que, como en el caso de Taching, cavan cuevas viviendas, cultivan la tierra y extraen petróleo, sin que el «Estado socialista» contribuya en nada.

Surge el interrogante: ¿puede considerarse este simple y brutal despojo espiritual y material de la gente, una forma socialista de educar al nuevo hombre? Los clásicos del marxismo leninismo son opuestos a esta concepción del maoísmo;

para ellos el hombre nuevo debe ser personificación de las mejores cualidades humanas, fiel a los ideales del comunismo, luchador firme y creador audaz, con convicciones ideológicas profundas, patriota y a la vez internacionalista, poseedor de un alto nivel cultural, dispuesto al sacrificio cuando los grandes intereses colectivos lo exigen.

El «socialismo chino», es decir el «comunismo cuartelero», no pasa de ser una utopía reaccionaria. El pueblo chino tiene una larga tradición de lucha y nadie podrá impedir que en el futuro marche por la senda del auténtico socialismo y arroje por la borda la teoría de los «tornillitos inoxidables».

Es interesante señalar que la dirigencia china, en su formación del «hombre nuevo» se ajusta al llamado de Mao Tze Dong: «prepararse para la guerra, prepararse para los cataclismos, servir al pueblo»; «abrir túneles más hondos, hacer reservas de granos en todo el país». De conformidad con estas «órdenes supremas» se ha declarado con la mayor franqueza: «Aumentaremos en mil veces, en 10 mil veces nuestras fuerzas combativas para frustrar el sabotaje de los enemigos internos y externos contra la absoluta autoridad de nuestro gran mando supremo, el Presidente Mao y su gran pensamiento. Lucharemos por realizar esta gloriosísima y grandiosa tarea que nos ha designado la historia e izaremos la gran bandera roja del invencible y brillante pensamiento de Mao Tze Dong sobre toda China y todo el mundo» (76).

No cabe duda de que los líderes chinos preparan a sus «tornillitos inoxidables» para imponer en el mundo entero «el pensamiento Mao Tze Dong» y aplastar sin piedad cualquier forma de oposición. No es difícil imaginar lo que harían con los extranjeros estos «tornillitos», si se tiene en cuenta lo que hicieron en su propio país durante los años de la «revolución cultural».

En el esbozo maoísta de la sociedad socialista tiene peso decisivo el militarismo. Se militariza la vida social, económica y política de todo el país. A comienzos de 1967, cuando los «guardias rojos» demostraron que no tenían la fuerza suficiente para destruir a todos los comités del Partido, Mao dio órdenes al Ejército para que no dejara en pié ni uno solo de ellos. Surgieron así los tristemente célebres «comités revolucionarios», 24 de ellos de un total de 29, dirigidos por militares. De este modo, quedó constituida una camarilla militarista enquistada en los órganos del poder que procedió a implantar el control castrense sobre la producción y la distribución, poniendo la economía china al servicio de la preparación y el sostenimiento de la guerra. La industria se desarrolla ahora por cauces belicistas, absorbiendo sumas considerables para la fabricación de armas nucleares. Esta carrera armamentista hace recaer una carga económica muy dura sobre el pueblo chino,

al que se le priva de las conquistas económicas y políticas alcanzadas durante y después de la liberación.

Distribución de la renta nacional en proporciones cada vez más grandes en favor del consumo militar; subordinación estricta de la ciencia y la técnica a fines bélicos, constante aumento de los contingentes de tropas; surgimiento de legiones armadas (milicias populares) de 100 millones de hombres al lado del Ejército regular: éste es el panorama que hoy se contempla en la RPCh. Es como si las fuerzas armadas fueran la razón de la existencia de la China actual, y su pueblo sólo viviera para sostenerlas. Este militarismo recalcitrante ha quedado consagrado en los documentos de los últimos Congresos del PCCh, en los que se ha recogido las palabras de Mao: «el poder nace del fusil», y «quien tenga el Ejército tiene el poder».

Otro aspecto del «socialismo» maoísta es la peculiar forma en que enfoca el problema de las minorías nacionales. Es aquí donde se presenta con bastante rudeza la posición social chovinista de los dirigentes pekineses.

El 64% del territorio de la RPCh, está ocupado por 45 millones de personas pertenecientes a grupos distintos a los han o chinos. Existen alrededor de 50 de estos grupos siendo los principales los chuang, los uigures, los juis, los shies, los tibetanos, los miaos, los manchues y los mongoles. El II Congreso del PCCh, realizado el año 1922, preveía el otorgamiento de autonomía a Mongolia, Tibet y Sin Kiang dentro de una República Federativa China; pero después de la fundación de la RPCh se renunció a este propósito, privándoseles a todas las etnias del derecho a su autodeterminación. Sólo se otorgó una autonomía limitada a 5 minorías nacionales; las demás se vieron divididas en unidades administrativas. Los tibetanos fueron repartidos en 9 circunscripciones autónomas y 9 distritos autónomos; sólo 1 millón de los 3 que conforman su población fueron incorporados a la Región Autónoma del Tibet. Este es un ejemplo de la solución maoísta del problema de las nacionalidades: su fraccionamiento planificado y el entorpecimiento de su desarrollo, para satisfacer los apetitos nacionalistas de los han.

Durante los años de la «revolución cultural» los dirigentes y la intelectualidad de las minorías nacionales fueron brutalmente reprimidos. Se quemaron y prohibieron libros de conocidos escritores, se destruyó monumentos y museos. Los desmanes de los «guardias rojos» y de los «rebeldes revolucionarios» amenazaron con desorganizar totalmente la economía de las poblaciones no chinas, provocando su indignación y protesta.

También en el orden espiritual el maoísmo ha discriminado a las minorías nacionales. Se ha liquidado la enseñanza de las lenguas vernáculas; no se les ha dotado de escritura a los pueblos que no la tienen. Todo esto ha provocado un

gran descontento, especialmente en la Mongolia Interior, Sin Kiang, y la Región Autónoma Chuang de Kuangsi. En el Tibet la situación es más aguda. El maoísmo sigue un rumbo de absorción de los pueblos no chinos; afirma que la unión de las nacionalidades sólo puede hacerse mediante la asimilación de los no chinos por los chinos.

En el «socialismo» de Mao Tze Dong, la función creadora de la dictadura del proletariado desaparece y la democracia socialista no juega ningún rol. En su lugar se impone los métodos de coerción, que son utilizados por el Ejército y los órganos represivos, sin ninguna limitación legal.

La democracia socialista realiza y practica las normas del ordenamiento jurídico socialista; otorga un amplio ámbito de derechos a los ciudadanos de un país donde la clase obrera ha instaurado la dictadura del proletariado. Hay gentes que dicen que esta dictadura es la negación del derecho, la suplantación de éste por la violencia. Pero todo esto no es más que una mentira, que sirve para desenmascarar a sus propugnadores como reaccionarios contumaces, incapaces de aceptar otro derecho que no sea el burgués.

La clase obrera victoriosa, una vez que derroca el poder de capitalistas y terratenientes, destruye el viejo derecho y declara abolida la legislación de las clases dominantes. Pero no se conforma con esto. De inmediato elabora un nuevo Derecho, Derecho Socialista, sustento de una nueva legalidad, la legalidad revolucionaria socialista.

El Derecho Socialista es expresión de la voluntad de todos los trabajadores, que constituyen la inmensa mayoría del país. El respeto a este derecho y la observancia de la nueva legalidad es deber de todo ciudadano, sin ninguna clase de excepciones. Lenin dijo: «cuanto más nos vemos situados en las condiciones propias de un poder estable y sólido, cuanto más avanza el proceso de desarrollo del comercio, más imperativa es la necesidad de formular la firme consigna de hacer efectiva una mayor legalidad revolucionaria». Y es que el derecho socialista, la legalidad revolucionaria aseguran que la voluntad del pueblo se realice y que la dignidad humana sea realmente respetada. Legalidad y cultura socialistas son algo fundamental en la formación del nuevo hombre.

Para el maoísmo estas cuestiones básicas del marxismo-leninismo no tienen valor. Por eso, no da importancia a la democracia socialista ni a la legalidad revolucionaria y se permite sentar como norma de conducta aquello de «machacar su cabeza de perro a todo el que se oponga a las ideas de Mao Tze Dong».

Hemos visto cómo la «línea de masas» del maoísmo, no es otra cosa, en última instancia, que el privilegio otorgado al Jefe para instigar y lanzar a las masas más

atrasadas contra el ordenamiento legal revolucionario. Ahí está como prueba la «revolución cultural», con sus bandas de «guardias rojos» y «rebeldes revolucionarios» haciendo tabla rasa de la Constitución del Estado y destruyendo los órganos del poder por órdenes del «gran mando supremo».

Los famosos «comités revolucionarios», surgidos de la «revolución cultural», no se rigen por ninguna ley, actúan arbitrariamente y se apoyan en la violencia de acuerdo a la sentencia de Mao: «el poder nace del fusil». Los jefes de estos comités son los jefes de las Regiones Militares y gobiernan como amos y señores. Esto corresponde a las «ideas de Mao Tze Dong», según las cuales el fortalecimiento del Estado depende estrechamente del fortalecimiento del Ejército y de los órganos punitivos.

Es imposible encontrar en los escritos de Mao Tze Dong, excepto sus referencias tangenciales a la Constitución de la Nueva Democracia, alguna previsión sobre la importancia de la legalidad revolucionaria y el establecimiento de un ordenamiento jurídico dentro de la sociedad socialista. Y una de las constataciones que pudimos hacer en nuestras 2 visitas a la RPCh es precisamente lo incipiente de las ciencias jurídicas chinas. La verdad es que ni siquiera se habían elaborado los códigos Penal y Civil, y el procedimiento en ambas materias tampoco estaba sistematizado, caracterizándose por su primitivismo.

Allí donde la voluntad del Jefe es elevada al rango de «orden suprema» no hay lugar para el derecho, ni tiene razón de existir la norma jurídica. De hecho la democracia socialista y la legalidad revolucionaria son sustituidas por la autocracia, por despotismo. En este sentido el maoísmo ha ido tan lejos que ha declarado que el centralismo democrático, aún dentro del Partido, sólo se justifica si es útil al pensamiento de Mao Tze Dong. El mismo Presidente de la RPCh puede ser puesto en la calle represaliado cruelmente, si acaso se descubre que discrepa con las «ideas de Mao Tze Dong». Esto lo que ocurrió con Liu Shao chi, víctima de turbas enloquecidas de «guardias rojos» que hicieron añicos la legalidad socialista con la autorización del «gran timonel».

La posición del maoísmo frente al derecho es realmente nihilista. So Pretexto de luchar contra las estructuras jurídicas burguesas, propicia una lucha frontal contra el derecho como tal, no admitiendo en la práctica la necesidad de un ordenamiento jurídico socialista. «Así en la prensa jurídica china se declaró burgués y, por lo mismo, inadmisible, el precepto por el que, en la instrucción de los expedientes judiciales, los jueces deben ser independientes y estar exentos de influencias ajenas; se considera como una manifestación de subjetivismo burgués la exigencia de que los jueces solucionen los expedientes guiándose por sus convicciones internas,

basadas en el examen de todas las circunstancias dadas; se hace caso omiso del enunciado según el cual sólo se debe exigir responsabilidad criminal por actos previstos por la ley como delictivos; se rechaza como principio burgués el principio de que la persona no se considera culpable mientras su culpabilidad no haya sido probada en el orden establecido por la ley, etc.» (77).

La base fundamental de la legalidad socialista reside en la incorporación de las grandes masas populares al Poder. El ordenamiento jurídico revolucionario y la acción de las masas no son excluyentes en el socialismo; todo lo contrario se compenetran y condicionan. Esta es la gran diferencia del socialismo con lo que Mao entiende por socialismo. En éste se apela a los sectores más atrasados del pueblo y se les incita a la violencia para que destruyan todo lo que no armonice con las ideas del «gran jefe». No hay ley que pueda impedir que las hordas maoístas cumplan sus objetivos. Las leyes y reglamentos —dicen— «están destinados a coadyuvar a la lucha contra los enemigos y no para atarnos a nosotros mismos». No cabe ninguna duda que el «socialismo» de Mao es totalmente ajeno al socialismo de Marx, Engels, Lenin y Stalin.

Carter y Teng Hsiao Ping con sus señoras en la Casa Blanca.

Teng Hsiao Ping recepcionado por la burguesia norteamericana.

Mao Tse Tung rodeado de los que posteriormente califico de "seguidores del camino capitalista", Chu De, Liuo Shao Chi, Teng Hsiao Ping, Peng Chen y Chou en Lai.

Haciendo preparativos para agredir a Vietnam.

CAPITULO IV

LA POLITICA EXTERIOR DE PEKIN

Un país atrasado y aislado, en el que predomina fuertemente la pequeña producción agrícola, como la vieja China, es campo fértil para el surgimiento del egoísmo y la limitación nacional. Antes de la revolución, en este inmenso país asiático se divulgaron concepciones nacionalistas y hasta racistas, fuertemente estimuladas por la agresión de las potencias imperialistas. La justa aspiración del pueblo chino a su liberación nacional y social fue aprovechada por la burguesía para azuzar el chovinismo y la xenofobia. De este modo, junto a un nacionalismo progresista y antiimperialista se desarrolló otro retrógrada, reaccionario que desde un comienzo soñaba con hacer de China la primera potencia del mundo.

En la composición social del PCCh han predominado siempre los elementos radicalizados de la pequeña burguesía. En el Pleno de su Comité Central realizado en noviembre de 1927, se dijo lo siguiente: «El PCCh empezó a formarse como corriente política y como Partido en el período en que el proletariado chino no estaba autodeterminado como clase y cuando el movimiento clasista de obreros y campesinos era todavía embrionario ... En este período, los elementos más radicales de la pequeña burguesía afluyeron a las filas de nuestro Partido que ocupaba el ala más de izquierda en el frente del movimiento nacional liberador. Estos elementos constituyeron el núcleo del Partido Comunista de China» (78).

Esta verificación objetiva, que debió servir para que los dirigentes del PCCh tomaran medidas prácticas, encaminadas a vincular todos los organismos partidarios más estrechamente con la clase obrera, y criticar toda tendencia pequeñoburguesa dentro del Partido, quedó en el papel y fue olvidada. Los representantes del nacio-

nalismo fueron imponiéndose paulatinamente y el año de 1945, con motivo del VII Congreso del PCCh, introdujeron en sus Estatutos la declaración de que «el Partido se guía en su labor por las ideas de Mao Tze Dong». Esta es la mejor prueba de que la dirección china no hacía ningún esfuerzo por asimilar el marxismo leninismo y conquistar para el proletariado la hegemonía en el movimiento revolucionario. Todo lo contrario, Mao, teorizó sobre el papel excepcional del campesinado en la revolución china.

El chovinismo de gran potencia del maoísmo, está presente, tanto en su política interna como en sus orientaciones político exteriores. Pero es un hecho que fue la «revolución cultural» la que creó las condiciones necesarias para que los líderes chinos pudieran llevar adelante su política social-chovinista, en todos los frentes.

LAS NUEVAS TEORÍAS DE LA POLÍTÍCA EXTERIOR DE PEKÍN

El análisis del curso zigzagueante seguido durante los últimos años por la diplomacia china, demuestra que la política exterior de Pekín se ha venido amoldando a las exigencias del socialchovinismo maoísta. Las teorías elaboradas por la dirigencia china sólo han servido para justificar sus virajes efectuados sin ninguna base de principios. De la decantada «lucha en dos frentes» (contra la Unión Soviética y el imperialismo) se pasó a señalar a la URSS como «el enemigo principal» y a propugnar un entendimiento con las fuerzas imperialistas más reaccionarias.

Las nuevas concepciones chinas sobre política exterior fueron elaboradas en el IX Congreso del PCCh, realizado el mes de abril de 1969, en momentos en que la «revolución cultural» llegaba a su climax. En su Informe, Lin Piao, señaló como objetivo de los pueblos del mundo llevar «hasta el fin la gran lucha contra el imperialismo, el revisionismo moderno y la reacción en los diversos países». Quedó confirmada así la tesis de la «lucha en dos frentes», sostenida por el maoísmo al finalizar la década del 60.

Fue también en ese IX Congreso que los dirigentes chinos comenzaron a utilizar el término «socialimperialismo», para designar a la Unión Soviética, país al que, sin mayores razones ni explicaciones, ubicaron en el campo de la reacción internacional y por lo tanto en oposición a la clase obrera y a los pueblos de todo el mundo. Consecuente con este acto de prestidigitación, Pekín aprobó un doble objetivo: «enterrar al imperialismo norteamericano», y «enterrar al revisionismo soviético». Con el fin de dar cumplimiento a estas dos tareas llamó al pueblo chino a que movilizara todos sus recursos.

Pertenece también al indicado IX Congreso la tesis china sobre la inevitabilidad de la Tercera Guerra Mundial, considerándola deseable por ser «una cosa buena», puesto que servirá para «levantar a los pueblos del mundo a la revolución que en-

terrará al imperialismo, al revisionismo y a la reacción de toda laya». No contentos con esto, los maoístas se declararon enemigos de la Comunidad Socialista, afirmaron que está integrada por «colonias de la Unión Soviética», haciendo llamados a los pueblos de estos países a que se levanten contra «el socialimperialismo». Con relación a esta postura, es oportuno recordar que en 1968 Pekín se identificó plenamente con las fuerzas reaccionarias que pretendieron restaurar el capitalismo en Checoeslovaquia. Ya entonces quedó desenmascarada la demagógica grita «antirrevisionista» de los dirigentes chinos.

El IX Congreso del PCCh fue el Congreso del maoísmo triunfante. Sus tesis y postulados tienen un carácter abiertamente antimarxista y antisocialista; plantean como cuestión de principios la lucha contra el Campo Socialista y contra el Movimiento Comunista Internacional, y la necesidad de una nueva Guerra Mundial. Todo esto en momentos en que la situación internacional se encontraba madura para que los dos sistemas —el capitalista y el socialista— establezcan relaciones duraderas sobre la base de los principios de la coexistencia pacífica leninistas.

Poco después de la realización del IX Congreso del PCCh, resultaba evidente que el grupo de Mao introducía cambios en su línea política exterior. Pekín abandonaba su ultraizquierdismo y hacía un brusco viraje a la derecha. Se puso a buscar afanosamente aliados en los sectores más reaccionarios del mundo y llegó al extremo de convertirse en defensor de la OTAN.

El rumbo post IX Congreso llevó muy pronto al liderato pekinés a renunciar a la «lucha en dos frentes». Esto estaba de acuerdo con las «ideas del Presidente Mao» según las cuales a los enemigos hay que derrotarlos «por separado», «uno por uno». Había que inventar, pues, una nueva teoría y los doctrinarios maoístas no tardaron en elaborarla y darla a conocer: «el socialimperialismo soviéticos es más dañino y peligroso que el imperialismo norteamericano». Este se encuentra en decadencia. Consecuentemente deben unirse todas las fuerzas del mundo para aislar y «enterrar a la Unión Soviética».

De conformidad con estos reajustes introducidos en su política externa, Pekín comenzó a buscar un acercamiento con los EE.UU., haciendo abandono súbito, sin inmutarse, de su anterior antinorteamericanismo. Ahora podía y debía aliarse con cualquiera —incluso con el imperialismo yanqui— puesto que el enemigo principal no era otro que la URSS, en un mundo que caracterizaron como «un mar agitado», «embravecido por tempestades revolucionarias».

Para justificar este viraje, la propaganda china comenzó a divulgar frenética y sistemáticamente la especie de que «un imperialismo se retira derrotado y otro lo sustituye. En otras palabras, el tigre llega cuando el lobo se va». Y con la intención

de enterrar al tigre (la URSS), Pekín no tuvo reparos en buscar la ayuda del lobo (EE.UU.). En el fondo este es el sentido de todas sus gestiones ante Washington.
Los planteamientos político-exteriores de Pekín, con base puramente pragmática y social-chovinista, se han ido esbozando gradualmente hasta quedar establecida una plataforma programática que puede sintetizarse en la siguiente forma:
Las dos «superpotencias» (la URSS y EE. UU.) se levantan como los obstáculos más serios en el camino que debe conducir a la RPCh a la dominación mundial;
Todo el resto del mundo, sin distinción de sistema social, debe aliarse a la RPCh para derrotar a las «superpotencias».
No debe darse un tratamiento igual a las «dos superpotencias» puesto que en el presente el enemigo principal es la Unión Soviética. Por consiguiente en una primera etapa de lucha contra los «dos tiranos nucleares», hay que separarlos, aliándose con uno (EE. UU.), para derrotar al otro (la URSS).
Teniendo como guía de acción esta plataforma, la diplomacia china ha dado especial importancia a la Europa Occidental, a la que desea convertir en simple instrumento de su política chovinista de gran potencia. También ha puesto los ojos en el Japón, país al que se esfuerza en poner en una posición antisoviética militante de estilo pekinés.
El X Congreso del PCCh, celebrado en agosto de 1973, no hizo sino pulir y redondear los puntos integrantes de la plataforma programática político-exterior antes indicada. Eludiendo el análisis de clase y el examen de la correlación de fuerzas en el mundo contemporáneo, el Informe del Comité Central afirmó que «Hoy la situación internacional la caracterizan colosales estremecimientos en la tierra. Avanza la tempestad en los montes y el viento atraviesa la casa... La distensión es un fenómeno pasajero y superficial, pero las colosales conmociones seguirán produciéndose. Esas colosales conmociones son para el pueblo una cosa buena y no mala. Siembran el desconcierto y la escisión en el campo de los enemigos, despiertan y tiemplan al pueblo, favorecen el sucesivo desarrollo de la situación internacional en sentido favorable para el pueblo y desfavorable para el imperialismo, el revisionismo moderno y la reacción de los diversos países» (79).
La teoría china sobre «las colosales conmociones» y la Tercera Guerra Mundial como «cosa deseable», sólo puede traer consecuencias trágicas para todos los pueblos. Por eso es motivo de justa preocupación para todos los que luchan por el socialismo, la democracia y la paz, pues le encuentran mucha semejanza con las teorías que sirvieron a Hitler para encender la hoguera de la Segunda Guerra Mundial.
No son de ahora, sin embargo, los empeños pekineses por inventar teorías sobre

la situación internacional. Primero fue la teoría de «la triple A» (Asia, África y la América Latina), elaborada con el fin especial de divorciar el movimiento de liberación nacional del Campo Socialista y el Movimiento Comunista Internacional. A continuación vino la teoría de la «Zona Intermedia», según la cual entre los EE.UU. y la URSS existe un territorio de cuyo control depende la supremacía de uno u otro país en el mundo. Luego desfilaron las teorías de «las dos superpotencias», la del «socialimperialismo soviético» y por último la de «los 3 mundos». Fue Teng Hsiao-ping, el 2 veces purgado y dos veces rehabilitado Viceprimer Ministro del Consejo de Estado de la RPCh, el encargado de dar a luz esta flamante teoría en la Asamblea General de la ONU, en abril de 1974, expresando lo siguiente: «Desde el punto de vista de los cambios que se han producido en las relaciones internacionales, el mundo actual consta realmente de 3 partes intervinculadas y en contradicción, de tres mundos. Los EE.UU. y la URSS constituyen el primer mundo. Los países emergentes de Asia, África y la América Latina y otras zonas, el tercer mundo. Y los países desarrollados comprendidos entre los dos mundos antedichos, el segundo» (80).

Salta a la vista el estrecho parentesco de esta nueva teoría china con la geopolítica del imperialismo. En ella no hay sitio para la lucha de clases; es ajena a las contradicciones entre el sistema socialista y el sistema capitalista y omite las mismas contradicciones interimperialistas. De aquí su subjetivismo estéril y su divorcio completo de la realidad que vive el mundo actual. Teng Hsiao-ping llegó a declarar, en la oportunidad indicada, que «el campo socialista que existió cierto tiempo después de la segunda guerra mundial, ha dejado ya de existir».

Las especulaciones chinas sobre la existencia de «3 mundos» y la «desaparición del campo socialista», constituyen una traición descarada a las luchas de todos los pueblos por la liberación nacional y el socialismo. Ha sido concebida especialmente para facilitar a los mandarines chinos toda clase de maniobras, dirigidas a ganar aliados transitorios que les ayuden a «enterrar» a la «superpotencia más dañina y peligrosa»: la URSS.

De acuerdo a las maquinaciones teóricas de Pekín la propia China ha dejado de ser socialista. Se le ha convertido en un país del Tercer Mundo, es decir, en uno más de todos los que se encuentran en vías de desarrollo. Los objetivos perseguidos con este ardid son fáciles de descubrir; a ellos nos referiremos después.

Sobre la base «teórica» de los «3 mundos» Pekín plantea la formación de un frente único del Segundo y el Tercer Mundo contra el Primero. Pero como quiera que en el Segundo Mundo están comprendidos los países socialistas, menos la URSS se les exige que se alíen con los países capitalistas desarrollados y los que se encuentran

en vías de desarrollo, para luchar contra las «superpotencias», «por separado», enfrentándose primero «al socialimperialismo soviético» y después al imperialismo norteamericano.
Una particularidad del X Congreso del PCCh, fue precisamente la profundización del antisovietismo maoísta. Aprobó unos Estatutos que en su Capítulo I dicen que «durante un período histórico bastante largo» seguiría «el peligro de subversión y agresión por parte del socialimperialismo». Y en consonancia con esto, atizó las peores manifestaciones del nacionalismo en los propios países socialistas a los que, de otro lado, no ha tenido empacho en calificar de «colonias».
Nada nuevo ha creado el maoísmo. Todas sus teorías han sido ideadas y divulgadas, con nombres distintos, por los ideólogos del imperialismo y pertenecen al arsenal de la política reaccionaria burguesa. Su médula está hecha de anticomunismo, antisovietismo y hegemonismo gran chino. Constituiría imperdonable incuria olvidar el peligro que representan.
Al final, el propio acontecer histórico y la misma vida sepultarán todas las intrigas pekinesas, fabricadas para satisfacer los apetitos chovinistas de quienes tienen el control del Poder en la RPCh.
Es ir contra el torrente de la historia y enfrentarse al desarrollo del mundo actual, pretender construir una gran potencia nuclear a costa del hambre y sufrimiento del pueblo; entenderse con los países imperialistas; dividir el campo socialista y escindir el movimiento comunista internacional; agudizar los conflictos internacionales ; provocar conflictos entre los países socialistas y las potencias imperialistas; empujar al mundo a una guerra termonuclear poniéndose a buen recaudo y exigir «la implantación de la autoridad absoluta del pensamiento de Mao Tze Dong en todo el mundo».
Cuando se examina con detenimiento y desapasionadamente todas las teorías ideadas por los dirigentes chinos, se ve que no son inventos simples de mentes calenturientas. Ellas expresan toda una tendencia que hunde sus raíces en el viejo chinocentrismo de los antiguos emperadores chinos.

EL MAOÍSMO Y LOS PAÍSES EN VÍAS DE DESARROLLO

En la conversación que tuvimos con Mao Tze Dong , el mes de diciembre de 1963, dijo que «los asiáticos, africanos y latinoamericanos debemos estar siempre juntos porque hemos sufrido la dominación de los blancos». Reconocemos que al principio sólo percibimos el contenido racista de esta afirmación. Ha sido la propia vida la que nos hizo ver su verdadera esencia: el chovinismo, la aspiración a la

hegemonía en el conjunto de los países en vías de desarrollo.
No cabe duda alguna de que Pekín pretende ponerse a la cabeza de los países del Tercer Mundo y utilizarlos en la realización de sus objetivos de hegemonía mundial. Su autoinclusión en el Tercer Mundo tiene este fin.
El año de 1963, cuando los líderes chinos publicaron sus «Proposiciones sobre la línea general del movimiento comunista internacional», no pudimos descubrir los fines políticos que perseguían con su formulación en torno a que «Las vastas zonas de Asia, África y la América Latina, son las zonas donde convergen las contradicciones en el mundo contemporáneo; son las más vulnerables de las zonas que están bajo la dominación imperialista y constituyen los centros de la tempestad de la revolución mundial, que en la actualidad asesta golpes directos al imperialismo» (81).
En la oportunidad que hemos señalado, Mao Tze Dong, hizo referencia a los motivos por los cuales, según su criterio, Asia, África y la América Latina tienen una gran semejanza. Se desprendía de su argumentación que habiendo llegado la RPCh al socialismo, mientras que los demás países de estos 3 continentes seguían bajo el yugo del imperialismo, le correspondía a ella jugar el rol de tutora del Tercer Mundo, donde la situación revolucionaria se presentaba sumamente favorable. «Y en tales condiciones, manifestó, hacer la guerra es fácil», agregando luego: «la guerra se aprende haciendo la guerra».
De todo lo que conversamos con Mao Tze Dong , fluía claramente que la dirigencia china había encontrado factores sumamente favorables en los países de Asia, África y la América Latina para someterlos a la hegemonía gran han. Tanto en lo que se refiere al proceso revolucionario, como a la construcción del socialismo, esos países debían tomar como modelo a China.
Salta a la vista la dirección a la que apuntan las reiteradas declaraciones de Pekín a propósito que «China nunca será una superpotencia». Esta es otra treta con la que se piensa atrapar a los países en vías de desarrollo. En concordancia con ella, los dirigentes chinos llegaron al extremo de intentar la creación de una «Organización Revolucionaria de las Naciones Unidas»; quisieron eliminar del Movimiento de Solidaridad de los países ele Asia y África a la Unión Soviética en las Conferencias de Moshi (Tanzania), Winnebie (Ghana), Nicosia (Chipre) la Habana. Pero esta posición intransigente y aventurera sólo sirvió para aislar a la propia China. En efecto entre 1965 y 1966 rompieron relaciones con la RPCh: Dahomey, Burundi, la República Centro Africana y Ghana
La «revolución cultural» no hizo sino agudizar las tendencias sectarias y anarcoides de la política exterior china, y como consecuencia de esto empeoraron grave-

mente las relaciones de la RPCh con la India, Indonesia, Camboya, Nepal, Birmania, Laos, Kenia, Túnez, Congo (Brazaville) y Ceilán. Hubo protestas enérgicas de estos países por los intentos pekineses de exportarles su «revolución cultural».
Ante el notorio desprestigio y el creciente aislamiento de la RPCh en todo el mundo, los años de 1970 a 1971, Pekín se vio obligado a hacer un viraje en su política con los países en vías de desarrollo y los movimientos de liberación nacional. Como consecuencia de este cambio abandonó el apoyo que prestaba a las luchas antiimperialistas y a los grupos prochinos; centró sus ataques contra la URRSS y los países socialistas, en los países del Tercer Mundo. Fue en este período que se hizo presente en el Perú la primera delegación oficial de Pekín, y trascendió que el tema que la absorbía en sus conversaciones, giraba en torno al «socialimperialismo soviético» como «enemigo principal de los pueblos del mundo».
No es casual que después de la caída de Lin Piao, los líderes chinos dejaran de hablar de la «guerra popular» para poner énfasis en todo lo que satisfacía su chovinismo de gran potencia. Su búsqueda de amigos y aliados fue realizada al margen de todo principio. Procedieron a entablar relaciones con regímenes como los de Tailandia, Filipinas, Malasia, Zaire y Brasil, a los que hacía poco habían condenado y calificado de títeres del imperialismo norteamericano. Lo que se propuso Pekín, con este brusco viraje, fue penetrar profundamente en los países de Asia, África y la América Latina, utilizando las relaciones de Estado a Estado y olvidando sus anteriores posturas de «hermano mayor» y «único amigo» de los movimientos de liberación nacional.
El maquiavelismo de la política de Pekín en los países del Tercer Mundo, quedó al desnudo cuando al levantamiento ultraizquierdista pekinés del grupo Sanhghatasana, en Ceilán, le volvió las espaldas y le negó todo apoyo. Posición igual adoptó frente al movimiento de liberación nacional de Pakistán Oriental. Es sabido que el gobierno chino prestó una fuerte ayuda financiera y militar al régimen reaccionario de Yahya Khan para que aplaste la lucha liberadora de Bangladesh.
La propaganda china silenció todo lo relacionado con los movimientos armados que los mismos chinos estimularon en Birmania, Indonesia, Tailandia, Filipinas y Malasia. En cuanto al Medio Oriente, Pekín declaró que «había perdido la fe en los guerrilleros palestinos y no tenía la intención de proporcionarles ayuda en el futuro». Igual conducta adoptó frente a los grupos prochinos de África, abandonándolos a su propia suerte con el fin de preparar un ambiente propicio al establecimiento de relaciones diplomáticas con los países donde actuaban esos grupos. Lo que se perseguía era alentar a los gobiernos africanos a que normalizaran sus relaciones con la RPCh.

La postura china en Angola es también conocida: no tuvo escrúpulos en buscar un entendimiento con representantes de EE. UU. para prestar ayuda a las fuerzas reaccionarias y proimperialistas de Holden Roberto. Esta es una de las últimas felonías de Pekín.

Con el propósito de justificar de algún modo su traición a los movimientos de liberación nacional y a los grupos maoístas, Pekín trompeteó a los cuatro vientos su conocido slogan: «¡valerse de sus propias fuerzas!», arrojando al canasto el internacionalismo proletario, en torno al cual hizo tanta bulla durante los primeros años de la década del 60. En su «Comentario sobre la Carta Abierta del C. C. del PCUS», titulado «Apologistas del neocolonialismo», se escribió lo siguiente: «El problema de cómo abordar las relaciones entre los países socialistas y las revoluciones de las naciones oprimidas, y las relaciones entre el movimiento obrero de los países capitalistas y las revoluciones de las naciones oprimidas implica un principio importante, que consiste en sostener o abandonar el marxismo leninismo y el internacionalismo proletario» (82).

Nadie puede dudar que, dejando en la estacada a «las revoluciones de las naciones oprimidas» y espetándoles la frase «apoyarse en sus propias fuerzas», los dirigentes chinos han completado su abandono del marxismo leninismo y el internacionalismo proletario.

A partir del X Congreso del PCCh, Pekín ha incrementado sus esfuerzos por atraer a su órbita a los países en vías de desarrollo. No sólo buscó contactos a nivel de gobierno; también le interesaron las instituciones y organizaciones sociales, culturales y deportivas. Pero la disposición de los mandatarios chinos frente a todos, se define por la actitud que tengan ante la URSS y la Comunidad Socialista. Es suficiente que determinado gobierno, institución o persona, con alguna figuración, adopte una posición antisoviética para que cuente con el apoyo y la ayuda china. A este extremo realmente abominable ha llegado la perfidia del maoísmo.

En la XVI Asamblea General de la ONU el Presidente de la delegación china, Chao Kuan-hua declaró demagógicamente que «China sigue siendo un país económicamente atrasado y en vías de desarrollo. Igual que la gran mayoría de la naciones de Asia, África y la América Latina, China pertenece al Tercer Mundo». Se ha dicho con justa razón que con esta declaración Chao Kuan-hua lanzó la candidatura de China a la representación de todos los países del Tercer Mundo en el seno de la ONU.

Desde un principio la línea política de China en la ONU se ha orientado hacia la formación de un bloque monolítico de los países del Tercer Mundo, bajo la dirección de Pekín. Por supuesto que la primera y fundamental condición para integrar

este bloque es repudiar a la URSS y la Comunidad Socialista. Por eso, cuando la posición de determinado país del Tercer Mundo no armoniza con el rabioso antisovietismo chino, Pekín renuncia a sus intentos de ganarlo y atraerlo a su órbita. De aquí su oposición al ingreso de Bangladesh a la ONU; su rechazo al acantonamiento de tropas de las Naciones Unidas en el Medio Oriente y su negativa a participar en la Conferencia Mundial sobre desarme, propuesta por la Unión Soviética y apoyada por los países del Tercer Mundo. Los dirigentes chinos, en fin, se oponen a todas las resoluciones sobre el cese de las pruebas nucleares, sin importarles la opinión en contra de los países en vías de desarrollo.

Pese a todo, los delegados chinos ante la ONU no pierden oportunidad para aparecer como líderes y portavoces del Tercer Mundo. Su postura demagógica en la cuestión de las 200 millas de mar territorial es bien conocida, lo mismo que su respaldo hipócrita a la iniciativa de los países latinoamericanos sobre la creación de una zona desatomizada. A esto hay que agregar su ferviente apoyo a la revisión de la Carta de las Naciones Unidas, con el fin de que se reestructuren los principales órganos de la ONU, según «criterios geográficos e índices de Población».

La teoría del «social-imperialismo soviético» también ha sido inventada por Pekín para captarse el apoyo del Tercer Mundo. No puede escapar al conocimiento de los dirigentes chinos que los pueblos de los países en vías de desarrollo, empeñados en una dura lucha por romper la dependencia, han sido profundamente sensibilizados por la opresión imperialista. Y presentar machaconamente a la URSS como «otro imperialismo», es explotar ese estado de ánimo en provecho propio, de la reacción y el anticomunismo. En el caso del Perú, por ejemplo, no podemos negar que la propaganda antisoviética de Pekín ha servido para apuntalar el viejo cuento aprista del «imperialismo ruso». Y sobre esta base los grupos prochinos se han convertido en peones al servicio del Apra.

Sin embargo, los esfuerzos del liderato chino por separar a los países del Tercer Mundo de la URSS y la Comunidad Socialista, han fracasado y seguirán fracasando rotundamente. En el plano político la mayor parte de esos países trata a los Estados socialistas como verdaderos aliados, que comprenden sus problemas y les ayudan a resolverlos.

La mayoría de los países del Tercer Mundo se han ubicado en las posiciones del No Alineamiento, desligándose de las agrupaciones político militaristas organizadas por el imperialismo, y adoptando una política de neutralismo positivo que les garantiza un desarrollo independiente. No es este un neutralismo al estilo del que aplican Suiza, Suecia y Luxemburgo, y que consiste en observar una actitud neutra respecto a las partes beligerantes en casos de guerra. El neutralismo posi-

tivo del Tercer Mundo constituye una tendencia nueva en las relaciones internacionales contemporáneas. Se atienen a él alrededor de 84 países de Asia, África y la América Latina.

Puede considerarse a la Conferencia de Bandung, celebrada en 1955 como la gestora del Movimiento de los No Alineados; pero fue la Conferencia del Cairo la que en 1961 definió la política del No Alineamiento, señalando como aspectos de ella la independencia de todo bloque militar, la defensa de la coexistencia pacífica, el apoyo a los movimientos de liberación nacional y el rechazo a toda alianza con cualquier gran potencia.

No hay duda de que la política del No Alineamiento surgió de las luchas antiimperialistas y anticolonialistas, como fuerza activa y comprometida en la defensa y consolidación de la independencia de los países que fueron colonias y territorios dependientes. Sus fundadores (Nehru, Nasser, Salomón Bandaranaike y otros) dejaron establecido que el derrumbamiento del sistema colonial estaba indisolublemente unido a los resultados de la Segunda Guerra Mundial y al papel decisivo de la Unión Soviética en la derrota del hitlerismo y del militarismo japonés. Estaban convencidos que el apoyo de los países socialistas a los Estados recién liberados, era una condición necesaria para que éstos pudieran aplicar una línea de conducta independiente y de no adhesión a las alianzas de las potencias imperialistas.

Es importante señalar que los países latinoamericanos participan cada vez con más amplitud en el Movimiento de los No Alineados. Desde hace años, miembros permanentes y activos de él son el Perú y Cuba. Y es que, como dijo Fidel Castro: «Se han creado condiciones nuevas y posibles para el avance ulterior de la humanidad por los caminos de la justicia, la libertad, el progreso y la paz. Estamos seguros que los países no alineados, unidos estrechamente con todas las fuerzas progresistas del mundo sabrán cumplir el deber que demandan de ellos la hora actual y el porvenir de los pueblos que aquí representamos» (83).

La vitalidad de la política de los No Alineados radica en su orientación antiimperialista y anticolonialista. Los países no alineados apoyaron al pueblo vietnamita y a los otros pueblos de Indochina, en su dura y prolongada lucha liberadora, colocándose junto a la URSS y los demás países socialistas en un mismo frente de lucha. Esta fue una manifestación concreta de las grandes posibilidades que existen para una sólida y duradera colaboración, entre los países no alineados y el campo socialista.

No debe perderse de vista, sin embargo, el hecho real de que el Movimiento de No Alineamiento no presenta una cohesión cabal. Las causas están en las contradicciones del desarrollo interno de los propios países que lo integran. Por lo general

en ellos, tanto la burguesía como el proletariado, se encuentran poco desarrollados, y es la pequeña burguesía, con su carácter dual, la que ocupa los puestos de mando en el aparato estatal. Pese a esto, el Movimiento de los No Alineados está definido por sus acciones positivas en favor de la paz, la independencia nacional y el progreso social. Su fuerza, autoridad y prestigio ha obligado a que la actitud agresiva del imperialismo contra el neutralismo positivo, haya tenido que camuflarse; ahora se presenta como un defensor del «auténtico neutralismo».

La política de No Alineamiento no concuerda con la plataforma programática de política exterior de Pekín, cuyo objetivo fundamental es asegurar a China el rol de líder del Tercer Mundo. Todas las teorías pekinesas a las que nos hemos referido, aplicadas al Movimiento de los No Alineados, pretenden quitarle su carácter antiimperialista y saturarlo de antisovietismo. Desde la Conferencia de Bandung, en 1955, los dirigentes chinos han pretendido excluir a la URSS de los certámenes afroasiáticos, so pretexto de que africanos y asiáticos debían resolver ellos mismos sus problemas.

Como quiera que la línea de conducta progresista y antiimperialista de los países no alineados es contraria a los planes de Pekín, los maoístas realizan toda clase de intrigas en las Conferencias convocadas por estos países. Pero sus ardides para convencerlos del peligro que el «socialimperialismo soviético» representa, han experimentado un rotundo fracaso.

En la IV Conferencia de los No Alineados, realizada en Argel el mes de setiembre de 1973, Anwar Sadat, Presidente de Egipto, respondiendo al manipuleo de los delegados chinos, se vio obligado a declarar lo siguiente: «La Unión Soviética siempre estuvo y sigue estando con los pueblos que luchan por la libertad, la independencia, el progreso, proporcionándoles asistencia y un apoyo multifacético, mientras que los EE. UU. han mantenido siempre una actitud hostil hacia los pueblos y su libertad, hacia el progreso. A la luz de estos hechos es inadmisible colocar en el mismo plano a ambos Estados» (84). Fidel Castro, en la misma oportunidad, es más explícito y rotundo al calificar de profundamente contrarrevolucionaria y defensora de los intereses del imperialismo la intención de oponer los países no alineados a la Comunidad Socialista.

Pese a las presiones del imperialismo y a los cubileteos de los dirigentes chinos, los países no alineados conservan la unidad de su movimiento y mantienen su posición antiimperialista.

Un aspecto importante de la política exterior china, que no podemos pasar por alto, es el que concierne a la ayuda a los países del Tercer Mundo. No son pocas las afirmaciones de la propaganda china en torno a que la asistencia de Pekín «ayuda

a desarrollar ramas enteras de la industria, con un ciclo productivo completo», en los países en vías de desarrollo. Pero esto, objetivamente, no corresponde a la verdad.

La ayuda y asistencia que los países del Tercer Mundo necesitan, debe ser de tal carácter que les permita crear y desarrollar su industria pesada, como base de su industrialización y garantía sólida de su independencia económica y política. Ahora bien, la RPCh por su actual nivel científico-técnico y tecnológico y sus posibilidades económico financieras, no está en condiciones de asumir tal tarea. Al respecto, Chou En-lai reconoció en 1973, con motivo de la visita del rey de Nepal a la RPCh, que China es capaz de proporcionar ayuda técnica sólo en la construcción de pequeñas empresas de la industria ligera.

Ante la imposibilidad de proporcionarles la ayuda y asistencia que los países del Tercer Mundo requieren, Pekín los invita a que la busquen en los países imperialistas. El mismo Chou En lai el mes de abril de 1973, durante una conversación con el Ministro de Industria y Comercio del Japón, declaró: «Ayudemos juntos a Asia Sudoriental: China en la agricultura y Japón en el terreno de la industria pesada». Pero cuando se trata de la ayuda prestada por los países del campo socialista, Pekín se desgañita exigiendo que sea rechazada y aconsejando que, en todo caso, se adopte un tipo de desarrollo autárquico, so pretexto de que es mejor «valerse de sus propias fuerzas».

La dirigencia china utiliza sus relaciones comerciales con los países del Tercer Mundo con el fin de conquistar influencias políticas, sin tener en cuenta las legítimas conveniencias de la otra parte.

LA AMERÍCA LATÍNA Y LA POLÍTÍCA EXTERÍOR DE PEKÍN

Como consecuencia de los cambios introducidos en la política interior y exterior de la RPCh a partir de 1958, se produjo un súbito aumento del interés de Pekín por los países de la América Latina, y creció más con motivo del triunfo de la revolución cubana.

Aprovechando la presencia en Pekín de delegaciones de varios PPCC latinoamericanos el año de 1959, el PCCh consiguió que buen número de ellos enviaran a China grupos de dirigentes con fines de estudio. No fue casual que los líderes chinos se lanzaran a esta empresa inmediatamente después del triunfo de la revolución cubana.

Los cursos dictados en Pekín, tenían la finalidad de formar cuadros dirigentes profundamente imbuidos de las «ideas de Mao Tze Dong », absolutamente seguros de

que en «las semicolonias latinoamericanas» debía tenerse en cuenta en primer lugar la experiencia de la revolución china. Y hay que admitir que consiguieron sus objetivos en gran medida: la inmensa mayoría de los que asistieron a estos cursos, volvieron convencidos de que en sus países era el campesinado el que constituía la fuerza principal de la revolución, y que ésta debía seguir necesariamente un curso duro y prolongado, comenzando en el campo y terminando en la ciudad.

La diplomacia china aprovechó el prestigio de la revolución china para fortalecer sus particulares posiciones en la América Latina, y estimuló por todos los medios el surgimiento de una línea común en los países de Asia, África y la América Latina sobre la base de su condición de «semicolonias» pobres y de «color» con una sola comunidad de destino. A esto agregó una intensa campaña de divulgación de las enseñanzas de la revolución china, con el fin de imponerla como un verdadero modelo que debía copiarse fielmente.

El año de 1963, el PCCh reajustó su línea de conducta frente a los PPCC, dando los primeros pasos hacia la formación de un movimiento maoísta, paralelo al Movimiento Comunista Internacional. Se lanzó al encuentro de dirigentes de izquierda y llamó a los egresados de sus escuelas de cuadros para darles directivas escisionistas, al mismo tiempo que divulgaba intensamente sus artículos de polémica con el PCUS.

En esos momentos las simpatías por la RPCh y la influencia del PCCh, eran fuertes en sectores considerables de la izquierda latinoamericana. Con sus críticas frontales a la «vía pacífica» y su defensa cerrada de la «violencia revolucionaria», los dirigentes chinos hicieron impacto en las capas radicalizadas de la pequeña burguesía, que veían en Mao a una especie de Fidel chino.

En las conversaciones que sostuvimos con Teng Hsiao ping y los miembros de la Comisión Permanente del Buró Político del Comité Central del PCCh, y días después con Mao Tze Dong, se nos dio a conocer la decisión de la dirigencia china de romper con el Movimiento Comunista por encontrarse bajo el «bastón de mando del revisionismo soviético». Esto ocurría en diciembre de 1963; pero nos enteramos que ya en marzo del mismo año había visitado Pekín una delegación brasilera que, como en el caso nuestro, recibió consejos escionistas. Desde entonces comenzaron a proliferar los grupos pekineses en todo el mundo.

Por propias fuentes chinas se sabe que en 1967 existían 15 organizaciones maoístas en 12 países de la América Latina, todas ellas débiles y efímeras. El año de 1963 surgió el primer grupo disidente latinoamericano con el nombre de Partido Comunista de Brasil, con su vocero «A Clase Operaria». A comienzos de 1964 se constituyó el «Partido Comunista Peruano» con su órgano «Bandera Roja». Entre

los años de 1963 a 1966 surgieron grupos adictos a Pekín en la Argentina (Partido Comunista de Vanguardia), en Bolivia (Partido Comunista de Bolivia), en Colombia (Partido Comunista de Colombia marxista leninista), en Chile (Grupo Espartaco), en Ecuador (Partido Comunista de Ecuador marxista leninista), en Guyana (Partido de Vanguardia de los Trabajadores marxista leninista), en Paraguay (Partido Comunista leninista de Paraguay) y en México (Movimiento de Unificación marxista leninista antirrevisionista mexicano).

Todos estos «partidos», al igual que su progenitor (el PCCh) se vieron envueltos, desde un principio, en interminables luchas intestinas. Su disgregación ha seguido un curso inexorable, como consecuencia de su composición de clase y el carácter pequeño burgués de su ideología. Se trata de grupos de las capas medias radicalizadas que han encontrado en el maoísmo un bálsamo para su desesperación.

Es importante señalar que la mayor parte de estos grupos se organizaron y constituyeron bajo la dirección y control de los ex alumnos de las escuelas de cuadros del PCCh. No eran, pues, «renegados», «fraccionalistas» ni «agentes policiales» como algunos irresponsablemente han afirmado. La escisión fue encabezada por comunistas formados ideológica y políticamente en Pekín, lo que permitió al PCCh ejercer un control estricto de los grupos prochinos en todo el mundo.

Por la experiencia que hemos vivido durante más de dos años dentro del denominado PCP (Bandera Roja), de 1964 a 1965, sabemos que la dirigencia china supervisa rigurosamente la orientación político-ideológica de los grupos surgidos bajo su protección y amparo. El año de 1965, con motivo del conflicto surgido entre Pekín v la Habana en torno a la cuestión del arroz, los dirigentes chinos impartieron de inmediato directivas a todos sus grupos. Este fue el comienzo del anticubanismo de los grupos pekineses.

Pekín exigía un sometimiento estricto a sus orientaciones y directivas. Y si alguien se atrevía a disentir aconsejaba su expulsión. «Actualmente —dijo Yao Ven yuan— las nuevas organizaciones marxistas leninistas se enfrentan con una gran tarea común: es indispensable que aplicando las ideas de Mao Tze Dong ellas transformen sus propios partidos, que construyan nuevos partidos». (85).

La división del PCP («Bandera Roja») se debió precisamente a estas indicaciones de Yao Wen yuan que, de hecho, se venían aplicando desde 1965, año en que la dirigencia pekinesa puso punto final a su hipócrita reconocimiento de la validez de las experiencias revolucionarias distintas a la china. En adelante sólo quienes hacían suyos los puntos de vista chinos y repetían dócilmente las órdenes emanadas de Pekín, merecían su apoyo y respaldo. Y así, mientras los dirigentes del PCCh lanzaban ataques enconados contra la línea política de los PPCC, que

no aceptaban ni adoptaban las posiciones ideológicas maoístas, los grupos sometidos incondicionalmente a Pekín, emprendieron ataques frontales contra los comunistas que se atrevían a pensar con cabeza propia, les colgaban el sambenito de «revisionista» y los depuraban de sus filas. En el caso específico del Perú, Pekín exigió que el grupo denominado PCP (Bandera Roja) depurara de sus filas a todos los que no estaban de acuerdo con la línea «izquierdista» aventurera traída de China por Saturnino Paredes Macedo.

América Latina se encuentra en una etapa más avanzada de desarrollo que los países del África Negra y del Asia Sudoriental, pero constituye parte del Tercer Mundo, donde Pekín se ha propuesto imponer su hegemonía. Esta es la razón por la cual la diplomacia china otorga importancia a nuestro continente y se esfuerza por establecer relaciones diplomáticas y comerciales con los gobiernos latinoamericanos.

Hasta 1970 las revistas chinas que llegan a la América Latina —Pekín Informa, China Ilustrada y China Reconstruye— publicaban notas informativas sobre la actividad de los grupos maoístas latinoamericanos y sus propósitos de iniciar la «guerra popular», para «derrocar a los regímenes reaccionarios». Pekín dio gran publicidad a la «revolucionaria V Conferencia» del grupo «Bandera Roja», que resolvió derrocar al régimen de Belaúnde atizando las «llamas de la lucha armada». Pero desde 1971 la jerga seudorrevolucionaria pekinesa desapareció como por encanto. En su lugar aparecieron llamados a una lucha común de todos los Estados de la América Latina contra la dominación del imperialismo. Es que ya resultaba claro que «lo que define las circunstancias de nuestra América es, sobre todo, una conciencia generalizada, no solo en su clase obrera y en los pueblos, sino también en zonas decisivas de algunos de sus gobiernos, de que la contradicción de intereses entre la América Latina en su conjunto y cada uno de nuestros países en particular con la política mantenida por el imperialismo norteamericano, no puede resolverse por la vía de la entrega o la conciliación, sino que requiere una resistencia conjunta que ya está en marcha» (86).

La dirigencia china dejó de prestar atención a los líderes que había formado en las escuelas de cuadros del PCCh. Tenía más interés en «hojas en blanco» venidas del exterior, para escribir lisonjas a los gobernantes reaccionarios de todo el mundo. Pekín se llenó de periodistas y escritores burgueses, muchos de ellos de conocida trayectoria anticomunista. Pero esto no importaba; incluso era mejor para los planes pekineses porque tales personas podían cumplir una tarea que a los dirigentes maoístas latinoamericanos les era imposible realizar en esos momentos: convencer a sus gobiernos de las buenas intenciones de Pekín y su disposición a enten-

derse con quienes no hacía mucho había calificado de «títeres del imperialismo».
Los grupos maoístas, sorprendidos y confundidos por el brusco viraje de los líderes chinos, se vieron ante el dilema de alinearse disciplinadamente y repetir la nueva cantaleta china, o romper con Pekín. El PCCh les exigió que moderaran su lenguaje incendiario y que se ligarán «más a las masas»; les cerró las puertas del «centro de la revolución mundial», alegando que por el momento era un centro del turismo mundial. No podemos atenderlos a Uds., les decía, porque tenemos muchos turistas y estamos ocupados en ellos.
De acuerdo a los nuevos planteamientos y análisis de Pekín, resultó que «Los movimientos marxistas leninistas (léase maoístas) se encuentran en una etapa inicial de desarrollo, EN UN PERIODO QUE PODRIAMOS CALIFICAR DE INFANTILISMO» (87).
Pero nadie ha olvidado que ese «infantilismo» fue cultivado y difundido con gran amplitud desde 1964, con sus llamados a desatar la «guerra popular» y señirse a la «violencia revolucionaria», en todas partes, sin preocuparse de las condiciones objetivas y subjetivas de los distintos países. Mao Tze Dong , por ejemplo, sin tener un conocimiento cabal de la situación latinoamericana, el año de 1963 nos dijo que como en Cuba, en los otros países de nuestro continente, podía comenzar exitosamente la guerra popular con 12 o 15 hombres.
Esta exhortación a la lucha armada sin sustento en la situación real de nuestros países, causó serios perjuicios al movimiento revolucionario latinoamericano y tuvo consecuencias trágicas.
Las acciones armadas de grupos de intelectuales y estudiantes, que no conocían el terreno ni estaban unidos a las masas, fracasaron y fueron poco eficaces. Querían impulsar a los campesinos a acciones revolucionarias y constituirse en el futuro ejército popular; pero no estaban amoldados a las condiciones de vida de las zonas donde actuaban. En última instancia, estas son las causas del fin trágico de De La Puente y Lobatón en el Perú y Carlos Maringuela en el Brasil, entrampados por el maoísmo y vinculados a Pekín.
Pero los dirigentes chinos, autores de la estrategia aventurera de la «guerra popular», sin ningún respeto por los revolucionarios caídos valientemente, los denigraron y escarnecieron. «En lugar de confiar en las masas —escribieron— depositan su principal confianza en UNA BANDA DE BRAVUCONES JACTANCÍOSOS, TIPO TRES MOSQUETEROS, de quienes se espera que realicen milagrosas hazañas en condiciones de ingente desigualdad» (88).
En 1972 la RPCh estableció relaciones diplomáticas con el Perú, México, Argentina, Guyana y Jamaica. Las presiones para que los grupos maoístas de estos países

introdujeran reajustes y cambios en su línea política aumentaron. Pero la prédica de la «guerra popular» había calado tan hondo en ellos, que les era difícil abandonar sus posiciones ultraizquierdistas. Después de 3 años de iniciado el proceso de transformaciones agrarias y antiimperialistas en el Perú, el grupo recalcitrante «Bandera Roja» emitía el siguiente juicio: «El actual régimen desde un comienzo utilizó por un lado el engaño político, a través de la aplicación de una serie de falsas reformas, las mismas que demagógicamente dicen perseguir un llamado «cambio de estructuras», para crear un señuelo en las masas populares y aplacar la lucha de clases». Antes había afirmado que «nuestra patria ha entrado al preámbulo de la guerra popular, nos hallamos en su preparación. La tarea inmediata del pueblo peruano, principalmente del campesinado, es prepararse para la guerra popular, desarrollando sus fuerzas armadas ... El poder nace del fusil» (89). Semejantes desvaríos sectarios y delirios ultra-izquierdistas ya no armonizaban con la nueva política exterior de Pekín, viéndose los dirigentes chinos obligados a declarar: «no ocultamos nuestra inquietud ante el hecho de que diversos movimientos y organizaciones políticas revolucionarias tengan una apreciación y visión estrecha frente a las causas y fenómenos que se están produciendo a nivel mundial». Y además: «El no aceptar el carácter antiimperialista que se está manifestando en los sectores dominantes de la burguesía conduce a menospreciar o a minimizar los avances y éxitos que se alcanzan en la lucha contra la política hegemónica de las superpotencias, conduce asimismo, a no comprender la importancia del Tercer Mundo» (90).

En general, se ve a las claras que Pekín orienta a los grupos maoístas de acuerdo a los virajes de su diplomacia. Por ahora ha dejado, en gran medida, el esquema de la «guerra popular» para ceder sitio a las actividades de tipo legal, abierto. Los dirigentes chinos han comenzado a aleccionar a sus seguí-dores sobre la necesidad de «aplicar una táctica que corresponda a las condiciones del propio país», «ligarse a las masas» y «partir de la realidad objetiva». ¿Hasta cuándo durará esto? No dudamos que se trata de una simple táctica y que, por lo tanto, no significa una renuncia a los viejos dogmas de Mao.

La nueva táctica maoísta en la América Latina se propone ganar rápidamente posiciones de dirección en los movimientos de masas, después de sus reiterados fracasos derivados del radicalismo infantil que divulgó durante largos años.

Las reformas de fondo realizadas en el Perú entre 1968 y 1975, han transformado en gran media la vieja estructura económica del país, y le han permitido entablar relaciones con todos los países del mundo, incluidos los países socialistas. Las fuerzas de izquierda y sobre todo las marxistas leninistas, estaban frente a hechos

nuevos y era de necesidad inaplazable analizarlos y valorarlos con objetividad, para sacar conclusiones que sirvieran de guía a la acción de la clase obrera y del pueblo en general. Los comunistas decidieron dar su apoyo enérgico y consecuente al proceso de cambios, manteniendo su independencia; pero los maoístas ultraizquierdistas adoptaron una posición radicalmente opuesta. Hemos visto como caracterizó al régimen de Velasco el grupo «Bandera Roja». Igual fue la posición de «Patria Roja», «Estrella Roja» y «Sendero Luminoso», grupos maoístas desprendidos de «Bandera Roja» después de enconadas luchas intestinas.

La consigna agitada por Pekín en la década del 60: «Aglutinar a todas las fuerzas susceptibles de ser unidas», jamás fue entendida ni aplicada por el maoísmo criollo. En momentos en que más se requería de la unidad de las fuerzas progresistas, nacionalistas y revolucionarias para profundizar las reformas del proceso peruano, los pekineses hicieron un solo frente con el aprismo y la ultraderecha reaccionaria, para oponerse a los cambios con el pretexto burdo de que se trataba de «engaños». Utilizaron a maestros y estudiantes para provocar disturbios y apoyar a los contra-revolucionarios.

En Chile, el maoísta «Partido Comunista Revolucionario», después del triunfo de Allende declaró que la tarea era hacer la «guerra popular» revolucionaria contra el «gobierno burgués reformista». En esencia ésta era la posición de todos los grupos trotskistas y seudorrevolucionarios que, con su práctica aventurera, contribuyeron al derrocamiento del régimen progresista de la «Unidad Popular».

Los cambios de táctica que Pekín ha introducido en su política exterior latinoamericana y las directivas que ha impartido a los grupos prochinos, han dado sus primeros frutos, no todos del agrado del PCCh.

El viraje más espectacular de los grupos maoístas latinoamericanos a tácticas de carácter «legal», lo constituye la posición adoptada por el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR) de Colombia, grupo pekinés que se distinguió por su actitud recalcitrante en contra de la participación del pueblo en los procesos electorales. Desde 1972 y en armonía con los cambios de la política exterior de Pekín, acordó presentar candidatos propios en las elecciones de los órganos del poder local. Tal abandono del esquema de la «guerra popular» fue calificado, por una de sus Conferencias, como un «gran triunfo de las ideas de Mao Tze Dong».

Los virajes y volteretazos de la política exterior de la RPCh se han convertido en las causas principales de la inestabilidad y disgregación de los grupos maoístas en nuestro continente.

La palpable contradicción entre el culto a la violencia, que yace en la esencia del maoísmo, y las nuevas instrucciones de Pekín a los grupos pro chinos, ha produci-

do en éstos un profundo desconcierto. Ha surgido una corriente de regimentados, que acatan dócilmente todos los dictados de la dirigencia china, a la cual se opone una contracorriente de rebeldes que persisten en su cacareo de la «guerra popular». Estos son los «dogmáticos» del maoísmo, y los primeros los «revisionistas»; división que se ha profundizado con motivo del derrocamiento de la «pandilla de los cuatro» en el PCCh. Y así, mientras «Patria Roja» adecúa su línea política a los dictados de Pekín, «Bandera Roja» sigue amenazando con su próxima «guerra popular», y «Sendero Luminoso» maldice a Hua Kuo feng, porque —según dice— «hoy la derecha ha dado un golpe de Estado reaccionario en China. La burguesía ha empezado a desatar una nueva ofensiva contra la línea roja del Presidente Mao Tze Dong , y una fiera persecución contra los mejores jefes del proletariado que se han destacado en el impulso de la GRCP bajo la dirección del Presidente Mao» (91). La política exterior que la RPCh aplica en la América Latina, es parte integrante de su política exterior global. Y ésta, como hemos visto, es expresión fiel de las ambiciones hegemónicas de Pekín. Ahora ya no es posible dudar que los dirigentes chinos están dispuestos a aliarse con cualquiera que pueda serles útil en la obtención de sus fines chovinistas de gran potencia.

El abandono de los principios, la invención de teorías para justificar el oportunismo más desvergonzado, el maquiavelismo, el cambio constante de amigos: he aquí los rasgos principales de la conducta de quienes, no hace mucho, juraron defender la pureza del marxismo leninismo y ser leal al internacionalismo proletario.

PEKÍN Y LA TRAGEDÍA DEL PUEBLO CHÍLENO

Inmediatamente después del golpe fascista del 11 de setiembre de 1973, que derribó al gobierno chileno de Salvador Allende, todas las fuerzas revolucionarias y progresistas del mundo condenaron enérgicamente los sangrientos crímenes de Pinochet y su pandilla. Rompieron relaciones con la Junta usurpadora la Unión Soviética, la República Popular de Bulgaria, la República Popular de Polonia, la República Popular de Mongolia, la República Popular de Hungría, la República Democrática de Viet Nam, la. República Democrática Alemana, la República Socialista de Checoslovaquia, la República Democrática Popular de Corea, la República Socialista Federativa de Yugoeslavia. La conducta de Pekín fue muy distinta. Se limitó a remitir un telegrama de condolencia a la viuda del asesinado Presidente, absteniéndose de condenar a los autores del asesinato y a las fuerzas que organizaron y financiaron el golpe. En la RPCh no se llevó a cabo ni un solo mitin de

protesta ni se levantó una sola voz de repudio contra el genocidio de los generales fascistas chilenos. En realidad, el pueblo chino no fue informado de lo que sucedió en Chile.

En Santiago de Chile la RPCh cerró las puertas de su Embajada, para evitar que los perseguidos por los esbirros de Pinochet solicitaran refugio. Ni un solo revolucionario, ni un solo progresista que militó en la Unidad Popular recibió asilo en ella, y no son pocos los que cayeron acribillados a balazos ante sus puertas.

El 24 de abril de 1972 el «Rinmin Ribao» había escrito lo siguiente : «Entre China y Chile está el Pacífico. Pero nos une la lucha común contra el imperialismo y el colonialismo. El pueblo chino continuará prestando como antes un apoyo constante a la justa lucha del pueblo chileno contra el imperialismo». Pero ésta y todas las promesas de lealtad que los dirigentes chinos hicieron al gobierno de Allende fueron olvidadas. El 11 de octubre de 1973, un mes después del derrocamiento del Presidente chileno, el Ministro de Asuntos Exteriores de la RPCh daba aviso a Armando Uribe en Pekín que el gobierno chino dejaba de reconocerlo como representante diplomático de Chile y le retiraba su acreditación. Al mismo tiempo se le exigió la cancelación del acto previsto en la Embajada Chilena con motivo del Día Internacional en Memoria de Salvador Allende. Un día después, Fernando Pérez, en condición de encargado de negocios de la Embajada de Chile, de la dictadura fascista, era invitado a la recepción ofrecida por el gobierno chino en honor del Jefe del gobierno del Canadá, que se encontraba en visita oficial en China. Esto constituía, de hecho, el reconocimiento de la Junta fascista chilena.

En diciembre de 1975 la Asamblea General de la ONU aprobó la Resolución sobre la protección de los derechos del hombre en Chile. Así se puso de relieve la envergadura alcanzada por la solidaridad internacional con el pueblo chileno, sometido a una cruel represión, con detenciones y fusilamientos sin juicio ni formación de causa. La delegación china, en acto de abierta traición al pueblo chileno, se negó a tomar parte en la votación de esta trascendental medida, solidarizándose en la práctica con todas las fechorías de Pinochet. Un mes antes, la dirigencia pekinesa se había negado a participar en la Conferencia Internacional de Solidaridad con el pueblo chileno que se celebró en Atenas.

El gobierno de la RPCh ha consolidado sus vínculos políticos y económicos con la Junta fascista chilena a la que, de otro lado, ha prestado considerable ayuda financiera. El 9 de febrero de 1976 la «Tercera de la Hora», de Santiago, informó que la Junta Militar estaba negociando con el gobierno chino la concesión de un crédito por la suma de 100 millones de dólares. Esto ocurría en momentos en que el déficit del comercio exterior de la RPCh se aproximaba a los 2,000 millones de

dólares; pero por encima de esta situación de falencia, Pekín se empeñó en atender las necesidades de dinero de Pinochet.

Además de dinero, los pregoneros chinos de la «guerra popular», suministraron armas al régimen fascista chileno, convirtiéndose en los proveedores de recursos financieros y de implementos bélicos de los verdugos del pueblo chileno. En esta forma han perpetrado una de las más ignominiosas traiciones al internacionalismo proletario y a la causa de la revolución socialista mundial.

Resulta evidente que lo que persigue Pekín es afianzar sus posiciones en la América Latina, débiles en la actualidad. En sus planes y cálculos, Chile debe ser algo así como una cabecera de playa. A esto se suma la común base ideológico política de los dirigentes chinos y Pinochet: el antisocialismo y el antisovietismo.

Pekín no vio con buenos ojos el triunfo de Allende en 1971. Encerrados en sus dogmas y aprisionados en sus esquemas, los líderes chinos consideraron ese triunfo como una negación de «las ideas de Mao Tze Dong ». Su ceguera política y su sectarismo enfermizo les hizo calificar la victoria alcanzada por la Unidad Popular, como una «seudorrevolución». Se negaron a aceptar las enormes perspectivas de desarrollo económico social y político que se abrían al pueblo chileno a partir del mes de setiembre de 1971.

La ayuda y colaboración recibida por el régimen de Allende de la Comunidad Socialista, provocó un enfado profundo en Pekín. Para sus objetivos hegemónicos y su chovinismo de gran potencia, esto constituía una seria amenaza, y por lo mismo el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular se le presentaba como una «cosa buena».

Se ha señalado con justa razón que «la postura de la RPCh frente a los trágicos acontecimientos de Chile constituyó algo así como una promesa a Washington de que la presencia china en nuestro continente, no supone ninguna amenaza a los intereses políticos y económicos del imperialismo norteamericano al sur del Río Grande» (92).

El movimiento internacional de solidaridad con el pueblo chileno ha cobrado mayor vigor después de haberse dado a conocer los resultados de la labor de la Comisión Internacional Ínvestigadora de los crímenes de Pinochet. La Organización de las Naciones Unidas, la Organización Ínternacional del Trabajo, la Comisión de la ONU para los Derechos Humanos y los gobiernos de muchos países han condenado a la Junta Militar terrorista chilena, obligándola a contener sus iras y liberar algunas de sus víctimas. Por supuesto que esto no significa que los gorilas chilenos hayan democratizado su régimen despótico. Los presos políticos siguen llenando las cárceles y los métodos de tortura a que son sometidos los demócratas

que caen en sus manos, no han cambiado. De aquí que sea necesario impulsar con más fuerza el movimiento internacional de solidaridad con el pueblo chileno, tarea que se encuentra indisolublemente ligada a la lucha por el aislamiento político, diplomático y económico del archirreaccionario gobierno de Pinochet.

Es obvio que al condenar a la Junta fascista chilena, los pueblos del mundo condenan a todos los que la apoyan y le prestan asistencia. Si el maoísmo y el pinochetismo caminan juntos, tomados de la mano, el apoyo a uno significa el apoyo a los dos. En la Conferencia del Movimiento Internacional de Solidaridad con el Pueblo Chileno, realizada en Atenas se levantaron las voces de protesta de las delegaciones del Japón, Suecia, India, Sri Lanka y varios países de la América Latina contra el apoyo prestado por Pekín a la Junta Chilena, calificándolo como un acto de traición a las luchas, no sólo del pueblo chileno, sino de todos los pueblos del mundo que se encuentran sometidos al yugo del imperialismo. El Secretario General de la Comisión Ínternacional Investigadora de los crímenes del régimen de Pinochet, acusó a los dirigentes chinos de ser cómplices de los crímenes de la Junta fascista chilena. «Una de las principales tareas que tiene planteado nuestro movimiento —dijo H. Frank— es seguir intensificando el boicot a los fascistas chilenos. Me duele sinceramente que ahora contra el boicot económico a la Junta se manifieste, junto con los monopolios imperialistas, un Estado tal como China. Al ampliar el comercio y otras relaciones con el régimen de Pinochet los dirigentes chinos contribuyen a la continuación de los crímenes en Chile. No tiene ninguna disculpa la cooperación con la sangrienta dictadura».

Dos años antes del golpe contrarrevolucionario de Pinochet, Pekín traicionó a Bangladesh, y 3 años después de su traición al pueblo chileno traicionó al pueblo de Angola. Está claro que la traición es algo inherente a la conducta de la dirigencia pekinesa.

DE LA «AGRESÍON CARTOGRAFÍCA» A LA AGRESÍON ARMADA

Durante muchos siglos —la Antigüedad y la Edad Media— China vivió aislada, sin contactos con países de desarrollo económico y cultural por lo menos igual al logrado por el «Celeste Imperio». Este aislamiento fortaleció las ideas sobre la «grandeza china» y la «superioridad de los chinos», surgidas bajo la influencia directa del confucionismo. Con relación a esto, Sun Yat-sen, señaló que «China tenía un altísimo concepto de sus propios logros y profesaba un desdén absoluto por los otros países. Eso llegó a convertirse en un hábito y una cosa completamente natural» (93).

La penetración del imperialismo en China, en la segunda mitad del siglo XIX y su reducción a una semicolonia, hizo surgir un movimiento de liberación nacional encabezado por los sectores más esclarecidos de la intelectualidad china. Pero incluso estos se encontraban influenciados por los viejos hábitos del chinocentrismo. Los demócratas revolucionarios chinos, identificaban su lucha contra el imperialismo con la idea de la restauración del antiguo poderío del Estado chino y la reconquista de sus posiciones territoriales. Con el transcurso de los años esta aspiración se ha mantenido viva, constituyendo buena parte de las «ideas de Mao Tze Dong».

Cabe recordar que una de las tareas que el Kuomintang se propuso, fue precisamente la de reanudar la expansión territorial de las dinastías pasadas. Refiriéndose a la presencia del imperialismo en China, Chang Kai shek dijo lo siguiente: « … estaba aún fresco el recuerdo de la trágica pérdida de las islas Ryu Kyu, Hong Kong, Formosa, las Islas Pescadores, Indochina, Birmania y Corea, cuando nuestro Estado se enfrentó con la amenaza de un desmembramiento definitivo» (94).

Pero como el Kuomintang no tenía la fuerza ni los medios suficientes para llevar a la práctica su política expansionista, se limitó a hacer representar las fronteras de China tal como deseaba que fueran, en mapas publicados en ediciones oficiales. A esta forma de reivindicar territorios se le llamó «agresión cartográfica».

La actual dirigencia china ha heredado y perfeccionado esa forma de agresión chankaisekista. En 1950 apareció en Pekín la primera edición de un mapa mural de la República Popular China, según el cual sus fronteras con Birmania, la Zona del Pamir y del Himalaya resultaban «no establecidas». Como es de suponer, tal publicación levantó una ola de protestas diplomáticas de los países vecinos de la RPCh.

El año de 1954 apareció en Pekín el libro titulado «La corta historia de la China contemporánea», escrito por Lin Pei-hua, en el que se adjunta un mapa de las pérdidas territoriales de China. El autor repite lo planteado por el historiador burgués Hua Tsi-yuan, para quien las fronteras que deben reivindicarse son las que tuvo el imperio chino en la época de los Tsing: desde el río Yli al Oeste, el Jungan al Norte, Sajalín al Este, hasta las islas de los Mares Meridionales al Sur. La República Popular de Mongolia es incorporada a China en el mapa de Lin Pei-hua.

En total Pekín reclama la restitución de 3'200, 000 km2 de territorios: 1'500,000 km2 de la República Popular de Mongolia, 700,000 km2 de Birmania, 130,000 km2 de la India, y 1'500,000 km2 de la URSS, extensiones que sumadas dan un total igual a la superficie de la India y Bangladesh juntas. Los fundamentos de estas pretensiones territoriales se remiten al principio del precedente histórico:

se afirma que esos territorios pertenecieron a China en el pasado. Cualquier argumentación en contra, de los países afectados, es rechazada de plano por los dirigentes chinos que se atienen a su tradicional política exterior: recuperar todo territorio que alguna vez hubiere estado en contacto con China.

El expansionismo chino ha sido expresado sin ningún escrúpulo por la revista Hsin Chianshe, en la siguiente forma: «No se puede considerar la ampliación del territorio como agresión ni objeto de agresión a las nacionalidades débiles en vías de extinción, ni tampoco cabe compadecerse de ellas. Las acciones de un Estado o nación fuerte encaminadas a la extensión de su territorio están en concordancia con las leyes de desarrollo social de su tiempo» (95).

La política de conquista territorial de Pekín apunta a 4 direcciones principales: el Sudeste, el Suroeste, el Este y el Norte. Pero no actúa con igual intensidad en todas ellas. Ha puesto especial empeño en el Sudeste, el territorio ubicado entre el Mar Meridional de la China y el Golfo de Bengala. Esta sería en los planes de Pekín la zona clave para la formación del gran «sistema chino».

Dos causas poderosas han impulsado a los dirigentes chinos a centrar su atención en esta parte del mundo. Política y estratégicamente el Sudeste asiático representa una de las zonas más importantes del mundo; pero además, existen en ella ricos yacimientos de materias primas. Pekín se propone controlar esta rica y estratégica región para hacer de la RPCh una verdadera superpotencia. Cuenta para llevar adelante su programa expansionista con los millones de descendientes chinos que habitan Viet Nam, Laos, Camboya, Birmania y Tailandia países que considera «zonas de influencia natural de China». Su alevosa agresión al heroico Vietnam, pone al descubierto el chovinismo y el hegemonismo de los dirigentes chinos.

Con relación a la zona del Sur de Asia situada entre los montes de Himalaya y el Océano Indico, Pekín aplica la política de crear conflictos entre los países que la ocupan, y se esfuerza en socavar las posiciones de neutralismo positivo que han adoptado. Tiene especial interés en aislar y poner de rodillas a la India, utilizando maquiavélicamente al Pakistán.

El Oriente Árabe, región situada a miles de kilómetros de China, también ha sido incluido por los líderes pekineses en su «sistema chino». De aquí les vendría el petróleo que les falta; constituiría el flanco extremo oeste de su proyectada superpotencia, abarcando el Golfo Pérsico, el Mar Mediterráneo, el Mar Negro y el Mar Caspio.

Pekín, sin embargo, no se ha contentado con agredir «cartográficamente» a sus vecinos. Antes de su última aventura criminal en Vietnam, en 1955 los chovinistas chinos tendieron una emboscada a las tropas fronterizas birmanas; en agosto de

1959 atacaron por sorpresa una patrulla india en el Himalaya; en 1960 les tocó sufrir una agresión similar a los guardias fronterizos del Nepal; en 1962 tropas chinas ocuparon zonas en litigio en la frontera con la India, y en 1969 provocaron choques sangrientos en la frontera con la URSS. No es casual que todas estas agresiones armadas se hayan producido en territorios que según la diplomacia china «no están definidos».
Cuando se examina estos hechos se comprueba la hipocresía de la declaración pekinesa sobre que «China nunca será una superpotencia».
Para que la RPCh sea una superpotencia de las características soñadas por los líderes maoístas, los países limítrofes que pretenden absorber tendrían que someterse mansamente. Y esto es realmente Imposible. De aquí que Pekín alimente esperanzas en el estallido de una guerra termonuclear que acabe con todos, menos con los chinos.

LOS HEREDEROS DE MAO ATÍZAN LA GUERRA

Que Pekín desea la Tercera Guerra Mundial y la considera inevitable, es cuestión bien conocida desde hace años. Pero hay que admitir que con motivo de la muerte de Mao Tze Dong y la caída de la «pandilla de los cuatro», surgió la esperanza de una rectificación de rumbos en la política exterior de la RPCh. Las cosas, sin embargo, han ocurrido a la inversa. Los sucesores de Mao, se solidarizan con las fuerzas más reaccionarias del imperialismo en sus ataques contra el campo socialista, agravan la situación internacional y empujan al mundo a la hoguera de una nueva guerra mundial.
La campaña antisoviética de Pekín cobra nuevos bríos y se torna histérica. El antisovietismo maoísta no sólo está dirigido a denigrar y calumniar a las URSS y la Comunidad Socialista, sino que, además, se ha convertido en instrumento de agudización de las contradicciones y conflictos del mundo contemporáneo.
Hua Kuo-feng, presidente del PCCh, ha hecho pública su total fidelidad a la política interior y exterior de Mao Tze Dong y ha hecho un llamado al pueblo chino a llevar adelante, hasta el final, «la lucha contra el socialimperialismo soviético». «El imperialismo —ha dicho Hua Kuo-feng— y particularmente el socialimperialismo cifraban sus esperanzas en que se produjera una gran conmoción en nuestro país después del fallecimiento del Presidente Mao, pero su esperanza quedó defraudada por completo. Soñaban además con la aparición de una fuerza capaz de cambiar la línea y el rumbo revolucionarios trazados para nosotros por el Presidente Mao, pero esta ilusión suya igualmente se desvaneció por completo» (96).

Con motivo de la aparición del tomo V de las Obras Escogidas de Mao Tze Dong. Hua Kuo-feng ha planteado al pueblo chino la tarea de «acelerar la revolucionarización y modernización del Ejército Popular de Liberación y reforzar los preparativos de guerra» los dirigentes chinos ya no se limitan a hacer declaraciones furibundas contra la distensión, sino que propugnan y bendicen una nueva guerra mundial. Para ellos tiene carácter de principio lo dicho por Mao Tze Dong en el segundo período de sesiones del VIII Congreso del PCCh: «Guerra, bueno, pues que haya guerra. A la guerra no hay que tenerle miedo. Si la guerra estalla habrá víctimas ... A mi juicio la bomba atómica no es más terrible que una gran espada. Si en la guerra perece la mitad de la humanidad, esto no tendrá importancia. No será terrible si queda tan solo una tercera parte de la población».

Todavía en vida de Mao, la diplomacia china afirmaba que todo intento de buscar un arreglo pacífico a los actuales problemas internacionales constituye una simple pérdida de tiempo. «La guerra estallará inevitablemente cierto día —afirma Pekín— como resultado de la crecientemente enconada disputa entre los dos países hegemónicos. La «irreversible distensión» pregonada por Moscú es meramente un fraude ...» (97). En sus últimos versos, Mao, anunció una hecatombe infernal: «el cielo arde con el fuego de los cañones, los embudos cubren toda la tierra . . . El mundo entero va cabeza abajo».

La machacona cantaleta pekinesa en torno al «hegemonismo soviético» y el «peligro del socialimperialismo», están destinados a justificar los intensos preparativos de guerra de la RPCh para llevar a cabo sus planes expansionistas. Y no es un secreto que el armamentismo de los líderes maoístas esté apoyado y estimulado por el complejo industrial-militar norteamericano, la República Federal Alemana, Francia, Gran Bretaña y Japón. Como en el caso de la Alemania nazi, las potencias occidentales quieren encauzar la agresividad china hacia la URSS. Pero esto es olvidar las lecciones de la historia.

Todavía hay tiempo para reflexionar seriamente sobre los propósitos de los gobernantes chinos. El 25 de abril de 1956, en la reunión ampliada del Buró Político del Comité Central del PCCh, Mao Tze Dong, dijo a sus oyentes: «En el plano internacional, debemos unirnos con todas las fuerzas unibles, trabajar porque se tornen neutrales las fuerzas que aún no lo son, e INCLUSO DISGREGAR Y UTILIZAR FUERZAS REACCIONARÍAS. En una palabra debemos movilizar todas las fuerzas, directas e indirectas, EN FAVOR DE LA LUCHA POR TRANSFORMAR A CHINA EN UN PODEROSO PAIS.. .» (98).

En setiembre de 1959, ante el Comité Central del PCCh volvió a tocar este tema en forma más cruda: «Nosotros debemos apoderarnos — dijo Mao — sin falta del

Asia Sudoriental incluyendo a Viet Nam del Sur, Tailandia, Birmania, Malaysia y Singapur». También dijo: «El Océano Pacífico no es en realidad tan pacífico. En el futuro cuando se halle bajo nuestro control podremos considerarlo pacífico. . . dentro de unos años nosotros formaremos sin falta un gran imperio y estaremos en disposición de desembarcar en el Japón, Filipinas, San Francisco».

El militarismo, la preparación intensa para la guerra y el culto a la violencia de los actuales dirigentes chinos, son una continuación de la política guerrerista aventurera del propio Mao Tze Dong. La economía china ha sido reestructurada con fines militares y convertida en una economía de guerra; la industria militar tiene una absoluta preferencia y prioridad. Se sabe que los gastos militares absorben el 40% del Presupuesto Nacional de la RPCh. Hoy en día China es un codiciado mercado de colocación de armas de los países imperialistas, y los fabricantes de armas presionan a sus gobiernos para que firmen acuerdos de cooperación militar con Pekín.

Los chovinistas y expansionistas pekineses han abandonado sus ataques enconados contra el imperialismo norteamericano y el militarismo japonés, con el fin de utilizar a estos en su lucha contra la Unión Soviética. No es que los considere amigos; llegado el momento ajustaría cuentas con ellos, «uno por uno». El Jefe de relaciones internacionales del C.C. del PCCh, Kuen Piao, ha manifestado con toda franqueza: «En el momento presente que los EE. UU. nos defiendan contra la influencia del revisionismo soviético ... cuando lo consideremos oportuno, le diremos al tío Sam `ten la bondad de empaquetar tus bártulos'».

Que nadie se haga ilusiones. Los que instigan y estimulan el armamentismo de Pekín, se equivocan si creen que las desenfrenadas aspiraciones hegemónicas y los preparativos bélicos chinos no los alcanzará y que estarán siempre a salvo de su agresividad. ¡Trágico error sería pensar que se contentaría con «enterrar» a la Unión Soviética!

Hay que tener muy en cuenta que en la actualidad hay un solo país en el mundo que preconiza abiertamente la guerra: la RPCh. El belicismo chino ha llegado a tal punto que en el Preámbulo de su nueva Constitución, la preparación de la guerra ha quedado consagrada como principio. Y de acuerdo con él, Pekín hace caso omiso de los anhelos de paz y seguridad de los pueblos, se pronuncia contra todo lo que pueda garantizar esa paz y seguridad. Refiriéndose a la política de distensión de los países socialistas, la prensa china escribe cosas como la siguiente: «... en 1976, primer año del último cuarto de siglo, su fraude de distensión ha caído en bancarrota y su ofensiva de paz es impopular. Y encontrará días más difíciles en los 24 años venideros» (99).

En la capital de la RPCh, se aprovecha las visitas de delegaciones extranjeras para organizar entrevistas y conversaciones, en las que se hace ataques frontales a la política interior y exterior de la URSS y otros países socialistas. Cualquier paso hacia el mejoramiento de relaciones entre EE. UU. y la URSS y otros países de la Comunidad Socialista es presentado por Pekín como una «colusión entre las dos superpotencias». Cuando se trata de Europa Occidental, se opone a que se convierta en una zona estable de paz; intimida a países como la RFA, Francia, Inglaterra, Italia con la «amenaza soviética», y manifiesta abiertamente su esperanza de que la OTAN se mantenga fuerte.

Chou En lai, sostuvo en una conversación con parlamentarios franceses, que en caso de distensión en Europa, «las tropas soviéticas se desplazarían a la frontera norte de China». Pero como esta es una patraña muy difícil de creer, Pekín ha propalado otra especie: «La Unión Soviética crea apariencias en el Oriente y asesta el golpe en el Occidente». Y además: «la amenaza de la URSS a China es hoy menos actual que la amenaza a Europa».

Es muy revelador que el Secretario General de la OTAN, haya confesado que los estrategas de este bloque «valoran positivamente» la posición de los gobernantes chinos en «la lucha en el flanco oriental de la Unión Soviética». Al mismo tiempo Teng Hsiao ping ha opinado que «las conversaciones en torno al desarme y otros acuerdos entre Oriente y Occidente no evitarán la futura guerra en Europa».

Las «colosales tormentas» que el maoísmo ve en el mundo como «cosa buena», son la tirantez, la confrontación, la guerra fría y el armamentismo, factores que según sus cálculos resultan favorables para imponer el liderato chino, primero a los países de a «zona intermedia» y después a todo el mundo. Este es el motivo por el cual Pekín orienta la integridad de sus fuerzas a socavar el proceso de la disensión internacional.

Es bien conocida la fórmula maoísta: «si las superpotencias no se agreden mutuamente, los pueblos se levantarán en guerra contra ellas». También se conoce su sentencia: «O la guerra provoca la revolución, o la revolución evitará la guerra». Pero como quiera que para el maoísmo guerra y revolución es la misma cosa, se desprende que el mundo no podrá salvarse de la guerra.

Pekín sabe y ve con claridad que la URSS y toda la Comunidad Socialista, avanzan rápidamente en un ambiente de paz y distensión; está consciente de que mientras más duradera sea la paz, la fuerza y el poderío del campo socialista se incrementan constantemente, mientras que los países capitalistas se hundirán en la crisis y la descomposición. Esta perspectiva es la que en realidad espanta a los maoístas; y por eso quieren «grandes tormentas», conflictos y guerra.

La diplomacia china ha recurrido a la instigación de los litigios fronterizos entre los Estados vecinos, estimulando el revanchismo de los reaccionarios que no están de acuerdo con las fronteras fijadas como consecuencia de los resultados de la Segunda Guerra Mundial, y que han sido debidamente sancionadas en Conferencias y Tratados.

Su oposición al desarme es radical, junto con los representantes de Pinochet, los delegados chinos votaron en la ONU en contra de la convocatoria de una Conferencia Mundial para el desarme. Se opusieron a la definición de agresión y a la Resolución del Consejo de Seguridad sobre la inadmisibilidad de la anexión de territorios por la fuerza.

El gobierno de la URSS ha hecho esfuerzos por normalizar las relaciones chino-soviéticas. Desde 1964 la parte soviética ha propuesto encuentros al más alto nivel entre representantes de la URSS y de la RPCh para discutir todos los problemas de las relaciones entre los dos países. Pero estas propuestas han quedado sin respuesta, lo que demuestra que los dirigentes chinos no desean un real mejoramiento de las relaciones chino-soviéticas.

El Tratado de Amistad, Alianza y Ayuda Mutua, suscrito por la Unión Soviética y la República Popular China, ha sido declarado simple «papel mojado», por Pekín. Esto, sin embargo, no ha sido obstáculo para que se opongan a la suscripción de un Tratado Especial, propuesto por la Unión Soviética en enero 1971 para la no utilización de una parte contra la otra de sus fuerzas armadas, comprendidas las convencionales, las coheteriles y las nucleares, alegando la existencia del Tratado de 1950, el cual tampoco quisieron confirmar.

En junio de 1973, la Unión Soviética propuso a China la firma de un Tratado de no Agresión a fin de eliminar los obstáculos que impiden la normalización de sus relaciones interestatales. Se sabe que hasta ahora Pekín no se da por aludido. Igual suerte han corrido otras propuestas soviéticas: sobre la reanudación del comercio fronterizo, sobre el restablecimiento de la práctica de la reparación de barcos soviéticos en astilleros chinos; la firma de un acuerdo comercial a largo plazo; la reanudación del suministro de equipos completos, y la colaboración entre las academias de ciencias de ambos países.

El chovinismo de gran potencia de los dirigentes chinos ha puesto como condición para llevar adelante conversaciones con representantes de la URSS, el reconocimiento por éstos de que en territorio soviético existen «regiones en litigio», es decir, territorios que deben ser devueltos a China.

No cabe duda de que la cantilena en torno al «socialimperialismo» y del gran peligro que representa, por ser «la fuente más inminente de guerra mundial»,

constituye un pretexto burdo para impedir la normalización de las relaciones interestatales chino-soviéticas.
Pekín se prepara febrilmente para la guerra; pero en sus cálculos ésta debe acabar con las superpotencias y todos los que puedan oponerse a la hegemonía china. Es difícil imaginar una política exterior más cínica y aventurera. Si tanto anhelan la guerra, los jefes maoístas deberían tener en cuenta el estado de su economía y de su industria; deberían admitir que sus fuerzas armadas están lejos de alcanzar un nivel adecuado de modernización.
Si la dirigencia pekinesa tuviera capacidad para autocriticarse y hacer un análisis objetivo de la situación interior de la RPCh, aceptaría que se encuentra frente a las tareas inaplazables de modernizar su agricultura, industria, ciencia y técnica; y de atender las premiosas necesidades del pueblo chino. Por el camino de la desenfrenada militarización de la economía, la agudización de las contradicciones con los países vecinos y el azuzamiento de la guerra mundial, no se puede cumplir esas tareas. Y nadie puede negar que el pueblo chino quiere vivir en paz, en relaciones estrechas de amistad con los países socialistas y con todos los pueblos del mundo.
Los planes utópicos y reaccionarios de Pekín son mucho menos realizables que los de la Alemania hitleriana. Las fuerzas de la paz, la democracia y el socialismo son ahora inmensamente más grandes que en 1941. Esto deberían tener muy en cuenta los belicosos dirigentes pekineses.
La RPCh debe jugar el rol que le corresponde en el concierto mundial de las naciones. Esto es lo que anhelan todos los pueblos del mundo, incluido el pueblo chino, pero no será posible si el chovinismo, el expansionismo, el hegemonismo y el antisovietismo siguen campeando en Pekín.
Después de una larga guerra civil revolucionaria, que tuvo la ayuda de la Unión Soviética y del Movimiento Comunista Internacional, China surgió al escenario de la historia como un gran país socialista. El daño que le ha causado el maoísmo es inmenso; pero el proletariado chino, el pueblo chino y los comunistas marxistas leninistas chinos sabrán poner a su gran país en el sitial que le corresponde. La República Popular China se integrará nuevamente al campo socialista.

EL XI CONGRESO DEL PCCH: «EL PODER NACE DEL FUSÍL»

A mediados del mes de agosto de 1977 se llevó a cabo el XI Congreso del PCCh, con el propósito evidente de otorgar legalidad a la dirección de Hua Kuo Feng y su grupo. Los militares controlan ahora el 50% del Buró Político del Comité Central del Partido y la política exterior antisoviética y anticomunista de Pekín ha llegado

a un punto crítico.
Por su orientación y sus resultados, éste es el Congreso de los halcones chinos; el Congreso de los más belicosos partidarios de la guerra. En él se ha puesto en práctica, dentro del Partido, la sentencia de Mao: «el poder nace del fusil».
En el pasado, el Ejército desempeñó un papel de gran importancia en la revolución china. La internacional Comunista y Stalin en persona, señalaron que tal papel se desprendía del propio carácter de la revolución china. «En primer lugar los comunistas de China —dijo Stalin— deben intensificar al máximo el trabajo político en el Ejército y conseguir que éste sea un verdadero y ejemplar portador de las ideas de la revolución china». «En segundo lugar, los revolucionarios chinos, entre ellos los comunistas, deben acometer con todo empeño el estudio del arte militar. En ello no deben ver un asunto secundario, porque en China es ahora un importantísimo factor de la revolución» (100).
El Ejército Popular de Liberación cumplió su misión histórica bajo la dirección del PCCh. Sin su activa y decisiva participación, no hubiera sido posible el triunfo de la revolución china. Hasta los primeros años de la década del 60 conservaba sus tradiciones revolucionarias y respetaba la autoridad del Partido.
«El Partido manda al fusil», era entonces la máxima que tenía vigencia. Pero a comienzos de 1966, y con el fin de utilizarlo como instrumento de todas las fechorías de la «revolución cultural», los dirigentes chinos impartieron la siguiente instrucción: «Sacar a primer plano la política significa poner en primer plano las ideas de Mao Tze Dong como la guía suprema en la actividad de todo el Ejército... Hay que seguir con firmeza todas las indicaciones de Mao Tze Dong, llevarlas a la práctica, lograr con osadía que se realicen. Todo lo que contradiga a las indicaciones de Mao debe desecharse resueltamente, combatirlo con energía» (101).
Al inicio de la «revolución cultural» la maoización del Ejército Popular de Liberación ya era completa. El «Diario de Wang Tse» era leído por todos los soldados. En él se decía: «yo quiero hacer todo a tenor de lo que leí en los trabajos del Presidente Mao, a tenor de lo que dice el Presidente Mao, de las indicaciones del Presidente Mao, quiero hacerme un magnífico combatiente del Presidente Mao... Solo convirtiéndome en un tornillito que jamás se oxide es como podré realizar grandes hechos» (102).
Por indicaciones de Mao Tze Dong, desde enero de 1967 se implantó en toda China un control militar estricto en la industria, el transporte, las comunas populares y las instituciones públicas y culturales. Ya entonces, de las 200 personas que constituían la élite gobernante, más de 130 eran militares.
Ahora bien, una vez que el Ejército Popular de Liberación fue maoizado y conver-

tido en «tornillito inoxidable» del Presidente Mao, se le utilizó para derrocar los órganos de poder legítimamente constituidos y destruir los organismos del Partido de la clase obrera china. El nuevo Partido y los nuevos órganos de poder fueron hechura de este maoizado EPL.

El Partido del proletariado debe edificarse sobre la base del principio del centralismo democrático. Todos sus organismos, desde las células hasta el Comité Central deben someterse a una sola disciplina y seguir una sola línea política. Esta es una cuestión fundamental en los partidos proletarios, construidos de acuerdo al leninismo. Lenin ha enseñado que «cualquier miembro del Partido asume responsabilidades iguales en la lucha revolucionaria, como una sola organización, como un todo único». Para el maoísmo este principio no tiene vigencia; por eso entregó a las organizaciones del PCCh a la furia de anarquistas y desclasados, dirigidos por gamberros anticomunistas.

En oposición abierta al leninismo, al maoísmo establece que las bases del Partido no deben aceptar ni acatar directivas de los organismos superiores si las consideran erróneas: «Las directivas erróneas deben rechazarse. La observancia de la disciplina y la subordinación a la mayoría, a los órganos superiores y al Comité Central aunque sus decisiones sean injustas, equivale a caer en el servilismo y supeditarse a la disciplina burguesa».

Esta es una total revisión de la doctrina marxista leninista acerca del Partido de la clase obrera y una ruptura completa con el VIII Congreso del mismo PCCh, que pretende fundamentarse con la falacia de que, en última instancia, el marxismo se reduce a la siguiente verdad: «la rebelión se justifica».

No tiene nada de causal que la realización del XI Congreso del PCCh haya coincidido con la visita del Secretario de Estado norteamericano, Cyrus Vance, a Pekín. Este, a su retorno a EE. UU. ha manifestado que sus conversaciones con los dirigentes chinos han sido «útiles y provechosas». La prensa burguesa comentando esta visita ha escrito: «El Secretario de Estado norteamericano arriba a Pekín en momentos en que el XI Congreso del Partido Comunista Chino da los últimos hilvanes a la orientación definitiva de la política post Mao que coloca a las Fuerzas Armadas en una situación privilegiada en el poder» (103).

Los días que precedieron a la llegada de Cyrus Vance a Pekín fueron aprovechados por los medios de comunicación chinos para extremar con frenesí sus ataques y acusaciones contra lo que denominan «el socialimperialismo».

En el Congreso post Mao del PCCh, los dirigentes chinos se han propuesto sacar ventaja del distanciamiento que se ha producido entre Washington y Moscú, como consecuencia de la política demagógica de Carter en «favor de los derechos huma-

nos», y de la justa protesta y condena del gobierno soviético contra la proyectada bomba de neutrones, con cuya fabricación estaría de acuerdo el Presidente norteamericano, no precisamente para defender los «derechos humanos».
Las palabras de Hua Kuo feng en el XI Congreso del PCCh: «hay que estimular las investigaciones científicas y tecnológicas para aumentar la fabricación de armamentos», constituyen una advertencia muy seria. Pekín busca el apoyo del imperialismo norteamericano para modernizar sus fuerzas armadas y ponerlas al nivel de las que tienen las «superpotencias».
Cumplidos sus objetivos armamentistas, es posible que los dirigentes chinos no esperen a que «las superpotencias» se destruyan ellas mismas, ni se limite a agredir «cartográficamente» a sus vecinos y organizar ataques sorpresivos a sus guardias fronterizos. Ahora resulta claro que Pekín busca la alianza del imperialismo yanqui para lanzarse a una guerra de rapiña contra la Unión Soviética y la Comunidad Socialista. Su agresión cobarde a Vietnam es el comienzo.
Las fuerzas de la paz, la democracia, la liberación nacional y el socialismo, deben tener presente que los EE. UU. nunca han perdido la esperanza de que la RPCh sea su fiel aliado en su enfrentamiento contra el campo socialista.
La visita que a comienzos del presente año ha realizado el Viceprimer ministro chino, Teng Hsia Ping a los EE.UU., constituye una confirmación plena de lo manifestado en mayo de 1978 por Richard Salomón, ayudante de Brzezinki: «China se ha convertido —escribió en el Foreing Affairs— en un aliado de los EE. UU. La dirigencia de Pekín favorece el fortalecimiento de la OTAN y ha ofrecido respaldo a la diplomacia norteamericana en problemas que van desde el Medio Oriente hasta el Asia Septentrional».
Esta alianza tiene lejanos antecedentes. Los flirteos chinos con el imperialismo norteamericano comenzaron en los años 30, y desde 1942 Yenán, sede del C.C. del PCCh en ese entonces, recibió cordialmente a observadores militares yanquis. Estos fueron informados por Mao Tze Dong de las intenciones de los comunistas chinos de colaborar con EE. UU. e Inglaterra durante la guerra y después de ella. La respuesta de Washington fue terminante: esa colaboración debía tener como precio la ruptura del PCCh con la URSS y la Internacional Comunista. Accediendo a estas exigencias, Mao, emprendió su cada vez más conocida «larga marcha» de traición al marxismo leninismo y al internacionalismo proletario. So capa de «chinizar el marxismo» rompió con la doctrina científica de Marx y Lenin, y llevando adelante sus campañas de «rectificación del estilo» se deshizo de los cuadros con formación revolucionaria proletaria internacionalista.
Como emisario de Pekín en los EE.UU., Teng Hsiao Ping, ha jugado un sucio papel

de provocador. Agitando como bandera la llamada «lucha contra el hegemonismo», ha exigido el fin de la distensión internacional; la prosecución de la carrera armamentista y la formación de un bloque mundial contra la Comunidad socialista. Nadie que esté en su sano juicio podrá negar que conducta tan aventurera e irresponsable equivale a arrojar al tacho de basura los intereses fundamentales de los pueblos de todo el mundo, incluido, en primer lugar, el propio pueblo chino. No cabe ninguna duda de que ha sido en Washington que Teng Hsiao ping planeó con sus anfitriones la infame agresión de la soldadesca china a Vietnam socialista.

CAPÍTULO V

EL «PENSAMIENTO FILOSOFICO DE MAO TSE TUNG»

Con el nombre de «Pensamiento Filosófico de Mao Tze Dong», Pekín divulga cuestiones elementales de filosofía marxista «chinizada», utilizando como textos de estudio y consulta las «4 tesis filosóficas de Mao»: «Sobre la Práctica», «En torno a la contradicción», «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo» y «De donde provienen las ideas correctas». Las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin no son mencionadas de hecho están proscritas.

Los expositores del pensamiento filosófico de Mao, afirman que el marxismo entró en su tercera etapa de desarrollo a partir de 1935, año en que «el Presidente Mao asume la gran tarea histórica de impulsar el desarrollo de la teoría de Marx y Lenin hasta elevarla a su cúspide: el Pensamiento Mao Tze Dong». El finado y otrora «íntimo camarada de armas del Presidente Mao», Lin Piao, se encargó de definir este Pensamiento en la forma siguiente: «El Pensamiento de Mao Tze Dong es el marxismo leninismo de la época del hundimiento general del imperialismo y el triunfo del socialismo en todo el mundo». Dijo también, en su Informe al IX Congreso del PCCh: « ... el Presidente Mao ha elaborado de manera completa la doctrina sobre las contradicciones, las clases y la lucha de clases en las condiciones de la dictadura del proletariado, la doctrina sobre los dos tipos de contradicciones, desiguales por su carácter, en la sociedad socialista: las contradicciones entre nosotros y nuestros enemigos y las contradicciones en el seno del pueblo. . .» (104). No todos los dirigentes del PCCh estuvieron de acuerdo con esta forma de valorar la obra teórica de Mao. Las publicaciones hechas por los «guardias rojos» en 1967

con el título de «Cien manifestaciones de Liu Shao-chi contra el pensamiento de Mao Tze Dong», son una prueba de que hubo quienes se opusieron a que se suplantara el marxismo leninismo con las «ideas de Mao Tze Dong». Liu Shao-chi se atrevió a escribir lo siguiente: «El marxismo es por su esencia la doctrina más rica de la historia mundial, con cuya ayuda se pueden resolver cualesquiera grandes problemas de principio». Escribió también: "Muchos problemas ya habían sido resueltos hacía tiempo por Lenin, pero como no habíamos leído «Dos Tácticas» ... la victoria de la revolución china se retrasó en veinte años. Si en los años 20 todo el Partido hubiera estudiado «Dos Tácticas»..., hubiese sido posible evitar la derrota de la revolución en 1927" (105).

El de Liu Shao chi no es un caso aislado. En realidad todos los cuadros con formación marxista-leninista e internacionalista se opusieron a la maoización del PCCh; pero esta actitud les costó su depuración y eliminación. Pen Te juai, por ejemplo, calificó el «Pensamiento de Mao Tze Dong» de «primitivo y metafísico». En las décadas del 20 y 30, Tu Chiu po, Wang Ming, Bo Gu y otros advirtieron que Mao Tze Dong «no comprendía el marxismo leninismo» y que sus «ideas» pecaban de «estrecho empirismo».

En plena campaña de maoización, Yang Shang Kun, miembro suplente del Secretariado del C.C. del PCCh, se atrevió a decir lo siguiente: «Tal cosa es una victoria del Pensamiento de Mao Tze Dong y cual cosa es un triunfo del Pensamiento de Mao Tze Dong. Si se gana el tenis de mesa también es una victoria de su pensamiento. ¿Y qué haremos si se pierde?».

La «revolución cultural» se encargó de eliminar a todos los que no estaban de acuerdo con que el «Pensamiento de Mao Tze Dong» es la cúspide del marxismo leninismo. El PCCh fue reconstruido sólo con los que hicieron suya la promesa de los «guardias rojos»: «Nosotros jóvenes soldados rojos del presidente Mao ... lograremos que el cielo sea el cielo de Mao Tze Dong, que la tierra sea la tierra de Mao Tze Dong, que el hombre sea el hombre pertrechado con el pensamiento de Mao Tze Dong. Nosotros izaremos sobre todo el orbe la gran bandera roja del pensamiento de Mao Tze Dong». En el país, los grupos maoístas han hecho declaraciones parecidas: «Si estamos pertrechados y hemos asimilado el marxismo leninismo, el PENSAMÍENTO de MAO TSE TUNG, indudablemente nos sacrificaremos en aras de la revolución, y echaremos por la borda la filosofía de la supervivencia».

Examinemos, pues, brevemente los aspectos fundamentales del «Pensamiento Mao Tze Dong» a la luz del marxismo leninismo.

EL ÍDEALÍSMO FÍLOSOFÍCO DE MAO TSE TUNG

No se puede negar que en sus escritos de carácter filosófico, Mao, acepta formalmente que el mundo objetivo, el ser, precede a la conciencia, al pensamiento. Dice por ejemplo: «Innumerables fenómenos de la realidad objetiva se reflejan en los cerebros de los hombres por medio de los órganos de sus cinco sentidos ...» (106). Sin embargo, esto no es lo fundamental. Se puede aceptar de palabra muchas tesis del marxismo leninismo y en la práctica actuar en forma opuesta, enfocar los problemas desde posiciones ajenas al materialismo filosófico marxista. Lo que interesa, entonces, es examinar los planteamientos políticos, las directivas elaboradas por la dirigencia china de acuerdo al «pensamiento de Mao Tze Dong».

En todas sus campañas, pero en forma más patética en la «revolución cultural», los maoístas chinos han tratado de modificar la realidad objetiva maoizando al pueblo, inculcando en las cabezas de las gentes las «ideas de Mao Tze Dong», resumidas en el «libro rojo» preparado por Lin Piao, quien llegó a afirmar que el indicado «breviario» había pertrechado a obreros, campesinos y soldados con una «bomba atómica espiritual».

Todos los males existentes en la RPCh son atribuidos a que el «pensamiento de Mao Tze Dong» no ha sido suficientemente estudiado y divulgado. No hay necesidad, por tanto, de estudiar y conocer los problemas reales y concretos de la edificación del socialismo, las relaciones de producción y el estado de desarrollo de las fuerzas productivas en China. Todo, absolutamente todo, depende de si se tiene o no en la conciencia, la «bomba atómica espiritual»: el «pensamiento de Mao Tze Dong».

Los doctrinarios maoístas han «descubierto» que la sociedad china no puede avanzar en su desarrollo si subsisten los 4 viejos: viejas ideas, viejas tradiciones, vieja cultura, viejas costumbres, Hay que eliminar, según ellos, estos 4 viejos para cambiar la sociedad china, hacerla socialista. En otras palabras, primero hay que cambiar la conciencia de las gentes para que pueda cambiar la sociedad. Nadie que conozca el a be ce del materialismo dialéctico y el materialismo histórico podrá negar que esta forma de plantear las cosas es propia del idealismo filosófico.

En los escritos de Mao Tze Dong se encuentran con frecuencia postulados que corresponden al modo de pensar del idealismo. Sus comentarios y anotaciones a los «Problemas económicos del socialismo en la URSS» de Stalin, y al Manual de Economía Política de la Academia de Ciencias de la URSS, son claros al respecto. Considera unilateral y erróneo admitir la existencia de leyes económicas objetivas, independientes de la voluntad de los hombres. Cuando Stalin escribe: «algunos camaradas niegan el carácter objetivo de las leyes de la ciencia, principalmente

de las leyes de la Economía Política en el socialismo. Niegan que las leyes de la Economía Política reflejan el carácter regular de procesos que se operan independientemente de la voluntad de los hombres» (107), Mao exclama: «Stalin habla únicamente de economía, no aborda la política ... No habla del papel del hombre ni de los trabajadores…» (108).

Es imposible que Mao no haya leído, en la citada obra de Stalin, un párrafo claro y contundente sobre el rol del hombre frente a las leyes económicas: «Los hombres pueden descubrir estas leyes, llegar a conocerlas, estudiarlas, tomarlas en consideración al actuar y aprovecharlas en interés de la sociedad; pero no pueden modificarlas ni abolirlas. Y aún menos pueden formar o crear nuevas leyes de la ciencia» (109).

Para Mao lo fundamental es la «política», «el movimiento comunista», pero a espaldas de las leyes económicas, sin partir de la economía. Por eso, gira en torno al rol del pueblo sin tener en cuenta la existencia objetiva de las leyes económicas y la necesidad de conocerlas y aprovecharlas. «Los soviéticos —dice Mao— no se interesan más que en las relaciones de producción. Ignoran la superestructura, la política y el papel del pueblo. ES IMPOSIBLE PASAR AL COMUNISMO SI NO HAY MOVIMIENTO COMUNISTA» (110).

En el fondo, Mao cree en la misteriosa «voluntad del pueblo», sostenida y defendida por todos los ideólogos del radicalismo pequeño burgués, que tratan lo posible como real y creen en la existencia de lo que desean. De acuerdo a la tesis de Mao de que lo principal es la política y el «movimiento comunista», Pekín impulsó —como se ha visto— una serie de campañas para llegar rápidamente a la sociedad sin clases, con la seguridad de que el comunismo se encontraba a la vuelta de la esquina. Todo dependía de organizar y educar a los hombres poniendo «al mando la política». Las leyes económicas había que dejarlas para el «metafísico Stalin» y los «revisionistas soviéticos». Ya nos hemos ocupado de las consecuencias desastrosas de todas estas campañas en la edificación del socialismo en China.

Hace mucho tiempo que el marxismo ha demostrado que no existe contradicción alguna entre el reconocimiento de la existencia de leyes objetivas en la sociedad, y la aceptación de la importancia de la acción del hombre en el proceso histórico. Los movimientos políticos sólo pueden ser fructíferos y fecundos a condición de que no contradigan las leyes histórico sociales. En otras palabras, a condición de que no se opongan al sentido en que marcha el desarrollo social.

Las críticas de Mao Tze Dong a Stalin, nos hacen recordar las conocidas críticas de los sociólogos burgueses al marxismo leninismo. Con aires de profunda sabiduría, afirman que existe una «insalvable contradicción» cuando se admite que el

socialismo surge por la acción de leyes objetivas, y al mismo tiempo se organiza el Partido que debe hacer la revolución socialista. En realidad esta contradicción «insalvable» sólo existe en la cabeza de los críticos del marxismo-leninismo. No es difícil admitir que cuanto más comprenden las masas populares el carácter inevitable de la revolución, tanto más organizada y enérgicamente luchan por su triunfo. La historia la hacen los hombres, y cuando actúan con conocimiento de las leyes sociales, el transcurrir espontaneo de los acontecimientos o la «necesidad ciega» se convierte en «necesidad conocida», en libertad. «La libertad no, pues, en una soñada independencia de las leyes naturales, sino en la conciencia de estas leyes y en la posibilidad que lleva aparejada de proyectarlas racionalmente sobre determinados fines. Y esto rige no sólo con las leyes de la naturaleza exterior, sino también con las que presiden la existencia corporal y espiritual del hombre; dos clases de leyes que podremos separar a lo sumo en la idea, pero que son totalmente inseparables en la realidad» (111).

El maoísmo, en sus campañas sueña precisamente con una «independencia» de las leyes económicas, ubicándose de este modo en una posición filosófica idealista.

Es posible que algunos pretendan que tergiversamos e interpretamos mal a Mao Tze Dong; pero esto no es cierto. El idealismo de Mao se presenta igualmente definido en otros importantes problemas. Según él, en el modo de producción socialista son las relaciones de producción y no las fuerzas productivas las que desempeñan el papel principal y determinante. Es bien conocida la condena frenética de la dirigencia china a la creación de la base material y técnica del comunismo en la URSS. Según dicen, esto no es otra cosa que la aplicación de la teoría «revisionista del desarrollo de las fuerzas productivas».

El materialismo histórico, enseña que el estado de las fuerzas productivas pone de manifiesto el grado de dominio a que ha llegado el hombre sobre la naturaleza. Los cambios que se operan en la economía y en la sociedad, en última instancia tienen origen en los cambios y desarrollo de las fuerzas productivas, principalmente los que se refieren a los instrumentos de producción. Las relaciones de producción, las relaciones económicas entre los hombres dependen, pues, de los cambios y desarrollo que se producen en las fuerzas productivas. Esto no significa que las relaciones de producción no actúen a su vez, estimulando o deteniendo el desarrollo de las fuerzas productivas.

Para defender su errónea tesis que prioriza las relaciones de producción frente a las fuerzas productivas, el maoísmo falsifica a Stalin, atribuyéndole una supuesta oposición contra quienes propugnaban el desarrollo preferente de las fuerzas pro-

ductivas en la sociedad soviética. Según dicen, «Stalin no polemizó al azar contra esa tesis» (112). La verdad, sin embargo, es otra. «Para preparar el paso real y no declarativo —dice Stalin— al comunismo, es necesario cumplir, por lo menos, tres condiciones fundamentales: 1) Es indispensable en primer término asegurar de verdad, no una mítica «organización racional» de las fuerzas productivas, sino el incremento constante de toda la producción social y preferentemente el de la producción de los medios de producción. El que se dé preferencia al incremento de la producción de medios de producción, no sólo es necesario porque esta producción debe asegurar las máquinas necesarias, tanto a sus propias empresas como a las empresas de todas las demás ramas de la economía nacional, sino porque sin ella no es posible, en absoluto, llevar a cabo la reproducción ampliada» (113). Lenin ya señaló que sin sobrepasar el nivel de producción alcanzado por el capitalismo no es posible llegar al comunismo. «De aquí se deriva lo demás, incluidos los reajustes en las relaciones de producción».

Siempre en posición filosófica idealista, Mao, refiriéndose al Manual de Economía Política de la Academia de Ciencias de la URSS, anota lo siguiente: «Repetidas veces el Manual destaca el papel desempeñado por las máquinas en la transformación socialista. ¿Pero cómo pueden marchar bien las cosas si no se educa la conciencia política de los campesinos, si no se transforma la ideología de los hombres y si no se tienen otro apoyo que no sean las máquinas?» (114).

En primer lugar, separar al hombre de la máquina, enfrentarlo a ella como cosa ajena y opuesta a él, es un absurdo. Las máquinas son creación del hombre, y en la medida que ellas cambian y se perfeccionan, los conocimientos del hombre, su técnica, su práctica son más completos, más elevados; aumenta la experiencia del hombre y se incrementa su productividad. Pero además, y esto es lo fundamental, las máquinas, es decir los instrumentos de producción, que constituyen la parte más dinámica de las fuerzas productivas, forman junto con las relaciones de producción el modo de producción, el ser social. Entre ser social y conciencia social lo primero es el ser social, por ser la fuente de la que emanan las ideas sociales y las concepciones políticas. Esta cuestión que es esencial para distinguir a un materialista de un idealista en el campo de la filosofía, Mao la plantea como un idealista: primero es la educación, la conciencia política, la ideología, después está la economía, el ser social en general.

Si se tiene en cuenta los objetivos que han perseguido todos los «movimientos» maoístas, pero en forma especial la «revolución cultural», se descubre una posición idealista de Mao Tze Dong en todas sus concepciones sobre la edificación del socialismo. En este sentido podemos afirmar que es un idealista consecuente.

Los constantes fracasos del maoísmo en la edificación del socialismo, se explican porque niega la prioridad del ser social, de las condiciones materiales de existencia, y el carácter derivado de las concepciones sociales, de la política. En postura típicamente idealista, el maoísmo lleva adelante sus objetivos sobre la base de planes y proyectos desligados de la vida material de la sociedad. De aquí provienen sus fiascos, sus bandazos y su frustración permanente, causas de una interminable lucha interna en el PCCh.

Las teorías de Mao sobre la «política al mando»; las relaciones de producción antes que las fuerzas productivas ; el hombre antes que las cosas; los movimientos políticos antes que las leyes económicas, y otras, examinadas a la luz del marxismo leninismo son extrañas al materialismo filosófico. No en vano han dicho los glosadores de los escritos de Mao que éste ha hecho «una gran aportación a la teoría de la actividad subjetiva».

El año de 1965, el órgano de la Sección de Ciencias Filosóficas y Sociales de la Academia de Ciencias de la RPCh, publicó un artículo en el que decía lo siguiente: «Los instrumentos de trabajo en la producción, los objetos de trabajo, las armas en la guerra, etc., aunque tienen importancia, aunque son sin duda factores bastante importantes en la producción y en la guerra, en comparación con el hombre, sin embargo, ocupan un lugar secundario. No importa donde —en la lucha de producción o en la lucha de clases— el factor que juega el papel determinante es el hombre y no el objeto» (115). La causa está, según los autores, en que el hombre domina la actividad subjetiva, mientras que las cosas y los objetos son pasivos.

El maoísmo falsea la relación sujeto-objeto, y resucita las formas más burdas del idealismo. Nadie ignora que, siendo una fuerza activa en la relación sujeto-objeto, las facultades del hombre no pueden dejar de depender, en los hechos, del objeto, del mundo material, puesto que es de éste que parten los límites y las causas o motivos de su actividad. La acción del hombre está condicionada al conocimiento que tenga de las leyes que rigen el mundo de los objetos. Pensar que por haberse llegado al socialismo la relación sujeto-objeto cambia, es un craso error. Lo único que puede admitirse es que el rol activo del sujeto aumenta por su conocimiento y dominio de las leyes que rigen el desarrollo social.

Sobran razones para afirmar que Mao y los maoístas, de palabra reconocen la prioridad de la materia y el carácter derivado del espíritu. Toda su actividad práctica demuestra que ellos parten de las ideas, del espíritu, otorgándoles prioridad en la relación pensamiento-materia. Son, pues idealistas, y nada tienen que hacer con el materialismo dialéctico y el materialismo histórico.

El planteamiento maoísta de la relación entre el hombre y las cosas, no tiene en

cuenta la práctica social, siendo imposible por tanto que pueda admitir la unidad de sujeto y objeto. Pero en la vida real esa unidad se produce a través de la producción material. Las máquinas, las herramientas, etc., son en buena cuenta acción subjetiva del hombre cristalizada; concentran la práctica social de muchas generaciones. Los teóricos maoístas las presentan en su realidad objetiva externa, sin vinculación con el hombre, extrañas a su conocimiento.

En cualquier objeto producido por el hombre se encarnan siglos de práctica y de conocimientos sociales. Las máquinas que los doctrinarios maoístas oponen al hombre, son expresión de un nivel elevado de la actividad productiva de éste. En el proceso de producción, la acción humana se transforma en objeto. Marx ha demostrado que el trabajo está cambiando constantemente, de forma de acción a forma de ser. Y esto significa que en el proceso productivo la acción subjetiva penetra en el objeto, entra en unidad con él en virtud del trabajo.

Los objetos materiales cambian de forma en la práctica social. Dejan de ser objetos externos de la naturaleza, independientes del quehacer humano; se convierten en objetos cosas, artículos sociales ligados íntimamente a todo el conjunto de la práctica social. El trabajo, la producción, hacen de un objeto material un objeto social, y la acción subjetiva de los hombres se torna objetiva. La unidad de sujeto y objeto queda realizada en la práctica social.

Es así como resuelve el materialismo dialéctico el problema de la relación sujeto objeto, pensamiento materia. El maoísmo diverge de esta solución; es incompatible con ella.

LA DÍALECTÍCA MAOÍSTA

Según los propagandistas del maoísmo, el «magno aporte de Mao Tze Dong a la filosofía del marxismo leninismo es haber desarrollado la ley de la unidad y la lucha de los contrarios, haber demostrado que es la ley fundamental del universo». A Mao le atribuyen el gran mérito de haber revelado que la ley de la unidad y lucha de contrarios «es la ley esencial de la dialéctica».

Fue Lenin quien definió a la ley de la contradicción como el meollo, la esencia de la dialéctica: «El desdoblamiento de la unidad y el conocimiento de sus partes contradictorias... es la esencia (uno de los aspectos esenciales del ser, su fundamental, sino la característica fundamental) de la dialéctica» (116). Pero el reconocimiento de que la contradicción constituye la fuerza motriz del desarrollo, es un principio de la filosofía marxista desde los tiempos de sus fundadores, Marx y Engels.

En los trabajos filosóficos de Mao Tze Dong se encuentran planteamientos correc-

tos y también tergiversaciones y deformaciones de la dialéctica materialista. Lo correcto está constituido por la repetición de tesis archiconocidas de la filosofía marxista que, por lo mismo, no pueden considerarse aportes de Mao. Es cierto que propone algunas cosas nuevas, pero son tergiversaciones, falsificaciones de la dialéctica materialista. Esto puede comprobarse examinando algunos pasajes de sus trabajos de carácter filosófico. Considerada en forma global, la dialéctica de Mao Tze Dong es una continuación de la dialéctica primitiva, ingenua, de los filósofos chinos de la Antigüedad, con algunos ingredientes, sobre todo en el aspecto de la terminología que ha tomado de la dialéctica materialista.

La simple comprensión de los fenómenos contradictorios en la naturaleza y en la sociedad, ya era cosa corriente y bien entendida por los pensadores de la Antigüedad. Más tarde, la concepción de la lucha de los principios contradictorios, se extendió a la esfera de las relaciones sociales, habiéndose llegado a la conclusión de que la lucha de clases es fuente y motor del desarrollo social. Con Hegel se da un enorme paso en la creación de una representación íntegra de las leyes del movimiento en el mundo. Pero es la dialéctica materialista la que constituye una doctrina fundamentalmente nueva, un sistema global de todas las leyes que rigen el mundo, la sociedad y el pensamiento.

Mao Tze Dong confunde la ley de la unidad y lucha de contrarios, con la simple comprensión de los fenómenos contradictorios en la naturaleza y en la sociedad; comprensión que era característica en los antiguos pensadores. Pero atenerse a los contrarios, sin hacer un análisis del desarrollo, ni tener en cuenta la ley de la negación de la negación, es vulgarizar la ley de la contradicción.

Mao ha heredado íntegramente la dialéctica esquemática de los filósofos chinos del pasado. Estos no reconocen la interconexión de los aspectos contradictorios existentes en el mundo; los contrarios se presentan incomunicados, aislados, actuando separadamente. El paso de un contrario al otro, no es algo vivo, expresión de un proceso dialéctico interno, sino un intercambio mecánico de lugar. En esta dialéctica no cabe el reconocimiento de que la lucha de contrarios lleva, en fin de cuentas, al surgimiento de una nueva contradicción; que la unidad de contrarios es sustituida por una nueva unidad de contrarios. No hay, pues, un simple cambio de lugar de los contrarios sino la aparición de algo nuevo, un cambio cualitativo.

Según Mao Tze Dong «Lo vivo siempre aparece de lo muerto. El hijo se convierte en padre, y éste en hijo: la mujer se transforma en hombre y éste en mujer... Las transformaciones recíprocas de opresores y oprimidos componen las relaciones entre la burguesía y los terratenientes, de un lado, y los obreros y campesinos, de otro». Y agrega : «Esto significa que cada uno de los aspectos opuestos dentro de

una cosa tiende, de acuerdo a condiciones determinadas, a transformarse en el otro, a tornar la posición que ocupa el aspecto opuesto». Dice también: «Obsérvese cómo a través de la revolución, el proletariado de clase dominada se transforma en clase dominadora, en tanto que la burguesía, hasta entonces dominadora se transforma en dominada. OCUPANDO EL LUGAR DE SU OPUESTO» (117).

Esta concepción mecanicista sobre la conversión de un contrario en su opuesto, lleva a Mao a presentarnos un proletariado convertido en burguesía y ésta convertida en proletariado, como consecuencia de la revolución. De este modo queda descartado el desarrollo, el movimiento en espiral, la progresión. En la sociedad no se produce un cambio cualitativo, la muerte de un sistema y la aparición de uno nuevo.

No es verdad que el proletariado se convierta en burguesía y ésta en proletariado. La lucha de clases, expresión de la contradicción entre las dos clases, conduce a la sustitución del capitalismo por el socialismo. Y esto significa una ruptura de la relación de contrarios proletariado burguesía, y la aparición de un sistema social nuevo, con nuevos contrarios. No estamos por tanto frente a un simple cambio de lugar de contrarios, sino ante un auténtico cambio cualitativo que lleva a la desaparición de estas clases.

En la dialéctica de Mao, no hay lugar para la comprensión de que las contradicciones interiores de cada proceso son cualitativamente distintas a las que se dan en otros procesos. La contradicción básica del capitalismo, por ejemplo, no cambia con el triunfo de la revolución; sólo se invierten los papeles, los dominantes se convierten en dominados y viceversa. El propio Partido de la clase obrera se convierte en nido de «seguidores del camino capitalista»; la lucha de clases sigue desarrollándose igual en el socialismo que el capitalismo. El socialismo no es un nuevo proceso, cualitativamente distinto, con contradicciones básicas distintas, de las que se desprenden métodos distintos para resolverlas. Quien quiera resolver esas contradicciones mediante la industrialización, la colectivización de la agricultura y otras medidas semejantes, es sencillamente un «revisionista», renegado de la lucha de clases.

No tiene nada de casual la situación reinante en China. Su inestabilidad, la agudización de sus conflictos, son en gran medida producto de la aplicación, por la dirigencia pekinesa, de la dialéctica maoísta.

Pese a que Mao habla de la interpenetración de los contrarios, en realidad presenta la contradicción como una contraposición de opuestos, exteriores el uno al otro, en tal forma que es imposible explicar el automovimiento. «Sin arriba no habría abajo, sin abajo tampoco habría arriba. Sin desgracia no habría felicidad, sin feli-

cidad tampoco habría desgracia. Sin facilidad no habría dificultad, sin dificultad tampoco habría facilidad. Sin terratenientes no habría campesinos arrendatarios, sin campesinos arrendatarios tampoco habría terratenientes». (118).

La dialéctica materialista descubre las contradicciones internas de las cosas y los fenómenos; muestra el proceso real de desarrollo y analiza el automovimiento. Pero contrarios exteriores el uno al otro, como arriba y abajo, felicidad y desgracia, etc., es imposible que nos puedan ilustrar sobre los complejos procesos de transformación en la naturaleza y la sociedad. De lo que se trata es de descubrir los contrarios concretos dentro de un mismo fenómeno o proceso.

A propósito de los ejemplos de contrarios anotados por Mao, cabe recordar que Engels advirtió que podemos encontrarnos con propiedades diferentes de las cosas y hasta contradictorias, pero que no albergan una verdadera contradicción, si es que vemos y enfocamos «las cosas dinámicamente, viéndolas moverse, transformarse, vivir, influirse mutuamente».

Contrarios que no se interpenetran vivamente y que en determinado momento solo cambian de lugar; no automovimiento y desarrollo en espiral sino desplazamiento en círculo cerrado: esto es lo que se desprende la dialéctica de Mao.

Según los propagandistas de las «ideas de Mao Tze Dong», el líder chino ha planteado por primera vez el problema de «la contradicción principal» y el «aspecto principal de la contradicción» en las cosas y los fenómenos. La verdad es otra, sin embargo. Desde los fundadores del marxismo leninismo se ha destacado que en cada fenómeno y cosa hay un conjunto de contradicciones y que una de ellas es la principal y las otras subalternas. Para comprender un proceso, para conocer la causa de su automovimiento es necesario descubrir, en el conjunto de esas contradicciones, la contradicción básica que determina el desarrollo del fenómeno.

Es la contradicción básica la que determina las demás contradicciones y el mismo desarrollo de un proceso. Los clásicos del marxismo leninismo consideraron siempre la suma de contradicciones contenidas en el desarrollo social, señalando la contradicción básica, fundamental: la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción que, según Engels «es también aquella contradicción básica que incluye todas aquellas contradicciones que rodean a la sociedad moderna y que son especialmente evidentes en la industria pesada».

En lo que se refiere a la distinción que debe establecerse entre los dos aspectos de la contradicción, es decir, entre los contrarios, es también necesario poner al desnudo las jactancias de los maoístas.

«Proletariado y riqueza —ha dicho Marx— son términos antagónicos. Forman en cuanto tales un todo. Ambos son modalidades del mundo de la propiedad pri-

vada. De lo que se trata es de la posición determinada que uno y otra ocupan en la antitésis. No BASTA CON DECIR QUE SE TRATA DE LOS DOS LADOS DE UN TODO... «DENTRO DE ESTA ANTÍTESÍS EL PROPÍETARIO PRIVADO ES, POR TANTO, LA PARTE CONSERVADORA Y EL PROLETARIADO LA PARTE DESTRUCTIVA. DE AQUEL PARTE LA ACCION DEL MANTENÍMÍENTO DE LA ANTÍTESIS, DE ESTE LA ACCION DE SU DESTRUCCÍON» (119).

Como se ve, Marx, distingue los aspectos de la contradicción por el rol que juegan: el aspecto conservador se opone al cambio, defiende la antítesis; el aspecto revolucionario pugna por la transformación, el surgimiento de una nueva cualidad, la destrucción de la antítesis. Lo único que ha hecho Mao es meter confusión en este claro planteamiento marxista al denominar «principal» al lado conservador de la antítesis. Y así en la contradicción entre burguesía y proletariado, el aspecto principal lo constituye la burguesía por ser la «dominante».

LA CONCEPCÍON MAOÍSTA DE DESARROLLO

En la concepción mecanicista del maoísmo sobre la contradicción está implícita su particular modo de concebir el movimiento y el desarrollo.

Para la dialéctica materialista cualquier fenómeno constituye siempre una unidad de contrarios la atracción en unión de la repulsión, el equilibrio en unión del desequilibrio, etc. Mao Tze Dong, en cambio, concibe que el movimiento de todas las cosas pasa necesariamente por dos etapas distintas: «reposo relativo y mutación absoluta». En otras palabras, estos estados no se dan al mismo tiempo sino uno después del otro. Pero objetivamente los fenómenos y las cosas se encuentran al mismo tiempo en estado de equilibrio y desequilibrio. No hay un solo día en que el sistema capitalista (equilibrio) esté por encima de la lucha de clases (desequilibrio).

En su trabajo titulado «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo», Mao ha redondeado su concepción mecanicista del desarrollo. «En nuestro país —dice— se elabora cada año un plan económico, se establecen adecuadas proporciones entre la acumulación y el consumo a fin de lograr un equilibrio entre la producción y las necesidades de la sociedad. Lo que llamamos equilibrio es la unidad temporal y relativa de contrarios. Un año y después este equilibrio tomado en su conjunto es roto por la lucha de los contrarios, esa unidad cambia, el equilibrio se transforma en desequilibrio, la unidad deja de ser unidad, y al año siguiente tenemos que lograr el nuevo equilibrio y unidad. En ello radica la superioridad de nuestra economía planificada. En realidad, ese equilibrio y esa

unidad se alteran parcialmente, cada mes, cada trimestre, y esto hace necesario proceder a una regulación parcial. A veces debido a que la regulación subjetiva no corresponde a la realidad objetiva, surgen contradicciones y se rompe el equilibrio. Esto se llama cometer un error. Las contradicciones surgen y se resuelven de manera constante, pero eso es justamente la ley dialéctica del desarrollo de las cosas» (120).

De aquí se desprenden tres cuestiones radicalmente opuestas a la dialéctica materialista: a) el equilibrio se rompe a causa de la aparición de contradicciones; b) las contradicciones surgen por error, y c) el equilibrio sin contradicciones es lo normal, y el desequilibrio con sus contradicciones lo anormal e irregular. Todo esto equivale a negar el hecho real de que las cosas y los fenómenos se desarrollan, desde el principio hasta el fin, por medio de las contradicciones y la unidad de los contrarios.

Resulta evidente que para Mao Tze Dong, la contradicción no es inherente a un proceso desde el momento de su emergencia, sino en cierta fase de su desarrollo. Es aquí donde reside la semejanza de la dialéctica de Mao con la teoría mecanicista del equilibrio, que pasa por alto las contradicciones internas de los fenómenos y las cosas.

La teoría del equilibrio conduce, en la práctica, a dos extremos: a) a la reconciliación de los contrarios, base del oportunismo de derecha, y b) a la alteración del equilibrio desde afuera, mediante la acción exterior que, generalmente, toma forma explosiva y es base del oportunismo de «izquierda». Estos dos extremos pueden verificarse fácilmente en la experiencia china. La burguesía nacional, a la que se le considera parte del pueblo, es puesta junto al proletariado, en acto típico de reconciliación de contrarios que Mao llama «contradicciones en el seno del pueblo». De otro lado, el enfrentamiento del Partido a «las masas»; la utilización del Ejército y los «guardias rojos» para reconstituir el Partido son claro ejemplo de alteración del equilibrio mediante presión externa y en forma explosiva.

Los partidarios de la teoría mecanicista del equilibrio, sostienen que la dirección del movimiento de un fenómeno, está determinada pon el predominio cuantitativo de éste o aquél aspecto de la contradicción. Mao Tze Dong defiende igual punto de vista: «El desarrollo de los aspectos contradictorios —dice— en cualquier contradicción es siempre desigual. Algunas veces parece existir un equilibrio de fuerzas, pero eso es sólo temporal y relativo, mientras la desigualdad del desarrollo sigue siendo la forma fundamental ... En un proceso determinado o en una etapa determinada del desarrollo de una contradicción el aspecto principal es A y el aspecto secundario es B, pero en otra etapa o en otro proceso, los papeles se invierten;

este cambio está determinado por la extensión del crecimiento o disminución de la fuerza con que cada uno de los dos aspectos luchan contra el otro ...» (121).
La teoría del equilibrio no tiene en cuenta el papel determinante de las contradicciones internas, las conexiones indisolubles de los aspectos contradictorios, sus mutuas transiciones y su unidad. Considera que el movimiento de las cosas depende del predominio cuantitativo de uno de los aspectos en conflicto. En uno de sus últimos manuales de filosofía, los teóricos maoístas han expresado lo siguiente: "La teoría del equilibrio pasivo también es, en esencia, una especie de manifestación de la invariabilidad del mundo. Considera absoluto el equilibrio y niega el desequilibrio como necesidad intrínseca del propio movimiento de las cosas, estimando que tolo desequilibrio es un fenómeno anormal, negando LA LEY DEL DESARROLLO: EQUÍLÍBRÍO-DESEQUILÍBRÍO-EQUÍLÍBRIO" (122).
Las lucubraciones de Mao Tze Dong sobre la dialéctica, han servido para justificar una serie de errores y arbitrariedades de los dirigentes chinos. «En un caso — dice Mao— los contrarios existen en la sociedad desde sus albores, por ejemplo las «derechas» han existido siempre. El darles o no albedrío es una cuestión política. Nosotros les damos libre albedrío, les permitimos que expresen ampliamente su opinión, les abrimos las puertas para que se presenten como una parte contraria, para que los trabajadores polemicen con ellos y se alcen a la lucha y a la resistencia contra ellos A FIN DE LIQUÍDARLOS».
Esto no puede significar otra cosa que crear artificialmente conflictos y profundizar los que ya existe. Mao dice: «Somos optimistas y no tememos la escisión porque es un fenómeno natural». Tan «natural», que Pekín lo estimula en todas partes, con las consecuencias funestas que son bien conocidas.
El escisionismo armoniza con la revisión maoísta de la dialéctica materialista. La suplantación de las contradicciones antagónicas y no antagónicas, por las denominadas «contradicciones entre nosotros y nuestros enemigos», y «contradicciones en el seno del pueblo», conduce directamente a la escisión. Quien diverge de las «instrucciones del Presidente Mao» es necesariamente un enemigo y debe ser eliminado.
Como Haya de la Torre, Mao Tze Dong pretende aplicar la dialéctica al propio marxismo leninismo. La doctrina de Marx y Lenin, dice, debe engendrar necesariamente su contrario: el revisionismo, doctrina anticientífica. Este es un ejemplo de la forma mecánica de relacionar contrarios externos, tan peculiar en Mao Tze Dong. El revisionismo no es una teoría del marxismo leninismo y no puede admitirse que el desdoblamiento de éste de origen al reformismo. Cosa muy distinta es que el marxismo leninismo se desarrolle en lucha permanente contra toda clase de

desviaciones y tergiversaciones.

QUE ENTÍENDE POR PRACTÍCA EL MAOÍSMO

Se dice que Mao Tze Dong ha hecho un aporte decisivo a la teoría del conocimiento en sus opúsculos «Sobre la práctica» y «De donde vienen las ideas correctas». «El camarada Mao Tze Dong —dicen los filósofos oficiales de Pekín— ha resaltado siempre el valor de la práctica considerándola como la particularidad más viva de la filosofía marxista y tomándola como base, ha desarrollado en todos los terrenos una eficaz teoría revolucionaria de los reflejos, ha desarrollado el punto de vista marxista sobre la práctica, ha desarrollado la tesis acerca del papel de la práctica social en todo el proceso del conocimiento» (123).

Estas alabanzas, repetidas irresponsablemente en nuestro medio, especialmente en las esferas universitarias, nos plantean la tarea de examinar los «aportes» de Mao y señalar su verdadero carácter y alcances.

Antes de Marx el materialismo tenía un carácter contemplativo. Consideraba el problema del conocimiento sin conexión con la práctica histórico social. Le tocó a Marx explicar la experiencia sensorial y psíquica del hombre por la práctica social. Solo así se pudo entender el significativo de la experiencia humana y las acciones que de ella se derivan, por razones de época y diferencias de clase.

La práctica social emerge en forma definida en cada etapa del desarrollo histórico. La sociedad tribal, con su modo primitivo de producción, no pudo poseer la práctica social de la sociedad capitalista, por ejemplo. En la práctica social de este sistema se suman los anteriores desarrollos de la práctica histórico social. La cuestión del conocimiento y la experiencia, no pueden resolverse sino sobre la base de todas las prácticas sociales.

Cada clase social tiene su criterio de práctica, criterio que cambia de acuerdo a los cambios del rol histórico de la propia clase. En términos generales podemos afirmar que toda clase en ascenso, tiene en su práctica el criterio del conocimiento. Esto puede observarse en la etapa en que la burguesía lucha contra el feudalismo, época en que sus concepciones político-sociales son logros del conocimiento humano, pese a sus limitaciones de clase.

Hay, además, un aspecto sustancial en la teoría marxista leninista del conocimiento: la identidad de sujeto y objeto a la que ya nos hemos referido. Hemos dicho que en la práctica social, la acción subjetiva del hombre se hace objetiva y que, en esta forma se realiza la unidad de sujeto y objeto. Hemos visto que el maoísmo no plantea así la relación sujeto objeto. Afirma que por un lado están los hombres

activos y por otro los objetos pasivos. Es claro que plantear así esta cuestión significa desechar la práctica social del proceso del conocimiento.
La doctrina marxista leninista sobre la práctica social no niega la enorme importancia de los análisis teóricos y de las conclusiones lógicas. Puesto que la mente se ocupa de interpretar y trabajar sobre el mundo que refleja, es plenamente posible un desarrollo lógico de las ideas. Esto, por supuesto, no quiere decir que estas no deban ser puestas a prueba a través de la práctica social, aunque su desarrollo se haya producido sobre la base de una práctica social precedente. Esta es una cuestión bien clara para los marxistas leninistas: es el aspecto del progreso del conocimiento, que se basa en conocimientos acumulados, en la suma de experiencias de las prácticas sociales precedentes.
Es también en este sentido que la concepción de práctica social de Mao Tze Dong, se opone a la concepción del marxismo leninismo. Para la práctica maoísta solo vale la experiencia inmediata, personal o de pequeños grupos. Todas las teorías deben pasar de nuevo por todos los grados del conocimiento, y quien quiera saber algo de la guerra por ejemplo, debe «hacer la guerra».
En la «revolución cultural» el maoísmo estimuló hasta el delirio la divinización de su Jefe, y al mismo tiempo alzó la consigna de la lucha contra «el culto a los libros» y la liquidación de los «cuatro viejos», es decir, de toda la herencia cultural del pasado. Esta es una prueba de que, en los hechos, la teoría del conocimiento de Mao Tze Dong arroja al canasto la experiencia acumulada por las generaciones anteriores. ¡Sin destrucción completa, no es posible la construcción de lo nuevo!, han dicho los dirigentes chinos, rechazando la necesidad de tener en cuenta la práctica social precedente.
Pero Mao Tze Dong no sólo prescinde del carácter históricamente condicionado de la práctica social y sus diferencias, a través de las etapas de desarrollo de la sociedad humana. Tampoco tiene en cuenta el carácter de clase de la práctica social. Es conocida la frase de Mao: «Los países con un alto nivel científico y tecnológico se comportan con mucho orgullo. NOSOTROS SOMOS UNA HOJA DE PAPEL EN BLANCO, BUENA PARA ESCRIBÍR EN ELLA». Esto es desconocer que el pueblo chino está ligado a toda la práctica social acumulada por las generaciones precedentes, las mismas que han vivido en una sociedad de clases.
De acuerdo al materialismo dialéctico «la percepción directa de la realidad en una etapa dada del desarrollo social, por un miembro de una clase dada, se halla afectada por toda la experiencia pasada de la sociedad y de esa clase, en otras palabras no es meramente percepción sino apercepción» (124).
No existen, pues, pueblos que sean «hojas en blanco». El pueblo chino tiene una

rica tradición de lucha y ha acumulado una gran experiencia en la producción social. Un sector considerable del proletariado chino ha elevado su conciencia al nivel de la teoría científica del marxismo-leninismo.

Mao Tze Dong no se limita a restringir la práctica social a la experiencia individual, desligada de las clases sociales y de las experiencias acumuladas. Además, asume una posición nihilista frente a la práctica social del exterior.

El marxismo surgió como expresión teórica de toda la experiencia del movimiento obrero internacional, elaborada sobre la base de una profunda generalización de todas las corrientes del desarrollo histórico mundial y de las conquistas de la ciencia y la cultura humanas. Como conocimiento de la compleja realidad capitalista, incluye en sí el conocimiento del desarrollo de toda la historia anterior de la humanidad, haciendo generalizaciones tan amplias que traspasan las esferas de los grupos separados del proletariado y rebasan las fronteras de los países. Pero he aquí que Mao plantea que el marxismo leninismo, como toda «teoría extranjera», debe ser asimilado sólo en parte, debiendo lo demás seguir su curso normal, como cuando se ingiere alimentos. El «marxismo chinizado» fue elaborado en esta forma.

Siempre tergiversando la concepción marxista-leninista de práctica social y omitiendo su importancia en la teoría del conocimiento, el maoísmo pretende universalizar la experiencia china en la lucha revolucionaria, rechazando al mismo tiempo como «dogmatismo» el estudio y conocimiento de la experiencia soviética. Los dirigentes chinos no se han contentado con dar directivas a los grupos pekineses que actúan en Asia, África y la América Latina para que apliquen las «ideas de Mao Tze Dong» sobre la guerra popular, sino que han afirmado que estas ideas son también válidas para países como Francia, Alemania, etc. Y al enfocar globalmente las luchas de los pueblos del mundo, dicen que estas deben desarrollarse de modo que la aldea mundial cerque a la ciudad mundial.

Cabe preguntar, ¿a qué clase social pertenece la práctica de Mao Tze Dong? Un examen objetivo de su vida y obra lleva a la conclusión de que se trata de una práctica social perteneciente a la pequeña burguesía china. De aquí que no se encuentre, en todo lo que ha escrito, nada que pueda significar una generalización de la experiencia revolucionaria del movimiento obrero internacional ni del mismo proletariado chino. Mao, no reconoce el rol histórico universal de la clase obrera; sus referencias aisladas al papel dirigente de ésta son formales y tangenciales. Para él, son los campesinos los que constituyen la fuerza principal de la revolución, y solo en el campo y en contacto con los campesinos se puede adquirir conciencia revolucionaria.

Mao Tze Dong separa mecánicamente cada momento del conocimiento de la realidad, resultando cada uno de ellos una fase aislada. «Práctica —conocimiento— de nuevo práctica— de nuevo conocimiento; la repetición cíclica de esta forma —dice Mao— es infinita, con la particularidad de que el contenido de estos ciclos de práctica y conocimiento se eleva cada vez a un nivel más alto» (125).

Dos cuestiones igualmente falsas se derivan de este planteamiento: a) confunde la práctica con la experiencia como fuente de conocimiento; y b) la práctica queda despojada de su carácter fundamental, que le permite unificar y condicionar mutuamente los momentos percibidos y lógicos del pensamiento.

La misma experiencia sensorial es concebida por Mao en forma ajena al materialismo dialéctico. Para Mao sólo después de que se han acumulado abundantes datos sensoriales se produce un «salto» al conocimiento racional. El asunto, sin embargo, no es tan simple. El problema de la transición de la experiencia sensorial al conocimiento racional, es algo muy importante en la teoría marxista leninista del conocimiento. Engels en su crítica a la teoría kantiana-agnóstica de los jeroglíficos, indicó que el pensamiento está unido a nuestros ojos. Esto quiere decir que los órganos responsables de los datos sensoriales, descubren algo más de lo que puede ser captado por ellos solos. Las generalizaciones y conclusiones no surgen y se desarrollan partiendo únicamente de la relación externa del sujeto con los datos percibidos, sino en la medida que él domina esos datos con la posesión de la experiencia que, sobre determinado objeto, ya tiene acumulada la humanidad.

La más pequeña generalización mental significa actividad del hombre. No comprender esta cuestión lleva directamente a distorsionar la teoría leninista del reflejo. «La práctica del hombre repitiéndose millones de veces, se fortifica en la conciencia por las figuras de la lógica», dice Lenin. Y es ese hombre real, armado de conciencia fortificada con las figuras de la lógica, el que se convierte en el centro de un proceso activo que une indisolublemente la sensación y el pensamiento.

Cuando Mao Tze Dong separa rígidamente las etapas del conocimiento en práctica-conocimiento-práctica, se ubica en las posiciones del materialismo contemplativo, porque quita a la práctica su carácter de relación racional del hombre con el objeto; pone al hombre en una situación contemplativa, cuando en realidad confronta activamente el mundo objetivo.

Al confundir la práctica con la experiencia sensorial, Mao, no puede explicar la unicidad del pensamiento lógico en tanto que etapa superior del conocimiento que, dependiendo del conocimiento sensorial, lo contiene. De hecho el pensamiento lógico queda reducido al nivel de la experiencia sensible. Y así la conciencia humana es convertida en un espejo sin vida, donde se reflejan solo las cosas que

se encuentran frente a ella, siempre del mismo modo.
Aquí cabe hacer referencia a la separación y enfrentamiento que el maoísmo hace de máquinas y hombres. Esta es una cuestión que demuestra su incomprensión del mismo conocimiento sensorial. Es un hecho irrefutable que la actividad sensorial humana aumenta y se desarrolla con el perfeccionamiento de los instrumentos de producción y de los implementos técnicos. El estudio de los procesos objetivos y la transformación de la naturaleza son posibles con ayuda de ellos. En los hechos son una prolongación de los brazos, ojos, oídos, etc., del ser humano; son parte del hombre.
Instrumentos como el telescopio, el microscopio, los instrumentos de medida, y otros, enriquecen enormemente la percepción del mundo que nos rodea, dotándonos de una base de generalizaciones cada vez más amplia y profunda. En este sentido el desarrollo de la técnica y de los instrumentos de producción tiene una enorme importancia para el conocimiento y dominio del mundo material. Pero para la dirigencia pekinesa aceptar tal cosa significa «seguir el camino capitalista», y «dar prioridad a las cosas y a la técnica y no al hombre».
La experiencia sensorial se desarrolla y perfecciona. Los sentidos del hombre se perfeccionan en relación con el desarrollo de la práctica histórico social. Es imposible concebir un «hombre nuevo, producto de la sociedad socialista, con un nivel cultural primitivo, «pobre» y «desnudo», en el sentido que Mao da a estas palabras. Marx ha señalado el carácter histórico de los sentidos del hombre, haciendo referencia a la abismal diferencia que existe entre los sentidos de un salvaje y los de un hombre contemporáneo.
Quienes no han asimilado la técnica moderna ni producen los instrumentos de trabajo más avanzados, porque no les dan importancia so capa de que primero es el hombre y no las máquinas, no han comprendido el concepto marxista leninista de práctica social; tampoco han comprendido la importancia de esa técnica y de esos instrumentos en la experiencia sensorial, como momento del conocimiento y su trascendencia en las generalizaciones cada vez más amplias y profundas.
Para el marxismo leninismo, la práctica social no sólo es base del conocimiento sino también criterio de verdad, porque sólo ella puede confirmar o refutar las percepciones y representaciones del hombre. Así es como la dialéctica materialista concibe práctica social como criterio de verdad.
La comprensión de determinadas hipótesis o teorías en la práctica, no significa consagrarlas definitivamente como verdades absolutas. La doctrina de la verdad en el marxismo leninismo es basta rica y profunda. La práctica social que es dinámica y se enriquece constantemente, permite un constante avance de la ciencia,

mediante la sustitución de unas tesis científicas por otras. Se produce así el acercamiento de la verdad relativa a la verdad absoluta.

¿Cómo plantea esta cuestión, Mao Tze Dong? Refiriéndose a la aplicación de teorías, planes, resoluciones y orientaciones a la práctica dice: «Hablado en general, los que resulten bien son adecuados y los que resulten mal son erróneos ...» (129). Para el pragmatismo es cierto lo que es «útil»; y para Mao Tze Dong lo que es «adecuado». En ambos casos la verdad no es la realidad reflejada en nuestro pensamiento, sino lo que satisface a una persona o grupo de personas. Tanto lo «útil» como lo «adecuado» es lo que conviene en un momento dado, lo que expresa la voluntad, los deseos e intereses de las gentes. Si lo «útil» y «adecuado» constituyen verdad, ésta es creación del propio hombre, no tiene relación con el desarrollo objetivo del mundo material.

El pragmatismo fue el fundamento filosófico del fascismo, porque le permitió proclamar como verdad todo lo que convenía a sus objetivos reaccionarios y a sus métodos terroristas. Mientras la gente cree una cosa, ésta es cierta, dice el pragmatismo: Resulta, pues, que no existe otra verdad que la que es aceptada, que la que se admite porque sirve a fines determinados.

Pero cuando la verdad es aquello que tiene valor para el que conoce (lo adecuado), la misma mentira debe considerarse verdad mientras pueda ser creída. Todas las teorías pekinesas («los tres mundos», «el socialimperialismo», etc.) son «adecuadas» para la dirigencia china, pero en esencia no son otra cosa que mentiras repetidas machaconamente para que sean creídas.

Las teorías maoístas responden satisfactoriamente a los planes de Pekín; en este sentido son operantes. Pero esto no quiere decir que ellas representen la verdad. Muchas teorías falsas pueden operar durante un tiempo prolongado y sin embargo no son verdaderas. Ellas persisten por la propaganda; pero llega el momento en que son desbaratadas por la propia vida.

El pragmatismo conduce directamente a la creación de mitos, en cada uno de los cuales se representa la realidad de distinta manera de cómo es. Los mitos tienen la particularidad de que mantienen a las masas hipnotizadas y subyugadas. La Alemania de Hitler nos da un ejemplo típico en este asunto. Se subyugó e hipnotizó al pueblo alemán con el mito de la superioridad racial de los arios, y se le hizo creer que estaba destinado a imponer su dominio sobre todas las demás razas. La ciencia ya había demostrado que no existen razas puras, y que no hay tal raza aria porque el concepto de lo ario es puramente lingüístico y no antropológico. Pero el nazismo necesitaba el mito de la superioridad racial, para justificar y fundamentar su política aventurera y criminal. Este mito era presentado como una verdad por-

que era «adecuado» a los planes de dominación mundial del nazifascismo.
De los planes «adecuados» del maoísmo han surgido también mitos peligrosos: el Pensamiento Mao Tze Dong como cúspide del marxismo leninismo; la China como centro de la revolución mundial: la experiencia china como la única con valor universal Los «tornillitos inoxidables» y los «búfalos mansos" del «Presidente Mao», con estos mitos en la cabeza se han propuesto imponer en el mundo entero la «autoridad absoluta» de las ideas del «Gran Timonel».
Los manipuladores de mitos, utilizan la demagogia más desvergonzada para captar a los descontentos, resentidos e insatisfechos; apelan a las capas más atrasadas del pueblo, a los elementos desorientados, «sin guía y sin brújula»; azuzan las pasiones primitivas de las masas y les ocultan las verdaderas causas de su miseria. Hitler culpó de todos los males a judíos y comunistas; la dirigencia pekinesa a los que llama «seguidores del camino capitalista», «revisionistas» que, como se sabe, son comunistas que se han opuesto a la maoización del PCCh.
En resumen, Mao Tze Dong, en el terreno de la filosofía, no enfoca desde posiciones materialistas el problema del ser y el pensamiento; reduce el rico y complejo desarrollo dialéctico de los fenómenos y las cosas a una tergiversada ley de la contradicción y un proceso en que el equilibrio y el desequilibrio se suceden mecánicamente; falsea la teoría marxista leninista del conocimiento admitiendo como cierto lo «adecuado». El «pensamiento filosófico de Mao Tze Dong», constituye el cimiento teórico de toda la práctica seudorrevolucionaria de los dirigentes chinos.

EPILOGO

Cuando se examina el curso seguido por el Partido Comunista de China, desde que se fundó hasta su actual rompimiento total con el Movimiento Comunista Internacional y el marxismo leninismo, surge un interrogante: ¿qué intereses de clase representa la ideología de los dirigentes chinos?

Desde su origen, el maoísmo se apoyó en el campesinado pobre y las capas inferiores de campesinos medios. Buscó también el apoyo de los obreros urbanos recién venidos del campo, imbuidos de concepciones pequeño burguesas. Son estas débiles capas de trabajadores políticamente atrasadas y no del todo desligadas de la propiedad privada, las que le sirven de soporte social. Su inestabilidad, ha permitido que el Ejército se convierta en el instrumento encargado de mantener y defender el régimen gobernante en la RPCh.

Con el correr de los años, se ha formado en China una oligarquía civil militar que se aferra al aparato estatal y utiliza todos los medios para mantener su control. Ha hecho del maoísmo su ideología y utiliza el llamado «pensamiento de Mao Tze Dong» para fundamentar y respaldar su política interior y exterior. La defensa cerrada de la «teoría de los 3 mundos», remitiéndose a Mao como autor y creador de la misma, ha servido a la burocracia civil-militar china, para justificar su actual entrega al imperialismo y su colaboración con todos los reaccionarios del mundo.

Los acontecimientos que se han sucedido después de la muerte de Mao Tze Dong, han reforzado las posiciones de la oligarquía civil militar china. Sin embargo, la sinuosidad que ha caracterizado desde su origen al proceso revolucionario chino, continúa. Hua Kuo feng (hoy «sabio presidente») debe afirmar su condición de cabeza del Partido y el Gobierno chino o resignarse a caer víctima de las intrigas y golpes bajos del pragmático y ambicioso sin principios, Ten Hsiao ping.

Tanto la defenestrada y escarnecida «banda de los cuatro», como los representan-

tes del «viento revocatorio de derecha», que hoy se encuentran en el Poder del Partido y el Estado, se reclaman maoístas auténticos. Pese a la aprobación de algunas medidas que constituyen un reconocimiento del subjetivismo y aventurerismo de la política de las «3 banderas», hay que admitir que, en efecto, los actuales dirigentes chinos son tan maoístas como sus opositores.

No existe ningún fundamento para pensar que la RPCh se desmaoiza y se enrumba hacia una etapa de respeto a la legalidad socialista, y de retorno al marxismo leninismo y el internacionalismo proletario. Hay que tener muy en cuenta que la nueva Constitución china eleva el «pensamiento de Mao Tze Dong» al rango de doctrina estatal, plasmando en norma jurídica la obligación de todo ciudadano chino de ser siempre leal a él. Estamos frente a un régimen de indudable carácter militar burocrático y social militarista, donde el Ejército tiene una influencia decisiva en el aparato estatal y el gobierno. Y no es casual que en el propio Partido y en el seno de las grandes masas, se siga proclamando abiertamente la «democracia militar» como modelo a imitarse, debiendo aprendérsele de las «compañías del Ejército».

El militarismo, el hegemonismo y el expansionismo son los rasgos fundamentales que definen v distinguen a la línea política general de la actual dirigencia china. En este sentido, se puede decir que el maoísmo ortodoxo evoluciona a posiciones esencialmente socialmilitaristas que tienen su manifestación en una serie de hechos vergonzosos: su cooperación y alianza con el imperialismo norteamericano y la OTAN, su oposición a los movimientos de liberación y su lucha abierta y frontal contra la Comunidad Socialista. Basta tener presente la posición de Pekín frente a los sucesos de Angola, el Zaire y el Cuerno del África; el apoyo y estímulo a la política capituladora de Sadat, sus vinculaciones con los racistas de Sud-África y sus arrumacos desvergonzados con la Junta militar de Pinochet y el régimen policíaco terrorista de Somoza, para llegar al convencimiento de que Pekín se encuentra en la trinchera enemiga, como fuerza auxiliar de ese gendarme internacional de los pueblos que se llama imperialismo yanqui.

Pekín ha brindado un caluroso recibimiento a Cubillos, emisario de la sanguinaria dictadura chilena. Y en el encuentro que tuvo con Huang Hua, ministro de relaciones exteriores chino, escuchó de éste palabras de elogio para el fascismo chileno por su «defensa de la independencia nacional y la soberanía estatal». Los dos ministros de relaciones exteriores expresaron su convencimiento de que su encuentro abría «un ancho camino para robustecer la comprensión mutua, la amistad y los vínculos entre ambos países», incluido, por supuesto el aspecto militar. La venta de armas de los dirigentes chinos a Pinochet es de conocimiento de la

opinión pública mundial.
Como culminación de su política de traición al socialismo, los jerarcas chinos han llevado adelante su criminal agresión a Vietnam, inmediatamente después del retorno de Teng Hsiao ping de los EE. UU. y el Japón. Con tan grave provocación, la camarilla gobernante china ha impulsado su política social-chovinista a una nueva y sangrienta etapa que recuerda los años 30, cuando Italia, Japón y Alemania, con sus agresiones sucesivas, fueron empujando al mundo a las hogueras de la Segunda Guerra Mundial. Es cierto que el heroico pueblo vietnamita ha castigado severamente a los agresores, pero esto no debe hacer pensar a nadie que la política expansionista y aventurera de los dirigentes chinos va a cambiar. No debe perderse de vista que el maoísmo lleva en sus entrañas el expansionismo y la guerra. Antes de la liberación de Kampuchea, los dirigentes chinos dieron ayuda en armas, dinero y millares de «asesores», a la camarilla criminal de Pol Pot, que exterminó a 3 millones de pacíficos kampucheanos.
Albania, la otrora «íntima amiga y aliada» de Pekín, ha tomado una posición firme contra la renegada pandilla dirigente china. En la Carta del Comité Central del PTA, dirigida al Comité Central del PCCh con fecha 29 de julio de 1978, se afirma que «la aplicación de la teoría de los 3 mundos llevó a la dirección china a unirse también con el diablo, a unirse con los imperialistas norteamericanos y los monopolios europeos, con los fascistas y los racistas, con los reyes y los feudales, con los militaristas y los belicistas más rabiosos». Posición tan clara, y definida, le costó caro a la pequeña Albania: Pekín le cortó todo clase de asistencia, arrojando al tacho de basura los contratos y convenios suscritos con Tirana.
Es conocida la intensa campaña que ha desplegado Pekín en los países de Asia, África y la América Latina, para convencerlos de las grandes ventajas que les reportaría la utilización de técnicas y tecnología rudimentarias, por estar en «concordancia con las condiciones específicas de los países pobres y atrasados». Los verdaderos motivos de esta propaganda del atraso, no son otros que el de ligar a los países en vías de desarrollo a la RPCh e impedir que tengan relaciones con países que puedan darles una tecnología avanzada, en condiciones favorables y sin presiones políticas.
No han faltado gentes ingenuas, que sin ser «pekinesas», han aplaudido la cantilena maoísta sobre «apoyarse en sus propias fuerzas e impulsar el desarrollo con técnica y tecnología rudimentarias», y han pedido para su país un «modelo de socialismo chino», refiriéndose, sin lugar a dudas, al «comunismo cuartelero» que tuvo en «las 3 banderas» de Mao Tze Dong, su aplicación práctica. Pero resulta que los sucesores del «gran timonel», al propugnar su política de las «4 moderni-

zaciones» se han visto obligados, objetivamente, a reconocer que sólo tomando la técnica más avanzada se puede disminuir la diferencia entre países desarrollados y países en desarrollo. En realidad no existe otro camino: o se aprovecha las conquistas de la revolución tecno-científica o hay que resignarse a seguir como país atrasado, pobre y dependiente.

Las «4 modernizaciones» de la dirigencia china, sin embargo, están ligadas estrechamente a la política expansionista y al socialmilitarismo de Pekín. En efecto, el objetivo que se persigue con ellas es el desarrollo del potencial militar de la RPCh, hasta convertirla en una «superpotencia». No se trata, pues, de un abandono del «comunismo cuartelero» para rectificar rumbos y consolidar el socialismo, retornando al marxismo leninismo. Nada de esto: en los cálculos de los líderes chinos, las «4 modernizaciones» deben lograrse con la ayuda económica, técnica y militar de los países imperialistas, cualquiera que sean las condiciones que éstos les impongan. He aquí por qué el carácter social de la propiedad de los medios de producción corren el serio peligro de degenerar por completo en China, máxime si se tiene en cuenta que después de 30 años de triunfo de la revolución, se han tomado medidas para proteger a la burguesía nacional, clase que según Mao Tze Dong pertenece al pueblo.

El VIII Congreso del PCCh realizado en 1956 señaló un rumbo correcto para la construcción del socialismo en la RPCh, y sentó la tesis de que en su actividad, los comunistas chinos se guían por el marxismo leninismo, propinando un golpe demoledor a los defensores del «marxismo chinizado». Este fue un momento de la historia del PCCh, en que pudo imponerse definitivamente el marxismo leninismo. Pronto, sin embargo, los representantes de la pequeña burguesía comenzaron su contra-ataque. El mismo año de 1956, Mao Tze Dong declaró: «hemos empezado a presentar nuestra línea de construcción socialista». Como parte de esta línea señaló «el rumbo orientado hacia la coexistencia prolongada del Partido Comunista con los partidos democráticos burgueses, el control mutuo de ellos». Este repliegue franco, no hizo otra cosa que estimular las aspiraciones restauradoras de la burguesía.

La política de las «3 banderas», es precisamente fruto del repliegue de la dirección china hacia posiciones pequeño burguesas y su abandono de las tesis del VIII Congreso del PCCh. La «línea general»; el «gran salto» y «las comunas populares», fueron la expresión política típica del revolucionarismo pequeño burgués, que sólo atinaba a proclamar vagamente la necesidad de hacer el socialismo «poniendo en tensión todas las fuerzas, marchando siempre adelante y construyendo el socialismo según el principio de mayor cantidad, más rápidamente, mejor calidad y de

modo más económico».
Si al comunismo cuartelero le correspondió una política exterior que puso el acento en la agudización de las tensiones y conflictos y el aislamiento de la RPCh, al «socialismo de las 4 modernizaciones» le corresponde el expansionismo, el hegemonismo y el belicismo más desvergonzados, con el apoyo del imperialismo y los reaccionarios de todo el mundo.
Ha quedado definitivamente establecido que el maoísmo no tiene nada de común con el marxismo leninismo ni con el internacionalismo proletario. Es una corriente que se enmascaró largo tiempo y vivió parasitariamente dentro del movimiento comunista internacional, hasta conseguir el restablecimiento económico de la RPCh. Pero, como se ha visto, Mao y su grupo no se olvidaron de llevar a cabo purgas sucesivas contra los comunistas marxistas leninistas.
Cuando el maoísmo consolidó sus posiciones dentro de China, puso los ojos en el exterior. Hemos visto cómo, Pekín, intentó subordinar a su hegemonía nada menos que al Movimiento Comunista Internacional en su conjunto imponiéndole sus puntos de vista. Fue realmente intensa la campaña escisionista que desplegaron los jerarcas chinos, con vistas a desmembrar los Partidos Comunistas, si no se sometían a los designios de la dirigencia pekinesa. Y hay que reconocer que sus esfuerzos no fueron del todo inútiles. Pekín ha organizado una red de grupos maoístas en casi todos los países del mundo utilizándolos como vehículos de su política socialmilitarista.
Una particularidad de estos grupos es que, desde su origen, han carecido de cohesión y estabilidad. No han podido elaborar una línea política general ni un programa concreto de lucha, acordes con la realidad objetiva de sus países. Sus escisiones han sido constantes y sus virajes políticos permanentes, igual que en su partido padre: el PCCh. Otra cosa que la conocida afirmación de que «existe una excelente situación revolucionaria» y «hay que llevar adelante la guerra popular», no atinan a plantear y fundamentar. Los objetivos tácticos y estratégicos de la revolución en su país, son para ellos los mismos que se propuso el Partido Comunista de China. Su oportunismo de izquierda y su verbalismo «revolucionario», los ha convertido en hermanos gemelos de los grupos anarquistas y trotskistas, furibundos anticomunistas y antisoviéticos.
Partido que no pudo bolchevizarse, plagado de grupos y subgrupos, el PCCh tiene por delante un camino largo de luchas intestinas por recorrer. Y es claro que sólo en la medida en que se libere del maoísmo y retorne al marxismo leninismo, podrá cohesionar sus filas y purificarlas. En la actualidad, el PCCh es un Partido pequeño burgués por su misma composición de clase. Es sabido que ya en 1956, sólo tenía

un 14% de obreros en su filas, contra un 69% de campesinos.
No debe pensarse, sin embargo, que el PCCh esté condenado a seguir atrapado indefinidamente por el revolucionarismo pequeño burgués y sus inevitables bandazos. Es un Partido que cuenta con no pocos militantes marxistas leninistas que sabrán dar batalla al maoísmo, restablecer las relaciones camaraderiles con todos los PPCC del mundo y reincorporar a su gran país al seno de la Comunidad Socialista. El mismo hecho de que la burocracia civil militar gobernante no haya podido liquidar los fundamentos de la estructura socialista de la economía china, es suficiente para afirmar con fundamento que la clase obrera, los comunistas marxistas leninistas y el pueblo trabajador de la RPCh sabrán cumplir la gran tarea histórica que tienen por delante: hacer de China una próspera potencia socialista que luche junto con todos los pueblos del mundo contra el imperialismo, por la revolución mundial socialista y por la paz mundial, contra los incendiarios de guerra.
Del estudio del curso zigzageante que ha seguido el PCCh, se extraen muchas enseñanzas, pero no cabe duda que una de las principales es que sin un Partido organizado y estructurado de acuerdo al leninismo, sin un partido enraizado en las grandes masas populares, dirigido por un núcleo de firmes y consecuentes revolucionarios marxistas leninistas, es imposible no sólo conducir con acierto las luchas de la clase obrera por la conquista del poder, sino llevar adelante la construcción victoriosa del socialismo y mantenerse fiel al internacionalismo proletario.
Las tesis y teorías elaboradas por la dirigencia china y su aplicación práctica a la política interna y exterior de la RPCh, llevan al convencimiento de que el maoísmo es contrario al marxismo leninismo, comenzando por su negación del rol histórico universal del proletariado y terminando en su oposición y agresión a la Comunidad Socialista. Nadie que se considere a sí mismo un revolucionario proletario marxista leninista podrá negar, pues, la necesidad perentoria de luchar contra el maoísmo y desenmascarar sin piedad su esencia reaccionaria.

NOTAS

(1) Citado de la obra de S. Trapéznikov, «En los Grandes Virajes de la Historia». Editorial Progreso Moscú, pág. 99.
(2) Véase «Documentos de la Primera Conferencia Nacional del PCP».
(3) Ibídem.
(4) Citado de la obra de S. I. Popov, «Social-Reformismo: Teoría y Política», Bogotá 1975, pág. 18.
(5) Véase «Documentos de la Primera Conferencia Nacional del PCP.
(Todos los subrayados me pertenecen. J.S.P.).
(6) Lenin, Acerca de la Juventud (Recopilación), pág. 105.
(7) Lenin, Obras Escogidas en 2 tomos, t. 1. Moscú 1948, pág. 808.
(8) Citado de la obra de Kostas Mavrakis, «Sobre el Trotskismo», Editorial Calarcá 1976, pág. 95.
(9) Citado de la obra «Crítica de las concepciones teóricas de Mao Tse tung». Editorial Progreso Moscú 1973, págs. 186-187.
(10) Ibídem, pág. 187.
(11) Mao Tse tung, «Nuestro Estudio y la Situación Actual», Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín 1959, pág. 101.
(12) Mao Tse tung, Obras Escogidas, en 4 tomos, Ed. L. E. Pekín 1971, t. 1, pág. 130.
(13) Véase Socialismo Teoría y Práctica, Suplemento V, Setiembre de 1975, pág. 8.
(14) Mao Tse tung, Obras Escogidas, t. IV, pág. 431.
(15) Vladimirov, Misión Especial en China - Yenán 19421945, Ediciones Cultura Buenos Aires 1977, pág. 439.
(16) Mao Tse tung, La Nueva Democracia. Editorial Austral Santiago de Chile, pág. 115.
(17) Mao Tse tung. Obras Escogidas, t. 3, pág. 270.
(18) Véase «China y los países en vías de desarrollo», Ediciones Interpress, Varsovia 1976, pág. 17.
(19) Lenin, Obras Escogidas, t. 1, pág. 585.
(20) Mao Tse tung, La Nueva Democracia, pág. 75.
(21) Ibídem, pág. 67.
(22) Ibídem, pág. 73.
(23) Ibídem, pág. 75.
(24) Mao Tse tung, Obras Escogidas, t. 2, págs. 426-427.
(25) Citado de «La teoría leninista de la revolución socialista y la época actual», Editorial Progreso Moscú, pág. 36-37.
(26) Lenin, Dos Tácticas de la Socialdemocracia en la revolución democrática, Ediciones en Lenguas Extranjeras Moscú, pág. 101.
(27) Mao Tse tung, La Nueva Democracia, pág. 135.
(28) Ibídem, págs. 135-136.
(29) Ibídem, pág. 137.
(30) Martínez de la Torre, Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú, t. II, pág. 300.
(31) Mao Tse tung, Obras Escogidas, t. II, pág. 426.
(32) Ibídem, pág. 75.
(33) Lenin, Obras Escogidas, t. I, pág. 1027.
(34) Ibídem, pág. 1023.
(35) Lenin, Obras Completas, t. XXIII, Editorial Cartago, Buenos Aires, pág. 41.
(36) América Latina y su proceso revolucionario, Lima 1976, págs. 33-34.
(37) Ibídem, pág. 36.
(38) Lenin, Obras Escogidas, t. II, págs. 778-779.
(39) Polémica acerca de la línea general del Movimiento Comunista Internacional, Ed. en Lenguas Extranjeras, Pekín 1965, pág. 213.
(40) Mao Tse tung, Obras Escogidas, t. II, pág. 225.

(41) J. V. Stalin, Las Perspectivas de la Revolución China, Ed. Lenguas Extranjeras Moscú 1955, pág. 10.
(42) Citado de «La teoría leninista de la revolución socialista y la época actual», pág. 189.
(43) Lenin, Obras Completas, t. XI, págs. 207-208.
(44) Véase los documentos de la V Conferencia del PCP (Bandera Roja).
(45) Lenin, Obras Completas, t. XI, págs.207-208.
(46) Ibídem, pág. 215.
(47) Pekín Informa N° 1, 1977, pág. 25.
(48) Wang Ming, «China, ¿revolución cultural o golpe contrarrevolucionario ?», págs. 47-48.
(49) Mao Tse tung, «Construcción del Socialismo» 3 textos inéditos, pág. 7, 8 y 9.
(50) Kostas Mavrakis, «Sobre el trotskismo», pág. 133.
(51) Pekín Informa N° 46, año 1967, pág. 21.
(52) Lenin, Obras Completas, pág. 123.
(53) Véase la Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas realizada en Moscú en 1967.
(54) Documentos del VIII Congreso del PCCh. Ed. en Lenguas Extranjeras, Pekín 1957, págs. 277-278.
(55) Un gran Decenio. Ed. Lenguas Extranjeras Pekín 1959, pág. 2.
(56) Documento del VIII Congreso del PCCh, Pekín 1957, pág. 144.
(57) Cita tomada del libro «Crítica a las concepciones teóricas de Mao Tse tung», pág. 183.
(58) Mao Tse tung, Cuatro tesis filosóficas, Ed. Lenguas Extranjeras, Pekín 1966, pág. 32.
(59) Pekín Informa N° 1, año 1977 - Diez Grandes Relaciones.
(60) J. V. Stalin - Cuestiones del Leninismo - Ed. Lenguas Extranjeras Moscú, 1946, pág. 556.
(61) Se publicó en el Diario del Pueblo el 25 de febrero de 1965.
(62) Mao Tse tung, La Construcción del socialismo, tres textos inéditos, pág. 51.
(63) Ibídem, pág. 13.
(64) J. V. Stalin, Cuestiones del Leninismo, pág. 68.
(65) Ibídem, pág. 332.
(66) V. I. Lenin, Obras Escogidas, t. 3, págs. 186-187.
(67) Ibídem, t. 3, pág. 544.
(68) Mao Tse tung, La Construcción del Socialismo, pág. 11.
(69) Sumario del Foro sobre el trabajo Literario y Artístico en las Fuerzas Armadas - Ed. Lenguas Extranjeras, Pekín 1968, pág. 27.
(70) A. Zhelojovtsev, «La Revolución Cultural de cerca» Moscú 1975, pág. 83.
(71) La Gran Revolución Cultural Socialista en China (1) Ed. Lenguas Extranjeras, Pekín 1966, pág. 22.
(72) Cita tomada de «Lucha de Clases» vocero del PC(ML)P N° 3, pág. 17.
(73) Sumario del Foro sobre el Trabajo Literario y Artístico, pág. 15.
(74) Gran Revolución Cultural Socialista en China (1), pág. 74.
(76) Ver Pekín Informa N° 46, 1967.
(77) Crítica a las concepciones teóricas de Mao Tse tung, pág. 159.
(78) Suplemento IV de la Revista «Socialismo, Teoría Práctica» de Julio de 1974, pág. 7.
(79) Documentos del X Congreso del PCCh, Ed. Lenguas Extranjeras, Pekín 1973, pág. 23.
(80) Cita tomada de Socialismo, Imperialismo y No Alineamiento, Ed. Socialismo Científico, Lima-Perú 1975, pág. 38.
(81) Polémica acerca de la línea general del Movimiento Comunista Internacional. Ed. Lenguas Extranjeras, Pekín 1965, pág. 212-213.
(82) Ibídem, pág. 218.
(83) Cita tomada de Socialismo Imperialismo y No Alineamiento, pág. 8-9.
(84) China y los países en vías de desarrollo. Ediciones Interpress, Varsovia 1976, pág. 85.
(85) Yao Wen yuan, Discurso en la reunión ampliada del Comité Revolucionario de Shangai en setiembre de 1967.
(86) Fidel Castro, Informe al Primer Congreso del PPCC, La Habana 1976, pág. 353.
(87) América Latina y su proceso revolucionario, pág. 139.
(88) Pekín Informa N° 25, 1968.
(89) Documentos de los grupos maoístas.
(90) América Latina y su proceso revolucionario, pág. 115.
(91) «Voz Popular» año III, Diciembre 1976 N» 6, pág. 3.
(92) China y los países en vías de desarrollo, pág. 281.
(93) Ibídem, pág. 108.
(94) Ibídem, págs. 193-194.
(95) ¿Qué pretenden los del Palacio de Chungnahai? Moscú 1972, págs. 12-13.
(96) Pekín Informa N° 15, 1977.
(97) Pekín Informa N° 29, 1977.

(98) Mao Tse tung, Sobre Diez Grandes Relaciones, Pekín Informa N° 1, 1977.
(99) Pekín Informa N° 2, 1977.
(100) Stalin, Perspectivas de la Revolución China, pg. 10-11.
(101) Citado de El maoísmo visto por los comunistas. Editorial Progreso, Moscú 1972, págs. 260-261.
(102) Ibídem, pág. 259.
(103) Diario «El Comercio», 25 de Agosto de 1977.
(104) Lin Piao, Informe ante el IX Congreso Nacional del PCCh, Ed. Lenguas Extranjeras, Pekín 1969, pág. 3.
(105) Citado de «Crítica a las concepciones filosóficas de Mao Tse tung, págs. 7, 8.
(106) Mao Tse tung, Cuatro Tesis Filosóficas, Ed. Lenguas Extranjeras, Pekín 1966, pág. 149.
(107) J. V. Stalin, Problemas Económicos del Socialismo en la URSS., Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú 1952, pág. 3-4.
(108) Mao Tse tung, La Construcción del Socialismo, Tres Textos inéditos, pág. 9.
(109) J. V. Stalin, Obra citada, pág. 4.
(110) Mao Tse tung, La Construcción del Socialismo, pág. 16.
(111) Engels, Anti Düring, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo 1948, pág. 138.
(112) Echague, El otro Imperialismo, Ediciones de Mayo, Buenos Aires 1974, pág. 87.
(113) J. V. Stalin, Problemas Económicas del Socialismo en la URSS, pág. 76.
(114) Mao Tse tung, La Construcción del Socialismo - 3 textos inéditos, pág. 56.
(115) M. Altaiski y V. Gueorguiev, Crítica a las concepciones filosóficas de Mao Tse tung, págs. 71, 72.
(116) Lenin, Obras Completas, tomo 29, pág. 316.
(117) Mao Tse tung, Cuatro Tesis Filosóficas, pág. 68.
(118) Mao Tse tung, Obras Escogidas, tomo I, pág. 361.
(119) Marx y F. Engels, La Sagrada Familia Ediciones Grijalbo, México 1958, págs. 100-101.
(120) Mao Tse tung, Cuatro Tesis Filosóficas, pág. 105.
(121) Ibídem, pág. 60.
(122) Citado de A. Altaiski y V. Guerguiev, «Crítica a las concepciones filosóficas de Mao Tse tung», págs. 118119.
(123) Ibídem, pág. 141.
(124) M. Shirokov, Tratado Sistemática de filosofía, Ed. Fuente Cultural, México 1948, pág. 97.
(125) Mao Tse tung, Cuatro tesis filosóficas, pág. 23.
(126) Ibídem, pág. 150.

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2009.

Se utilizó la fuente Caxton.
Fue diseñado, en Buenos Aires, por Carlos Moreno Rodríguez

Se graduó de abogado el año de 1958 en la Universidad Nacional del Cuzco. Su tesis de bachillerato titulada "El Problema del libre arbitrio en el Derecho Penal" se publicó en la revista universitaria de esa ciudad, por acuerdo y recomendación unánime del Jurado calificador.

Ha sido miembro del PCP hasta 1964, año en que se produce la escisión del Partido fundado por J. C. Mariátegui debido a las divergencias surgidas en el seno del Movimiento Comunista Internacional. A causa de su activa militancia política revolucionaria, fue sometido a proceso ante los fueros militar y de policía en 3 oportunidades. Durante la dictadura de Odría se le aplicó la Ley de Seguridad Interior de la República, sentenciándosele a 4 años de prisión.

Ligado estrechamente al movimiento obrero y de masas, fue Presidente del Comité Popular del Cuzco, organismo que tuvo el control total de la Ciudad durante 3 días, como consecuencia de los acontecimientos del 10 de abril de 1958.

El año de 1959 realizó estudios sobre la revolución china en Pekín. En 1960 representó al PCP en la Conferencia de los 81 Partidos Comunistas realizada en Moscú. Ha viajado 2 veces a la República Popular China y la URSS. El año de 1964, junto con otros dirigentes del PCP, llevó adelante la "IV Conferencia Nacional" de la que nació el PCP (Bandera Roja).

Su producción intelectual es fundamentalmente político – ideológica y esta contenida en una serie de artículos y documentos publicados en diversos periódicos y revistas: Labor, La Antorcha, El Eco, Futuro, Unidad, Bandera Roja, Lucha de Clases, Orientación, Fundamentos, Voz Proletaria, etc.

Entre sus obras, escritas con estilo polémico, destacan "Cuzco, 1958, Análisis Testimonial de un Movimiento Urbano", "Leninismo o Maoísmo", "El Marxismo y la Perestroika", "Consideraciones Históricas sobre el Estado", "Determinismo y Libertad en el Derecho Penal", "Mariategui y el Marxismo", etc.

http://librosml.blogspot.com/

Templando El Acero